

**JAMIES O.  
CURWOOD**

**El valle de los hombres  
silenciosos**



Lectulandia

Sintiéndose morir, el sargento Kent, el valeroso «cazador de hombres» de la Real Policía Montada del Canadá, refirió una historia que le señaló con el estigma de asesino; gracias a aquella inesperada confesión recobró la libertad otro hombre que yacía en la cárcel.

Pero el sargento Kent se repuso de su enfermedad, y el lúgubre perfil del patíbulo surgió ante sus ojos.

**Lectulandia**

James Oliver Curwood

**El valle de los hombres  
silenciosos**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *The Valley of Silent Men*  
James Oliver Curwood, 1920  
Traducción: Editorial Juventud  
Diseño portadilla VI Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



## Prologo

Antes de que los delgados rieles de acero del ferrocarril se abrieran camino a través del desierto, Atabasca. Landing era el pintoresco umbral por donde se tenía que pasar para internarse en el misterio propicio a los azares del dilatado y blanco país del Norte. Todavía es Iskwatarn la «puerta» que conduce a las últimas regiones de los ríos Atabasca Slave y Mackenzie. Resulta algo difícil encontrarla en los mapas, y sin embargo existe, puesto que el dramatismo, la leyenda y la epopeya humana nos han venido escribiendo su inolvidable historia casi durante un siglo y medio. Yendo por la antigua ruta, dicha «puerta» estaba a ciento cincuenta millas de Edmonton, en la parte norte. El ferrocarril la ha aproximado a esta base de civilización; pero más arriba la vida de la selva continúa rugiendo como rugió durante miles de años, y las aguas de todo un continente ruedan incesantes, tributarias del océano Ártico.

Es posible que el sueño dorado de los tratantes de terrenos llegue a realizarse, pues los más ávidos aventureros del mundo, los especuladores, se han internado en el país en tren de osados conquistadores; han venido acompañados de un séquito de taquígrafos, han introducido las máquinas de escribir y poseen el arte de la tipografía de propaganda, y conocen la «Ley Dorada» de los que venden a esperanzados compradores, que habitan en países muy lejanos, malos terrenos que se hacen pasar por buenos. Estos astutos y fatales traficantes tienen como divisa de su mal comercio este cínico aforismo: *Engaña a los otros como te engañarían a ti*. Todo esto ha introducido el legítimo ejercicio del comercio y el tráfico, puestos los ojos en la gran riqueza del Norte que se halla entre los *Grands Rapides* del Atabasca y las costas polares. Pero mucho más bello que el sueño de la rápida conquista de las fortunas es la superstición del sentimiento de la profunda selva, según la cual el espíritu de los muertos va alejándose al paso que el ferrocarril

avanza, Y, de ser cierto, el alma de millares de trabajadores se habrá levantado alterada de la tumba para buscar nuevo re-poso más al norte.

Porque las oscuras manos de gentes sin historia y casi sin nombre fueron las que durante ciento cuarenta años abrieron y cerraron esa «puerta». Y todavía dominan un mundo selvático extendido a dos mil millas al norte de ese umbral del Atabasca Landing, hasta donde una máquina resollante transporta las mercancías que no hace muchos meses eran transportadas por medio de navíos.

En ese umbral es donde a veces se cruzan las miradas de los ojos negros de los seres vulgares e innominados con los ojos azules, grises y en ocasiones llorosos de quienes pertenecen a una civilización destructora. Y allí es donde el silbo de la locomotora se mezcla con sus tradicionales cantos ribereños, donde el hollín se extiende con el humo por los bosques, donde el fonógrafo contesta chillonamente al violín, donde los aventureros vulgares no se sienten ya reyes de la tierra, al llegar de remotos parajes, conduciendo sus inestimables cargamentos de pieles. Han dejado de alardear narrando sus hazañas en alta voz, han dejado de entonar sus primitivas canciones del río con la despreocupación de antaño, porque ahora en Atabasca hay calles, hoteles y escuelas, y unas ordenanzas que son inusitadas y terribles para los más intrépidos de los antiguos *voyageurs*<sup>[1]</sup>.

Parece que fue ayer cuando no existía el ferrocarril, y un vasto mundo desierto se extendía entre el Atabasca Landing y el límite más próximo de la, tierra civilizada. Al correr la voz de que una máquina de vapor iba avanzando, palmo a palmo, a través de las selvas, los pantanos y las marismas infranqueables, a lo largo de aquellas dos mil millas sonó la noticia como una gran chanza, como una broma estupenda, como la cosa más divertida que los aventureros oyeron en su vida. Así es que cuando alguno queda manifestar a otro su incredulidad a propósito de cualquier asunto, le decía en tono proverbial:

«Eso será cuando la máquina de vapor llegue a Atabasca Landing, cuando el ganado vacuno se apaciente con los alces, cuando se coseche trigo en aquellos pantanales».

Y la máquina de vapor llegó, y las vacas pacieron donde antes vivieron los alces, y el trigo creció en la orilla de los grandes pantanos. Así penetró la civilización en Atabasca Landing.

A dos mil millas al norte se extendía el dominio de los ribereños, y Atabasca Landing, con sus doscientas veintisiete almas, antes de la irrupción del ferrocarril, fue el emporio general del desierto desde los primeros días. A

ella llegaba desde el Sur toda la mercancía para las expediciones que iban al Norte; en las bajas orillas del río estaban los astilleros, donde se construían las grandes chalanas que conducían esas expediciones al extremo del mundo. De Atabasca Landing salían las más importantes brigadas en busca de sus interminables empresas y regresaban al cabo de un año o más las chalaans pequeñas y gigantescas embarcaciones, trayendo como precio de cambio sus inestimables cargamentos de pieles.

De esta manera, casi durante un siglo y medio, las grandes naves, con sus enormes remos y sus tripulaciones de voz salvaje, estuvieron partiendo río abajo hacia el océano Ártico, y las embarcaciones pequeñas, con sus tripulaciones aún más bravías, estuvieron frecuentando el cauce, en sentido opuesto, hacia la tierra civilizada. El río, como lo llamaban los vecinos, es el Atabasca, cuyas fuentes se hallan en Iás montañas llamadas Anglo-Colombianas (*British Columbian*), donde Baptiste y Mac Leod, famosos exploradores, dieron la vida en su empeño por encontrar la fuente de aquellas aguas. Pasado el embarcadero se desliza la corriente como un lento y enorme gigante, sin desviarse, camino del mar de los hielos. Por el río avanzan las brigadas. Para aquellos seres sencillos, los extremos de aquel río eran los confines del mundo. Muere el Atabasca en el Slave, que a su vez desemboca en el lago denominado Gran Slave, y a partir del lado angosto del mismo río, el río Mackenzie se arrastra más de mil millas hasta llegar al océano.

A lo largo de esta ruta acuática se oyen y se ven un sinfín de cosas sugestivas. Es la vida: la aventura, el misterio, la leyenda y el azar. Tantas son las narraciones que se cuentan, que sería difícil limitarlas al libro. Escritas están en el dorso de las mujeres y de los hombres, cuando no yacen en tumbas, bajo la tierra en donde arraigan los árboles de los bosques. ¡Epopéyas de patetismo trágico, del amor y de la lucha por la existencia! Y los relatos históricos van renovándose al paso que uno se aleja hacia el Norte.

Todo cambia: el sol, el mundo y las razas. En Atabasca Landing, durante el mes de julio, dura diecisiete horas la jornada solar; en Chippewyan, la luz del día dura dieciocho horas; en Fort Resolution, Fort Simpson y Fort Providence hay diecinueve horas de claridad diurna; en Great Bear, veintiuna, y en Fort Mac Pherson, junto al mar Ártico, la duración del día es de veintidós a veintitrés horas. En diciembre, esas mismas horas son nocturnas. Con la luz y las sombras cambian los hombres, cambian las mujeres y cambia la vida. Pero los aventureros permanecen en medio de todo siendo siempre los mismos, entonando las antiguas canciones, conservando la reliquia de los viejos amores, soñando idénticos sueños, adorando siempre a la misma



divinidad. Y afrontan continuos peligros, encendidos siempre los ojos por su pasión aventurera.

El retumbar de las corrientes por los tajos y el rugir de las tempestades no los atemorizan. Desconocen el miedo a la muerte. Saben luchar y forcejear con ella; y vencerla los enorgullece. Roja y vigorosa es su sangre, y mucha la grandeza de sus corazones. El alma los remonta a los cielos en sus cantares. Y, sin embargo, son sencillos como los niños, y si alguna vez se amedrentan, es por algo infantil, pues en el fondo de sus entrañas se agazapan las supersticiones... ¿y quién sabe si no se oculta en ellas algo de sangre real? Porque los primeros caballeros que llegaron hace doscientos cincuenta años, ávidos de aventuras, en busca de pieles que valían varias veces su peso en oro, llevando en sus vestidos mangas de encaje y espadín al cinto, eran príncipes, hijos de príncipes y lo más florido de la aristocracia francesa. Así pues, estos vulgares aventureros son hoy los supervivientes de aquellos ilustres antecesores, son las voces que cuentan sus leyendas. A veces se limitan a murmurarlas, como las susurraría el viento, pues existen historias que deben contarse muy quedamente, porque son extrañas y sobrenaturales. Esas narraciones no ennegrecen el papel con reproducciones impresas. Los árboles las oyen de noche, junto a las hogueras de los campamentos. Los enamorados las reviven al alegre resplandor del día. Algunas son tema de canciones. Otras se remontan a través de las generaciones, porque son epopeyas ancestrales, transmitidas de padres a hijos. Y todos los años se realizan nuevos hechos que pasarán de boca en boca, de vivienda en vivienda, desde los más hondos parajes del Mackenzie hasta el distante límite del mundo civilizado, Atabasca Landing. Porque los tres ríos son escenario continuo de tragedias y hazañas. Nunca se perdería la memoria de cómo Follete y Ladouceur se lanzaron a nadar a través del salto de la Cascada Mortal por amor a la muchacha que los esperaba al otro extremo, ni de cómo Campbell O'Doone, el gigante de testa roja, luchó contra toda una brigada de Fort Resolution, por huir con la hija de un capataz de chalana.

Y la brigada cobró gran afecto a O'Doone, a pesar de haberle combatido, porque esos hombres del Norte aman el valor y el arrojo. La maravillosa leyenda de la chalana perdida —es decir, cómo hubo gentes que vieron con sus propios ojos que la nave ascendió y, emproando los cielos, suavemente se hundió en las alturas hasta perderse de vista— la cuentan y vuelven a contar hombres de rudo semblante, que tienen en lo profundo de las pupilas el fuego latente de una superstición inextinguible. Esos mismos hombres se estremecen siempre que cuentan una vez más la rara e increíble historia de

Hartshope, el aristócrata inglés que se internó en el Norte con la elegancia del monóculo y la impedimenta del equipaje sin precedente, y que tomó parte en una guerra de tribus hasta ser proclamado jefe de los *Dog Ribs*<sup>[2]</sup> (Costillas de Perro), y se casó con una pequeña beldad india, de oscuros ojos y fina cabellera, que es hoy madre de sus hijos.

Pero las más profundas y estremecedoras de las historias que se cuentan son las referentes al poderoso «brazo de la Ley», brazo que llega a todas partes en esa extensión de dos mil millas, desde Atabasca Landing hasta el océano Ártico, y que no es otro que el de la Real Policía Montada del Noroeste. A este género de historias pertenece la de Jaime Kent, que vamos a narrar, la de Jaime Kent y Murette, la maravillosa diosecilla del Valle de los Hombres Silenciosos, por cuyas venas debió de correr sangre de guerreros y de antiguas reinas. Es ésta una historia de cuando todavía no había llegado a Atabasca Landing el ferrocarril.

# Capítulo I

No había sombra de duda en la mente de Jaime Grenfell Kent, sargento de la Real Policía Montada del Noroeste: sabía que se estaba muriendo. Tenía absoluta fe en Cardigan, su amigo, el cirujano, y éste le había dicho que le restaban muy contadas horas de vida..., acaso minutos, o segundos solamente. Era un caso rarísimo. Había una probabilidad contra cincuenta de que viviera todavía dos o tres días; pero no había esperanza ninguna de que pasara del tercero. Al respirar podía de un momento a otro entrar la muerte en sus pulmones. Tal era la opinión médica acerca del estado del enfermo, a juzgar al menos por los casos semejantes que la ciencia conocía.

Kent no sentía que estuviera a punto de expirar. Su visión de las cosas y su pensamiento estaban perfectamente despejados. Nada le dolía y únicamente notaba de cuando en cuando un poco de calentura. Hablaba con voz perfectamente reposada y natural.

De momento, cuando Cardigan le espetó la noticia, se sonrió incrédulamente. El diagnóstico según el cual la bala que un mestizo borracho le disparara en el pecho, hacía dos semanas, le había rozado el cayado de la aorta, produciéndole un aneurisma, no le pareció ni muy endiablado ni muy convincente. Los términos «aorta» y «aneurisma» no tenían para él un significado preciso y claro. Pero Kent tenía una inclinación irresistible a penetrar estrechamente en las cosas por los detalles de las mismas y era ésta una característica que le había prestado gran ayuda para conquistar la fama que gozaba de ser el más sagaz descubridor de malhechores entre los compañeros de profesión. Quiso más detalladas explicaciones de su caso, y su amigo, el cirujano, se las dio.

Se enteró, pues, de que la aorta es la arteria más importante del cuerpo humano, la cual saliendo del corazón forma un arco más arriba de aquél, y de que habiéndole rozado la bala el tejido externo de la misma y debilitándolo,

se le había producido una hinchazón vesicular, así como se hincha la cámara de una rueda de automóvil cuando la cubierta se rompe por algún punto.

—¡De modo que cuando esa hinchazón de la arteria estalle, sanseacabó!  
—agregó Cardigan festivamente.

Desde el momento en que pareció cosa de sentido común pensar que se acercaba su muerte, y sobre todo desde que era un hecho indudable, Kent comenzó a disponerse para ella. Pensaba con la mayor normalidad mental y se hacía perfecto cargo de la profunda sorpresa que causaría a todo el mundo muriendo de aquella manera, especialmente al mundo de las personas que le conocían y de aquéllos a quienes le unía algún afecto.

No le angustiaba lo trágico de la situación. En mil circunstancias la vida le había enseñado que de lo trágico a lo cómico va muy poco y que muchas veces ni los separa el grueso de un cabello. Con bastante frecuencia había visto pasar rápidamente a las personas del llanto a la risa y de la risa al llanto.

El cuadro que ofrecía su situación le hacía gracia. Era una gracia terrible. A pesar de hallarse en tan supremos instantes de su vida, no dejó de darse cuenta de ello. Más o menos, siempre había tomado un poco en broma la vida, como se toma una broma muy pesada, pero broma al fin, la cual parecíale una jugarreta que el Sumo Hacedor le hace a todo el género humano sin excepción; y por lo que respectaba a la última hora de su vida, que solemne y trágicamente se iba agotando, la broma excedía todo límite. Los asombrados rostros que le contemplaban, los fugaces momentos de incredulidad que leía en ellos, el horror que, aunque reprimido, a veces se hacía visible, la fijeza de los ojos, la contracción de los labios, todo en suma contribuía a formar lo que él hubiera llamado en otra situación el dramatismo artístico de su Insigne y última aventura.

No le arredraba pensar que estaba muriendo; ni le asustaba, ni le alteraba la voz. Jamas en los treinta y seis años de su vida le había sobrecogido el pensamiento de que algún día dejara de existir. Y habiendo invertido una gran parte de esos años en convivir con lo más áspero de la tierra, adquirió una filosofía y un criterio personal a los que había sido fiel, sin intentar, no obstante, que los demás comulgasen con sus ideas. Creía, pues, que la misma vida era la cosa más insignificante del mundo, ante la grandeza de éste. Todo lo demás era relativo.

¡Hay tanta agua y tanta tierra, tantas montañas y llanuras, tanta superficie dónde poder vivir y tanto suelo dónde ser enterrado! Todas las cosas son capaces de medición, de ser catalogadas, menos la vida. «Con tiempo, se decía, una sola pareja humana repoblaría la tierra». Siendo, por lo tanto, la

menos difícil de las cosas, en buena filosofía, la vida debe ser también la cosa que, dado el caso, se entregue más prestamente.

Ésta es otra manera de subrayar que Kent ni se asustaba ni se había asustado nunca de la muerte. Pero ello no significa que estimara el tesoro de esta existencia ni en un punto menos que el hombre que ocupaba la habitación, contigua, el cual libró, como un lunático, una verdadera batalla cuando le anestesiaron para amputarle un dedo enfermo. Nadie amó más intensamente la vida que Kent. Nadie había vivido tan compenetrado con ella como él.

Era su pasión. Lleno de sueños, con proyectos constantes en perspectiva, a pesar de lo menguado de los acontecimientos, era una criatura optimista, enamorada del sol, de la luna, de las estrellas, que sentía una verdadera adoración por las selvas y las montañas, que estimaba en mucho su vida y que hubiera peleado por ella, pero que del mismo modo estaba dispuesto a la postre a cederla, sin un lamento, cuando el destino se la pidiera.

Respaldado en las almohadas, no parecía el demonio que él confesaba haber sido, según declaraba a los que le rodeaban. La enfermedad no le había extenuado. El bronceado color de su anguloso y bien afeitado rostro se había desvanecido levemente; pero se conservaba atezado por el sol, el viento y las fogatas de campaña. Tenía los ojos azules, un poco ensombrecidos por la proximidad de la muerte. No parecía tener treinta y seis años, aunque sobre una sien le blanqueaba un mechón de su pelo rubio herencia de su madre, que ya no existía. Viéndole, mientras movía los labios lentamente, acusándose de no merecer la simpatía y el fervor de sus semejantes, era imposible creer en sus maldades.

Incorporado en la cama, observaba por la ventana el pausado movimiento de los reflejos del gran río Atabasca, que se deslizaba camino del océano Ártico. Lucía el sol y se veían las frías y densas masas de los bosques de abetos y cedros extendidos al otro lado, las empinadas ondulaciones de las agrestes lomas y colinas, y Kent respiraba junto a la ventana los dulces efluvios que con suave brisa le enviaba la selva, a la que durante tantos años había consagrado su amor.

—Esos bosques han sido mis mejores amigos —dijo a Cardigan—, y cuando sobrevenga la pequeña sorpresa que acabas de anunciarme, quiero, buen camarada, partir con los ojos puestos en ellos.

En atención a este deseo, le había puesto la cama junto a la ventana. Junto al lecho del herido estaba Cardigan. En su rostro, más que en el de nadie, se leía una absoluta incredulidad. Kedsty, inspector de la Real Policía Montada

del Noreste, superintendente accidental por tiempo indefinido, estaba más pálido que la misma muchacha que nerviosamente iba tomando nota en unas hojas de todo lo que se estaba diciendo en aquella habitación. El sargento O'Connor se había quedado mudo de horror. El diminuto misionero católico de suave rostro, cuya presencia había reclamado Kent, como testigo, permanecía sentado, entrelazando crispadamente los dedos, comparando en silencio la presente y extraña tragedia a cuantas había presenciado en aquellos parajes despoblados. Todos ellos eran amigos de Kent, íntimos amigos, a excepción de la joven, a la cual el inspector Kedsty llamara en aquella circunstancia. Con el exiguo misionero había pasado hablando confidencialmente muchas noches acerca de los misteriosos acontecimientos de la vida de la selva profunda y del dilatado extremo norte que con ésta limita. La fraternidad que tenía con O'Connor se había afirmado en la larga convivencia profesional. Kent y O'Connor trajeron desde la boca del Mackenzie a dos esquimales, en cuya captura invirtieron catorce meses. Kent quería a O'Connor, el de cara roja, rojo cabello y gran corazón, y lo que más le dolía en aquella dramática circunstancia era romper aquella camaradería.

Pero el inspector Kedsty, que mandaba la «División N.», la más importante y peligrosa de todo el país norteño, era quien causaba a Kent la menos prevista de las emociones, a pesar de que esperaba sobreviniera el desenlace que el médico había anunciado para un momento a otro. Aun postrado en el que iba a ser su lecho de muerte, su pensamiento se entregaba al análisis. Kedsty le causó gran sorpresa desde el momento en que entró en la habitación. El comandante de la «División N.» era un hombre excepcional. Tenía sesenta años, la cabeza de un gris metálico, los ojos fríos casi incoloros, tanto que en ellos era difícil encontrar un fulgor o un vislumbre de compasión o de miedo, y poseía un dominio de sí mismo que Kent no recordaba haber visto nunca ni ligeramente alterado. Un hombre así era necesario, un hombre de hierro, para mandar la «División N. Y.» de acuerdo con la Ley, pues dicha división abarca un área de seiscientas mil millas cuadradas de lo más agreste y selvático de la América del Norte, y ocupa más de dos mil millas al norte del paralelo 70, teniendo su límite extremo a tres grados y medio dentro del círculo polar ártico. Para los efectos policíacos esto significa mantener el orden en un país catorce veces más extenso que el estado de Ohio. Pues bien. Kedsty era el hombre que realizó semejante labor, como sólo otro fue capaz de ello.

Sin embargo, en aquella ocasión, entre los cinco que rodeaban a Kent, Kedsty era el que estaba más trastornado. Tenía la cara de un color gris

ceniza. Y varias veces Kent notó que la voz se le quebraba. Observó que apretaba las manos sobre los brazos del sillón que ocupaba, con tal fuerza que parecía que las venas se le iban a saltar. Nunca había visto sudar a Kedsty hasta entonces.

Por dos veces el inspector se pasó el pañuelo por la frente. Había en aquellos momentos dejado de ser Minuak («La Roca»), que era el nombre que le habían dado los de la tribu de los Crees. La armadura, que jamás ninguna flecha pudo atravesar, parecía habersele caído a los pies. Dejaba de ser Kedsty el más terrible inquisidor del servicio policíaco. Estaba tan nervioso, que Kent pudo ver los esfuerzos que realizaba para dominarse.

—Por supuesto, usted sabe lo que esto significa para el servicio de policía —dijo con voz dura y ronca—. Significa...

—Una ignominia —dijo atajándole Kent—. Lo sé. Una mancha negra en él por lo demás resplandeciente escudo de la «División N.». Pero ya está hecho. Maté a Juan Barkley. Ese hombre a quien tiene usted preso en la prevención, condenado a muerte, es inocente. Comprendo que no es honroso para el cuerpo dar publicidad al hecho de que un sargento de la Policía Montada de Su Majestad sea un vulgar asesino, pero...

—No un vulgar asesino interrumpió Kedsty Según lo ha descrito usted, el crimen fue realizado con toda deliberación y de una manera horrible y sin atenuantes hasta en el último detalle. No le movió a usted una pasión súbita. Sometió a su víctima a una tortura. ¡Es inconcebible!

—Y, sin embargo, cierto —afirmó Kent.

Y observó cómo los finos dedos de la taquígrafa anotaban las palabras de Kedsty y las suyas. La joven tenía la cabeza inclinada y le daba en ella débilmente un rayo de sol. Observó el encendido juego del sol en sus cabellos. Volvió luego los ojos, en el instante en que el comandante de la «División N.» se inclinó sobre él, tanto que casi se tocaron sus cabezas, para decirle en voz tan baja que ninguno de los demás pudiera oírlo:

—¡Kent, usted miente!

—No; digo la verdad replicó él.

Kedsty se separó otra vez, enjugándose la frente sudorosa.

—Maté a Barkley y lo hice conforme lo había previsto —prosiguió Kent Quería que sufriera. Lo único que no les diré a ustedes es la causa que me movió a matarle. Pero sepan que era más que suficiente. Al decir esto notó que a la estenógrafa, que iba trasladando al papel las palabras condenatorias, le temblaron los hombros.

—¿E insiste usted en no declarar la causa que le indujo a ello?

—Me niego rotundamente a decir otra cosa sino que me engañó de una forma que mereció la muerte.

—¿Habla usted seguro de que está a punto de morir?

—Un asomo de sonrisa movió los labios de Kent. Miró a O'Connor y, por un instante, vió en sus ojos un destello de su antigua amistad.

—Sí, señor —y agregó—: Lo sé; el doctor Cardigan me lo ha dicho. De lo contrario, hubiera dejado que ahorcaran a ese hombre que está en la prevención. Lo que ha pasado es que aquella maldita bala me ha estropeado la suerte y le ha salvado a él.

Kedsty mandó a la joven que leyera. Media hora duró la lectura de las notas que había tomado, después de lo cual Kent firmó al pie de la última página. Entonces Kedsty se levantó de la silla diciendo:

—Caballeros, hemos terminado.

Y salieron con paso lento de la estancia, siendo la primera en atravesar la puerta la mecanógrafa, pues deseaba verse libre de aquel deber que había estado torturando su sistema nervioso. El comandante de la «División N.» fue el último en salir. Cardigan quiso permanecer allí, pero Kedsty, suavemente, le hizo salir también. Kedsty cerró la puerta, y antes de hacerlo miró otra vez adentro, dando de frente y por un instante con la mirada de Kent. En aquel momento éste percibió en la mirada del inspector algo que no había notado mientras lo tuvo al lado. Fue, por lo inesperado, como una sacudida eléctrica, y Kedsty debió de ver en seguida en el rostro de Kent el efecto que tal mirada produjo en su ánimo, pues retrocedió rápidamente y cerró la puerta. Lo que sorprendió Kent en los ojos de Kedsty, en aquel instante, no fue solamente horror, sino también lo que en la cara de otro hombre hubiera calificado de miedo.

No era el momento propicio para reír, pero Kent se sonrió, a pesar de la horrible situación. El primer golpe había pasado. Sabía que, según los procedimientos del Código Criminal, Kedsty ya estaría ordenando al sargento mayor O'Connor que destacara un individuo para guardar su puerta. No por estar a punto de trasladar la vida habían de hacerse con él excepciones. Kedsty se atenía siempre a la letra de la ley. A través de la puerta oyó el murmullo de varias voces. Luego unos pasos que se alejaron. Eran las pausadas y duras pisadas de los enormes pies de O'Connor. Siempre había andado de aquella manera, aun en pleno ejercicio de sus funciones.

Después se abrió suavemente la puerta y penetró en el aposento el pequeño misionero, Padre Layonne. Así lo había esperado Kent, pues sabía que para el Padre Layonne no existía ley ni código que no alcanzara a todos



los corazones de la región selvática. Volvió al lado de Kent y se sentó; le cogió una mano y se la oprimió entre las suyas. No tenían las manos del misionero la suavidad de la jerarquía sacerdotal, sino que estaban endurecidas por el trabajo, pero eran amables e infundían una gran simpatía. Si quiso a Kent antes, cuando ante Dios y los hombres era una criatura sin tacha, seguía queriéndole en aquellos momentos en que su vida estaba manchada con un delito que debía borrarse a costa de su vida.

—Lo siento mucho, amigo —le dijo—; lo siento mucho.

Kent notó que a su garganta subía algo que era precisamente sangre, como la que había estado esputando desde la mañana. Su mano devolvió al misionero su amistosa opresión. Luego señaló el panorama donde el río reverberaba y se extendía el verdor del bosque.

—Es doloroso despedirse de todo esto, Padre —dijo—. Pero si a usted le da lo mismo, prefiero no hablar de ello. No tengo miedo, y ¿por qué sentirse desdichado cuando sólo le queda a uno un rato de vida? Haciendo memoria de nuestra vida, ¿resulta muy distante el tiempo en que uno era un muchacho, un chiquillo?

—El tiempo ha pasado rápidamente, en un vuelo.

—Todo parece de ayer mismo, o poco menos.

—Así es, de ayer o poco más.

Kent levantó la cabeza sonriendo de la extraña manera con que hacía tiempo había tocado el corazón del bondadoso misionero.

—Vea usted cómo ven mi situación, Padre. No hay más que un ayer, un hoy y un mañana, por larga que sea nuestra vida. No hay mucha diferencia entre apreciar setenta años o treinta y seis, cuando miramos hacia atrás y no hacia mañana. ¿Cree usted que lo que he declarado salvará a Sandy Mac Trigger?

—Indudablemente. Sus declaraciones han sido tomadas como confesión de muerte.

Al humilde misionero se le notaba cierto nerviosismo, y en cambio Kent no lo tenía.

—Habrás cosas, hijo mío, algunas cosas que usted querrá que se arreglen. ¿Vamos a hablar de ellas?

—¿Qué quiere usted decir...?

—Me refiero a su familia en primer lugar. Recuerdo que en cierta ocasión me dijo que no tenía a nadie. Pero seguramente algún pariente tendrá en alguna parte.

Kent movió la cabeza.

—Ahora no tengo a nadie. Hace diez años que esos bosques que se ven ahí fuera vienen siendo para mí, padre, madre y hogar.

—Pero acaso tenga usted asuntos personales, asuntos cuyo cumplimiento quizá pudiera confiarme a mí.

Se le animó a Kent el rostro y por sus ojos pasó un vislumbre de humorismo, mientras dijo:

—Tiene gracia. Puesto que usted me lo recuerda, no me parece mal hacer mi testamento. Compré unos pedazos de tierra en este país; ahora que por la llegada del ferrocarril han subido, de los setecientos u ochocientos dólares que di por ellos, a unos diez mil, deseo que venda usted las parcelas e invierta el importe en su obra, haciendo cuanto pueda por los indios, pues siempre fueron hermanos míos. Y no pierda el tiempo y prepare los documentos rápidamente para que yo pueda firmarlos aún.

Los ojos del Padre Layonne brillaron suavemente.

—Dios le bendicirá por tan generosa acción, Jaime —exclamó usando el nombre de pila, por el cual le conoció—. Y no dudo que todo se lo perdonará con sólo un poco de ánimo para pedírselo.

—Ya estoy perdonado —replicó Kent mirando hacia la ventana—. Es un sentimiento, es una seguridad.

El alma del humilde misionero rezaba. Sabía que la religión de Kent era distinta de la suya, y que no podía asistirle el sacramento que en otro caso hubiera administrado. Al cabo de un rato se levantó y vio que le miraba el antiguo Kent; era la cara de Kent, toda afeitada, con sus ojos grises, sin miedo de nada, y le miraba con la antigua sonrisa en los labios.

—Tengo que pedirle a usted un gran favor, Padre —dijo—. Si me resta un día de vida, quisiera que no vinieran uno y otro a recordarme que estoy a punto de expirar. Si todavía tengo algún amigo, deseo que entre a verme, y charlaremos y contaremos chistes. Quiero fumar en mi pipa. Agradeceré una buena caja de cigarros, si tiene usted la bondad de enviármela. Cardigan no podrá tener ya inconveniente en ello. ¿Quiere usted complacerme en estas cosas? A usted todos le harán caso; pero antes, ¿tiene la bondad de acercarme la cama un poco más a la ventana?

El Padre Layonne lo hizo silenciosamente. Pero al fin le venció el deseo de dar expresión a los sentimientos de su alma, para decirle que el Señor tendría misericordia de él, y le preguntó:

—Hijo mío, ¿se arrepiente usted de haber matado a Juan Barkley?

—No; no lo siento. Tenía que hacerlo. Y haga el favor de no olvidarse de los cigarros, ¿quiere usted, Padre?

—No he de olvidarme —contestóle el pequeño misionero, y se volvió para salir. Cuando la puerta se abrió para cerrar en seguida, volvieron los ojos de Kent a brillarle de humorismo y se rió entre dientes, aunque sus labios mostraron otra de aquellas manchas de sangre delatorias. Les había jugado a todos una partida. Y lo más gracioso del caso era que nadie en el mundo más que él lo sabría... y acaso otra persona más.

## Capítulo II

Por la ventana del cuarto de Kent se veía la primavera, la magnífica primavera del Norte, y a pesar de sentir el herido la garra de la muerte clavada en su vida, se abismó con la mirada en el paisaje y realizó un viaje a lo largo del que hasta hacía poco fue su mundo.

Se acordaba de que él había sido el que escogió aquella colina que dominaba el puesto y el río, para levantar sobre ella el edificio que el doctor Cardigan llamaba su hospital. Era una casita tosca que estaba sin decorar ni pintar y que olía agradablemente a madera de abeto, pues estaba construida con tablones sin cepillar. Su aroma llevaba en sí la alegría y la esperanza. Sus plateadas paredes, a trechos doradas o negruzcas de brea, salpicadas de nudos, hablaban de una vida gozosa que no podía acabarse nunca; los picamaderos picoteaban aquellos tablones como si formaran todavía parte de la selva, y las rojas ardillas cuchicheaban en el techo, esparciéndose y tamborileando suavemente con sus pies.

«Menguada criatura es el hombre que tenga que morir aquí; dominando todo esto con la mirada», había dicho Kent un año antes, cuando con Cardigan escogió el sitio. «El que pueda pensar en la muerte contemplando este panorama, Cardigan, no tiene derecho a la vida», había añadido riendo.

Y ahora la menguada criatura que contemplaba así la grandeza de aquel mundo era él.

Estaba orientado al Sur y alcanzaba una parte del Este y del Oeste. En ninguna de aquellas direcciones la selva tenía límite. Parecía un dilatado mar de distintos colores, cuyas olas desiguales iban alzándose y cayendo hasta fundirse con el azul del cielo a muchas millas de distancia. Más de una vez había pensado, con el corazón dolorido, en aquellos dos rieles de acero que se aproximaban poco a poco, desde Edmonton, que se hallaban a más de ciento cincuenta millas de distancia. Se le antojaban una profanación, un crimen contra natura al destruir la selva que tanto amaba. En su alma, aquella tierra

había llegado a ser algo más que una selva de abetos, cedros, abedules, bálsamos y chopos, algo más que un mundo desaprovechado, lleno de lagos, ríos y marismas. Era una entidad individual, con personalidad propia. La amaba más que a sus semejantes. Era su divinidad innominada. Se había apoderado de él como no lo hiciera ninguna religión del mundo, y se lo fue asimilando hasta lo más íntimo de su espíritu, descubriéndole poco a poco sus herméticos secretos y misterios, abriendo ante sus ojos, de página en página; el más maravilloso de los libros. Esta sugestión era la que en tales momentos, le rodeaba y se le mostraba brillando al sol, murmurándole, en el leve aliento del aire, haciéndole signos y hablando con él desde todas las lomas; en suma, llenándole de felicidad aun en aquel trance que sabía que era fatal.

Luego sus ojos descendieron hasta el poblado, cuyas casas parecían nidos a lo largo del fulgor del río, a un cuarto de milla de distancia. También aquello había sido selva en los días anteriores a la llegada del ferrocarril. El veneno del mercantilismo se agitaba, pero no había destruido nada. Atabasca Landing era todavía la puerta que se abría y se cerraba ante el inmenso país del Norte. Los edificios eran escasos y estaban desparramados, y todos contruidos de troncos y maderamen tosco. Hasta en aquellos momentos percibía el monótono ruido del aserradero, que iba realizando su obra perezosamente. No lejos de allí flotaba al aire una bandera inglesa, desgastada por la intemperie, sobre un puesto de la Hudson Bay Company, que desde hacía más de cien años había traficado con el Norte. Durante esos cien años el Atabasca Landing latió con el pulso de los corazones de aquellos hombres forzudos, criados en la selva. Por allí pasaron siempre, bogando por el río, o en trineos tirados por perros, los cargamentos preciosos procedentes del Sur, para que el lejano Norte les diera sus inestimables pieles a cambio.

Al mirar ahora Kent todo aquello, observaba la misma actividad desplegada durante un siglo entero. Una flota de chalanas cargadas hasta la borda acababa de zarpar. Después de haber visto cargar las embarcaciones, las vio apartarse suavemente de la orilla, brillantes de sol los largos remos, cantando rudamente las tripulaciones su amada *Chanson des Voyageurs*, al paso que emproaban el Norte, país de sus azares.

Algo subióle a Kent a la garganta, algo que no pudo reprimir, y se deshizo en un grito que más bien fue sollozo. Oyó la canción lejana, libre y errante como la Naturaleza misma, y tuvo impulsos de abrir la ventana y lanzar su postrera voz de despedida, porque aquella brigada, una brigada de la compañía que hacía doscientos cincuenta años venía entonando sus canciones a lo largo de aquellos cauces, partía una vez más hacia el Norte. Sabía muy

bien adónde iban aquellos hombres; al Norte, cada vez más al Norte, cien millas, quinientas millas, mil millas... y luego otras mil, hasta que la última nave llegara con su preciosa carga al punto de desembarco.

Para aquellos delgados hombres de rostro atezado restaban muchos meses de vida despejada y emociones intensas bajo la amplitud de los cielos. Abrumado por la vehemencia de sus deseos, Kent se dejó caer sobre las almohadas y se cubrió los ojos.

En aquellos momentos la imaginación le mostraba la vida y rápidamente las cosas que dentro de poco dejaría para siempre. Al día siguiente o al otro fallecería, aquella brigada continuaría su marcha por el río, los grandes tajos del Atabasca, desafiando el Death Chute («Cascada Mortal»), arriesgándose osadamente por las rocas y las corrientes de la Grand Cascade, los remolinos de la Devil's Mouth («Boca del Infierno»), cruzando el detonante y rugiente hervidero de los dientes de dragón del Black Run («Paso Negro»), y así hasta el fin del Atabasca, hasta el Slave y luego al Mackenzie, para llegar a la última desembocadura, atravesada de rocas, que sorbe el agua de los flujos del océano Ártico. ¡Y él, Jaime Kent, estaría muerto!

Se descubrió los ojos y una débil sonrisa se dibujó en sus labios al mirar otra vez afuera. La brigada estaba compuesta de dieciséis chalanas, y la mayor de ellas sabía que iba capitaneada por Pedro Rossand. Pudo imaginarse que veía la robusta garganta de Pedro, al cantar reciamente, lleno de alegría, pues aquel hombre partía para donde su mujer, a mil millas de allí, le estaba esperando. El río se apoderó rápidamente de las chalanas, y a Kent le pareció, viéndoles marchar, que eran los últimos fugitivos que huían de unos intrusos monstruos de acero. Inconscientemente extendió los brazos y su alma lanzó un vibrante adiós, aunque sus labios permanecieron mudos.

Se alegró, luego, de perderlos de vista y de que la voz de los remeros se desvaneciera en el ámbito. De nuevo oyó el rumor del aserradero y el afelpado pisar de una rojiza ardilla acompañado de su incesante cuchicheo. La selva volvía hacia él. En su cama había un retazo de oro solar. Por la ventana entró una oleada de aire, saturada de fragancias de bálsamo y cedro, y cuando se abrió la puerta y penetró Cardigan en la estancia, éste se encontró con la mirada del Kent de antes.

No se advertía cambio alguno en las palabras ni en la actitud de Cardigan al saludarle. Pero no podía disimular la contracción de sus facciones. Traía la pipa y tabaco para Kent. Los colocó encima de una mesa, y auscultó antes que nada el corazón de Kent, escuchando lo que él llamaba el *bruit*, el ruidillo producido por la sangre al pasar por la dilatación del aneurisma.

—Yo mismo creo oírlo de vez en cuando —díjole Kent—. Estoy peor, ¿verdad?

Cardigan asintió con un movimiento de cabeza y observó:

—Fumando acelerará el fin. Ahora bien, si usted quiere...

Kent alargó el brazo para coger la pipa y el tabaco diciendo:

—Vale la pena. Gracias, amigo.

Kent la llenó, y Cardigan encendió una cerilla. Hacía dos semanas que no salía una nube de humo de entre los labios de Kent.

—La brigada ha partido para el Norte —comentó.

—Casi todo el flete es para el río Mackenzie —agregó Cardigan—. ¡Largo viaje!

—El más hermoso que se hace en el país. Hace tres años, O'Connor y yo lo hicimos en una nave de Follete. —¿Se acuerda de Follete y de Ladouceur? Los dos querían a la misma muchacha, y siendo buenos amigos decidieron resolver la cuestión echándose a nado a la Death Chute («Cascada Mortal»). El que la atravesara antes sería el preferido. ¡Por Dios, Cardigan, qué cosas más raras pasan! Follete ganó, pero murió a consecuencia de una herida que se hizo en la cabeza, dando contra una roca al pasar la prueba. Y ésta es la hora en que Ladouceur no se ha casado todavía con aquella mujer, porque dice que Follete le ganó, y que el fantasma de Follete le perseguiría si no le guardaba lealtad. Es una rareza...

Cortó su palabra y se puso a escuchar. En el vestíbulo sonaban unos pasos inequívocos.

—Ése es O'Connor —dijo.

Cardigan fue a la puerta y abrió en el momento en que O'Connor iba a llamar. Se cerró la puerta y quedó solo en la habitación el sargento mayor con Kent. En una de sus enormes manos llevaba una caja de cigarros. En la otra, un manojo de frescas flores rojas.

—El Padre Layonne me puso esto en las manos cuando me vio subir —dijo colocándolo todo encima de la mesa—. Y yo..., yo estoy quebrantando las ordenanzas, para venir a decirte una cosa, Jaime. Nunca te llamé mentiroso, pero ahora te lo tengo que llamar.

Al expresarse así, oprimía las manos de Kent con una fuerza de amistad que a nada podía ceder. Kent se estremeció, pero en el fondo se alegraba, pues había temido que O'Connor y Kedsty tuvieran forzosamente que volverse contra él. De pronto notó algo extraño en los ojos y en la cara de O'Connor.

El sargento mayor difícilmente se alteraba, pero en aquella ocasión estaba visiblemente trastornado.

—No sé lo que pensarían los demás cuando hiciste aquella confesión, Kent. Acaso mi penetración fuera más aguda que la de ellos, porque aprendí a tu lado durante un año y medio de actuación. Mentiste. ¿Qué es lo que te propones?

Kent objetó sordamente:

—¿Pero tengo que volver a lo mismo?

O'Connor dio unas vueltas a recios troncos por la habitación. Kent le había visto en aquella actitud algunas veces, cuando le preocupaban graves problemas.

Luego insistió:

—Tú no mataste a Juan Barkley. Yo no lo creo; el inspector Kedsty tampoco. Sin embargo, lo paradójico del caso es que...

—¿Qué?

—Que Kedsty está obrando en consecuencia de tu confesión a toda prisa. No creo que al hacerlo así obre exactamente como las ordenanzas mandan; pero lo hace. Y yo quiero saber (nunca tuve un deseo tan vehemente) si tú mataste a Barkley.

—O'Connor, si no crees las palabras de un moribundo, poco respeto debes de tener a la muerte.

—Ésa es la teoría en que se apoya la Ley, pero no siempre es humana. En resumen, ¿fuiste tú?

—Sí.

O'Connor se sentó y con las uñas abrió la caja de cigarros.

—Con tu permiso, te acompañaré fumando. No puedo por menos —dijo—. Estoy fuera de mí con la sorpresa de esta mañana. ¿Me dejas que te hable de aquella muchacha?

—¡De aquella muchacha! —exclamó Kent incorporándose más, con los ojos clavados en O'Connor.

La mirada del sargento mayor O'Connor estaba fija en sus ojos con interrogante firmeza.

—Veo que no la conoces —dijo encendiendo el cigarro—. Yo tampoco. Es la primera vez que la veo. Por eso no sé qué pensar del inspector Kedsty. Te digo que es paradójico. No te creyó esta mañana, y sin embargo estaba nerviosísimo. Quiso que fuese con él a su casa. Las venas de su cuello aparecían tan gruesas como mi dedo meñique. Súbito cambio de parecer y dijo que convenía ir a la oficina. Salimos, pues, y tomamos el camino que cruza el bosquecillo de álamos. Entonces pasó la cosa. No soy hombre experto en estos asuntos, Kent, y sería loco pretender decirte cómo era aquella



muchacha. Pero allí estaba, en el camino, a diez pasos de nosotros, y me dejó inmóvil, como si me hubiera disparado un tiro. También dejó parado a Kedsty. Éste moduló una especie de ronquido, un raro sonido, como si le hubieran dado un golpe. No podría darte detalles de cómo vestía la joven, pues nunca vi rostro ni ojos ni cabellos como los suyos, y sólo reparé en ellos con la fijeza del hipnotizado. No pareció advertir mi presencia, como si yo fuera de tenue aire, espíritu invisible.

Miró a Kedsty y mantuvo fija en él la mirada, y así pasó por nuestro lado. No despegó los labios. Pasó tan cerca de mí que pude haberla tocado con la mano, y sólo entonces dejó de mirar a Kedsty para mirarme a mí. Y luego yo pensé que habíamos sido un par de bobos quedándonos inmóviles como si nunca hubiéramos visto una mujer hermosa. Iba a hacerle esta observación al jefe, cuando...

O'Connor rompió en dos, nerviosamente, con los dientes su cigarro al acercarse al lecho para agregar:

—Te aseguro, Kent, que Kedsty estaba más blanco que el yeso. No circulaba una gota de sangre por las venas, de su cara, y continuó mirando fijamente, como si la mujer estuviera todavía delante. Dio otro leve ronquido, como una risa que no fuera risa, como si algo le ahogase. Y luego me dijo: «Sargento, se me ha olvidado algo muy importante. Tengo que volver a ver al doctor Cardigan, Le doy permiso para ordenar la libertad de Mac Trigger ahora mismo».

O'Connor hizo una pausa, como si esperase que Kent le hiciera alguna demostración de incredulidad. Viendo que no era así, le preguntó:

—¿Es eso cumplir el código penal...? ¿Qué te parece, Kent?

—No, por cierto. Pero emanando la orden de la superioridad, es ya ley.

—Y yo la he cumplido —dijo roncamente el sargento mayor—. ¡Ah, si hubieras visto a Mac Trigger! Cuando le dije que estaba en libertad y que su celda estaba abierta, salió tanteando como ciego. Y no quería ir más que a la oficina del inspector. Dijo que le esperaba allí.

—¿Y Kedsty? —interrogó Kent.

O'Connor saltó de la silla y comenzó a dar zancadas paseando de un lado a otro.

—Kedsty se fue en pos de la muchacha —dijo súbitamente—. No puede haber hecho otra cosa. Lo de Cardigan fue mentira. Y no habría misterio alguno en todo esto, a no tener él sesenta años y no llegar ella a los veinte. Ella es en verdad hermosa. Pero no fue su belleza lo que le hizo empalidecer al encontrarla en el sendero. Te aseguro que no. Te digo que envejeció diez

años en otros tantos segundos. Algo había en los ojos de la mujer que le aterró más que un arma que le apuntara, y lo primero que se le ocurrió al verlos fue lo de Mac Trigger, el hombre a quien has salvado de la horca. Es desconcertante, Kent. Lo que está pasando es desconcertante. Pero lo más desconcertante de todo es tu confesión.

A lo que Kent asintió:

—Sí, es verdaderamente chocante. Eso mismo estoy diciéndome desde hace rato para mi capote. Ya ves, una cosa tan diminuta como una bala lo ha cambiado todo. Porque si el proyectil no me hubiese alcanzado, te aseguro que no hubiera hecho tal confesión, y un hombre inocente habría sido ahorcado. Tal como es, Kedsty estará asombrado, descorazonado. Yo soy el primero que mancha el honor del más bizarro cuerpo policíaco que haya en la tierra, y precisamente pertenezco a la división de Kedsty. Es muy natural que el hombre esté fuera de sí. Y por lo que hace a esa muchacha...

Se encogió de hombros y se esforzó por reír.

—Puede tratarse de una joven venida esta mañana en una de las chalanas que subieron el río y estaría sencillamente paseándose un rato.

Y después de sugerir esta idea, observó:

—¿No has notado tú alguna vez que una cara expuesta a la luz filtrada por los álamos adquiere expresiones cadavéricas?

—Si, lo he notado cuando los árboles están llenos de hojas, pero no cuando apenas comienzan a verdear, Jaime. No era cosa de la luz, sino de la mujer. La expresión de los ojos de la muchacha conmovió todo su sistema nervioso. Y sus primeras palabras fueron para decirme que diera libertad a Mac Trigger y para engañarme pretextando que volvería a ver a Cardigan. ¡Y no sé lo que pensarías si hubieras visto aquellos mismos ojos cuando se volvieron luego a mí! Eran azules, de un azul amoratado de violeta; pero despedían fuego. Puede uno imaginarse unos ojos negros con aquella expresión, pero nunca azules. Kedsty se quedó sencillamente pasmado al verlos. Y existía una razón, estoy seguro, que le llevó al pensamiento, con la rapidez del rayo, el hombre encarcelado.

A lo cual comentó Kent:

—Ahora que me dejas de lado, comienza a interesarme la cosa. Se trata de alguna relación existente entre esa muchacha rubia y...

—No es rubia. Además no te excluyo de la cuestión —interrumpióle O'Connor—. Nunca vi mayor negrura que la de su cabello. Era espléndido. Si vieras a esa muchacha una sola vez, no la olvidarías en la vida. No ha estado hasta ahora nunca en Atabasca Landing ni en sus cercanías. De haber sido así

hubiéramos tenido, sin duda, noticias de ella. Debió de venir con una finalidad concreta; creo que esta finalidad se cumplió cuando Kedsty me ordenó que libertara a Mac Trigger.

—Es posible, es probable —asintió Kent—. Siempre te tuve por el más sagaz de los investigadores del cuerpo policíaco, Bucky. Lo que no veo es mi intervención en todo eso.

O'Connor sonrió con gesto ceñudo.

—¿Ah, no? Entonces yo debo de ser ciego y tonto, y estaré un poco excitado. Pero se me antoja que el inspector Kedsty, en cuanto puso sus ojos en los de aquella mujer, demostró demasiada ansiedad en libertar a Mac Trigger, para condenarte a ti en su lugar. Demasiada ansiedad, Kent.

La ironía que la cosa encerraba hizo sonreír agriamente a Kent, el cual pidió por señas que le acercaran los cigarros.

—Voy a probar uno de éstos en pipa —dijo rompiendo con los dientes la punta de un puro—. Tú olvidas, querido Bucky, que a mí no me ahorcan, porque Cardigan me concede la vida sólo hasta mañana por la noche. A lo sumo hasta pasado mañana. ¿Has visto partir la flota de Rossand para el Norte? ¡Me ha evocado recuerdos de hace tres años!

O'Connor volvió a estrechar la mano de Kent. Aquella frialdad penetró hasta el corazón del sargento mayor. Se levantó y miró por la parte alta de la ventana, de manera que Kent no pudiera ver el latido de su garganta. Luego se dirigió a la puerta.

—Mañana volveré a verte —dijo—. Y si descubro algo más acerca de la muchacha, te daré cuenta de ello.

Quiso reír, pero la voz le temblaba y se le frustraban sus esfuerzos por simular buen humor.

Kent escuchó sus recias pisadas hasta que se perdieron abajo, en el vestíbulo.

## Capítulo III

Otra vez el mundo apareció a sus ojos, aquel mundo que se extendía al pie de su ventana abierta. Pero no bien O'Connor hubo salido, todo comenzó a cambiar y, no obstante su propósito de mantenerse impassible, Kent sintió que con aquel cambio se apoderaba de él una impresión opresiva y enervante. Rápidamente el oleaje formado por la espesura de la selva fue cambiando sus tonalidades en un oscuro color, propio del acercamiento de una tormenta. La alegría de las colinas y los riscos se desvaneció. Lo que había sido brillo en los abetos, cedros y bálsamos, se volvía sombría negrura. El relumbre áureo de los abedules y los álamos se esfumaba en una vaguedad gris e inanimada, casi invisible. Un denso y profundo nublado se extendió como un velo por encima del río, que sólo poco antes reflejara la gloria del sol, exaltada en el rostro de los atezados hombres de la brigada de la Compañía. Y con el nublado llegó, acercándose rápidamente, el fragor distante de los truenos.

Por primera vez, después de la excitación mental de su confesión, Kent sintió una abrumadora soledad. Todavía no le asustaba la muerte, pero una buena parte de su filosofía le había abandonado. Al fin y al cabo, es cosa mal llevadera morir tan solo. La opresión del pecho se le hacía más sensible que dos horas antes, y se le antojaba tremenda la idea de que la terrible lesión «estallara» cuando no brillase el sol. Quería que volviera O'Connor. Quería llamar a Cardigan. Hubiera recibido con una expresión de alegría al Padre Layonne. Y sobre todo, en aquellos momentos de angustia, hubiera querido tener a su lado una mujer. Al paso que la tormenta acrecía y se acercaba pesadamente, cubriendo de desolación la tierra, a él le mostraba grandes espacios, sobre los que su imaginación tendió puentes retrospectivos, y de pronto vislumbró lo que hubiera podido ser.

Vio, de una manera que nunca hubiera sospechado, el inmenso abismo que hay entre el desamparo y la salvaje y brutal libertad del hombre; y su alma clamaba, no ansiosa de aventuras y de selvática energía vital, sino

deseando la compañía de una criatura más débil que él, esa criatura que en el suave tacto de las manos tiene todo el poder de la humanidad.

Luchaba consigo mismo. Se acordaba de que el doctor Cardigan le había dicho que tendría momentos de gran depresión; y se esforzaba por librarse de aquella garra que le oprimía. Tenía a su alcance el botón de un timbre, pero no quiso oprimirlo porque se daba cuenta de su cobardía. Se le había apagado el cigarro y lo volvió a encender. Se esforzó en llevar su pensamiento al asunto de O'Connor, la misteriosa muchacha y Kedsty. Procuraba representarse a Mac Trigger, el hombre a quien había salvado de las manos del verdugo, y que debía de estar esperando a Kedsty en la oficina del cuartel. Reprodujo mentalmente la imagen de aquella joven, tal como O'Connor se la describiera, con la cabeza negra y los ojos azules. Y en aquel momento la tormenta estalló. Se desató un diluvio, y apenas comenzó a caer el agua, Cardigan entró precipitadamente a cerrar la ventana. Permaneció allí una media hora, y luego el joven Mercer, uno de sus dos practicantes, entraba de cuando en cuando. A última hora de la tarde volvió el Padre Layonne con los papeles a punto para la firma de Kent. Le hizo compañía hasta el ocaso, y luego entró Mercer con la cena.

Hasta eso de las diez observó con sorpresa que el doctor Cardigan ejercía sobre él una vigilancia desusada. A menudo le auscultaba con el estetoscopio, y cuando Kent le hizo la pregunta que dominaba su pensamiento, Cardigan le contestó moviendo la cabeza:

—No va peor, Kent. Creo que pasaremos la noche sin novedad.

A pesar de tal afirmación, Kent veía evidentemente en la actitud de Cardigan una ansiedad distinta de la que mostró en las primeras horas de aquel día. Su pensamiento era contundente. Creía que Cardigan le doraba la píldora con una mentira profesional.

No tenía ganas de dormir. Bajaron la luz y abrieron la ventana nuevamente, porque la noche estaba despejada. Nunca respiró tan a gusto como entonces al aspirar el aire que penetraba por la ventana. La campanilla de su reloj daba las once cuando se oyó a través del vestíbulo cerrarse por última vez la puerta de Cardigan. Después todo permaneció en silencio. Se acercó a la ventana, hasta que, inclinándose, pudo apoyarse parcialmente en el alféizar. Le gustaba la noche. Nunca dejó de ejercer una poderosa fascinación en su ánimo el misterio, el atractivo de esas horas tranquilas de sombra en que todo el mundo duerme. La noche y él eran buenos amigos. Él le había descubierto muchos de sus secretos. Mil veces había paseado de la mano del espíritu nocturno, acercándose cada vez más a su corazón, dominando su

vida, sus sonidos, las rumorosas lenguas de «ese otro lado de la vida» que se alza silenciosamente, como temeroso de vivir y alentar mucho después de la muerte del sol. Para Kent, la noche era más maravillosa que el día.

Y aquélla en que se asomó a su ventana era una noche espléndida. La tormenta había purificado la atmósfera entre el firmamento y la tierra, y parecía que las estrellas se habían acercado a la selva, brillando en doradas constelaciones. La luna comenzó tarde su ascensión, y él contempló su rubicundo fulgor mientras discurría sobre la selva, como una espléndida reina que entrara en una corte de antemano preparada por satélites menores. Kent ya no sentía opresión ni miedo. Respiró más profundamente que antes, a pleno pulmón, el aire de la noche, y parecía que iba cobrando poco a poco fuerzas. Tenía la mirada muy alerta y el oído muy atento. La ciudad dormía; pero unas pocas luces brillaban débilmente a una y otra orilla del río, y de vez en cuando se levantaba un lento sonido: el golpe de una cadena de las chalanas, el ladrido de un perro, el canto de un gallo. A pesar suyo, Kent se sonreía. El gallo del viejo Duperow era un pájaro tonto, que siempre cantaba hasta enronquecer a la luz de la luna. Enfrente, no muy lejos, había dos blancos troncos de abeto, destrozados por un rayo, que se alzaban en la noche como dos fantasmas. En uno de ellos había anidado una pareja de mochuelos, y Kent escuchaba las notas de su raro cuchicheo de luna de miel, y el rumor de sus alas, cuando iban y venían, jugando cerca de la ventana. Luego oyó el agudo chascar de sus picos. Algún enemigo rondaba, y ellos daban su señal de alarma. Le pareció percibir pasos. Pronto los pasos se oyeron distintamente. Alguien se acercaba a su ventana desde el extremo del edificio. Se inclinó un poco más sobre el alféizar, y se encontró de frente con la cara de O'Connor.

—¡Maldito pisar el mío! —gruñó el sargento mayor—. ¿Dormías, Kent?

—Estaba tan despierto como esos mochuelos —afirmó éste.

O'Connor se aproximó a la ventana.

—Vi la luz y creí que estabas despierto —dijo—. Quise asegurarme de que Cardigan no estaba contigo. No quiero que él sepa que estoy aquí... Y... si no te importa... ¡apaga la luz! Kedsty está despierto también... tan despierto como los mochuelos.

Kent sacó una mano. La habitación estaba a oscuras y únicamente recibía la claridad de la luna y las estrellas. La figura de O'Connor hurtaba en parte esta claridad, Tenía el rostro medio iluminado.

—Es un crimen venir a verte de esta manera —dijo hablando siempre en un murmullo pero no tenía más remedio. Es la única ocasión de hablarte que me resta. Aquí sucede algo que no está bien. Kedsty me aparta de su lado

porque yo estaba con él cuando el encuentro de la muchacha en el bosquecillo de álamos. Se me ha destinado con una misión especial a Fort Simpson, ¡dos mil millas por el río, casi nada! Esto significa seis meses o un año de ausencia. Salimos en la lancha de motor al alba para alcanzar la expedición de Rossand; así es que he tenido que aprovechar esta ocasión para verte. Vacilé hasta que me pareció ver algún movimiento en tu cuarto.

—Me alegra que hayas venido —dijo efusivamente Kent—. ¡Y bien sabe Díos que te acompañaría con mucho gusto, Bucky! Si no fuera por esta cosa que tengo en el pecho amenazando estallar...

—Yo no quisiera irme —interrumpió O'Connor en voz baja—. Si tú estuvieras bien, no ocurrirían ciertas cosas. Algo sumamente extraño le pasa a Kedsty desde esta mañana. No es el Kedsty que conociste ayer ni el de diez años a esta parte. Se halla en un verdadero estado de nerviosidad, y mucho me equivoco si no está en continua vigilancia, como si hubiera de aparecérselo alguien. Además, me teme a mí. Estoy seguro de ello. Me teme porque le vi demudarse cuando le miró aquella mujer. Fort Simpson no es más que un marco donde encajarme durante algún tiempo. Procuró suavizar la cosa prometiéndome para dentro de un año un cargo de inspector. Me lo dijo un momento antes de la tormenta. Después...

O'Connor se volvió para mirar a la luna un momento y agregó:

—Después he seguido silenciosamente la pista de la joven y de Mac Trigger. Pero han desaparecido, Kent. Supongo que Mac Trigger se habrá internado en la selva. Pero la mujer es quien me intriga. He preguntado a todos los barqueros del embarcadero, he indagado en todas partes adonde ha podido ir para comer o para alojarse, y hasta he sobornado al viejo guía Mooie para buscar por los bosques inmediatos, y lo más sorprendente no es su desaparición, sino que ni un alma la haya visto en Atabasca. Es increíble, ¿verdad? Entonces se me ha presentado la gran incógnita. Tú sabes lo acostumbrado que estoy a resolver contigo grandes incógnitas. Pues ésta me sorprende de una manera extraordinaria. Creo saber dónde se encuentra aquella mujer... Olvidándose Kent de la inminencia de su suerte, participó vivamente en el descubrimiento del misterio que preocupaba a O'Connor. Comenzó a vislumbrar la situación. Más de una vez habían aclarado juntos enigmas semejantes, y el sargento mayor vio en los ojos de Kent su antigua y, afanosa lumbre. Éste sonreía entregado al placer del juego de «cazar hombres», y dijo:

—Kedsty es soltero e ingenuo. Pero le gusta la vida del hogar...

—Y se ha hecho construir una casita de campo de madera algo apartada de la ciudad añadió O'Connor.

—Y el chino que hace las veces de cocinero y de ama de llaves está ausente.

—Y la casita está cerrada, o al menos lo parece.

—Menos de noche, cuando Kedsty va a dormir.

La mano de O'Connor oprimió la de Kent, y exclamó:

—Jaime, nunca tuvimos en la «División N.» émulos que nos aventajaran. ¡La muchacha desconocida está escondida en la casa de Kedsty!

—Pero ¿por qué escondida? No ha cometido delito alguno.

O'Connor permaneció unos minutos en silencio. Kent percibía el ruido de sus dedos llenando su pipa.

—Ésa es precisamente la gran incógnita. Se ha convertido en mi obsesión, y no puedo librarme de ella. Ese porqué...

Encendió una cerilla amparándola en el hueco de sus manos, y Kent le vio la cara. Las líneas de su rostro, muy acusadas, traslucían algo más que incertidumbre. Luego prosiguió:

—Verás: cuando te dejé a ti, me volví a la alameda y encontré las huellas de la muchacha. Se fue por otro camino, y en algunos sitios las huellas eran muy claras.

Y agregó:

—Calzaba zapato de tacón alto, esos zapatitos afrancesados, y afirmarí­a que sus pies no pueden ser mucho mayores que los de un niño. Di con el sitio donde Kedsty la alcanzó. El sitio estaba bastante pisado. Él regresó bajo los álamos, y ella siguió por el otro lado hasta la linde de los abetos. Allí perdí su rastro. A través de este bosque podía llegar a la casita de Kedsty sin ser vista. Debe de ser difícil ir por allí con unos zapatos que no exceden en mucho de la mitad de mi mano y cuyos tacones tienen lo menos dos pulgadas de altura. Me extraña que no calce zapatos de bosque o mocasines.

—Porque vino del Sur, y no del Norte —observó Kent—. Acaso proceda de Edmonton.

—Eso es. Y Kedsty no la esperaba, ¿verdad? De lo contrario, no se hubiera estremecido de la cabeza a los pies al verla. Por eso la gran incógnita no me deja en paz, Kent. Desde que la vio, se volvió otro hombre. Su actitud para contigo cambió al instante. Si pudiera salvarte con sólo levantar el dedo meñique, no lo haría, sencillamente porque necesita una excusa por haber dado libertad a Mac Trigger. Tu confesión vino precisamente en el momento necesario. El mudo mandato de la muchacha aparecida en la alameda quería



decir que se libertara a Mac Trigger, y ello venía reforzado por una amenaza que Kedsty comprendió al sentirse asustado hasta la medula. Mac Trigger ha debido verle luego, pues le esperó en la oficina. No sé lo que entre ellos pasó. El agente Doyle dice que estuvieron juntos una media hora. Después de lo cual Mac Trigger salió del cuartel y no se le ha vuelto a ver. Es extraordinariamente raro. Todas las circunstancias son extrañas. Pero lo más desconcertante es esta súbita orden de trasladarme a Fort Simpson.

Kent se dejó caer sobre las almohadas. El aliento se le quebraba con una ligera tos intercadente. Al resplandor estelar, O'Connor vio su rostro repentinamente demacrado y con evidentes muestras de cansancio; y se inclinó mucho hacia dentro hasta coger con entrambas manos una de las de Kent.

—Te estoy fatigando, Jaime —dijo roncamente Adiós, camarada. Ahora, yo...— Titubeó un momento y en seguida se decidió por decirle una mentira con gran seguridad —ahora yo me voy a dar una vuelta por la casa de Kedsty. No estaré más de media hora, y en seguida vuelvo. Si estuvieras dormido...

—No he de dormirme —dijo Kent. Las manos de O'Connor le oprimieron con más fuerza.

—¡Adiós, Jaime!

—¡Adiós!

Y luego, cuando los pasos de O'Connor se internaban en la noche, éste percibió débilmente la voz de Kent que le decía:

—Mi espíritu te acompañará en esa larga expedición, Bucky. Ve, siempre muy alerta..., muy alerta.

La respuesta de O'Connor fue un sollozo, un sollozo que subió a su garganta con la fuerza de un puñetazo, que le demudó y le arrancó unas lágrimas ardientes que velaron para él la claridad de la luna y las estrellas. Y no se encaminó a la casa de Kedsty, sino que se dirigió tristemente al río, pues sabía que Kent comprendió su piadosa mentira, y que se habían dado el último adiós.

## Capítulo IV

Después de la despedida de O'Connor, tardó mucho Kent en quedarse por fin dormido. Fue un duermevela agravado por la agitación de un cerebro que luchaba a más no poder contra su agotamiento y fin inevitable. Parecía que un extraño espíritu impelía a Kent hacia sus años pasados, hasta los días de su infancia, saltando de cima en cima, mostrándole dulces y fugaces visiones de paisajes que tenía casi olvidados, sucesos y cosas hacía tiempo esfumados y desvanecidos en su memoria. Sus sueños se llenaban vívidamente de fantasmas, espectros que se iban transformando, al paso que su espíritu se acercaba a ellos, hasta rebosar de vida y palpitar con la sangre encendida de la realidad. Se convertía otra vez en niño y jugaba a la taba, como en otro tiempo, delante de la casita de ladrillos rojos, donde estaba la escuela, a media milla de la granja donde él había nacido y donde su madre murió.

Y Skinny Hill era su compañero de juego; el querido Skinny, que tenía un descaradillo gesto de sonrisa y un aliento que olía siempre a las más delicadas cebollas criadas en tierras de Ohio. Al mediodía cambiaba algunos pepinillos que su madre ponía en conserva, por algunas cebollas de Skinny: dos cebollas por un pepino, precio fijo. Y jugaba a los naipes con su madre, y juntos se iban a coger bayas negras al bosque; allí volvió a matar mentalmente a una culebra que hacía más de veinte años aplastara, mientras su madre huía chillando y acababa por sentarse y llorar.

Había tenido una verdadera adoración por su madre, y el espíritu de los sueños no le permitía, bajar los ojos al valle donde estaba enterrada junto a su padre, bajo una blanca losa, en el cementerio de su pueblo, que estaba a mil millas de distancia. Pero le producía la impresión retrospectiva de los días en que iba a la escuela... y por último le sugirió la vida del Norte, de la tierra del Norte que tanto amaba.

Durante unas horas la región desierta fue un ambiente denso para Kent, que se movía intranquilo, que de vez en cuando parecía que iba a despertar,

pero volvió a sumirse en aquel ramaje soñoliento de la selva. Se veía en marcha en el frío y gris comienzo del invierno; el resplandor de su hoguera de campaña ponía un glorioso halo rojo en el corazón de la noche, y a su lado, junto al resplandor, estaba sentado O'Connor. Tan pronto se imaginaba guiando los perros de su trineo, desafiando las tormentas, como navegando en su canoa sobre misteriosas y tenebrosas corrientes. Ya se encontraba en el Gran Río, en compañía de O'Connor otra vez... y cogía una luciente escopeta, y tanto él como su compañero, sometidos a la dura prueba, tenían que hacer frente a la ira sanguinaria de Mac Caw y de los otros aventureros. El estampido de las armas casi le despertó, y a esto siguieron cosas agradables: el susurro del viento en las copas de los abetos, la canción de los ríos hinchidos en primavera, la algarabía de los pájaros, los gratos aromas de las floraciones, el gozo de la vida, tal como lo habían saboreado él y O'Connor. Finalmente, entre dormido y despierto, comenzó a luchar contra una opresión asfixiante que ceñía su pecho. Era algo que le aplastaba y torturaba como el árbol que en cierta ocasión se le cayó encima en tierras de Jackfish, y se sintió poco a poco sumido en las sombras... Mas, de súbito apareció un rayo de luz. Abrió los ojos. El sol inundaba de claridad la ventana, y el peso que le oprimía el pecho no era otra cosa que la suave presión del estetoscopio de Cardigan.

A pesar del mal estado físico en que se hallaba y de la agitación imaginativa que le poseía, Kent se despertó tan suavemente que Cardigan, no lo advirtió hasta que le levanto la cabeza. Había algo en su rostro que quiso ocultar, pero Kent lo sorprendió fácil y prontamente. Eran unas oscuras ojeras de desvelo: Estaba un poco fatigado, como quien ha pasado una noche sin dormir, Kent se incorporó guiñando los ojos, porque el sol le hería, y pidiendo perdón con una sonrisa. Había dormido hasta muy entrada la mañana, y...

Al pronto hizo un gesto de agudo dolor. Una oleada de algo ardiente inundó su pecho. Fue como una cuchillada. Abrió la boca para respirar fuerte. La presión de su pecho no era ya la que le causara el estetoscopio. Era un ahogo de verdad.

Cardigan, que estaba de pie a su lado; procuraba mostrarse animado y dijo:

—Estuvo demasiado al aire anoche Pero esto pasará pronto, muy pronto.

Parecióle a Kent, que Cardigan daba insensiblemente gran importancia a la palabra «pronto», pero no le preguntó nada. Estaba seguro de haber entendido que quería decir, y comprendía lo doloroso que sería para Cardigan tener que aclararle la cosa. Sacó de debajo de la almohada el reloj. Eran las

nueve. Cardigan, se movía nervioso, arreglando los objetos que había encima de la mesa y graduando la sombra con los postigos. Estuvo un momento inmóvil de espaldas a Kent. Por fin se volvió y dijo:

—¿Qué prefiere, Kent, lavarse y almorzar, o recibir una visita?

—No tengo ganas ni estoy para agua y jabón. ¿Quién es el visitante, el Padre Layonne o... Kedsty?

—Ni uno ni otro, sino una dama.

—¡Entonces venga agua y jabón! ¿Quién es? ¿Quiere decirme?

Cardigan movió la cabeza.

—No lo sé. Llegó esta mañana cuando todavía estaba yo en pijama, y ha estado esperando hasta ahora. Le dije que volviera, pero insistió en esperar hasta que despertaras. Ha tenido la paciencia de no moverse durante dos horas.

—¿Es una mujer joven? —preguntó ansiosamente—. ¿Tiene un magnífico cabello y los ojos azules, y trae zapatos de tacón alto, menudo, gracioso y muy bello?

—Ni más ni menos —afirmó Cardigan—. Me fijé hasta en los zapatos, Jaime. Es una bellísima mujer.

—Haga el favor, pues, de hacerla pasar —dijo Kent. Mercer me hizo lavarme anoche y estoy presentable, Esa dama excusará que la reciba con un poco de barba. Pero ¿cómo se llama?

—Se lo pregunté, mas hizo como que no oía. Un poco después, Mercer volvió a preguntárselo, y ella le miró por toda contestación, dejándole helado. Se entretiene leyendo un volumen mío de Vidas de Plutarco, ¡y lo lee de veras! Lo deduzco por la manera que tiene de pasar las páginas.

Kent se incorporó un poco más sobre las almohadas y miró hacia la puerta al salir Cardigan. Como un relámpago acudióle a la mente todo lo que O'Connor le había contado: la joven, Kedsty, el misterio que los envolvía. ¿Para qué iría a verle? ¿Cuál sería la causa de tal visita, como no fuera su agradecimiento por la confesión que devolvió la libertad a Mac Trigger? O'Connor estaba en lo cierto. Ella tenía mucho que ver con Mac Trigger, y ahora iba a dar las gracias a Kent. Aguzó el oído. Sonaron unos distantes pasos en el vestíbulo, Aquellos pies se acercaron rápidamente y se detuvieron junto a la puerta, antes de abrir. Se movió el pomo, pero no, se abrió la puerta en seguida. Oyó la voz de Cardigan; luego sus pasos que se alejaban. Le golpeaba el corazón. No recordaba haber estado nunca tan excitado por una cosa sin importancia.

## Capítulo V

El picaporte se movió lentamente, y al mismo tiempo sonó un golpecito en la puerta. Miró fijamente hacia aquel lado. La mujer entró y cerró luego. La figura pintada por O'Connor estaba en carne y hueso de pie delante de él. Sus ojos se encontraron. Los de la joven eran como espléndidas violetas, de acuerdo con la afirmación de O'Connor, pero distaban de ser los ojos que esperaba. Eran como los de los niños, abiertos por la curiosidad. Los había imaginado abismos de ensoñadora luz, tal era la impresión que había recibido de O'Connor, y eran todo lo contrario. La emoción que revelaban no era más que la emoción que despierta una interrogante y abrumadora curiosidad. Parecía que le miraban aquellas pupilas, no como a un ser que se está despidiendo del mundo, sino como a una criatura enormemente interesante. En vez de revelar la gratitud que él esperaba, se mostraban llenos de preguntas y de pasmo, y no se notaba en ellos la menor sombra de turbación. Estuvo un rato Kent sin darse cuenta de nada más que de aquellos ojos desapasionados que le contemplaban. Luego fue observando la figura entera: el maravilloso cabello, la blancura del rostro exquisito, la esbeltez y hermosura del cuerpo de aquella mujer que permaneció de espaldas a la puerta, sin retirar la mano del pomo. Jamás había visto, quien la igualara. Hubiera dicho que tenía de dieciocho a veintidós años. Su cabello, desparramado sobre los hombros en brillantes y aterciopelados rizos, le sorprendió, como sorprendiera a O'Connor, de una manera increíble. Lo pomposo de aquel cabello ensortijado la hacía parecer alta sin serlo, y a esa sensación contribuía su esbeltez.

Y luego aumentó grandemente su turbación cuando le miró los pies. En efecto, O'Connor también estuvo en lo cierto al hablar de sus menudos pies, estuchados en zapatos de tacón alto, de tobillos encantadoramente torneados, que se mostraban bajo unas faldas de paño velloso oscuro.

Dándose cuenta de su actitud, se puso colorado. A los labios de la mujer se asomó el más suave temblor de su sonrisa. Luego bajó los ojos, y Kent vio lo que le había dicho O'Connor: una cabellera en donde el sol prendía llamas de ensueño.

Antes de que él acertara a desplegar los labios, ella tomó asiento en la silla que había junto a la cabecera.

—He esperado mucho rato para verle —dijo—. ¿No es usted Jaime Kent?

—El mismo. Siento que el doctor Cardigan la haya hecho esperar. Si yo lo hubiera sabido...

Volvió a contenerse y sonrió a la joven visitante. Se fijó en la sorprendente largura de sus oscuras pestañas; pero los ojos que se amparaban en ellos no le sonreían. La serenidad con que miraban era desconcertante. Parecía que ella no comprendía aún qué clase de hombre era aquél, y estaba tratando de clasificarle en su museo de cosas conocidas.

—Debió haberme despertado —añadió Kent, procurando no deslizarse más en sus palabras—. No es correcto tener a una mujer joven esperando dos horas.

Y al decir esto le pareció advertir en aquellos ojos que su sonrisa era un gesto que reprimía con cierta emoción.

—Sí; usted es distinto —dijo quedamente, como hablando consigo misma—. Esto es lo, que venía a ver: usted es distinto de los otros. ¿Se va usted a morir?

—¡Dios mío!, ¡vaya si me muero! —exclamó Kent—. De acuerdo con el doctor Cardigan, tendría que expirar ahora mismo. ¿No le inquieta estar tan cerca de una persona que está a punto de estallar, mientras usted la mira?

Por fin los ojos de la mujer cambiaron. No estaba de frente a la ventana Y, sin embargo, una lumbre como la del sol ardió en sus pupilas, dulce y claramente, casi en una sonrisa.

—No; no me asusta —dijo con firmeza—. Muchas veces pensé que me gustaría ver morir a un hombre. No de muerte accidentada... como ahogándose o herido de bala, sino poco a poco, gradualmente. Pero no me gustaría verle morir a usted.

—Esto me halaga —dijo, alentado, Kent—. Me causa inmensa satisfacción.

—Con todo, no me asustaría verle morir.

—¡Oh!

Kent se irguió un poco sobre las almohadas. Era hombre muy hecho a raras aventuras y sucesos. Cuantas sorpresas pueda recibir una persona, podía

decirse que él las había experimentado. Pero aquella era inédita. Se quedó mirando fijamente aquellos ojos azules, muda la lengua, desconcertadas sus ideas. Ella le miraba fría y dulcemente, y no revelaba, la menor alteración. Y Kent comprendió que había sido sincera. Ni una hebra de la seda de sus adorables pestañas se conmovió delatando miedo ni horror, si él expirara en aquel preciso momento. Era asombroso.

Al momento pasó por su mente excitada una idea de enemistad; pero pronto se le fue y comprendió que ella estaba poniendo en práctica su misma filosofía de la vida; mostrándole lo poco que ésta vale y lo insignificante que es, y por lo tanto lo desproporcionado que resulta desesperarse por ver que la luz se nos acaba. Claro que ella no lo hacía como un filósofo, sino con la bella inconsciencia de un niño.

Repentinamente, como impelida por una emoción contradictoriamente opuesta a la aparente falta de simpatía que acababa de mostrarle, le tendió una mano y se la posó en la frente. Fue otra sorpresa. No era aquél un ademán profesional, sino que con fresco y leve contacto le produjo un confortante estremecimiento. Por un instante aquella fina mano fue acariciadora, y se retiró en seguida para enlazarse sobre el regazo con la otra.

—No tiene usted fiebre. ¿Por que dice que se está muriendo?

Kent le explicó lo que le pasaba a su organismo. Estaba completamente apartado del camino que se produjo de antemano seguir. Había pensado pedir una previa y muda presentación en cuanto la visita penetrara en su aposento, adoptando una postura de cortés inquisidor. Aun con lo que O'Connor le había dicho de ella, nunca sospechó que fuese tan linda. No hubiera creído que sus ojos fueran tan bellos, sus pestañas tan largas, el tacto de su mano tan gratamente enervador. Y en vez de preguntarle su nombre y el motivo de su visita, se había convertido en un idiota absurdo, que se entretenía en explicarle cuestiones de anatomía relacionadas con el cayado de la aorta y los aneurismas. Se interrumpió antes de que lo absurdo de la situación le dominara, y de la misma arbitraria manera le sorprendió el humorismo del caso. Aun a dos dedos de la muerte, Kent no podía dejar de ver el lado cómico de las cosas. Este aspecto le sorprendió tan súbitamente como acababan de sorprenderle la hermosura de aquella mujer y su ingenuidad libre y sin afectación.

Mirábale ella con la interrogante y misteriosa luz de sus ojos, cuando Kent se echó a reír de repente.

—Es chocante, muy chocante..., señorita..., señorita...

—Marette —dijo ella respondiendo a la reticencia.

—Es gracioso lo que pasa, señorita Murette.

—Señorita, no. Simplemente Murette —rectificó ella.

—Digo que es chocante —insistió él—. Verá que no es tan divertido como usted cree estar aquí mientras yo me muero. Precisamente anoche estuve pensando que, lo que más me gustaría sería que una mujer estuviera a mi lado, una mujer que me tuviera alguna simpatía, ¿sabe usted?, para dulcificar un poco mi agonía, dictando siquiera que lo sentía mucho. Y ahora Dios responde a mi ruego trayéndola a usted..., que me da la impresión de venir por su cuenta, atraída por la curiosidad de ver qué cara pone uno cuando se muere.

Volvieron a brillarle los ojos azules. Parecía haber terminado el análisis psicológico, y el enfermo pudo ver que las mejillas se le iban coloreando, pues al entrar estaba sumamente pálida.

—No sería usted el primer hombre a quien viera morir —afirmó—. He visto bastantes, y nunca he llorado mucho. A veces es preferible ver morir a un hombre que a ciertos animales. Pero no me gustaría verle morir a usted. ¿Le consuela esto, como lo que le diría la mujer que pedía al cielo?

—Sí —suspiró Kent—. ¿Pero a qué diablos, señorita Murette...?

—Murette sólo —rectificó ella otra vez.

—Bien, Murette; ¿por qué diablos ha venido usted a verme en el preciso momento en que voy a estallar? ¿Y cuál es su apellido, y cuántos años tiene usted, y qué es lo que desea?

—No tengo más nombre que Murette; cuento veinte años, y he venido para enterarme de cómo es usted.

—¡Magnífico! —exclamó Kent—. En seguida hablaremos de eso. Pero antes, ¿por qué...?

La joven acercó un paso más su silla y hubo un instante en que su linda boca pareció temblar reprimiendo una sonrisa.

—¿Por qué mintió usted tan admirablemente por salvar a otro hombre que estaba a punto de morir?

—¿También usted? —gimió Kent dejándose caer sobre las almohadas—. ¿Es que no le es posible a un hombre honrado matar a otro, sin que le llamen mentiroso cuando lo confiesa? ¿Por qué se empeñan en no creerme?

—Ya no dudan de sus palabras —dijo la muchacha—. Se ha expresado usted tan detalladamente en su declaración que los ha convencido. Y le iría a usted mal si se curara, pues tendrían que ahorcarle. Su mentira parece la pura verdad, pero yo sé que es mentira. Usted no mató a Juan Barkley.

—¿Qué razones tiene para suponerlo?



La muchacha enmudeció medio minuto y fijó sus ojos en los de Kent. Otra vez parecía que le escudriñaban el alma. Y dijo muy reposadamente:

—Lo digo porque yo conozco al hombre que le mató, y no era usted. Kent hizo un gran esfuerzo por mantenerse tranquilo. Tendió la mano a los cigarros que Cardigan había dejado encima de la cama, y mientras despuntaba uno hizo esta pregunta:

—¿Hay alguien más convicto y confeso?

Ella movió apenas la cabeza negativamente.

—¿Usted vio a ese otro hombre..., ¡ejem...!, matar a Juan Barkley? —insistió.

—No.

—Entonces debo contestarle lo mismo que a los otros. Yo maté a Juan Barkley. Si sospecha usted de otra persona, su sospecha es infundada.

—Pero, ¡qué bien miente! —exclamó ella suavemente.

La adorable cabeza se acercó más a él todavía. Kent sintió tentaciones de acariciarle el radiante cabello cuando ella le puso otra vez la mano en la frente.

—Le digo que yo sé quién mató a Juan Barkley —insistió—. Yo sé cómo, cuándo y por qué fue muerto. Dígame la verdad, haga el favor. ¿Por qué se acusa usted de un crimen que no cometió?

Kent tardó en contestar mientras encendía el cigarro. La joven le observaba de cerca, casi con ansiedad.

—Es posible que yo esté loco —dijo al fin—. A cualquiera le es posible estar loco, sin darse cuenta de ello. Esto es precisamente lo chocante de la demencia. Pero si no estoy loco, yo he matado a Juan Barkley. Si no lo maté es que forzosamente he perdido el juicio, pues estoy persuadido de que yo le maté. Una de dos: o usted o yo estamos locos. Sospecho que es usted. ¿Llevaría nadie en su sano juicio zapatos con tacones por estas tierras? —y señaló delatoramente al suelo.

Por fin, la muchacha rompió en una risa franca, abierta, triunfal. Era como si el corazón se le saltara para felicitarle por su ingenio. Pero, como la luz tras el nublado, en seguida la risa se apagó.

—Es usted un valiente —dijo—, todo un hombre. Aborrezco a los hombres, pero siento así como si hubiera de ser usted la excepción, en caso de salvarse. Voy a creer que usted mató a Barkley. Me obliga a ello. Usted confesó, cuando supo que su muerte era inminente, que podía salvar a un hombre inocente. ¿No es cierto?

Kent dijo, moviendo un poco la cabeza:

—Así es. No me gusta coger la cosa por este lado, pero creo que es así. Hice tal confesión porque sabía que mi muerte era inevitable. De lo contrario, estoy seguro de que hubiera dejado que el otro tomara la medicina por mí. ¿Pensará usted que soy una fiera?

—Todos los hombres lo son —afirmó al punto—. Ahora, que usted es otra clase de fiera. No me desagrada, y acaso yo luchara por usted. Yo soy capaz de pelear.

Alzó sus breves manos y volvió a sonreír.

—Pero no lucharía con esas manos —advirtió él—. Antes lucharía con los ojos. O'Connor me ha dicho que dejaron medio muerto a Kedsty cuando le vieron en el bosquecillo de álamos.

Pensó que el nombre del inspector la turbaría: pero no produjo efecto sensible alguno.

—¿Es O'Connor aquel hombrón coloradote que iba con el señor Kedsty? —preguntó la muchacha.

—Sí, mi compañero de expedición. Vino ayer a verme y se hizo lenguas de los ojos de usted. «Son hermosos —me dijo— nunca vi ojos más adorables». Pero no fue eso lo que le sorprendió tanto a Bucky, sino el efecto que produjeron en el ánimo de Kedsty. Me dijo que sacudieron todo su sistema nervioso, y Kedsty no es de los que se asustan pronto. Y lo más extraordinario es que apenas se fue usted, dio a O'Connor orden de poner en libertad a Mac Trigger... y luego dio media vuelta y se fue en pos de usted. Durante el resto del día se dedicó O'Connor a averiguar el motivo de su aparición en Atabasca Landing, y encontró que no había noción de usted en estos contornos. Entonces nos dimos a pensar que, fuera por lo que fuera, debía de estar usted oculta en la casa de campo de Kedsty. ¿No le importa que un individuo como yo le cuente todo esto, estando a punto de partir del mundo?

Se alarmó un poco por la brusquedad con que había expuesto la cosa. Hubiera de buena gana renunciado a su curiosidad y a todas las sospechas de O'Connor a cambio de sentir nuevamente el contacto de su mano en la frente. Sin embargo, ya estaba dicho, y, sereno, aguardó la respuesta.

Ella había bajado los ojos, y, con las manos en la falda, sus dedos retorcián un fleco que adornaba su vestido. Kent midió mentalmente las pestañas de la muchacha. Eran bellísimas; y en el arrebató de la admiración hubiera jurado que tenían una pulgada de longitud. De repente levantó la muchacha la cabeza y sorprendió la mirada de sus ojos y el ardor que se

adivinaba bajo el tinte moreno de sus mejillas. También a ella se le alteró, sonrosándosele, la tez.

—¿Y si usted no se muere? —le preguntó súbitamente, como si no hubiera oído nada de lo que le había estado contando de Kedsty—. ¿Qué haría entonces?

—Sí, me muero.

—Pero, ¿y si no se muriera?

Kent se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que sufriría mi pena. ¿No se va usted?

Ella irguió el busto y se sentó en el borde de la silla.

—Sí, me voy —respondióle—. Tengo miedo de mis ojos. Puedo mirarle como miré al señor Kedsty... ¡y entonces usted podría largarse del mundo rápidamente! ¡No quiero, no; estar aquí cuando usted se muera!

Él percibió un leve dejo de burla, como una risa escondida en su garganta. Le produjo un escalofrío. ¡Qué adorable y pequeña bruja sanguinaria! Se quedó mirando su cabeza inclinada, los brillantes rizos de su maravillosa cabellera, y por un momento la vio envuelta en aquella especie de cascada. Era un cabello tan suave, tan cálido, que estuvo tentado otra vez de alargar la mano y tocárselo. Una criatura hechicera, pero no era posible que tuviera corazón. Su aparente indiferencia ante el lecho de la muerte inminente era punto menos que diabólica. No se percibía la menor simpatía en sus ojos cuando le miraban. ¡Si casi tomaba a broma el que se estuviera muriendo!

Se puso en pie y reparó por primera vez en cómo era la habitación en donde había estado, sentada. Luego se volvió a la ventana y miró afuera. Kent la comparaba con un sauce bello y nuevo que hubiera crecido a la orilla de un arroyo con esbeltez y fuerza desusadas. Fácilmente podría cogerla en brazos; y, no obstante, adivinaba que aquel cuerpo ocultaba, en su flexible hermosura, unas fuerzas capaces de defenderla triunfalmente. El movimiento descuidado de su cabeza le fascinaba. Por tener una cabeza aureolada de semejante cabello, sabía Kent que la mitad de las mujeres darían años preciosos de su vida.

La mujer dijo, sin mirar al herido:

—Cuando llegue mi última hora, quisiera morir en una habitación tan agradable como ésta.

A lo que él repuso galantemente:

—Creo que usted no ha de morir nunca.

Ella volvió a su lado.

—He pasado un rato muy agradable —le dijo, como si hubiera recibido un trato especial—. Es inicuo que usted vaya a morir. No dudo que hubiéramos sido buenos amigos. ¿No lo cree usted?

—Indudablemente. Ahora, que si usted hubiera llegado un poco antes...

—Siempre me acordaré de usted como de un hombre distinto a los demás —le interrumpió—. Es bien cierto que no me gustaría verle morir. Por eso me voy. ¿Me permite usted que le bese?

Kent sintió en aquel instante que su aorta iba a rompérsele y suspiró ahogadamente:

—Por supuesto.

—Cierre usted, pues, los ojos. Así lo hizo. Ella se inclinó hacia él, y éste sintió el leve contacto de sus manos y el perfume de su rostro y de su cabello. Luego el temblor de aquellos labios se imprimió blanda y ardientemente en los suyos.

Ella no estaba ruborizada ni violenta cuando él la miró otra vez. Estaba como si hubiese besado a un niño cuya carita roja se parara a contemplar.

—No he besado más que a tres hombres antes que a usted —declaró—. Es extraño. Creí que no volvería a hacerlo. Ahora, pues, ¡adiós!

Y se dirigió rápidamente a la puerta.

—¡Espere! —exclamó él, suplicante—. ¡Por favor! Quisiera saber cómo se llama. Murette... ¿y qué más?

—Radisson —terminó ella—. Murette Radisson; y vengo de allá lejos, de un sitio que llamamos «El Valle de los Hombres Silenciosos».

Y al decir esto, señaló al Norte.

—¡De las tierras del Norte! —exclamó él.

—Sí; del Norte lejano, muy lejano.

Había apoyado la mano en el pomo, y la puerta se abrió lentamente.

—¡Espere! —volvió a suplicarle—. No debe usted marcharse.

—Sí; tengo que irme. He estado ya demasiado tiempo aquí. Ahora me arrepiento de haberle besado. No debí haberlo hecho. Pero no había más remedio porque miente usted de una manera admirable.

Acabó de abrir rápidamente la puerta, y luego de salir volvió a cerrar. Él oyó sus pasos, que dieron una carrerilla hacia el vestíbulo, donde había oído no mucho antes hasta el último paso de O'Connor.

Todo quedó en silencio, y Kent creyó oír de nuevo aquellas palabras martilleándole la cabeza: «Miente usted admirablemente».

## Capítulo VI

Entre sus buenas y malas cualidades, Jaime Kent tenía la de considerar muy concienzudamente sus propios defectos, pero nunca desmereció tanto en su concepto como después que hubo salido de su habitación y cerrado la puerta aquella misteriosa muchacha que le había dicho llamarse Murette Radisson. No bien hubo desaparecido de su presencia, sintió la superioridad de la agudeza, al parecer infantil, de la muchacha, hasta el punto de avergonzarse de sí mismo y enrojecer.

Él, el sargento Kent, el hombre más sereno de la fuerza a cuya cabeza figuraba el inspector Kedsty, el más tímido de los inquisidores al sondear la conciencia de los acusados, el hombre que había conquistado una fama extraordinaria afrontando impasiblemente y con tino mortal los peligros más graves, acababa de ser derrotado, terriblemente derrotado por una simple muchacha. Y aun sintiéndose vencido, su irrefrenable y a veces desventurado sentido del humorismo le obligaba a daría su adversario la razón de su victoria. Lo que le avergonzaba era, precisamente, que una cosa tan insignificante como una belleza femenina le acabara de jugar una mala partida. Él se burló de O'Connor cuando el corpulento sargento mayor le contó el efecto que los ojos de aquella mujercita habían causado en el ánimo del inspector Kedsty. Y ahora, si O'Connor se enterara de lo que allí había pasado.

Pensando de esta manera, sintió al pronto que su salvadora agudeza humorística rebotaba como un balón en su mente para salirse de la cuestión, y entonces, al serenarse, rió con risa ahogada. Su visitante se había ido cómo había llegado, y sin dejarle más rastro de su personalidad que el bonito nombre de Murette Radisson. Entonces comenzó a pensar en las cosas que quiso haberle preguntado: una docena, un centenar de preguntas para saber en suma quién era ella, y por qué y cómo llegó a Atabasca, por qué se interesaba por Sandy Mac Trigger, qué misteriosa e indudable relación existía entre ella

y el inspector Kedsty, y sobre todo, qué se proponía visitándole a él, cuando sabía que estaba a dos dedos de la muerte. Se consolaba, no obstante, pensando que de todo esto se hubiera enterado, de no dejarle ella tan de improviso. ¡Cómo sospecharlo siquiera!

La idea que se le asentaba más de lleno en la mente era la de por qué le había visitado aquella mujer. ¿Sería, al fin y al cabo, una simple cuestión de curiosidad? ¿Serían tales los lazos que la, unían a Mac Trigger, que sólo un fin indagatorio la habría movido a ver al hombre que le salvaba la vida?

Lo cierto era que no le había guiado la gratitud, pues no hizo la menor manifestación que delatara tal sentimiento. Casi se había burlado de él, viéndole en su lecho de muerte. Y en nombre de Mac Trigger no era posible que hubiera ido, porque nada de su parte le dijo. Por primera vez empezó a dudar acerca de si tendría o no nada que ver con el liberto, a pesar del extraño incidente que pasara delante de O'Connor. Pero a quien era seguro que conocía era a Kedsty, pues apenas se dio por enterada cuando la acusó de ocultarse en la casa de campo del inspector. Había usado la palabra «ocultar», que forzosamente tenía que llamarle la atención. No obstante, aparentando una encantadora inconsciencia, se hizo la sorda, cuando él estaba seguro de que le había oído perfectamente. En aquel momento fue cuando se fijó en sus extraordinarias pestañas y cuando ella le preguntó:

—¿Qué pasaría si no muriera usted?

Y al recordarlo, Kent tuvo de pronto un claro conocimiento de la sutileza del genio de aquella mujer, y con esta visión comprendió, estremecido, algo más. En efecto, creía ya estar en el secreto de su rápida salida. Lo hizo así porque comprendía: que, si se quedaba, daría un paso en falso. Algo había sobre lo cual no quería ser interrogada, algo que no quería descubrir; así es que aquella arriesgada afirmación de que ella se ocultaba en la quinta de Kedsty, la hizo prevenirse. ¿No era posible que el mismo Kedsty la hubiera enviado por algún motivo imposible de comprender? Desde luego, no era mensajera de Mac Trigger, el hombre que le debía su salvación. En tal caso, por lo menos le hubiera dado las gracias en alguna forma. Ni se hubiera mostrado tan fría, tan dulcemente indiferente ante la inminencia de su agonía. Si la libertad de Mac Trigger le hubiese importado poco o mucho, no hubiera podido demostrarle sino un poco de simpatía. Pero su mayor atención, aparte el beso que le había dado, fue llamarle solemne mentiroso.

Kent hizo un gesto de desagrado y respiró profundamente, sintiéndose el pecho oprimido. ¿Por qué todos se empeñaban en llevarle la contraria? ¿Cómo se explicaba que hasta aquella muchacha misteriosa, a quien veía por

primera vez, le llamara cortésmente mentiroso, cuando él insistía en acusarse de haber matado a Juan Barkley? ¿Es que el haber cometido un crimen tiene que vérselo a uno a la fuerza en el rostro? En tal caso, él nunca supo verlo. Algunos de los criminales traídos por él del bajo río tenían un aire agradable. Sin ir más lejos, el mismo Horrigan, por ejemplo, durante más de siete semanas estuvo divirtiéndole con sus gracias, no obstante ser él quien le conducía a la horca. Casos semejantes eran los de Mac Tab y «La Bete Noire», un amable vagabundo, a pesar de su historia; el de Le Beau, el ladrón caballero del correo del desierto, y otra media docena que fácilmente recordaba. Nadie los llamó mentirosos cuando, como verdaderos hombres, confesaron su delito, viendo perdida su causa. Como hombres habían sufrido la muerte a pie firme y por ello Kent respetaba su memoria. Él, en cambio, estaba a las puertas de la muerte, y aun así, hasta aquella desconocida le llamaba mentiroso. Sin embargo, no podía darse un caso más evidente que el suyo. Le acusaban sin piedad los menores detalles condenatorios. Estaba la confesión escrita y firmada de su puño y letra. Y, sin embargo, no le creían. Era extraño, pensaba Kent, desconcertadoramente extraño.

El joven Mercer, al entrarle el almuerzo, le recordó que había sentido verdaderamente apetito cuando se despertó notando en el pecho el estetoscopio de Cardigan. Desde el principio, Mercer le había hecho gracia. Su rostro colorado de adolescente inglés, recién llegado de su patria, no podía ocultar la expresión del que se halla ante la proximidad de una horca, cuando entraba en aquella habitación. Aquello le «molestaba bárbaramente», según le dijo a Cardigan. Eso de cuidar del aseo y del alimento de un hombre que estaba a punto de morir en la cama, o que si no sería ahorcado, le producía las más extrañas y notables emociones. Se le antojaba que ello era cuidar a un cadáver viviente, si esto no fuera absurdo. Kent empezó a verle como el barómetro de los secretos de Cardigan, pero se reservaba tal descubrimiento para divertirse.

«Esta mañana Mercer tiene la cara menos colorada y sus ojos claros están más desvaídos que nunca», pensó Kent. Luego hacía tonterías como echar azúcar en vez de sal en los huevos.

Kent se rió y le detuvo la mano.

—Espere que me muera para echarles azúcar, hombre. Pero en tanto, los quiero con sal. ¿Sabe que esta mañana tiene mala cara? ¿Es que va a ser éste mi último almuerzo?

—Creo que no, señor; creo que no —replicó Mercer vivamente. Creo de veras que se salva usted.

—Gracias —dijo Kent secamente—. ¿Dónde está Cardigan?

—El señor inspector envió a buscarle. Creo que ha ido a verle. ¿Están bien los huevos, señor?

—Olvídese, Mercer, por lo que más quiera, de que estuvo empleado en una repostería o *charcuterie* —le replicó Kent, fastidiado—. Lo que quiero que me diga es algo concreto y claro. ¿Cuánto me queda de vida?

Mercer se atragantó, y una sombra desvaneció un poco el color clavel de su cara.

—No lo sé, señor. El doctor Cardigan no me lo ha dicho; pero creo que no va para largo. El doctor Cardigan estaba fuera de sí esta mañana, y el Padre Layonne vendrá de un momento a otro, a verle a usted.

—Muchas gracias —contestó Kent empezando a comerse con calma el segundo huevo—. Y a propósito, ¿qué le parece a usted esa joven?

—¡Espléndida, verdaderamente espléndida!

—Ésa es la palabra —asintió Kent. Suenan un poco vulgarota, pero está llena de significación. ¿Sabe, por casualidad, dónde se hospeda o a qué ha venido?

Creía que hacía una pregunta boba, y apenas si esperaba que Mercer le contestara, pero éste le sorprendió con estas palabras:

—Oí que el doctor Cardigan le preguntaba si nos honraría con otra visita; y ella le manifestó que era imposible, porque esta misma noche parte en una chalana bajo río. Creo que dijo que iba a Fort Simpson, señor.

—¡Diablo! —exclamó Kent derramando un poco de café, con la sorpresa que aquello le produjo—. ¿De modo que va al mismo sitio adónde ha sido destacado el sargento mayor O'Connor?

—Eso mismo oí que le observaba el doctor; pero ella no hizo comentario alguno. En seguida se fue. Si no es faltarle, dado su estado, bromear un poco, le diré que el doctor Cardigan estaba muy entusiasmado con ella. Es que es una endiablada hermosura, señor, una belleza': extraña. Vamos, que el doctor se enamoró.

—Ahora habla humanamente. Mercer. Era muy hermosa, ¿no es cierto?

—¡Oh, extraordinaria, señor Kent! —afirmó Mercer enrojando hasta la nariz de su pastoso y rubio cabello—. No me avergüenzo de confesar que su aparición imprevista en esta casa ha causado serios trastornos.

—Estoy de acuerdo, amigo Mercer —dijo Kent—. A mí me ha trastornado. Tanto es así, que, oiga, muchacho; ¿quiere hacerle a un moribundo el mayor favor de su vida?

—Con muchísimo gusto, señor, con muchísimo gusto.



—Se trata —dijo Kent— de saber si esa muchacha se va de veras esta noche en la chalana. Si no me muero antes, ¿me lo dirá mañana?

—Haré lo posible.

—Muy bien. Es sencillamente el antojo estúpido de un hombre que se va a morir, Mercer. Pero quiero que me hagan caso. Me ha llegado al corazón, como a usted, y no quiero que Cardigan se entere... En una choza, detrás del aserradero, vive un viejo indio llamado Mooie. Déle diez dólares y dígame que le daré otros diez si se entera bien de lo que pasa y nos guarda el secreto. Aquí, debajo de la almohada, está el dinero.

Kent sacó una bolsa y puso cincuenta dólares en la mano de Mercer, diciendo.

—Lo que sobra, para cigarros, muchacho. A mí no me sirve ya para nada y la pequeña travesura con que me va a complacer, bien lo vale. Podrá decir que éste ha sido mi último derroche en la tierra.

—Muchas gracias, señor. Es usted muy amable.

Mercer pertenecía a una clase de ingleses errantes, muy extendida en el Canadá occidental, que a menudo dan que pensar a los naturales qué razón existía para que un pueblo grande y magnífico como el de ellos tenga que depender en nada de la tierra madre. Aquel mozo, agradecido y obsequioso a todas horas, daba la sensación de haberse educado muy bien para criado; pero si le hubiesen hecho con menos habilidad aquella insinuación, se hubiera indignado grandemente. Kent los conocía muy bien. Los había tratado en todas partes, sabía que una de sus inexplicables características era la aparente ausencia o falta de criterio con que se adaptaban a todo. Mercer, por ejemplo, hubiera desempeñado bien cualquier empleo en una oficina, en una gran ciudad; pero las circunstancias le tenían allí, y se avenía a hacer de enfermero en medio de aquel país desierto.

Cuando Mercer salió con el dinero y el servicio del almuerzo, Kent repasó mentalmente una porción de tipos de aquella especie. Y meditaba que bajo su apariencia de servilismo se ocultaba un ánimo y un valor que sólo necesitaba de cierto estímulo para levantarse. Puestos en marcha eran capaces de llevar a cabo, de la manera más diestra, cualquier empresa de orden delicado y habilidoso. Mercer no sería capaz de ponerse delante de un cañón; pero sí de arrastrarse bajo las bocas de los cañones en una noche cerrada. Y Kent estaba seguro de que sus cincuenta dólares darían algún resultado, si la muerte le daba tiempo para verlo.

El fin que se proponía procurando informarse de aquello no hubiera podido explicárselo a sí mismo. Era ya un aforismo entre O'Connor y él decir

que para llegar al éxito de sus empresas viajaban cabalgando en la giba de una obsesión. La proposición que acababa de haber a Mercer era hija del acuciamiento que experimentaba en esos momentos en que se sentía arrebatado el espíritu por una manía. Aquella mañana había estado demasiado agitado y nervioso, y ahora se reclinaba en las almohadas, esforzándose por animarse y olvidar el desenlace terrible que pronto le tenía que sobrevenir. Pero no podía romper el nudo que le oprimía el pecho. Le ahogaba más cada vez. De cuando en cuando tenía que esforzarse para aspirar suficiente aire.

Se sorprendió a sí mismo con la idea de si sería posible que aquella mujer volviese. Estuvo un rato pensando en ella, y se le antojaba absurdo y de mal gusto que la suerte le brindara semejante aventura en sus últimos momentos. De haberla conocido medio año, o sólo tres meses antes, posiblemente su suerte hubiera sido distinta y aquel mestizo no le habría clavado una bala en el pecho. Se hacía esta confidencia sin avergonzarse de ello. El amor a la Naturaleza y a la selva había sustituido en su corazón el puesto que suele destinarse a la mujer; le había enajenado en cuerpo y alma. Nada apetecía fuera de su silvestre libertad y de los azares sin fin de sus empresas. Como todos los hombres, tuvo sueños, pero sólo la realidad se convirtió en sangre de sus venas. Sin embargo, si aquella mujer se le hubiera aparecido antes...

Recordaba con deleitación una y otra vez su cabello y sus ojos, su esbeltez, cuando se puso de pie junto a la ventana, la energía y temple de su elegante cuerpo, la gracia de su cabeza. Y volvió a sentir el temblor de sus labios al oprimir los suyos. ¡Y era del Norte! Esto era lo que le exaltaba. No se atrevía a creer que le hubiera engañado. Estaba seguro de que, si no se moría aquella noche, al día siguiente Mercer le llevaría noticias en confirmación de lo que ella le había dicho. No sabía que existiera un sitio llamado el Valle de los Hombres Silenciosos, pero aquélla era una vasta región, y Fort Simpson, con su puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson y su media docena de cabañas, estaba lo menos a mil millas de allí. No daba por seguro la existencia de tal lugar. Era más razonable suponer que aquella joven viviera en Fort Providence, Fort Simpson, Fort Good Hope o siquiera en Fort Mac Pherson. Le era fácil imaginársela hija de uno de los grandes jefes del tráfico del Norte. Pero, tras detenida consideración, tampoco le pareció esto probable. La palabra «Fort» no era sinónimo de lugar populoso, y probablemente no pasaban de cincuenta las personas blancas que habitaban en todos los puestos establecidos entre el Gran Slave y el océano Ártico. No podía pertenecer a uno de tales puestos, porque, de ser así, en Atabasca Landing se sabría.

Menos podía ser hermana de un ribereño, pues no se concibe que un cazador o un hombre de la ribera la hubiera enviado a las ciudades modernas, donde era evidente que aquella criatura había sido educada. Éste era el rompecabezas de Kent. No sólo era hermosa, sino que había asistido a un colegio que no podía ser una de las pobres escuelas misionales. Parecíale haber sorprendido en ella la belleza y rebeldía selvática propia del corazón de aquella antigua aristocracia que floreció hace más de dos siglos en las viejas ciudades de Montreal y Quebec.

A este pensamiento, su imaginación dio un salto retrospectivo: se acordó de los días en que se había dedicado a descubrir todos los rincones y grietas de la vieja ciudad de Quebec, meditando sobre sus tumbas dos veces centenarias, envidiando en lo íntimo de su alma la vida de aquellas gentes desaparecidas. Siempre había considerado a Quebec como uno de esas maravillosas telas de encaje de tiempos pasados, como joya de ciudades, como el corazón que fue de ese Nuevo Mundo, todavía palpitante y lleno del rumor de su antiguo poder, con la vida inexhausta de sus tiernas leyendas y sus casi olvidadas tragedias... como si fuera, en fin, un espectro que se levantara desde el pasado amenazadoramente, contra un modernismo profanador de sus sagrados recuerdos. Y le agradaba pensar que Murette Radisson era el espíritu de aquel pasado, que vagaba por el país del Norte alejándose incesantemente como cuando las almas de los muertos se levantaban de las tumbas profanadas de Atabasca Landing, para refugiarse en una tierra más segura. Y viendo que, por fin, estos pensamientos le parecían razonables, Kent sonrió a la gloria del día, y murmuró quedamente, como si ella estuviera a su lado, oyéndole:

—Si viviera, le llamaría a usted mi Quebec. Es un bello nombre. Es un nombre lleno de significación, lo mismo que usted.

Fuera, en el vestíbulo, al mismo tiempo que Kent murmuraba sólo estas palabras, estaban de pie el Padre Layonne, con una palidez que nunca le produjera la simple presencia de la muerte; Cardigan, que había envejecido diez años desde que aplicó el estetoscopio a Kent a primera hora de la mañana, y detrás Kedsty, con su cara gris de piedra, y el mozo Mercer, cuyos ojos pasmados estaban llenos de horror, por algo que no alcanzaba todavía. Cardigan hizo un esfuerzo para hablar y no pudo, Kedsty se pasó la mano por la frente como la mañana de la confesión de Kent, y el Padre Layonne, dirigiéndose a la puerta del herido, murmuraba íntimamente una oración.

## Capítulo VII

De la ventana, llena de la gracia solar, adonde miraba Kent con la visión de la Murette Radisson que él había forjado, volvió los ojos a la puerta, que, tras un golpe dado con la mano, se abrió lentamente. Lo esperaba. Había leído en el joven Mercer como en un libro. EL nerviosismo de éste y el creciente ahogo de su pecho le habían puesto en guardia. Lo inevitable no se haría esperar, y el Padre Layonne entró. Kent procuró mostrarse sonriente, para que aquél su amigo del país desierto encontrara su saludo agradable y no adivinara el más leve temor. Pero la sonrisa se le heló en los labios cuando se abrió la puerta y vio al misionero en ella.

Muchas veces le había acompañado el Padre Layonne en sus paseos hacia el umbral de la muerte; pero nunca le había visto tan espantosamente asustado. Le miró fijamente. El misionero permaneció en el marco de la puerta, indeciso, como si el miedo le detuviera. Por un instante se clavaron la mirada, con la sensación de que una garra viva los oprimía. Al fin, el misionero, cerrando la puerta, avanzó con serenidad.

Kent respiró profundamente e hizo lo que pudo por sonreír otra vez.

—Me ha despertado usted de un sueño dijo de un sueño a plena luz. He tenido una visita agradable esta mañana, *mon père*.

—Eso me han contado, Jaime contestóle el pequeño misionero, esforzándose también por sonreír.

—¿Se lo ha dicho Mercer?

—Sí; me lo dijo en confidencia. El pobre muchacho se ha debido de enamorar de esa dama.

—Yo también, Padre. No me avergüenzo de confesarlo. Casi me alegro. Y si Cardigan no me hubiera emplazado...

—Jaime —interrumpióle bruscamente el misionero—, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar que el doctor Cardigan pudo haberse equivocado?

Y diciendo esto le cogió fuertemente una mano, hasta hacerle daño. Entonces Kent, mirándole a los ojos, sintió que en su cerebro, como en una cámara oscura, se encendía súbitamente una llamarada. Y luego, de gota en gota, su rostro se quedó sin sangre, hasta parecer más pálido que el del Padre Layonne.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir...?

—Sí, hijo mío, sí. Justamente eso quiero decir —confirmó el misionero, con voz tan extraña que no parecía suya—. No se muere usted, Jaime. Vivirá.

—¡Viviré!

Kent se dejó caer sobre las almohadas. Y sus labios repitieron esta sola palabra:

—¡Viviré!

Cerró los ojos un momento, y le pareció que el mundo ardía. Repitió otra vez aquella palabra, pero moviendo los labios débilmente, sin voz. Sus sentidos, sometidos hasta entonces a la tensión nerviosa de esperar la muerte, reaccionaban con dificultad a tan tremenda noticia. Se sentía, en aquellos momentos, como un embriagado a quien todo le da vueltas. Abrió los ojos y únicamente vio por la ventana una confusa niebla verdosa. Pero oyó la voz del Padre Layonne, que le parecía venir de muy lejos, aunque con toda claridad. Le explicaba que el doctor Cardigan se había equivocado, y por su error estaba sufriendo un inmenso pesar. Pero su engaño era excusable.

¡Si hubiera contado con los rayos X...! Pero carecían de esos modernos medios, y el diagnóstico del doctor Cardigan lo hubieran confirmado el noventa por ciento de los mejores médicos, ante aquel caso. Lo que le hizo creer que tenía un aneurisma fue un exagerado acelera miento del corazón, que produjo un soplo cardíaco. Y la creciente opresión que sentía en el pecho era simplemente una complicación por haberse enfriado aquella noche. Era una equivocación muy seria; pero no podía reprochar nada a Cardigan.

¡No debía reprochar nada a Cardigan! Estas palabras cayeron como una cadena de pequeñas olas, resonando sin cesar en el cerebro de Kent. ¡No debía censurar a Cardigan! Se echó a reír, al menos a él se lo parecía, hasta que sus sentidos volvieron a la realidad, hasta que el mundo tomó en su conciencia forma normal. ¡No culpar a Cardigan! Pero, ¡qué desconcertantes y absurdas palabras las del Padre Layonne! ¿Enojarse con Cardigan por devolverle la vida? ¿Culparle de nada por la feliz noticia de que la muerte ya no le amenazaba? ¿Acusarle de...?

Pero las cosas se iban aclarando. Como perno que encuentra poco a poco su ajuste, el cerebro de Kent fue gradualmente encajando en la realidad.

Volvió a ver al Padre Layonne, pálido y horrorizado, como cuando apareció en el marco de la puerta. Hasta entonces no había comprendido Kent la verdad...

—Comprendo —dijo—. Cardigan y usted creen que más me hubiera valido morirme. —El misionero todavía, le oprimía la mano.

—No sé, Jaime; no sé. Lo que pasa es tremendo.

—Pero no tanto como la muerte —exclamó Kent irguiendo la cabeza bruscamente sobre las almohadas—. ¡Dios mío, *mon pére*; quiero vivir! ¡Oh...!

Se soltó la mano que le tenía cogida el misionero, y tendiendo los brazos hacia la ventana, que estaba abierta, exclamó:

—Mire afuera: ¡otra vez mi mundo! ¡Mi mundo! Quiero volver a él. Ahora me parece más maravilloso que nunca. ¿Por qué censurar a Cardigan? Oiga, *mon pére*, oiga. Puedo decirlo ahora, porque tengo derecho a ello. He mentido. ¡Yo no maté a Juan Barkley!

Un grito extraño salió de los labios del Padre Layonne. Fue un grito inexplicable, no de alegría, sino de dolorosa sorpresa:

—¡Jaime!

—¡Lo juro! Por Dios, *mon pére*, ¿no me cree?

El misionero se levantó. La expresión de sus ojos y de su rostro había cambiado. Parecía que era la primera vez que veía a Kent. Su mirada nacía de la sorpresa brusca que acababa de experimentar y que le llenaba de asombro, de dudas, de un nuevo género de horror. Pero se rehizo pronto, y tomando un aspecto normal puso una mano en la cabeza de Kent.

—¡Dios le perdone, Jaime! —dijo—. Y ¡también Dios le ayude!

Así cómo hacía un momento Kent había exhalado el ardiente suspiro de una alegría inundante, ahora su corazón se contagiaba del frío que había en las palabras y en la mirada del Padre Layonne. No era que no le creyese: era algo peor, algo más irremediable.

—¿No me cree usted? —suplicó Kent.

—Mi religión me manda creer, Jaime —respondióle el Padre Layonne con una amabilidad que revelaba que había recuperado la serenidad—. Tengo que creerlo porque usted lo dice. Pero ahora no es cuestión de sentimiento, querido amigo: se trata de la Ley. Por más que yo quiera, nada puede hacer mi corazón en su favor. Es usted...

No se atrevió a pronunciar la palabra que pensaba.

Entonces Kent vio claramente y en todo su alcance, la monstruosa situación en que se hallaba. Había tenido tiempo de sentirse perfectamente

apresado por ella. De una manera general lo había comprendido antes; pero en aquel momento se dio cuenta de todo, detalle por detalle, tan claramente, que se estremecieron sus músculos, y el Padre Layonne vio que el mentón se le acusaba duramente y que las manos se le crispaban. La muerte había desaparecido; pero la ironía, la risa de sarcasmo que la muerte ponía al final de la mala partida que le había jugado, zumbábale en los oídos de una manera satánica. ¡Pero él viviría! Ésta era la suprema razón que triunfaba de los hechos. No importaba lo que tuviera que pasarle al cabo de un mes o de seis meses; el caso era que, por de pronto, no se moría. Alcanzaría la información que le tenía que llevar Mercer. Anhelaba vivir, tenerse en pie para luchar por la vida que había menospreciado. Era, ante todo, un luchador. La lucha era en él algo natural, no sólo la lucha contra sus enemigos, sino más aún contra las aplastantes circunstancias que se le presentaban de continuo, en forma de rara aventura. Pero ahora se hallaba en el trance más desfavorable. Lo comprendía, lo sentía. La situación le hacía su juguete. A los ojos de la justicia, a cuyo servicio había trabajado hasta entonces, aparecía evidentemente como un asesino. Y en la región de Alberta los delitos de muerte se purgaban con la horca. Temía no darse perfecta cuenta de su situación, porque no se estremecía de miedo, de horror. Creía que sí, pero su emoción era una cosa muy humana. La muerte, después de ser esperada, se había ido. Después de resignarse a desaparecer del mundo al cabo de unas breves horas, la vida volvía a serle propicia, acaso para varios meses. Era una concesión espléndida...

Súbito el corazón se le detuvo con la emoción de un pensamiento. ¡Marette Radisson sabía que no se moriría! Ella lo insinuó, y él fue tan imbécil que no supo entender la insinuación. Ella no le había mostrado compasión alguna, se burló de él, simplemente, porque estaba enterada de que la muerte dejaba su presa; así es que era natural que se riera y se burlara de él.

Y volviéndose de repente al Padre Layonne, dijo:

—¡Es preciso que me crean! Yo haré que me crean. He mentido, *mon père*. Lo hice por salvar a Sandy Mac Trigger y les explicaré el porqué. Si el doctor Cardigan no se equivoca esta vez, quiero que vengan todos. ¿Quiere usted traerlos?

—El inspector Kedsty está esperando en la puerta —dijo el Padre Layonne con calma—; pero yo no obraría con prisas: reflexionaría, lo pensaría bien...

—¿Quiere usted decir que debo antes inventar una historia que sea inatacable, *mon père*? La tengo. Tengo la historia, y no obstante... —sonrió

con un poco de esperanza—. ¡Hice una declaración bastante detallada! ¿No es verdad, Padre?

—En efecto, fue convincente, Jaime. Todos los detalles eran tan atinados, y estaban tan de acuerdo con el hecho de haber sido visto en casa de Juan Barkley a primera hora de la noche, y de ser usted mismo quien le encontró muerto unas horas después...

—Todo ello se confabula fuertemente contra mí —admitió Kent—. En realidad, yo estuve a ver a Barkley para que me mostrara un plano que hizo hace veinte años de la región de Porcupine. No supo encontrarlo. Más tarde mandó recado de que ya lo tenía. Volví y le hallé muerto.

El pequeño misionero movió la cabeza sin hablar.

—Es una situación embarazosa —continuó Kent. No parece sino que tenga que entregarme a las circunstancias como a un deporte. Cuando se pierde una partida, es de mal gusto poner el grito en el cielo. Se siente uno un poco acobardado, ¿sabe? Para jugar en regla supongo que tendría que esperar pacientemente, y consentir que me ahorcaran sin la menor dificultad. Morir sin temblar, ¿no es eso? Pero hay otra manera de ver las cosas. Y en este sentido, mi pobre cabeza depende de mí. La cabeza me ha prestado grande servicios. Me ha sido siempre fiel, ha hinchado globos de fantasía el mismo día en que creía que la iba a perder. ¿Y voy a ser yo ahora tan indigno que la traicione? No. Voy a ver si puedo hacerle un favor a mi garganta. Quiero salvarla. Lo haré, como pueda.

Aunque el momento era grave, le hizo gracia al Padre Layonne ver cómo el humorismo renacía en el corazón de su amigo. El cariño que le profesaba no se resentía por nada, Aunque Jaime Kent le hiciera algún daño, él rezaría por la salvación de su alma; aunque le creyera culpable, continuaría teniéndole el afecto de siempre, porque era un sentimiento demasiado arraigado en su corazón para que pudiera ser destruido por causas materiales o por cuestiones del azar de la vida. Así es que su antigua, sonrisa volvió amablemente a sus labios, mientras decía:

—Luchar por la vida, Jaime, es un privilegio que nos no niega a nadie. Estaba aterrado cuando entré. Pensaba que más le valía haber muerto. Pero veo que me engañaba. Se prepara una tremenda contienda. Celebraré que el triunfo sea de verdad. Si pierde, estaré convencido de que habrá sucumbido bravamente. Sin duda tiene razón. Puede que convenga ver al inspector Kedsty, sin meditarlo más. Este rasgo puede producir un efecto psicológico. ¿Le digo que está usted dispuesto a recibirle?

Kent asintió, moviendo la cabeza:



—Sí, ahora mismo.

El Padre Layonne se dirigió a la puerta. Antes de abrir volvió a dudar un momento, como temiendo que más valiera reflexionar. Por fin abrió y se fue.

Kent esperaba impaciente. Movi6 la mano entre la ropa para buscar el pañuelo con que se había secado los labios, y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no había vuelto a echar sangre por la boca. Seguro de que no estaba enfermo de gravedad, la opresión del pecho se le hacía más soportable. Se sentía animado a levantarse y recibir vestido aquella visita. Todos sus músculos estaban en tensión, y los minutos que transcurrían en silencio desde que el Padre Layonne salió, se le hacían tiempo perdido, tiempo insufrible. Al cabo de un cuarto de hora oyó pasos que se aproximaban, y a juzgar por ellos, Kedsty no iba solo. Probablemente le acompañaba le pere. Acaso también Cardigan. Lo que sucedió a los pocos minutos fue algo que le sorprendió grandemente. Entró primero el Padre Layonne, detrás el inspector Kedsty. Los ojos de Kent se clavaron en el rostro del comandante de la «División N.». A duras penas lo reconocía. Una mera inclinación de cabeza, que no podía llamarse saludo, fue su respuesta a los buenos días con que él le recibió. Nunca le había parecido la cara del inspector tan hierática, tan impenetrable. Pero lo que más le molestaba era la presencia de personas con quienes no contaba. Inmediatamente después de Kedsty apareció el magistrado Mac Dougal, y detrás entraron los agentes Pelly y Brant, rígidos, en cumplimiento de su deber. Vio por fin a Cardigan que, pálido y disgustado, se rezagaba junto a la taquígrafa. No bien hubieron penetrado en la habitación, el agente Pelly pronunció las palabras reglamentarias del código criminal de la Real Policía Montada del Noroeste, y Kent quedó legalmente detenido.

Le cogió de sorpresa, no porque se olvidara de las fórmulas de todo proceso legal, sino porque nunca hubiera previsto tan ensañada urgencia. Ante todo, pensaba poder hablar con Kedsty de hombre a hombre. Y no obstante... allí estaba la representación de la Ley. Se percató exactamente de la cosa, paseando la mirada por el semblante de todos ellos, desde la expresión pétrea de Kedsty hasta la impasibilidad facial de sus antiguos compañeros, los agentes Pelly y Brant. Si alguna señal de simpatía se notaba era sólo en la cara de Cardigan y del Padre Layonne. Y Kent, que tan optimista se sintiera un poco antes, notó que el corazón se le hundía en el pecho, mientras esperaba el momento de comenzar la lucha para recobrar la vida y la libertad que había perdido.

## Capítulo VIII

Un buen rato estuvo el joven Mercer indeciso en el vestíbulo, después de cerrarse la puerta de la habitación de Kent, una vez dentro de la ominosa visita policíaca, pensando si habría llegado su momento. Parecióle que sí, y con los cincuenta dólares de Kent en el bolsillo se dirigió a la choza del viejo indio rastreador llamado Mooie. Tardó una hora en regresar y llegó a tiempo de ver salir de la habitación al doctor Cardigan y al Padre Layonne, seguidos de la rubia estenógrafa, el magistrado y los agentes Brant y Pelly. La puerta se cerró otra vez.

Dentro, Kent estaba sudando, pues había pasado por una ardua prueba, y con ojos centelleantes miraba al inspector Kedsty.

—He pedido que se me concedieran unos momentos de entrevista a solas con usted, porque es preciso que hablemos de hombre a hombre, no de subordinado a superior. Ya no pertenezco, creo, a la fuerza de policía, y a ello me atengo. Pues siendo así, no le debo a usted más respeto que el que se debe a cualquier semejante. Así es que me felicito por haber logrado el extraordinario privilegio de poder llamarle a usted perfecto canalla.

El rostro de Kedsty estaba en ascuas, pero al oír esto se le encendió más todavía y las manos se le crisparon insensiblemente. Sin esperar que reaccionara, Kent prosiguió:

—No ha tenido conmigo ni el asomo de consideración o de cortesía que tiene con los más perversos criminales. Se han asombrado viéndole los Otros que han estado aquí hace un momento, porque ellos fueron mis amigos, si ahora no lo son. No por lo que usted dijo, sino por la manera de decirlo. Al punto que se mostraban un poco propensos a creerme, usted les salía al paso, parcial y deslealmente, para destruirme toda posibilidad de defensa. Cuando veía que yo ganaba terreno, me atajaba con la inflexibilidad de la Ley. Y usted no cree que yo matara a Juan Barkley. Lo sé. Me llamó mentiroso el día que hice tan loca afirmación. Todavía está usted convencido de que yo mentí.

Y he esperado encontrarme solo con usted para hacerle algunas preguntas, pues todavía conservo un poco de cortesía, si usted no. ¿Cuál es su propósito? ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar de esta manera? Tal vez...

Y con el puño apretado como una piedra se inclinó hacia Kedsty.

—¿Ha sido tal vez la causa de ese cambio esa muchacha que se cobija en su casa de campo, Kedsty?

Aun en aquel momento en que hubiera pegado a aquel hombre que tenía delante, le fue imposible dejar de admirar la invulnerable impasibilidad de roca que mostró Kedsty. Nunca había oído llamar a Kedsty canalla ni cosa deshonrosa, y sin embargo, aunque le subió el color encendido de la cara, por lo demás se mantuvo tan imperturbable como siempre. Ni la acusación de que estaba jugándole una mala partida, ni la de ocultar en su casa de campo a Murette Radisson, parecían obrar la más leve alteración en su persona. Miró largamente a Kent, como estudiando la posición de criterio que adoptaba, y cuando despegó los labios fue para hablar en tono pausado y ecuánime, tanto que Kent le miró lleno de asombro.

—No le censuro, Kent —dijo—. No le censuro por llamarme canalla o lo que se le antoje. Posiblemente yo haría otro tanto, de hallarme en su lugar. Usted cree incomprensible que porque fuimos amigos no haga ahora cuanto pueda por salvarle. Lo haría si creyera que usted es inocente. Pero no lo creo. Creo que usted es culpable. No encuentro un resquicio de posible defensa en su confesión, tal como la dio. ¿Qué pasaría, aun suponiendo que yo le ayudara para razonar una defensa, si lograba una prueba de que no fue usted quién mató a Juan Barkley...?

Se movió, ocultando en parte por un momento, con su silueta, la ventana, y atusándose el bigote gris, agregó:

—Suponiendo que me prestara a ello, aún le quedarían veinte años de encierro por la más vergonzosa de las falsedades que en el mundo puede haber, por jurar en falso; creyendo estar ante la muerte. Es usted delincuente, si no por una causa, por la otra. Yo no juego partida alguna. Y por lo que hace a la mujer aludida, yo no tengo a ninguna mujer en mi casa de campo.

Dicho esto, se fue a la puerta. Kent no hizo nada por detenerle. Algunas palabras acudieron a sus labios; pero se le fundieron en ellos, y un buen rato, tras la salida de Kedsty, se quedó de cara a la ventana, mirando el verde mundo de la selva, sin ver nada. Las palabras pronunciadas con pausa y meditación por el inspector Kedsty acababan de desvanecerle, de destruirle toda esperanza. Es decir, que aunque se salvara de manos del verdugo, continuaría siendo delincuente, delincuente por haber cometido el peor de los

delitos, sin duda, aparte el de homicidio. Llegar a demostrar que no había matado a Juan Barkley era confesarse, al mismo tiempo, culpable de falso juramento sobre una mentira, creyendo que se hallaba en el lecho de muerte. ¡Y esto equivalía, sin duda, a pasar veinte años en la prisión de Edmonton! La pena más leve que podía esperar era diez años de prisión... Diez o veinte años de prisión o la horca.

Empezaba a sudarle el rostro. Ahora no maldecía de Kedsty. Se le había pasado la ira. Kedsty había visto desde el principio las cosas claramente, y él, necio, no supo verlas. De nada valían los sentimientos que pudieran encerrarse en el oculto corazón del inspector, porque éste sólo podía proceder en la forma que lo hacía. Él, Jaime Kent, el hombre que más aborrecía la mentira, resultaba ser culpable de la más negra de las mentiras, el más falso de los hombres, pues hasta en, el lecho de muerte mentía.

Aquel delito merecía un gran castigo. La Justicia tenía ojos claros. Era una cuestión rectilínea, que no ofrecía más que un camino angosto, sin derecha ni izquierda. No se mantendría ningún pretexto que alegara en su defensa. Había mentido por salvar una vida humana; pero era una vida reclamada por la justicia. Por consiguiente, había defraudado a la Ley y la había deshonrado y esto lo tenía que purgar, aunque por arte milagroso se escapara de la última pena. Era tan aplastante lo que le pasaba, que se sentía arrollado. Era como si, por fin, se le hubiera abierto una ventana ignorada y de improviso viera todo lo que, a Kedsty no le había pasado inadvertido. Conforme pasaba el tiempo, su espíritu luchador se rebelaba. No era su temple fácilmente vencido. El riesgo de su persona siempre le había excitado el ánimo desde lo más hondo de su vida, y nunca había sido tan cierto el peligro como entonces. No era cuestión de escurrirse rápidamente, bajo el acicate de los minutos. Durante diez años se había dedicado a perseguir al hombre, y el conocimiento de la psicología del delincuente había llegado a ser su especialidad. Lo primero que había procurado siempre para hallar la verdad de un delito era simpatizar con el delincuente, atraerlo con inteligencia y comprensión. El primer paso que daba en ese juego emocionante que le parecía la persecución era deducir por análisis lo que el perseguido haría en determinadas circunstancias y bajo ciertos ambientes, teniendo en cuenta su atavismo. Había establecido reglas de inestimable importancia para él; pero siempre se había visto en el lugar ventajoso del perseguidor. Comenzó a repasar aquellas leyes. Ya no era el Jaime Kent de antes. De cazador se veía reducido a cazado, así es que todos los resortes y recursos que poseía se tenían que poner en juego a la inversa. Su conocimiento de las selvas, su

astucia, su conocimiento de, las estratagemas de la lucha entre dos, cara a cara, poco le valdrían si era conducido al banquillo de los acusados para ser sometido a un proceso.

La ventana abierta le dio la primera inspiración. Las aventuras arriesgadas habían constituido la esencia de su vida. Y allá fuera, tras los bosques, cuyas frondas semejaban inmensos oleajes, se desarrollaban las mayores aventuras. Una vez en aquellas selvas que cubrían medio continente, en aquellas selvas que tanto amaba, en lucha con el mundo, no le importaba perecer al fin. Se veía claramente desempeñando el papel de perseguidor. Sólo quería verse provisto de armas, en medio de aquella libertad, donde le estaba aguardando todo un mundo...

Una llama de impaciencia brilló en sus ojos para amortiguarse en seguida. A la postre, lo de la ventana abierta no era más que una burla. Se deslizó fuera de la cama y se puso casi de pie. El esfuerzo que para ello tuvo que hacer, le dio vértigo. Dudaba si podría andar cien metros, aun suponiendo que llegara a saltar por la ventana. Al pronto, otra idea cruzó su mente. La cabeza se le estaba despejando. Atravesó, tambaleándose, la habitación y volvió atrás; por primera vez andaba desde que la bala del mestizo le puso fuera de combate. Engañaría a Cardigan. Engañaría a Kedsty. Conforme recobrara las fuerzas, sería más reservado acerca de su mejoría. Se haría el enfermo hasta no poder más, y luego, una noche, se aprovecharía para evadirse por la ventana, abierta siempre.

Aquel pensamiento le estremeció de una manera nueva. Por primera vez se hacía cargo de la diferencia que existe entre el perseguido y el que persigue, entre el hombre que se juega la libertad y la vida con sus solas fuerzas, y el que lo hace contando con el amparo de la justicia humana y su inmenso poder. Cazar era sensacional. Ser cazado era mucho más emocionante. Se le pusieron en tensión todos los músculos. Un fuego desconocido le hacía arder la cabeza. Él era la criatura que se ve acosada. Ahora sus compañeros eran los que le asediaban.

Volvió a la ventana y se asomó todo lo que pudo. Tendiendo la mirada por la selva, le pareció distinta. La veía con nuevos ojos. Los reflejos del río, que se deslizaba lentamente, adquirirían un sentido hasta entonces insospechado. Si el doctor Cardigan le viera en aquel momento, creería que le volvía la fiebre. Una lumbre de ensueños le subía a los ojos... La cara se le encendía. Kent no veía las amenazas de la muerte, no se le aparecían las ventanas enrejadas de una cárcel, sino que vislumbraba, con el pulso agitado, la más insigne aventura que podía brindarle la suerte. Siendo él el más famoso cazador de

hombres que había en dos mil millas a la redonda, vencería a los mismos cazadores. El sabueso se había convertido en zorro, y el zorro estaba al corriente de las mañas de uno y otro. ¡La victoria era suya! Un mundo le estaba llamando, y él se las compondría para llegar al corazón de aquel mundo. Empezaron a pasar por su imaginación los lugares en que podía estar a salvo y libremente durante el resto de su vida. Nadie como él conocía los rincones que se hallan al margen, apartados de las rutas del Norte, lugares inexplorados que no señalaba ningún mapa; lejanos y misteriosos pedazos de tierra incógnita, donde el sol todavía se levantaba y se ponía sin permiso de la policía; sitios donde la risa de Dios vibraba, como en las edades prehistóricas en que los monstruos antediluvianos comían la fruta de los árboles sin alzar el cuello, porque eran tan altos como ellos. Una vez salvada aquella ventana, con energías para carminar, podía pasarse la policía cien años persiguiéndole, que no le encontraría.

No era un sentimiento de bravuconería lo que le inspiraba estos pensamientos. Ni era pánico, ni excitación nerviosa. Medía las cosas tal como se le mostraban. Marcharía río abajo, hacia el mar Ártico. ¡Y encontraría a Murette Radisson! Sí, aunque viviera en las barracas militares de Fort Simpson, la encontraría. ¿Y después? Esta pregunta las arrollaba todas en su mente. Y a ella podía contestar de muchas maneras.

Seguro de que sería desastroso para la realización de sus planes que le vieran de pie, volvió a acostarse. Todavía se le notaba en la cara la congestión producida; por tales emociones, cuando a la media hora entró el doctor Cardigan.

En pocas palabras tranquilizó un tanto al médico, que estaba muy violento desde el día anterior, a causa de su equivocación. Le dijo que se trataba, al fin y al cabo, de una equivocación que le había proporcionado una gran alegría. Reconocía que, al principio, la idea de que se salvaba de la herida le había causado horror. Pero ya la cosa en conjunto tenía muy distinto aspecto. En cuanto se encontrara un poco fortalecido, se sentía con fuerzas para ir mereciendo atenuantes, y estaba seguro de llegar a demostrar su inocencia en el asesinato de Juan Barkley.

Esperaba lo menos diez años de calabozo en Edmonton; pero ¿qué eran diez años comparados con cuarenta o cincuenta bajo tierra? Apretó la mano de Cardigan; le dio las gracias por la excelente solicitud que le mostraba. Cardigan era quien le había salvado de la tumba. Así se expresaba Kent, y el médico parecía rejuvenecerse oyéndole.

—Temí que no viera usted así las cosas, Kent —le dijo, respirando profundamente—. ¡No puede figurarse lo que sentí cuando me di cuenta de mi equivocación...!

—Pensó que era usted quien me ponía en manos del verdugo, en la horca, ¿no es eso? —observó Kent con una sonrisa—. Lo cierto es, amigo, que nunca hubiera prestado semejante declaración de no tener una fe ciega en usted, como si su voz fuera la del Todopoderoso anunciando nacimientos y defunciones. Pero todos cometemos errores. Yo los he cometido; y usted no tiene que excusarse de nada. Sólo le agradeceré que de vez en cuando me envíe usted unos cigarros a la cárcel de Edmonton, y probablemente le pediré que me visite alguna vez para fumar conmigo y para llevarme noticias de los ríos. Pero creo, amigo mío, que voy a seguir molestándole aquí. Le aseguro que me siento mal, con una extraña sensación en mi interior. ¿No sería un bromazo que ahora se presentara una complicación y nos equivocáramos otra vez?

Era visible la impresión que sus palabras producían en el ánimo de Cardigan. Una vez más su teoría psicológica sobre la mente humana estaba dándole excelente resultado. Redimido Cardigan de su actitud humillada y de desolación por el mismo hombre de quien esperaba las más duras acusaciones, se llenó desde aquel momento, por una reacción mental lógica, de una extremada hipersimpatía. Cuando por fin salió del cuarto, Kent sentía una íntima alegría, porque Cardigan le había dicho que tardaría una temporada en poderse levantar.

No volvió a ver a Mercer en todo el día. Cardigan en persona le sirvió la comida y la cena, y le atendió a última hora de la noche. Le dijo que convenía que no le molestara nadie, porque le parecía que necesitaba dormir. Habían puesto un guardián a la puerta.

Cardigan frunció el ceño al darle espontáneamente esta noticia. Era una ridícula falta de sentido por parte de Kedsty adoptar semejante precaución. Pero él haría que el centinela se pusiera botas de suela de goma e insistiría en que no hiciera ruido para no despertarle. Kent le dio las gracias y sonrió triunfalmente cuando hubo salido.

Esperó que su reloj marcara las diez para comenzar un ejercicio que se había impuesto. Es decir, se levantó sin hacer el menor ruido. Esta vez no le dio vértigo el ponerse en pie. Tenía la cabeza clara. Empezó a medir sus energías respirando cada vez más fuerte y dilatando el pecho. No sintió dolor como temía. Se hubiera puesto a gritar de alegría. Estiró los brazos, uno después del otro. Se dobló hasta tocar el suelo con la punta de los dedos.

También dobló las rodillas. Se inclinó a la derecha y a la izquierda, cambiando de postura y asombrándose de ver la fuerza y flexibilidad que conservaba su cuerpo. Dio veinte vueltas de un lado a otro, antes de volver a meterse en la cama.

Estaba desvelado. Tendido de espaldas, contemplaba a través de la ventana la claridad de las estrellas, esperando el primer rayo de luna, mientras oía otra vez el canto de las lechuzas que anidaban en el árbol partido por un rayo. Una hora después reanudó su ejercicio.

No bien se puso en pie, cuando por la ventana oyó voces y pasos que se acercaban presurosamente. Al cabo de un momento alguien llamaba a la puerta y preguntaba por el doctor Cardigan. Acercóse Kent cautelosamente a la ventana. Se levantaba la luna, y a su luz distinguió varias figuras que se acercaban despacio como si vinieran cargadas con un gran peso. Antes de perderlas de vista, vio que eran dos hombres que llevaban un bulto largo cogido por los extremos. Luego se oyó una puerta que se abría, y después de sonar otras voces, todo quedó sumido en el silencio.

Se volvió a la cama, sin sospechar quién sería el nuevo paciente.

Después del ejercicio que había hecho, la respiración se le hacía menos fatigosa. El saberse fuera de peligro y sentirse cada vez más libre de la opresión pectoral, le llenaba de altivez. Un optimismo ilimitado le invadía. Era tarde cuando se quedó dormido, y durmió hasta muy entrada la mañana. Le despertó Mercer al penetrar en la habitación. Lo hizo con cautela, cerrando la puerta sin hacer ruido, pero Kent le oyó. Al punto se incorporó y comprendió que Mercer le traía noticias, y que algo alarmante le pasaba. Estaba un poco excitado.

—Perdone que le despierte, señor —dijo acercándose mucho a Kent, como si temiese que el centinela le oyera—; pero creo que le conviene saber lo que ha pasado con el indio, señor.

—¿Con el indio?

—Sí, señor; lo que le ha pasado al indio Mooie. Estoy desolado. Me dijo a primera hora de la noche que había descubierto el escondite de la chalana en que la mujer se iría río abajo. Me dijo que estaba oculta en Kim's Bayou.

—¡En Kim's Bayou! Es un excelente refugio, Mercer.

—Una buena madriguera, señor. Al oscurecer, Mooie volvió a su espionaje. Y no he podido averiguar claramente lo que le ha pasado, señor. Pero sería medianoche cuando llegó sangrando a la vivienda de Crossen, medio desvanecido. Lo trajeron aquí, y le he velado yo casi el resto de la noche. Dice que la mujer saltó a la chalana, y que partió río abajo. Esto es



todo lo que he podido entender. Como habla en una jerga endiablada, no me he enterado de nada más. Crossen dice que es el cree y que el viejo Mooie considera que una cuadrilla de demonios armados de garrotes se echaron encima de él en Kim's Bayou. Por supuesto que se trata de hombres. No creo ni por un instante en los demonios de Mooie, señor.

—Tampoco yo —asintió Kent, con la sangre revuelta—. Mercer, eso quiere decir, sencillamente, que alguien más avisado que Mooie estaba vigilando en aquel lugar.

Con una chocante expresión, cautelosa en extremo, Mercer miró a la puerta. Luego se inclinó más aún sobre Kent.

—En su chapurreo, cuando yo estaba solo con él, pronunció un nombre, señor. Lo menos media docena de veces lo dijo, y era el de Kedsty.

Los dedos de Kent apretaron la mano del joven inglés.

—¿Usted lo oyó, Mercer?

—Estoy seguro. No cabe mala interpretación, señor. Lo repitió varias veces.

Kent se dejó caer otra vez sobre las almohadas. Su pensamiento volaba. Veía que, a pesar del esfuerzo que Mercer estaba realizando por mostrarse sereno, en el fondo estaba alarmado por aquel suceso.

—No debemos permitir que esto se sepa, Mercer —le dijo—; si Mooie estuviese grave y llegara a morir y se descubriera que usted y yo...

Se dio cuenta de que había dicho bastante para hacerse entender, y sin mirar a Mercer, agregó:

—Vigile, muchacho, y póngase al corriente de todo. Procure averiguar algo más acerca de Kedsty, si puede. Yo le diré lo que hay que hacer. Es un poco arduo el caso para usted. Y ahora... —sonrió mirándole— tengo un apetito extraordinario. ¿Añadirá hoy un huevo a mi almuerzo? Tres en vez de dos, y un par de tostadas más que de costumbre. Y que nadie se entere de que me vuelvo tan voraz. Será en provecho de los dos, sobre todo si Mooie llegara a morir. ¿Comprende, amigo?

—Creo... creo que sí —respondió, empalideciendo al ver la áspera expresión de sonrisa que se asomaba en los ojos de Kent—. Lo haré como usted manda.

Cuando Mercer se fue, Kent pensaba que ya sabía todo lo que aquel hombre podía dar de sí. De acuerdo con la moralidad de su clase, por cincuenta dólares, Mercer era capaz de mucho, con tal de no verse descubierto. A las claras era un cobarde. Y Kent sabía apreciar el valor de un tipo así para ciertas ocasiones. La ocasión en que se hallaba era a propósito

para ponerle en juego. De allí en adelante, Mercer sería un factor importante que intervendría en los planes de su salvación.

## Capítulo IX

Aquella mañana, Kent se desayunó de una Manera que hubiera asombrado al doctor Cardigan y despertado mayor precaución en el ánimo del inspector Kedsty si lo hubiese sabido. Mientras se desayunaba procuró estrechar los lazos que ya unían a Mercer con su persona. Aunque por haberle dicho éste que Mooie, no tenía ningún hueso fracturado, y sabía que no estaba herido de gravedad, simuló una gran inquietud... por lo que hacía a la salud del indio. Mas si por casualidad se moría, volvió a decirle, su fallecimiento les traería a ellos un serio conflicto, como descubrieran a última hora su manejo. No le importaba por él, pues su situación no podía ya empeorar; pero no quería ver complicado a un amigo en su causa por culpa suya. Esto impresionó a Mercer. Se vio actuando de posible elemento en un proceso criminal y sólo de pensarlo se horrorizaba. Aun en caso favorable de salir con bien, serían acusados de haber dado y tomado soborno, y esto podía costarles caro, a menos que el indio mantuviera el secreto. Y si el indio sabía algo extraordinario acerca de Kedsty, era del todo punto necesario que Mercer se enterara, porque eso les haría dueños de una carta de triunfo, que, caso de vencer, podrían utilizar como prueba fidedigna de la postura del inspector de policía. Por mera fórmula, Mercer le tomó la temperatura. Era perfectamente normal; pero no le costó mucho a Kent persuadirle de que debía anotar un grado más.

—Es conveniente que sigan creyendo que me encuentro débil —le insinuó—. No es posible que sospechen que estamos en mutua inteligencia.

Tan excelente le pareció a Mercer la idea, que propuso subir aún medio grado la anotación.

Era una espléndida jornada para Kent. A cada hora que pasaba se sentía más fuerte. No obstante, no se levantó en todo el día, por temor de que le vieran de pie. Cardigan le visitó dos veces, y no receló nada del gráfico de la temperatura anotada por Mercer. Le curó la herida, que estaba muy mejorada.

Lo que le deprimía era la fiebre. Debía de estar algo indispuerto; pero eso le pasaría, naturalmente. Por lo demás, no existía razón importante que obligara a Kent a guardar cama. Y al expresarle esta idea, sonrió pidiendo perdón.

—Parece un poco raro que yo diga esto cuando, no hace mucho, le estaba diciendo que su última hora se aproximaba —dijo.

Aquella noche, después de las diez, Kent se levantó cuatro veces para hacer su ejercicio gimnástico. Se maravilló aún más que la noche pasada de lo rápidamente que recobraba toda su fortaleza, Media docena de veces los diablejos de la impaciencia le empujaron para hacerle saltar de una vez por la ventana. Durante tres días con sus noches guardó su secreto, adelantando en su convalecencia. El doctor Cardigan entraba de vez en cuando, y el Padre Layonne no dejó ninguna tarde de hacerle compañía. Mercer fue su visitante más asiduo. Dos cosas que sucedieron al tercer día fueron causa de gran sensación. Lo primero fue que el doctor Cardigan se ausentó por cuatro días para ir a una población que estaba a cincuenta millas al sur, dejándolo todo a cargo de Mercer. Lo segundo fue que el indio Mooie salió del período de fiebre, recobrando el juicio. Lo primero llenó a Kent de alegría. Estando ausente Cardigan, se desvanecía el temor de que se descubriera el secreto de su fingida postración. Pero lo que entusiasmaba particularmente a Mercer era que el indio hubiera vuelto en sí del porrazo recibido en la cabeza. Estaba radiante. La reacción que sus hados le traían, le permitía alzar la frente delante de Kent, Le manifestó que ya no temía a nada. Era tan impertinente su actitud desde la mejoría de Mooie, que más de cuatro veces Kent le hubiera arrojado de buena gana de un puntapié. Además, desde que sustituía al doctor Cardigan, Mercer no cabía en su pellejo. Kent vio en ello un nuevo peligro y comenzó a conformarse con sus disposiciones. Le aduló. Aseguróle que le parecía el colmo de la vergüenza que Cardigan no le hubiera hecho su socio. Lo merecía. Y en justicia para consigo mismo, Mercer debía reclamar la parte que le correspondía, en cuanto Cardigan estuviera de vuelta. Él, Kent, por su parte, hablaría de ello al Padre Layonne, y el misionero difundiría esta idea de lo que debía ser entre otras personas influyentes de Atabasca Landing. Durante dos días estuvo tentando; como el arponero que anda tras una pieza traicionera, Hizo cuanto pudo para lograr que Mercer descubriera algo más, hablando con Mooie, referente al inspector Kedsty. Pero el viejo indio se calló como si le hubieran pegado los labios.

Mercer comunicó a Kent lo siguiente:

—El indio se asustó cuando le dije que había revelado algo del inspector; lo desmintió todo. Movi6 la cabeza repitiendo: «¡No, no, no!». No ha visto a

Kedsty. Dice que no sabe nada de él. Y yo no puedo sacarle de ahí, Kent.

Había olvidado sus continuos «señor, señor», y todo su aire servil. Se permitía fumar los cigarros de Kent con el desembarazo de quien usa lo que es de su propiedad, y con ofensiva libertad le llamaba «Kent» a secas. Hablaba del inspector simplemente como de «Kedsty», y del Padre Layonne como del «pequeño predicador». Se le subían los humos a la cabeza de una manera notoria, y Kent sabía que semejante hinchazón empeoraba su causa.

Le parecía oír hablar a Mercer continuamente. Varias veces le había oído conversar con el guarda, y con frecuencia le veía salir al embarcadero, llevando un bastoncito de caña que hasta entonces no se había atrevido a ostentar. Empezó a dar su opinión a Kent y llevarle noticias en tono de petulancia. Al cuarto día se recibió la noticia de que el doctor Cardigan retrasaba su regreso cuarenta y ocho horas. Y con cínica presunción, Mercer anticipaba que cuando Cardigan volviera encontraría grandes reformas. Así llegó a decir alentado por su estúpida petulancia:

—Kedsty me ha tomado una gran simpatía, Kent. Es una gran persona cuando se le trata con nobleza. Me mandó ir esta tarde, y fumamos un cigarro juntos. Cuando le dije que le estuve viendo a usted la otra noche por ventana, haciendo una serie de ejercicios gimnásticos, dio un salto como si le hubieran clavado un alfiler. «¿Cómo? ¿Pues no estaba enfermo de cuidado?», exclamó, y yo le dije que había mil maneras más convincentes de curar a un enfermo que las que empleaba Cardigan. «Hay que dar a los pacientes bien de comer; hay que dejarles hacer una vida normal» —le dije—. «Vea usted a Kent, por ejemplo —continué—. Durante una semana ha comido como una fiera y ahora está en condiciones de hacer cabriolas». Esto le dejó pasmado, Kent. Noté que le extrañaba que yo lograra lo que Cardigan no podía. Comenzó a dar grandes trancos a un lado y a otro, volado, negro..., supongo que pensando en Cardigan. En seguida llamó a ese muchacho de Pay, y le envió con unas líneas. Después me estrechó la mano, me dio una palmadita en el hombro y me alargó otro cigarro. Le digo, Kent, que es más agudo que una espada. No ha necesitado más para convencerse de lo que yo vengo haciendo en el poco tiempo que Cardigan falta.

Nunca se le habían crispado a Kent los dedos como entonces en un deseo convulso de ahogar a un hombre. ¡En el preciso momento en que se disponía a realizar sus planes, Mercer le traicionaba descubriéndole ante Kedsty! Volvió la cara para que no leyera lo que saltaba a sus ojos. Escondió bajo su cuerpo, sus manos, como garras. Tuvo que vencer el deseo loco, que le revolvió la sangre, de saltar sobre Mercer y despedazarlo. Si hubiese sido

Cardigan el que le hubiera dicho la verdad a Kedsty, nada tendría que objetar: era para él una cuestión de noble lealtad. ¡Pero Mercer..., un sapo hinchado de vanidad, un perfecto diablo capaz de vender al mejor amigo, un tonto, un asno...!

Estuvo un rato rígido, petrificado, apartando la vista de Mercer. Su buen sentido triunfó. Comprendía que para jugar su última carta necesitaba de toda su sangre fría. El propio Mercer, sin darse cuenta, le ayudó a reprimirse, cogiendo un par de cigarrillos, metiéndoselos en el bolsillo y saliendo de la habitación. Le oyó unos minutos hablando con el centinela.

Luego se levantó. Eran las cinco. ¿Cuánto hacía que Mercer había hablado con Kedsty? ¿Qué orden habría enviado en aquellas líneas al agente Pelly? ¿Dispondría simplemente que le estrecharan la vigilancia, o bien que le trasladaran a uno de los calabozos próximos a la oficina central? En este caso, todas sus esperanzas se habrían desvanecido. Con la imaginación se trasladó a aquellas celdas.

En Atabasca Landing no había cárcel ni prevención, por más que entre la policía montada se conocieran por tal nombre las celdas que había detrás mismo de las oficinas del inspector. ¡Eran celdas de cemento, y el mismo Kent había intervenido en planearlas! La ironía que encerraba la cosa no le sorprendió en aquel momento. Recordaba que ningún detenido se había podido escapar de aquellas celdas. Si antes de las seis no daban ningún paso, estaba seguro que no harían nada hasta el día siguiente. Posiblemente la orden enviada a Pelly era que dispusiera una celda para Kent. Desde lo más recóndito de su alma deseaba que aquello sólo hubiera sido una mera preparación. ¡Ah, si le dieran una noche de tiempo, una sola noche!

Su reloj dio la media hora. Luego, las seis menos cuarto, Luego, las seis. Aunque era tenido por el hombre más sereno de la «División N.», la sangre le ardía con verdadera fiebre. Encendió el último cigarrillo y comenzó a fumar despacio para disimular la zozobra que seguramente leería en su rostro cualquiera que entrase. Las siete era la hora de la cena. A las ocho empezaría a oscurecer. La luna tardaba más en salir cada noche; y no se levantaría sobre la selva hasta pasadas las once. Huiría por la ventana a las diez. El pensamiento le volaba, meditando con serenidad en la forma de huir la primera noche. Siempre había multitud de barcas cerca de la vivienda de Crossen. Saldría en una de ellas, y cuando Mercer se diera cuenta de su huida, ya estaría a cuarenta millas camino de la libertad. Luego dejaría la barca a la deriva, la escondería y se lanzaría a campo traviesa hasta que se perdiera de vista. En algún sitio y de algún modo encontraría las dos cosas que precisaba:

alimento y armas. Afortunadamente no había dado a Mercer los cincuenta dólares que le restaban bajo la almohada.

A las siete, Mercer le llevó la cena. Un leve reflejo de desencanto vio Kent en sus ojos, cuando notó que el último cigarro de la caja había desaparecido, Kent vio el gesto y trató de sonreír afablemente.

—Le diré al Padre Layonne que me traiga mañana temprano otra caja, Mercer —le dijo—. Es decir, si puedo verle.

—Es de esperar —soltó Mercer—. No vive lejos del cuartel, que es donde le llevarán a usted. Me han encargado que esté usted preparado para salir mañana de mañana.

A Kent, la sangre parecía convertírsela en fuego vivo oyendo aquello. Sorbió un poco de café y dijo, encogiéndose de hombros:

—Me alegro, Mercer. Estoy deseando que todo pase en seguida. Cuanto antes me lleven allí, antes comenzarán a actuar en esta causa. No estoy asustado, ni poco ni mucho. No tengo más remedio que salir ganando. No hay una probabilidad entre ciento de que me puedan condenar.

Y agregó:

—Voy a mandar que le suban a usted una caja de puros. Estoy agradecido por el trato espléndido que me ha dado.

Cuando salió Mercer con el servicio de la cena, Kent agitó firmemente el puño en dirección de la puerta, y murmuró esta exclamación:

—¡Ah, Señor, si me lo dejaras solito conmigo en el bosque por una hora nada más!

Dieron las ocho y las nueve. Oyó varias veces que hablaban en el vestíbulo. Sería Mercer con el guardián. Luego le pareció que había estallado un trueno, y el corazón le latió gozosamente. Nunca había saludado con tanto entusiasmo a la tormenta como lo hiciera aquella noche. Pero el firmamento se mantuvo despejado. No sólo eso, sino que las estrellas empezaron a alumbrar con un resplandor más claro que nunca. Reinaba una gran calma. Llegó del río a sus oídos el ruido de la cadena de una chalana como si estuviera sólo a cien metros. Conoció el aullido de un perro de Mooie, que partía del aserradero hidráulico. El chasquido de los picos de los búhos que pasaban revoloteando por una ventana parecía más seco que las noches anteriores. Continuamente se le antojaba oír la bullidora voz del río, que dentro de poco tenía que llevarle en su corriente, camino de la libertad.

¡El río! Todos sus sueños y aspiraciones hablaban por él en aquella voz del agua. Por su cauce se había ido Murette Radisson. Y en algún paraje de la ribera, o en el río que seguía a aquél, o en el tercero y más lejano, la tenía que

encontrar. En la intensidad emotiva de aquella hora de espera, entre nueve y diez, atrajo con la imaginación la presencia de la joven Recordaba sus más leves movimientos, todas las palabras que había pronunciado. Volvió a sentir la emoción del contacto de su mano en la frente, el beso que le dio, y con gran dulzura se renovaban en su mente aquellas palabras: «Creo que si viviera usted mucho tiempo, llegaría a quererle». Y cuando ella habló de tal manera, estaba enterada de que él no se moría. ¿Por qué, pues, se había ausentado? Sabiéndolo, ¿por qué no permanecer a su lado para ayudarlo? Era que le había hablado en broma, o...

Otra idea cruzó por su mente. Por poco le arranca un grito. Se incorporó tenso, el corazón acelerado. ¿Pero de veras se había ido? ¿No estaría desempeñando una comedia haciendo ver que se iba río abajo en la chalana escondida? ¿No cabía en lo posible que estuviera engañando a Kedsty? Una escena clara como el resplandor de las estrellas se le aparecía en el pensamiento. Era claro lo que Mooie había murmurado de Kedsty. El inspector había acompañado a Murette a la chalana. Mooie le había visto, en sus momentos de delirio lo había revelado. Pero después se calló por miedo al hombre terrible que tenía el poder de la justicia en la mano. ¿Pero por qué, luego, por poco sucumbe el indio? Mooie era una criatura inofensiva. No tenía enemigos. Ninguno de los que vivían en aquel lugar era capaz de atacar al viejo rastreador, cuya cabeza blanqueaban los años. Nadie lo hubiera hecho, a no ser el mismo Kedsty... Kedsty acorralado, Kedsty en un momento de ira. Tampoco era comprensible. Pero cualquiera que fuera el motivo del ataque, sea quien, fuera la persona que lo había perpetrado, Mooie había visto indudablemente al inspector de policía acompañando a Murette Radisson a la chalana. A lo único que no podía contestarse Kent era a si en efecto Murette Radisson se habría ido en la navecilla río abajo, o si sólo había simulado.

Casi con un sentimiento de desengaño se dijo en sus adentros que tal vez no se habría ido. Él quería que estuviera navegando río abajo, cada vez más lejos. La idea de que tuviera algo que ver con Kedsty le mortificaba. De estar todavía en Atabasca Landing, o cerca de allí, no sería ciertamente por Mac Trigger, el hombre a quien él había libertado con su declaración. Desde lo más íntimo del corazón rogaba que estuviera lejos, muy lejos; río abajo, porque sólo en la lejanía de Atabasca quería encontrarla otra vez. Y después de sus ansias de libertad, sólo anhelaba verla. Fue sincero consigo mismo al hacerse tal confesión. Es más, no quiso engañarse y sabía que todos los días y todas las noches tendría el pensamiento y el sueño pendientes de Murette



Radisson. Lo que había de maravilloso en ella lo sentía más intensamente cuanto más tiempo pasaba, y ahora él se arrepentía de no haberse atrevido a acariciar su cabello. No se hubiera ofendido. Lo demostraba el que después de dominar él su impulso, ella misma le diera un beso.

¡La campanita de su reloj dio las diez! Se incorporó de golpe. Estuvo un rato escuchando atentamente, contenido el aliento. En el vestíbulo que daba a su cuarto no se percibía el más tenue rumor. Poquito a poco se deslizó de la cama hasta ponerse de pie en el suelo. Tenía la ropa colgada en unas perchas que había en la pared, y se acercó a tientas a ellas con tanto cuidado que aunque alguien le espicara por la cerradura, no hubiera oído nada. Se vistió de prisa. Se acercó cautelosamente a la ventana. Miró por ella y escuchó. Bajo la luz de las estrellas no se veía nada más que las ramas del árbol desgajado por o rayo, donde los mochuelos pusieron sus nidos. Reinaba un gran silencio. El aire le rozaba la cara con frescor y dulzura. Respiró la fragancia de los lejanos cedros y abetos. Envuelto en la maravilla de aquella noche, el mundo le estaba esperando. Le parecía imposible que fracasaran sus planes y que le sorprendiera la muerte en aquel ambiente, y se le antojaba irreal y pueril el amago de la Justicia, ¡a él, a quien todo aquel mundo magnífico le tendía los brazos!

Seguro de que había llegado el momento de ponerse en movimiento, lo hizo. No tardó más de diez segundos en escurrirse por la ventana y echar pie a tierra. Estuvo un momento al raso de la claridad estelar; pero luego corrió, sin hacer ruido, hasta el extremo del edificio, y se recató en la sombra. La ligereza con que se había movido no le produjo la menor molestia física, y la sangre le circulaba con el ritmo y la emoción de pisar libremente la tierra y de sentirse la herida mucho mejor curada de lo que él mismo suponía. Una sensación rebelde le estremeció al poderse decir: ¡soy libre! Veía el río que le hablaba, cabrilleando y diciéndole que se diera prisa, contándole que no mucho más abajo había otra persona, camino del Norte, mecida en su propio caudal, y que si se apresuraba, él le ayudaría a alcanzarla. Un suspiro de vida nueva partió de su alma. Los ojos le brillaban de una manera extraña a la semiluz nocturna.

Experimentaba la sensación de que Murette había partido el mismo día anterior. No podía encontrarse muy lejos en aquellos momentos. Y entonces, sintiendo su naturaleza impulsada por un aliento de vida llena de esperanza, notaba que Murette era algo distinto de antes: era, en efecto, parte esencial de su misma existencia. No podía pensar en su evasión sin asociarla a su hazaña, Ella era en aquel trance el espíritu real de la selva. Sentía su presencia. Se le

ocurría que tal vez, río abajo, en alguna parte, estaría pensando en él y esperando que llegara de un momento a otro. Y con aquella sugestión, pensó que en vez de hacer desaparecer la barca, como había proyectado, sería preferible esconderse de día y seguir navegando de noche, hasta encontrar a Murette Radisson. Le contaría cómo se había escapado, y luego...

Miró hacia el lugar en que se hallaba la vivienda de Crossen. Iría hasta allí directamente, como quien va con alguna misión que no tiene por qué ocultar. Si la suerte le acompañaba y Crossen dormía, en un cuarto de hora alcanzaría el río. Le golpeó el corazón al dar el primer paso bajo la claridad de las estrellas. A cincuenta metros se levantaba el depósito donde Cardigan guardaba el combustible. Salvado aquel paso, ya nadie podría verle desde las ventanas del sanatorio. Caminó ligeramente. Veinte pasos, treinta, cuarenta... y se detuvo de repente, tan en seco como le había detenido hacía días la bala disparada por aquel mestizo. Del otro lado del depósito de combustible surgió una figura. Era Mercer. Iba dando vueltas a un bastoncito y paseando calladamente como un gato. Aunque no se hallaban más que a diez pies el uno del otro. Kent no percibió el ruido que producía Mercer al andar.

Éste se detuvo. Se le cayó el bastón de las manos. Aun en la escasa luz de las estrellas, Kent le vió empalidecer.

—¡No levante la voz, Mercer! —le previno Estoy haciendo un poco de ejercicio. ¡Si grita, le mato aquí mismo!

Adelantóse al decir estas palabras, sin levantar mucho la voz, para no ser oído desde las ventanas que había dejado a su espalda. Y pasó una cosa que le heló la sangre en las venas. Él conocía el grito peculiar de todas las fieras y bestias; pero nunca había oído un sonido semejante al que salía de los labios de Mercer. No era voz humana. A Kent le pareció una voz diabólica, satánica. No pedía socorro. No articulaba palabras. Y mientras aquel horrible sonido salía de los labios de Mercer observó cómo se le hinchaban a éste la garganta y los ojos por el esfuerzo de aquel soplo que recordaba el silbo de una sierpe, de la cobra.

Al frío que le sobrecogió al pronto sucedió un ardor de fuego violento. No veía más que la serpiente que se le cruzaba en la senda. Por dos veces le había salido al paso, y le odiaba profundamente. Le odiaba con una virulencia mortal. Ni la voz que le brindaba la libertad, ni el temor de la cárcel podían contener su instinto de venganza. Sin decir más, se agarró al cuello de Mercer, y el silbo de sus labios terminó en un estridente chillido. Hundió los dedos en la blandura de la garganta, y con el puño apretado aporreó la cara de Mercer.

Cayó aplastando contra el suelo a la sierpe humana que tenía bajo su ira. Y siguió arremetiendo puñetazos, como nunca lo había hecho. Todos sus deseos se ahogaban en aquel ímpetu loco con que hubiera destrozado como un guiñapo a aquella sabandija inglesa que, aunque tenía pies, era demasiado cobarde para seguir andando por el mundo.

Y no dejó de golpearle en un rato, aunque el camino que había de conducirle al río estaba ya despejado.

## Capítulo X

En cuanto se levantó dejando rendido a sus pies el cuerpo de Mercer, cayó en la cuenta de la locura inexplicable que le había arrebatado. Nunca le ardió la cabeza como entonces. Al momento creyó que había matado a Mercer. No era un sentimiento de compasión ni de remordimiento lo que le despejaba la cabeza. Mercer era un traidor y un cobarde, una serpiente de lo más repugnante, que no tenía razón de vivir. Lo que le volvió a la realidad fue pensar que había perdido la ocasión que tenía de llegar hasta el río.

Oyó pasos que corrían. Vio a la claridad, de las estrellas varias figuras que se acercaban. Y se encontraba muy débil para luchar o para correr: Acababa de perder en un momento las escasas fuerzas que había podido recuperar y que tan cautamente pensaba usar en su evasión. Entre la herida, la debilidad causada por los días pasados en cama y el violento ejercicio a que acababa de someter en la venganza a sus músculos desacostumbrados a ello, se había quedado vacilante e incierto, mientras los pasos se acercaban.

Su cerebro daba vueltas. Se quedó lamentablemente cegado, y durante los primeros segundos, cuando toda la sangre se le agolpaba en las sienes, perdió la visión de las cosas y el sentido de orientación. Se había excedido a sus energías en aquel arranque de cólera. Comprendió que se alteraba su organismo, que estaba desvalido. Aun entonces estuvo tentado de ensañarse con Mercer, que continuaba inmóvil, pateándole. Pero unas manos le cogieron reteniéndole. Oyó una voz de asombro, luego otra... Y una cosa dura y fría le apresó las muñecas, como si se las mordieran unas bocas sin dientes.

Al primero a quien vio fue al agente Carter, el brazo derecho de Kedsty en el cuartel; luego al viejo Sands, el guardia de la casa de Cardigan. Tan rápidamente como se le había descompuesto, se le despejó la cabeza, y el curso de la sangre se le normalizó. Levantó las manos. Carter le había esposado las muñecas, y la luz de las estrellas se reflejaba en el acero bruñido

de las esposas. Sands se inclinaba sobre Mercer, y Carter decía a Kent por lo bajo.

—Es muy duro, Kent. Pero no tengo más remedio que hacerlo así. Los vi desde la ventana cuando Mercer gimió. Pero, ¿por qué se ha detenido por él?

Mercer se levantó ayudado por Sands. Miró con la cara manchada, inidentificable, a Kent y a Carter. Lloriqueaba y gemía, como pidiendo piedad, por si su adversario no se diera por satisfecho. Carter cogió a Kent por el brazo separándole de los demás.

—No tengo más que un camino. Es desagradable; pero la Justicia me manda que le lleve al cuartel.

Kent volvió a ver claramente el resplandor que tenían en la altura las estrellas, y sus pulmones gozaban frescas inhalaciones de aquel aire, lo mismo que en los maravillosos momentos anteriores a su encuentro con Mercer.

Había perdido la partida. Y Mercer era quien se la había hecho perder. Carter sintió la repentina tensión muscular de Kent al avanzar llevándole de un brazo. No contestó a sus palabras, sino que apretó los dientes; pero Carter percibió un sollozo que se ahogaba en la garganta de su detenido.

También Carter había crecido en el sentimiento de la selva y llevaba la sangre ardiente del Norte en sus venas; por tanto, comprendía lo que pasaba en el corazón de Kent. Había fracasado en su fuga por menos de un cabello.

Pelly estaba de servicio en el cuartel, y él fue quien le encerró en una de las tres celdas que había detrás del departamento de las oficinas. Apenas Kent se vio solo, sentóse en la yacija, y por fin dio expansión a su agónica desesperanza, en un inmenso sollozo, como una ola desprendida de su pecho. Hacía media hora que el mundo le había estado tendiendo los brazos, y él había sido dócil a sus requerimientos, lanzándose a afrontar la más emocionante de las aventuras, que como la espada de Damocles se levantaba sobre su cabeza. Entonces la tragedia era verdadera. Pero ahora no había esperanza. Los tentáculos de la Justicia le habían cogido las manos, y no era posible soñar en librarse de ellos.

Triste era pensar que él mismo había previsto en aquellas celdas todo lo necesario para evitar las estratagemas de evasión de los prisioneros, de las cuales estaba bien enterado. No ofrecían la menor posibilidad. Otra vez se le crisparon las manos y en lo más hondo del alma volvió a maldecir a Mercer, acercándose a la ventana enrejada que daba al río. La corriente pasaba cerca. Oía perfectamente su murmullo, y veía su movimiento, con el juego de los

reflejos estelares, mientras producía al deslizarse una especie de risa apagada, que era una burla por la locura que había cometido.

Volvió a, la yacija y hundió desesperado la cara entre las manos. Estuvo en esta actitud durante media hora. Por vez primera en su vida se sentía vencido, tan tremendamente vencido que perdió hasta el íntimo deseo de luchar, y estaba desolado, llena la imaginación, caóticamente, de las cosas que acababa de perder.

Abrió por fin los ojos a la negrura de su encierro y vislumbró algo maravilloso. En la penumbra de la celda se inclinaba un rayo de luz dorada. Era un envío de la luna creciente, a través de la pequeña ventana enrejada. Para Kent tenía la emoción de un ser viviente que se hubiera deslizado hasta allí. Lo miraba fascinado. Siguió sus ojos el rayo y se pararon en la abertura cuadrada, por donde se veía la luna que derramaba gloriosamente por todo aquel mundo selvático una claridad rojiza. Estuvo un rato sin darse cuenta de nada más que de la luna que llenaba el cuadro de la ventanuca. Pero levantándose luego, sintió que se le agitaban las ansias y esperanzas amortiguadas, mientras aquel rayo le iluminaba el rostro. Uno a uno fueron despertándose sus afanes. Tendió las manos como para llenárselas de aquella luz que parecía líquida. El corazón se le aceleraba a la gloria de la luna ascendente, El zumbón murmullo del río se trocó una vez más en esperanzada canción, mientras las manos de Kent apretaban las barras de la ventana y el espíritu luchador volvía a levantarse en su corazón. Mientras este espíritu se robustecía ahuyentando de su cerebro el caos que le había invadido, contemplaba la luna, que se levantaba cambiando de color, desde el rojo de las bajas capas atmosféricas hasta el amarillo oro de las alturas etéreas, maravillándose ante aquel prodigio de luz y de color que nunca había dejado de emocionarle.

Y entonces se rió. De verle en aquel momento Pelly o Carter, hubieran pensado que estaba loco. Era la suya una locura especial locura de la confianza en sí mismo reconquistada, de una ilimitada fe, de un optimismo capaz de convertir los sueños en realidad. Otra vez miró a través de los barrotes de la ventana de su celda. Todavía percibía la existencia inmediata del mundo. Allí mismo estaba el río, Todo aquello por lo cual valía la pena luchar continuaba instigándole. Y, en efecto, estaba dispuesto a luchar. No sabía él mismo cómo. Y otra vez rió por lo bajo, un poco amargamente, porque no podía dejar de amargarle el pensamiento sarcástico de que él mismo se había hecho construir su prisión.

Se volvió a sentar al borde del camastro, y se sintió sorprendido por la idea de que todos aquéllos a quienes él había llevado allí anteriormente y allí habían cumplido la primera parte de su castigo, se estarían ahora riendo de él en el plano espiritual. Pobló su imaginación un pequeño ejército de rostros blancos y negros, llenos de odio y desesperación, animados con el regocijo de las esperanzas, o pálidos ante el horror de la muerte. Y entre todas aquellas caras de los fantasmas que habían sido presa suya cuando ejercía de cazador de hombres, una permanecía junto a él desvanecidas las otras, y ésta era la de Antón Fournet. Porque a éste lo había traído él mismo a aquella celda. Antón era el corpulento francés, de negro cabello y barba, que tenía una enorme y arrolladora risa, con la cual había hecho temblar hasta los pisapapeles de la mesa de Kedsty, aunque tenía delante la perspectiva de la muerte.

Ahora Antón se erguía ante Kent con el tamaño de un dios. Había matado a un hombre y como un bravo sostuvo la verdad de su acción. Siendo el corazón que alentaba su cuerpo de gigante tan sensible como el de una muchacha, Antón no por eso dejó de mostrarse orgulloso de su delito. Durante sus días de cárcel improvisó canciones ensalzando su hazaña. Había matado al hombre blanco de Chippewyan que raptó a la mujer de un vecino suyo. No se trataba de su mujer, sino de la de su vecino. Porque el lema de Antón era el siguiente: «Haz por los otros lo que quisieras que ellos hiciesen por ti». Y él tenía un afecto entrañable a aquel amigo, el hondo afecto de un hombre de la selva. Su vecino era débil, mientras Antón era fuerte, lleno de la energía de un toro, de manera que cuando fue preciso, fue éste quien tomó cartas en el asunto. Cuando Kent lo encerró en aquella celda, el gigante se rió de lo estrecho del recinto y de lo fuertemente que estaba construido, y después se dio a cantar y a reír abiertamente, entonando rumorosas canciones todos los días del corto tiempo que se le dio de vida. Cuando lo ejecutaron, murió con una espléndida sonrisa en los labios, que parecía pregonar que estaba pagando muy barato un gran delito.

Kent no podía olvidarse de Antón Fournet. Nunca había dejado de lamentarse del hecho fatal de haber tenido que encarcelar a Antón, ni dejaría de considerar que siempre, en toda circunstancia peligrosa, el recuerdo de Antón, el hombre de corazón recio, le había hecho recuperar el valor. Nunca sería él como Antón Fournet, se había dicho muchas veces. Nunca su corazón sería tan grande y tan noble como el de Antón Fournet, pues si bien la Justicia había colgado su corpachón de la horca, donde expiró, era indiscutible que aquel ser nunca había hecho daño a hombre, mujer o niño alguno hasta que se

lanzó a matar a un monstruo de maldad, por lo cual la Ley le aplastó con su tacón.

Aquella noche Antón Fournet volvió a entrar en la celda y se sentó junto a Kent en el camastro donde tantas noches había dormido, y la evocación de su risa y sus cantares llenó sus oídos, y su inmenso valor se expandió en aquel calabozo a la luz de la luna, de manera que cuando, por fin, el prisionero se tendió para dormir, lo hizo con la convicción de que el espíritu del heroico ejecutado le había infundido una energía que de ninguna manera hubieran podido comunicarle las criaturas vivientes. Porque Antón Fournet había muerto sonriendo, más aún, riendo, cantando..., y en él soñó Kent apenas se quedó dormido. Y en tal sueño intervino otro personaje llamado Dirty Fingers («Dedos Sucios»), para despertar en la mente de Kent una luz inspiradora.



## Capítulo XI

Allí donde ligeramente se doblaba el gran río como la lengua amiga de un perro, lamiendo la orilla, en el Atabasca Landing, se veían todavía nueve chozas mal construidas, desgastadas por la intemperie, echadas a perder, llamadas la «Hilera de Fingers», y construidas por el excéntrico genio de unas gentes que habían previsto la invasión que tardaría diez años en llegar, como así fue. La quinta de las casas, contando, naturalmente, por la derecha o por la izquierda, era llamada por su mismo propietario, que no era otro sino «Dedos Sucios», la estancia de la «Buena Reina Elizabeth». Era una casuca cubierta de cartón embreado, con dos ventanas semejantes a ojos cuadrados que vigilaban siempre el río, como esperando que pasara algo. Delante de tal cobijo, «Dedos Sucios» había construido un cobertizo que le protegía del sol en verano, de las lluvias de tormenta en primavera, de la nieve en invierno, pues aparte las horas del sueño, «Dedos Sucios» pasaba la vida bajo aquel porche.

En una extensión de dos mil millas por la región Los Tres Ríos se extendía la fama de «Dedos Sucios», y aún había quienes, supersticiosos, creían que varios diosillos y demonios acudían a la casa cubierta de cartón embreado para sentarse al lado de aquel hombre y departir con él. En toda aquella región nadie era tan inteligente, nadie estaba tan satisfecho de su talento que no hubiera estado dispuesto a dar cuanto tuviera a cambio de las maravillas que se encerraban en el cráneo de «Dedos Sucios». Nadie hubiera dicho, viéndole a la puerta de la estancia de la «Buena Reina Elizabeth», que su cerebro fuera tan poderoso. Era un verdadero tablón gigantesco aquel hombre fofo. Cuando se sentaba en su sillón de brazos, desgastado por el uso, era una criatura informe. Tenía la cabeza voluminosa, descuidado y largo el ralo cabello, suave la tez como un nene, y el rostro mofletudo como el de un querube, e inexpresivo como una manzana. Siempre juntaba las manos sobre el estómago, y éste era doblemente respetable por ostentar sobre el pecho una

cadena de reloj hecha con bolas fundidas de oro de Klondike, cadena que servía de entretenimiento al pulgar y al índice de «Dedos Sucios». Nadie conocía la causa del apoyo de «Dedos Sucios» que sustituía al nombre de Alejandro Toppet Fingers, como no fuera el ir siempre desaliñado y falto de aseo.

Fuera como fuera la complejidad de aquella corporeidad de doscientas cuarenta libras de carne, lo que atemorizaba a las gentes era la capacidad cerebral de «Dedos Sucios». Porque se trataba de un legista, de un abogado del bosque, de un fiscal y defensor de la tierra selvática, de un estratega legal de las rutas fluviales y de las enormes extensiones cubiertas de árboles. En el fondo de su cabeza se clasificaban todas las reglas y leyes de la equidad comunes a todos en el gran país del Norte. Para aprenderlas se inspiró en la vida de hace doscientos años. Sabía que las leyes no morían de viejas; que para abolir una es preciso dictar otra nueva; y de la matriz de la tradición había sacado todos los secretos de su especialidad. No tenía códigos ni libros de leyes. Toda su biblioteca la llevaba en la cabeza. Y cuántos casos resolvía los conservaba en su casuca, en unos montones de papel llenos de menuda y apretada letra y cubiertos de polvo. No iba a la audiencia como otros letrados, y había abogados de Edmonton que le bendecían por ello.

Su choza era un tabernáculo de la justicia. Allí permanecía él, cruzado de brazos, emitiendo decisiones, dando consejos, formulando sentencias. Pasaba tantas horas sentado, que era para perder el juicio. De la mañana a la noche estaba como clavado bajo su colgadizo, y no se movía más que para mejor guarecerse cuando el tiempo era malo. Horas enteras pasaba contemplando el agua del río, sin pestañear; horas enteras, sin moverse, sin hablar. Tenía un constante compañero: un perro gordo, impasible, perezoso como su amo. Siempre dormía a sus pies, o le seguía, como a rastras, cuando «Dedos Sucios» se decidía a dar un paseíto hasta una pequeña tienda, donde adquiría lo necesario para su subsistencia.

El primero en visitar a Kent en la celda fue el Padre Layonne, al día siguiente de su fracasado intento de fuga. Una hora después el misionero se dirigía a la madriguera de «Dedos Sucios», por el camino desgastado que moría en su puerta. Pocas veces se veía en la cara de «Dedos Sucios» una expresión de alegría como cuando el pequeño sacerdote le visitaba de vez en cuando. Entonces la lengua se le soltaba, y ambos conversaban hasta muy entrada la noche, de muchas cosas que los demás no comprendían del todo. Aquella mañana el Padre Layonne no fue casualmente, sino con un propósito especial, y cuando «Dedos Sucios» se enteró del asunto que le llevaba, movió

la cabeza con desconsuelo y cruzó los brazos estrechamente sobre su estómago expresando su absoluta imposibilidad de ir a ver a Kent. No acostumbraba ir a ver a nadie. Era necesario que la gente acudiera a él. No le gustaba andar. Había un cuarto de milla largo desde su casa al cuartel, acaso media milla. ¡Y la mayor parte de ella cuesta arriba! Si Kent pudiera ser conducido allí...

Éste esperaba en su celda. Pudo oír fácilmente voces en el despacho de Kedsty cuando abrieron la puerta, y notó que éste no llegó a su despacito hasta que el Padre Layonne hubo salido para ver a «Dedos Sucios», Ordinariamente solía ir al cuartel casi una hora antes. No se preocupó Kent de dar importancia al hecho, pero pronto se percató de que de la puerta de las lancinas al resto del cuartel había un movimiento desusado. En cierta ocasión oyó la voz de Cardigan y luego la de Mercer. Estaba seguro de que era la voz de ellos; pero le contrarió oír al segundo. ¿No estaría equivocado? Porque Mercer no debía estar en condiciones de hablar durante una temporada. Se alegraba de que una esquina del muro del vestíbulo ocultara la puerta de la oficina del puesto y de que los tres calabozos estuvieran en una misma pieza, a salvo de la mirada de los visitantes curiosos. También le gustaba no tener compañeros de encierro. Se hallaba en una situación que reclamaba la soledad. Para poner en práctica el plan que estaba fraguando su mente le era tan necesaria la soledad como la colaboración de Alejandro Toppet Fingers.

Lo que le estaba preocupando era saber si lograría tal colaboración, y esperaba con ansia la vuelta del Padre Layonne, aguzando el oído por si llegaban sus pasos. Pero si, al fin y al cabo, la idea inspirada que había tenido aquella noche fracasaba, si Fingers no le secundaba... Sé encogió de hombros.

En tal caso, no veía salida. No tendría más remedio que aceptar la suerte y pasar por la sentencia que le dictara el tribunal. Pero ¡ah, como Fingers se prestara a la combinación...!

Volvió a mirar al río, y otra vez éste pareció contestar a sus pensamientos. Como Fingers se prestara a la combinación, vencerían a Kedsty y a toda la «División N.» junta. Ello le proporcionaría al mismo tiempo la experiencia de un fenómeno psicológico extraordinario. Pensándolo detenidamente, la magnitud del caso era un poco espantosa, pero la fe de Kent no era menor. No consideraba su filosofía como cosa sobrenatural. La aplicaba al nivel vulgar del tipo medio de las personas.

Creía que todo hombre o mujer posee un segundo plano subconsciente, de donde la voluntad puede levantarse con tremenda fuerza, si se acierta con la

clave justa de su temperamento, y él creía poseer la clave exacta del secreto hondamente oculto en el cerebro excepcional «Dedos Sucios». Porque tenía fe en tal metafísica, no aprendida precisamente en Aristóteles, tenía esperanza de que Fingers procuraría salvarle. Volvía a robustecerse en él una extraña sensación de júbilo. Se encontraba físicamente mucho mejor que la noche pasada, y se dijo qué los breves minutos de enérgica actividad durante los cuales estuvo a punto de matar a Mercer, fueron una excelente prueba de hasta dónde llegaban sus fuerzas.

No le había perjudicado aquel esfuerzo, ni cabía ya el miedo de que la herida se le volviera a abrir.

Lo menos doce veces oyó el golpear de una puerta que se abría y se cerraba. La oyó una vez más, luego un ruido que arrancó una exclamación de dicha del pecho de Kent. «Dedos Sucios», a causa de su gordura y falta de ejercicio físico, padecía lo que él llamaba «una ronquera asmática», y el fragor de sus pulmones fue lo que anunció a Kent su llegada. También su perro estaba asmático, por idéntica causa; así es que cuando marchaban juntos, competían resollando.

«Estamos los dos mal hechos para respirar», era la frase que a veces decía «Dedos Sucios», Pero añadía: «No importa, Señor, porque de lo contrario andaríamos más, y eso de andar no nos convence». Iban con Fingers y su perro el Padre Layonne y Pelly. Éste abrió la puerta de la celda, y cuando Fingers y el perro entraron, volvió a cerrarla. Moviendo la cabeza y con la esperanza reflejada en los ojos, el misionero se retiró con Pelly a la oficina del puesto. Fingers se enjugó el sudor de su rostro encarnado con un enorme pañuelo, respirando con fuerza. Togs, su perro, resollaba como si hubiera llegado al fin de la carrera más importante de su vida.

—¡Es ésta una cuestecita como ella sola! —dijo Fingers jadeando—. Una cuestecita mortal.

Se sentó, retemblando como un saco de gelatina, en la única silla que había en la celda, y empezó a abanicarse con el sombrero. Kent se percató en seguida de la situación. En el aspecto encendido de Fingers y en la palidez de su mirada adivinaba que estaba ocultando cierta inquietud, y sabía lo que esta inquietud significaba. El Padre Layonne se habría visto obligado a pintarle las cosas muy crudamente y a indicarle lo que Kent le reservaba para hacerle subir hasta allí. La clave psicológica empezaba a mostrarse infalible.

Sentóse Kent al borde de su yacija y sonrió con simpatía a su visitante. Inclínandose un poco hacia delante, dijo con seriedad, de prisa y en voz bastante baja:

—No han sido siempre así las cosas, Fingers. Hace veinte años no se fatigaba usted tanto al subir una pendiente. Veinte años suelen cambiarnos mucho.

—Es verdad —asintió Fingers en un murmullo jadeante.

—Hace veinte años era usted un luchador. Parecióle a Kent que los fríos ojos de Fingers comenzaban a animarse, y prosiguió:

—Un luchador. La mayoría de los hombres eran luchadores en aquellos tiempos de la racha del oro, ¿no es cierto, Fingers? Muchas historias tuyas he oído contar en mis jornadas, y algunas de esas aventuras me han estremecido intensamente. Aquellos hombres no temían a la muerte. Y muchos de ellos la afrontaron con serenidad. Usted se contó entre tales hombres. Me contaron ésta historia un invierno en el lejano Norte. La he callado siempre, porque creo que no le agrada a usted andar en boca de la gente, ya que, de lo contrario, usted mismo la habría contado. Así es que he querido que usted me visitara. Usted está enterado de mi situación. Sólo me espera la horca o la cárcel. Es natural que uno busque ayuda entre los que fueron sus amigos; pero yo no lo hago, a no ser con el Padre Layonne. La simple amistad no ha de salvarme, y mucho menos la clase de amistad que hoy se estila. No le he rogado que viniera por otra cosa, pues se engañaría si pensara que yo trato de indagar secretos sagrados para usted, Fingers. Dios sabe que no me propongo semejante cosa. Pero tengo que contarle algo ocurrido hace mucho tiempo, antes que usted llegue a comprender lo que quiero decir. No habrá olvidado usted, nunca olvidará a Ben Tatman, ¿no es cierto?

Al pronunciar Kent este nombre, que «Dedos Sucios» no oyera de otros labios que de los suyos desde hacía lo menos un cuarto de siglo, una intensa y poderosa energía pareció apoderarse del corpachón fofo del abogado de aquellos parajes selváticos. La impresión que le produjo fue la de una sacudida eléctrica que recorriera todo su cuerpo, volviéndolo rígido, dando a la blandura de sus músculos una inesperada energía, crispándole las manos hasta cerrárselas en apretado puño. Perdió su aliento el ritmo de la fatiga y su voz era otra al contestar a Kent:

—¿Sabe usted algo de Ben Tatman?

—Sí. Me enteré en la lejana región de Porcupine. Dicen que de aquello hace lo menos veinte años. Ese Tatman me dijeron que era un muchacho recién llegado de San Francisco (empleado de un Banco, creo), el cual se fue al país del oro acompañado de su mujer. Los dos estaban llenos de ánimo, y se decía que no podían vivir el uno sin el otro, y ella se empeñó en ser

camarada de su marido en toda aventura. Nadie barruntaba, por supuesto, lo que les esperaba.

Y prosiguió:

—Luego sobrevino aquel mortal invierno en Lost City. Usted, mejor que yo, sabe cómo estaba la Ley en aquellos tiempos. No llegaron las provisiones para la subsistencia. La nieve se anticipó. El termómetro no subió de cincuenta bajo cero en tres meses seguidos. Lost City era un infierno de miseria y muerte. De tal modo estaban las cosas, que podía matarse a un hombre y acaso salir impune, Fingers; pero el que robaba siquiera una simple corteza o una judía, ¡era conducido afuera del poblado para que se marchara! Ello equivalía a morir sin remisión, a morir de hambre y frío, cosa mucho más espantosa que las balas y la horca, y que, por lo mismo, era la pena que se aplicaba por robo.

»Tatman no era ladrón. Pero al ver a su esposa desfallecer de hambre, sintiendo el horror de pensar que se le moría, como tantas otras, víctima de aquel escorbuto, se arriesgó a cometer un hurto. Penetró en un depósito a altas horas de la noche y se llevó un cesto de patatas y dos latas de judías, que se estimaban más que mil veces su peso en oro. Pero fue sorprendido. Claro que estaba de por medio la mujer; pero en aquellos días no podía una mujer, por grande que fuera su hermosura, salvar a un hombre. A Tatman lo sacaron a las afueras, le dieron su fardo sin comida y su escopeta, y le obligaron a partir. Su mujer, con la cofia y los zapatos de calle, estaba a su lado, dispuesta a no abandonarle ni en la muerte. Y sólo por ella Tatman hizo hasta el último momento falsas protestas de inocencia.

Y Kent agregó:

—Pero las latas de judías y las patatas fueron halladas en su cabaña y ello era prueba suficiente. Pero entonces, en aquel preciso momento en que iban a partir, bajo la ventisca, lo cual equivalía a entregarse a una muerte segura y próxima...

Aquí Kent se levantó y, acercándose a la ventana, dijo, mirando afuera:

—Fingers, de vez en cuando surge un superhombre. Un superhombre había entre aquellas pobres gentes hambrientas y amargadas. En el momento crítico avanzó atestiguando en alta voz que Tatman era inocente, porque el ladrón era él. E hizo sin inmutarse una importante declaración, según la cual había sustraído aquellos víveres y los había escondido en la habitación de Tatman mientras todos dormían. ¿Por qué haría aquello aquel hombre? ¡Para salvar de la muerte por consunción a la mujer! Sí, mintió, Fingers. Y lo hizo porque estaba enamorado de la mujer de otro hombre... Mintió porque su

corazón era el más leal que Dios haya puesto en la tierra. ¡Cómo mintió! Aquélla era una espléndida falsedad, se entregó a la intemperie del destierro, fortalecido por un amor que superaba todos los temores ante la misma muerte, y en el lugar no se supo más de él. Tatman y su mujer volvieron a su casa y siguieron gozando de la vida. Fingers... —Kent, que miraba por la ventana, se volvió súbitamente—. Fingers...

Y ante aquella reticencia, éste permaneció como una esfinge, mirando de frente a Kent.

—Aquel hombre era usted —añadió éste acercándose más a su visitante. Usted mintió por amor a una mujer, y por aquella mujer se arriesgó a afrontar la muerte. La gente de Lost City no llegó a comprenderlo. El marido no lo sospechó siquiera. ¡Y la mujer, la joven esposa a quien usted adoraba calladamente, tampoco, ni en sueños se enteró! Pero la verdad es ésta y usted lo reconoce en el fondo del alma. Afortunadamente venció aquel trance, saliendo de él con vida. Y año tras año ha pasado usted su vida en ese portal, soñando con una mujer, con aquella muchacha por la cual estuvo dispuesto a dar la vida mi día ya lejano. ¿Estoy en lo cierto, Fingers? Si es así, venga esa mano.

Fingers se levantó despacio de la silla. Sus ojos habían perdido su aspecto triste y mortecino, y le brillaban con una lumbre que Kent acababa de reanimar al cabo de muchos años. Tendió una mano y apretó la de Kent, sin dejar de mirarle fijamente, como si el corazón le hubiera resucitado.

—Gracias por su opinión. No es cosa de la que tenga que avergonzarme; pero lo que lo venció todo, desde el día en que me puse en lugar de Tatman, fue la aparición de un hombre. Algo pasó después. No sé qué. Pero aquí estoy ahora. Nunca he vuelto a aquellos lugares. He ido perdiendo, hasta llegar a lo que soy.

—Sin embargo, usted es aquel que se dispuso a morir por María Tatman —exclamó Kent—. Su corazón y su alma son los mismos. ¿No volvería usted a luchar por ella?

Un ahogado suspiro salió de los labios de Fingers:

—¡Señor! Sí, Kent, sí, volvería a la lucha.

—Por eso deseaba que, entre todos, fuera usted quien me visitara prosiguió Kent en seguida Sólo a usted quería contarle mi caso. ¿Quiere oírlo? ¿Me perdona el haberle recordado esa historia tan cara para usted, a fin de que pueda hacerse cargo por completo de lo que voy a contarle? Sentiría que pensara que se trata de un subterfugio al que me acojo. Es algo más. ¿Inspiración acaso? Oiga usted, Fingers.

Estuvo Jaime Kent hablando largo rato, y Fingers le escuchó sintiendo que el alma se le agitaba y se le removía con ansias de nueva vitalidad, echando, al fin, de menos lo que sólo una vez se posee en la vida. Aquel hombre no era ya el perezoso, misterioso y mudo «Dedos Sucios», que pasaba las horas sentado a la puerta de su vivienda. En el Fingers que estaba ahora sentado frente a Kent se acababa de levantar el espíritu que hacía veinte años se hallaba sumido en un profundo sopor, y aquella juvenil emoción se derramó por sus venas. En aquel tiempo evocado le llamaban «Puños Fuertes», y al hablar ahora con Kent no era «Dedos Sucios», sino «Puños Fuertes». Por dos veces el Padre Layonne se acercó a la puerta, pero se retiró oyendo el murmullo de la voz de Kent. Nada ocultó Kent, y cuando terminó su relato, en la cara de Fingers se vislumbró la luz de una revelación.

—¡Por Dios! —exclamó suspirando profundamente—. En el largo tiempo que he pasado sentado a la puerta de mi casa, oyendo casos estupendos, no ha llegado a mis oídos nada semejante a esto. ¡Ah, si no fuera por esta vil humanidad mía!

Se levantó con una rapidez en él desusada y se echó a reír como no se había reído hacía mucho tiempo. Extendió un brazo y lo dobló, como hace el atleta que prueba sus bíceps, y dijo:

—¿Viejo? ¡No; no soy viejo! Apenas tenía veintiocho años cuando pasó aquello y ahora tengo cuarenta y ocho. No es ser viejo. El corazón es lo que se ha vuelto viejo; pero no importa... ¡Yo lo haré, Kent! ¡Lo haré, aunque me cueste ir a la horca!

Kent le abrazó noblemente, y exclamó con un ahogado gemido:

—¡Dios le bendiga! ¡Dios le bendiga, Fingers! Mire, mire usted allá.

Empujó a Fingers hasta la ventana, y contemplaron los dos el río, que brillaba alegremente bajo un cielo azul lleno de sol.

—En una extensión de dos mil millas, por ese camino de plata, hemos cruzado los dos ese vasto mundo —dijo Kent con afanoso aliento—. ¡No es usted viejo, Fingers, no! Todas las cosas que le fueron familiares le están llamando, nos están llamando, desde algún sitio, desde donde vagan los espíritus, los espíritus y los seres humanos.

—¡Espectros y esperanzas! —añadió Fingers.

—La esperanza nutre la vida —comentó Kent como para sí mismo.

Luego, sin apartarse de la ventana, su mano encontró la de Fingers. Se estrecharon fuertemente.

—Tal vez ni su sueño ni el mío lleguen a realizarse nunca; pero es grato pensar en ellos, Fingers. ¿No es verdaderamente raro que sus nombres sean



tan parecidos? María y Murette... Creo, Fingers, que...

Sonaron unas recias pisadas en el vestíbulo. Ambos se volvieron súbitamente, al tiempo que el agente Pelly llegaba a la puerta de la celda. Comprendieron que había que separarse, y Fingers dio con el pie a su perro para que se levantara, pues se había dormido.

El Fingers que regresaba a los cinco minutos al río era ya otro, y el perro que le pisaba los talones estaba asombrado y desconcertado, pues de vez en cuando, Togs, desdichado y cargado de carnes, tenía que hacer un esfuerzo para dar una carrerilla y no quedarse rezagado. Y Fingers no se apoltronó a la sombra de su colgadizo al llegar a su casuca. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se subió las mangas de la camisa y pasó varias horas engolfado en no sé qué rebusca, entre el tesoro legalista que estaba amontonado y cubierto de polvo en los rincones de la estancia de la «Buena Reina Elizabeth».

## Capítulo XII

Aquella mañana, Kent había oído canciones vibrantes que le llegaron del río, y ahora sentía una especie de deseo de estallar en cantos de alegría y entusiasmo. No sabía si podría ocultar la verdad a los ojos de los visitantes, sobre todo a los de Kedsty, si iba a verle. Le parecía que algún destello de su esperanza le traicionaría, revelándose a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. Sentía que sus fuerzas físicas estaban más en armonía con su esperanza que cuando saltó la ventana del hospital, teniendo enfrente la plena libertad del mundo, porque entonces no estaba seguro de sí mismo, no había tenido ocasión de medir su energía y su resistencia físicas. Así es que pensaba que acaso había sido una suerte el toparse con Mercer, pues contando ahora con la ayuda de Fingers tenía más probabilidades de que las cosas le salieran bien. No se trataba ya de aprovecharse, a la buena de Dios, de la primera ocasión que la suerte le presentara, sino que ahora obraría reflexiva y premeditadamente.

Bendecía al hombre llamado «Dedos Sucios», a quien no podía seguir pensando dándole este nombre. Daba gracias a Dios por la casualidad de haberse enterado de aquella historia de Fingers, sucedida en el extremo norte. No podía seguir considerándole como al hombre gordo, como al tipo de cerdo a quien todos veían así hacía tanto tiempo. Y era que acababa de ver que en él se había realizado el milagro de una transformación. Había visto el alma de Fingers levantarse ágil en su tinaja corporal, totalmente rejuvenecida; había visto que la sangre le dio una ardiente sacudida. Las vivas emociones de otro tiempo se reanimaron en el corazón de Fingers, y Kent sentía por éste, ante aquel despertar de su vida, algo que no sentía por las demás personas. Era una emoción de íntima camaradería.

El Padre Layonne no volvió hasta la tarde, y le llevó noticias emocionantes. El misionero había vuelto a ver a Fingers, pero no le encontró en su portal. Tampoco estaba el perro. Llamó reciamente, pero nadie le

contestó. ¿Dónde estaba Fingers? Kent movió la cabeza, simulando una interrogación anhelante; pero en el fondo del corazón se alegraba, pues él lo sabía. Y dijo al Padre Layonne que temía que todos los conocimientos de la Ley que tenía Fingers no le sirvieran de nada. El mismo Fingers se lo había dado a entender. Y el misionero salió hondamente preocupado. Hablaría nuevamente con Fingers, le dijo, y le insinuaría algunas ideas que se le habían ocurrido. Cuando salió, Kent cantó albricias. ¡Cuál no sería la sorpresa del Padre si él también supiera lo que pasaba!

Al día siguiente, el Padre volvió, y su información fue aún más emocionante. Al misionero no le gustaba la actitud de Fingers. Aquella noche, notando que en su casuca había luz, se dirigió hacia ella. Vio que alrededor de una mesa, y muy cerca uno de otro, había tres hombres con «Dedos Sucios». Uno era Ponte, el mestizo; otro era Kinoo, el Dog Rip, proscrito procedente de Sand Creek, y el tercero era Mooie, el viejo rastreador indio. Al enterarse Kent, estuvo a punto de dar un brinco de alegría, pues esos tres eran los hombres más conocedores de aquellas rutas del Norte. Fingers no había perdido el tiempo, y estaba deseando poder gritar su entusiasmo y aplaudir como un muchacho al comenzar las vacaciones.

Pero el Padre Layonne no pudo sorprender en su cara el menor gesto que delatara la agitación de su pulso. Fingers le había dicho que tenía que asociarse con aquellos hombres para explotar un bosque situado en un lugar distante de mucho tráfico, y que hasta luego no se ocuparía en el asunto de Kent. ¿Volvería el Padre Layonne a la mañana siguiente? Sí; había vuelto a buscar a Fingers, pero su casa estaba cerrada.

Durante el resto del día, Kent estuvo esperando con impaciencia a Fingers. Fue a verle por primera vez Kedsty, y por pura cortesía le dijo que deseaba que la ayuda de Fingers le fuera provechosa. No hizo alusión alguna a Mercer, y no estuvo más de dos minutos, sin llegar a pasar el umbral de la celda. Por la tarde llegó el doctor Cardigan y le dio un caluroso apretón de manos. A su regreso se había encontrado con un trabajo arduo: Mercer estaba del todo deshecho, física y mentalmente. Había perdido cinco dientes, y le habían tenido que dar diecisiete puntadas de sutura en la cara. Cardigan opinaba que alguien le había dado una descomunal paliza... y sonrió a Kent. Luego añadió por lo bajo:

—¡Cuánto me hubiera alegrado de que hubiese conseguido escapar!

Eran las cuatro cuando Fingers volvió. Estaba más lejos aún que el día anterior de parecer el Fingers de antes. No respiraba con fatiga. Se dijera que había perdido carnes. Su rostro tenía una expresión animada. Sus ojos estaban

lentos de Vida, y Togs, el perro, había dejado de seguirle: Saludó a Kent muy sonriente, moviendo la cabeza y tosiendo satisfecho. Y Kent le puso las manos en los hombros y le abrazó con una silenciosa alegría.

—No me acosté en toda la noche —dijo Fingers sin levantar la voz—. No me atrevo a moverme mucho durante el día, pues despertaría sospechas. ¡Pero, vive Dios, que anoche me moví de veras! Anduve lo menos diez millas. ¡Todo llegará, todo llegará!

—¿Y Ponte, Kinoo y Mooie...?

—Están trabajando como diablos —murmuró Fingers—. No hay más remedio. He revisado detenidamente mis legajos, y veo que no encuentro manera de salvarle de la ley escrita. He leído su confesión, y creo que ni con cadena perpetua puede salvarse. Tiene usted ya un lazo alrededor del cuello. Le llevarían a la horca si no encontráramos otro medio de salvarle. He hablado con Kedsty. Ha dispuesto que le trasladen a usted a Edmonton dentro de una quincena, a partir de mañana. Este tiempo nos es necesario y suficiente para realizar nuestros planes.

Los tres días siguientes, Fingers visitó a Kent por la tarde. Cada día tenía un aspecto más grato. Alguna virtud desconocida estaba robusteciendo sus músculos y dando forma a su cuerpo. Al segundo día le dijo que ya tenía un camino posible y que cuando se le presentara la ocasión le sería fácil escapar; pero que ni a él debía, revelarle el secreto todavía. Tenía que tener paciencia y fe. Lo principal era tener fe siempre, pasara lo que pasara, E insistió varias veces en que no importaba que sucediera lo que sucediera. Al tercer día desconcertó a Kent. Estaba impaciente, nervioso. Le pareció que tampoco convenía descubrirle hasta el día siguiente su plan. No estuvo en la celda más que cinco o diez minutos, y al despedirse le estrechó la mano de una manera extraña. Sin saber por qué, Kent perdió un poco la confianza en aquella tercera visita.

Esperó con impaciencia el día siguiente. Llegó, y Kent lo pasó aguardando, de hora en hora, oír el ruido de los recios pasos de Fingers en el vestíbulo. La mañana fue lenta; la tarde, interminable. Llegó la noche sin que Fingers compareciese. Kent apenas durmió aquella noche. Serían las once cuando se presentó el misionero. Antes de irse recibió una nota de Kent para Fingers. Acababa de cenar el preso y ya Carter se llevaba los platos, cuando apareció otra vez el Padre Layonne. Con verle el rostro, Kent comprendió que traía malas impresiones...

—Fingers es un... apóstata —exclamó, apretando los labios como para reprimir una acusación aun más tremenda—. Me lo he encontrado sentado

bajo su sobradillo, como siempre, medio dormido, y dice que, después de mucho cavilar, se ha convencido de que no puede hacer nada por usted. Ha leído el papel que usted me dio, y lo ha quemado con una cerilla. Me encargó le dijera que la combinación que había fraguado era demasiado peligrosa..., para él. También dijo que no volverá y...

El misionero apretaba rudamente sus morenas y nudosas manos.

—Siga usted —le rogó Kent, un poco broncamente.

—Ha enviado un recado a Kedsty en el mismo sentido —dijo el Padre Layonne—. Le ha dicho que no encuentra manera de salvarle, y que sería perder el tiempo pretender defenderle, Jaime. —Y le cogió suavemente por un brazo.

Kent se puso pálido. Miró hacia la ventana, pero durante unos minutos no pudo ver nada. Luego, con lápiz, puso otra nota en un papel para Fingers.

Hasta el anochecer no regresó el Padre Layonne con una respuesta también verbal. Fingers había leído sus líneas y quemó el papel con una cerilla. El misionero observó que tuvo mucho cuidado en que hasta el más pequeño fragmento del billete quedaba convertido en ceniza. No podía proseguir sus planes, y suplicaba a Kent que no volviera a escribirle. Lo lamentaba profundamente, pero aquélla era su última palabra.

Aun con aquellas pruebas se resistía Kent a creerlo. Se pasaba el resto del día poniéndose en lugar de Fingers; pero el ardid de asimilarse la personalidad ajena para comprender sus actos, en aquella ocasión le fracasó. No encontraba razón alguna para justificar el cambio operado en Fingers, como no fuera por la que él mismo francamente había confesado al Padre Layonne: por miedo. La fuerza del pensamiento le fracasaba en aquel caso, al querer comprender lo que pasaba en aquella mole corporal. Los nervios habían traicionado a Kent.

Al levantarse el quinto día, la esperanza no había muerto aún del todo en su corazón. Pero pasó aquel día, y el sexto, y el misionero seguía confirmando que Fingers volvía a ser el «Dedos Sucios» de siempre, que se pasaba el día sentado bajo su colgadizo.

El séptimo día fue de absoluta desesperanza. Kedsty había cambiado de pensamiento. Kent sería enviado a Edmonton a la mañana siguiente, custodiado por Pelly y otro agente especial.

Desde aquel momento, Kent experimentó un cambio radical en toda su ser. Parecían acumularse en su persona años enteros, pasados en minutos. Su imaginación ya no se entregaba a nuevas combinaciones. Los hechos le aplastaban cómo cosas fatales. Fingers le había fallado; la suerte le había

vuelto la espalda; todo le había fracasado. Por primera vez desde que estaba en el encierro desde que se entabló su lucha contra la muerte, y algo que era peor que la muerte, se maldecía a sí mismo. El optimismo y la esperanza tienen un límite. El ánimo de Kent lo había rebasado. La tarde del séptimo día fue lluviosa y oscura. La llovizna se fue volviendo más densa al avanzar la noche. Kent cenó teniendo ya encendida la luz de la celda. De vez en cuando turbaban aquel silencio y rasgaban aquella negrura un rayo y un trueno. En el tejado del cuartel la lluvia golpeaba con insistencia.

Kent cogió el reloj: Eran las nueve y cuarto cuando oyó que la puerta exterior del *hall* se abría y cerraba. La había oído lo menos doce veces desde que cenó; pero no concedió importancia al hecho hasta entonces, porque se oyó una voz en la oficina del puesto, que le sorprendió profundamente, como una sacudida eléctrica. Luego, al momento, percibió una suave risa, una risa de mujer.

Se levantó. Oyó que cerraban la puerta de la oficina, y se hizo otra vez el silencio. El reloj, en su mano, parecía acelerar, los segundos con un rumor frenético. Se lo metió en el bolsillo, y se quedó mirando hacia la antesala donde daban las puertas de las celdas. A los pocos minutos la puerta de la oficina se volvió a abrir. Y esta vez no se cerró. Percibió distintamente el ruido de unos pasos ligeros y vacilantes y le pareció que su corazón cesaba de latir. Iban hacia el vestíbulo y, durante unos segundos volvió a reinar el silencio. Entonces alguien se acercó.

¡Inmediatamente Kent se encontró mirando fijamente, a través de los barrotes de la mirilla, los maravillosos ojos de Murette Radisson!

## Capítulo XIII

Kent enmudeció. No hizo ninguna manifestación de bienvenida. Permaneció inmóvil en medio de la celda, mirando fijamente. Si su vida hubiese dependido entonces de una palabra suya, hubiera muerto, si bien toda la elocuencia de las palabras que pudiera pronunciar estaba expresada en su rostro. Así debió de verlo aquella muchacha. Asida fuertemente con las dos manos a la reja, no le quitaba los ojos de encima. Kent, a pesar de estar en la penumbra, notó, que tenía el semblante pálido. En medio; de aquella palidez, sus ojos violeta parecían negros lagos. Llevaba el impermeable mojado, con la capucha algo echada hacia atrás. Junto a sus pálidas mejillas le brillaba húmedo el cabello, y tenía sus largas pestañas cargadas de gotas de lluvia.

Sin dar un paso, Kent, por fin, extendió los brazos y exclamó:

—¡Marette!

Tan fuertemente se había asido ella a los barrotes, que las manos se le pusieron muy blancas y frías. Tenía la boca entreabierta. Respiraba ansiosamente. No tuvo una sonrisa. No contestó a la exclamación de bienvenida de, él, ni siquiera pareció reconocerle. Lo que sucedió inmediatamente fue tan rápido y extraordinario, que le paralizó el corazón. Súbitamente se puso la mujer a chillar, retrocediendo, y sin dejar de mirarle, se apartó como poseída de terror.

Kent oyó el ruido de una silla al caer, que partía de la oficina del puesto; unas voces alteradas y una carrera de pasos distintos. Marette había retrocedido hasta el fondo de la habitación, Y cuando Carter y Pelly corrieron hacia ella, inmóvil, llena de espanto, señaló, hacia la celda de Kent. Los dos agentes se abalanzaron a la puerta para ver lo que pasaba, y lo mismo hizo el que iba con ellos, que era el encargado de conducir a Kent a Edmonton.

Kent no se movió. Estaba como petrificado. Habían pegado la cara a la reja Pelly, Carter y el agente especial, llenos de estupor, como esperando que allí ocurriera una tragedia. A sus espaldas vió Kent la que pasaba de veras.

Rápida como el relámpago, Murette Radisson metió y sacó la mano de un bolsillo bajo su impermeable y apuntó a los tres hombres con un revólver... Este rápido movimiento fue acompañado de una súbita transición de su rostro. Cruzó con Kent una mirada, llenos ahora los ojos de claridad, de risa de fuego radiante. Dando un hondo suspiro, Kent sintió que el corazón se le iba del pecho de un brinco, y viendo la expresión de su rostro, Carter se volvió rápidamente a mirar en torno extrañado.

—Hagan el favor de no moverse, caballeros —ordenó Murette Radisson—. El primero que haga un ademán sospechoso cae muerto aquí mismo.

Su voz, era serena e impresionante. Tenía un timbre fatal. Su mano mantenía firmemente el revólver. Era un arma negra, de cañón delgado. Su mismo color era una amenaza. Detrás del arma se veían los ojos ardientes de la muchacha. Aquellos tres hombres se quedaron mirándola, mudos de asombro, De una manera casi automática obedecieron, levantando las manos. Entonces ella puso el cañón de su arma mortífera a la altura del corazón de Pelly, diciendo:

—Usted tiene la llave. Abra la celda.

Pelly sacó la llave a regañadientes. Entonces, de improviso, el agente especial bajó las manos riendo broncamente.

—¡Linda broma —dijo—, pero esta comedia no se soluciona así!

—¿Cómo que no? —fue la respuesta.

La pequeña arma negra se encañonó hacia él, cuando ya la mano del agente abría la funda del revólver. Casi sonriendo, Murette le envió una mirada llena de fuego amenazador.

—¡Arriba las manos! —ordenó.

El agente tuvo un momento de duda, mas abriendo la funda, iba ya a coger el arma por la culata, cuando Kent vio que el cuerpo de Murette mostraba una ligera tensión y que las manos de Pelly se agitaban al aire. Si duraba un momento la indecisión de parte de la muchacha, el mismo Kent hubiera calificado de falsa comedia aquel truco. Pero no fue así. Del fino y negro cañón del arma de la joven salió un tenue, fogonazo y unas vedijas de humo, y el agente especial se contorció apoyado en las barras de la puerta, sosteniéndose para no dar en el suelo, y se encontró con que no podía valerse de la mano derecha, pues la tenía colgando, floja, caída. No exhaló una queja, pero hizo un gesto de dolor.

—¡Abra la puerta de la celda!

Otra vez el mortífero cañón del revólver femenino apuntó al corazón de Pelly. La sonrisa de los labios de la mujer había desaparecido. Sus ojos



estaban más inflamados de lumbre temible. Respiraba alteradamente, y se acercó más a Pelly, insistiendo en lo que había ordenado. Esta vez sus palabras fueron ahogadas por un repentino estrépito de truenos, pero. Pelly comprendió lo que decía viendo el movimiento de sus labios que subrayaba el mandato:

—¡Abra la puerta o le mato!

El hombre no vaciló más. La llave rechinó en la cerradura, y el mismo Kent empujó la puerta abriéndola de par en par y salió con presteza. Estaba dispuesto a aprovechar aquella ocasión que se le brindaba y a poner manos a la obra de su salvación. La pasmosa audacia y la astucia de aquella mujer, su hábil estratagema de simular que estaba horrorizada, a fin de hacer acudir a los tres policías a la puerta del calabozo, la impresionante eficacia con que había hecho uso del pequeño revólver negro. Todo, en fin, había encendido la sangre de Kent. Apenas se vio fuera de la celda, se reconoció como el auténtico Jaime Kent, el luchador. Con un rápido movimiento sacó de la funda la pistola automática que Carter llevaba al cinto, y amenazando a Pelly y al otro agente, los despojó también de sus armas. Y oyó que Murette, que estaba detrás de él, decía con voz serena y triunfante:

—¡Enciérrelos en la celda, señor Kent!

Sin volver la cabeza, encañonó a Pelly y al agente especial, los cuales, retrocediendo, entraron en el calabozo. Carter no se movió. Miraba a la muchacha, y el cañón del arma que ésta empuñaba le apuntó al pecho. A los labios de Carter se asomó una sonrisa extraña que ni Pelly ni el hombre herido pudieron ver. Sus ojos se encontraron con los de Kent, y en ellos había una expresión de camaradería y de algo más, que era indudable: ¡Carter se alegraba de lo que estaba sucediendo! Aquello despertó en Kent un generoso deseo de estrecharle la mano, pero no lo hizo así, sino que también le obligó a entrar en el calabozo. Dio media vuelta a la llave y, sin soltarla, miró luego de frente a Murette Radisson. Los ojos de la muchacha estaban radiantes de esplendor. Kent no había visto nunca unos ojos luchadores tan maravillosos, ni hallaba comparación para la viveza con que aquella criatura, como un pájaro, bajó al vestíbulo, diciendo que la siguiera.

A un paso de sus talones cruzó por delante de la puerta de la oficina de Kedsty. Ella alcanzó la puerta exterior y la abrió. Fuera había una negrura absoluta, y una lluvia torrencial les azotaba el rostro. Kent observó que Murette volvió a ponerse la capucha del impermeable para salir. Al cerrar la puerta sintió que la mano de ella le palpaba el brazo y, al encontrarse su mano con la de él, se la estrechó con fuerza.

Nada le preguntó él cuando se lanzaron a través de aquel caos de oscuridad y lluvia. Un tajante rayo con su esplendor, le mostró instantáneamente la cabeza descubierta de la mujer, que se inclinaba al viento. Luego estalló un trueno que hizo retemblar los cimientos de la tierra, y los dedos de Murette le oprimieron más fuertemente la mano. Y al retumbar aquel trueno, oyó que le decía medio riendo, medio sollozando:

—¡Qué miedo, los truenos!

Y bajo la tormenta, la risa de Kent voló gozosa, abierta y libremente. En aquel momento la hubiera cogido en brazos. Se hubiera puesto a gritar de loco entusiasmo, como un orate. ¡Y ella hacía un momento que, arriesgándolo todo, había hecho frente a tres de los hombres más valientes del cuerpo de policía, hiriendo a uno de ellos! Empezó a decir algo pero ella aceleró el paso hasta echar a correr o poco menos.

No le conducía en dirección al río, sino hacia los bosques que había detrás de la casa de campo de Kedsty. No titubeó ni un instante en el camino, que seguía a través de aquella húmeda e impenetrable oscuridad. Comunicaba a Kent una seguridad imperativa, aun cuando; asustada de los truenos, le oprimía la mano fuertemente. Comprendió que la muchacha sabía muy bien adónde le conducía. Aprovechaba la luz: de los relámpagos para verla momentáneamente, con la cabeza descubierta, mojada e inclinada en medio de la tormenta, con su blanco perfil y su esbelta figura fatigándose al andar por el suelo pegajoso del barro.

La presencia de la mujer le daba más entusiasmo que el mismo hecho de su libertad. La tenía al lado. Sus manos se oprimían mutuamente. La luz de los relámpagos se la mostraba de vez en cuando: Sentía el contacto de su brazo, de su hombro, de su cuerpo, al avanzar juntos. La vitalidad de ella, el hervor de su sangre y sus estremecimientos se le comunicaban a sus venas por la mano que le tenía cogida ¡Tanto como había soñado con ella! ¡Y ahora, de súbito, venía a convertirse en parte tan directamente relacionada con él! La emoción que aquello le producía era un goce superior a todas las luchas que se entablaban en su mente... No era para menos, pensar que precisamente ella era la que había acudido en el último momento de su desgracia para salvarle y conducirlo a la libertad en medio del retumbar de la tormenta.

En la loma de una colina que se alzaba entre el cuartel y la casa de campo de Kedsty se detuvo por primera vez.

Él volvió a sentir unos casi irresistibles impulsos de cogerla en brazos y llevarla a través de las sombras contándole triunfalmente la inmensa alegría de verse libre. Pero permaneció donde estaba, con la mano de ella entre las

suyas y sin pronunciar palabra. Entonces hubo un nuevo relámpago y Kent advirtió que tenía los ojos clavados en ella. Otro rayó serpeó rasgando la noche y silbando como un cohete gigantesco que pasará casi rozándoles. Sin poderlo evitar; ella le cogió el otro brazo, refugiándose estrechamente en él al tiempo que el trueno descargaba sobre sus cabezas. Kent levantó una mano y a tientas acarició la mojada frente de la muchacha y sus chorreantes cabellos.

—Marette dijo ¿adónde vamos?

—Allá abajo —le contestó.

Soltó una mano y él adivinó, aunque no la veía, que estaba apuntando hacia el fondo. Tenía delante un reino de sombras, un mar caótico de negrura. En el corazón de aquel mar se veía una lucecita. Comprendió que era una lámpara encendida tras una ventana de la propiedad de Kedsty, y que ella se guiaba por aquella luz cuando miraba hacia abajo, asiéndole todavía una mano. No se daba cuenta de las molestias de la lluvia inundante y fría que les azotaba el rostro, porque sentía que ella no hacía el menor esfuerzo por apartarse de él. La muchacha le oprimía el pulgar con un dedo; como un niño que tuviera miedo de caerse. Y a cada trueno aquella dulce opresión se hacía más fuerte e íntima, y el corazón de Kent saltaba de gozo.

Pronto se vieron cerca de la luz, pues la casa de Kedsty no estaba lejos de aquella loma. La imaginación de Kent saltó más allá. Un poco más lejos; al noroeste de la casa, estaba. Kim's Bayou, y le pareció indudable que Marette le llevaba camino de la selva adonde fuera ella la noche de la misteriosa celada contra Mooie. Empezó a hacerse una infinidad de preguntas; preguntas apremiantes e imperativas. Se dirigían al río. Era el camino más rápido y seguro para escaparse. ¿Habría preparado las cosas Marette para embarcar? ¿Se embarcaría ella con él?

No tuvo tiempo de contestarse. Sus pies habían empezado a pisar la grava de la senda que conducía a la puerta de la propiedad, de Kedsty, y la muchacha siguió esta senda marchando derechamente hacia la luz que brillaba en la ventana. Entonces, con asombro, Kent oyó en el fragor de la tempestad la voz de ella que gritaba triunfalmente:

—¡Ya estamos en, casa!

¡En casa! A Kent se le cortó el aliento. Estaba más que pasmado. Se sentía aturdido. ¿Se había vuelto loca, o le iba a hacer víctima de una rara e impropia burla? ¿De modo que le sacaba del calabozo para llevarle a la misma casa del inspector de policía, el enemigo más terrible que tenía entonces en el mundo? Se paró, pero Marette Radisson le atrajo cogiéndole de

la mano, obligándole a seguir. Le apretaba la mano como si temiese que se le escapara.

—Está usted a salvo, don Jaime; no tema usted nada —le dijo.

¿Qué significaba aquel don Jaime? ¡Oh, aquella voz riente y zumbona! Se dominó y la siguió, subiendo los tres peldaños que conducían al umbral. Ella dio a tientas con la aldabilla. Se abrió la puerta y entraron rápidamente. La luz que había visto por una ventana estaba allí mismo; pero llevaba tan llenos de agua los ojos que no pudo ver nada de momento. Se la sacudió un poco pasándose la mano por los ojos, y se quedó mirando a Murette. Ella estaba lo mismo a tres o cuatro pasos. Se la veía muy pálida y respiraba aceleradamente con la fatiga del camino, pero los ojos le brillaban de alegría, y su boca le enviaba una sonrisa. Toda ella chorreaba.

—Está usted calado —le dijo—, y temo que se constipe. ¡Venga usted!

Se estaba burlando de la misma manera que el día de su visita al hospital de Cardigan. Murette se volvió y él subió detrás la escalera. Al, llegar arriba, ella, que le esperaba, le tendió la mano, como en compensación de habérsela soltado al entrar en la casa. Volvió él a darle la suya y la joven le condujo por la estancia hasta una puerta que estaba a un lado de la escalera. La abrió y entraron. La habitación estaba oscura y la muchacha soltó otra vez la mano de Kent. Éste oyó que ella se movía en la negrura que les rodeaba. Una nueva e intensa emoción le embargó el alma. El aire que allí se respiraba no era el mismo que el de la estancia de fuera. Allí había una grata esencia de flores, y algo más: el delicado e inmaterial aroma de la habitación de una mujer. Esperó con los ojos abiertos. Una cerilla se encendió en la mano de Murette. Y Kent se vio luego envuelto en la débil luz de una lámpara.

Seguía mirando, en torno con el pasmo de quien recibe una sorpresa desusada y le cuesta volver en sí. Como dándole tiempo para hacerse cargo del ambiente en que se veía, Murette no le dijo nada y se quitó el impermeable. Apareció seca su esbelta figura, excepto los hombros y el cuello, pues por la cabeza descubierta se le había escurrido el agua. Vio que llevaba falda corta y unas lindas y menudas botas de piel de ante, magníficamente confeccionadas. Acercósele tendiéndole las manos.

—Haga usted el favor de estrecharme las manos y de decirme que está contento —le dijo—. No está usted tan... tan asustado. Ésta es mi habitación, y aquí está usted seguro contra todo peligro.

Él le dio un fuerte apretón de manos, clavando la mirada en aquellos ojos maravillosos y azules que le miraban con la franqueza confiada de los niños.

—No..., no comprendo nada —dijo Kent haciendo un esfuerzo—. Murette, ¿dónde está Kedsty?

—No tardará en volver.

—Él sabrá, por supuesto, que está usted aquí.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Hace un mes que estoy aquí.

Las manos de Kent apretaron más las de la joven.

—No lo entiendo, no lo entiendo —repitió—. Esta misma noche Kedsty se enterará de que usted me rescató y de que fue usted quien disparó contra el agente Willis. ¡Por Dios, no perdamos tiempo y huyamos!

—Existen poderosas razones para que Kedsty no se atreva a dar paso alguno para descubrir que yo estoy en su casa —contestó ella con tranquilidad—. Antes se dejaría matar. Y ni remotamente sospechará que yo le haya traído a usted a mi cuarto, que un asesino evadido se cobije bajo el mismo techo del inspector de policía. En todas partes buscarán, menos aquí. ¿No le parece espléndido? Él lo proyectó todo; tenía previstos los menores movimientos... hasta los gritos que yo di delante de la celda.

—¿Quién? ¿Kedsty?

Ella le soltó las manos y retrocedió un poco. Kent vio otra vez en sus ojos aquella misma lumbre que los encendiera cuando Murette apuntó con su pequeño revólver a los tres hombres delante del calabozo.

—No, Kedsty no —dijo—. Él le hubiera ahorcado a usted y me hubiera ahorcado a mí, de serle posible. No fue él, sino ése corpulento y chocante amigo de usted que se llama el señor Fingers.

## Capítulo XIV

Cuando Murette Radisson descubrió a Kent que «Dedos Sucios» era quien había planeado su evasión, se quedó mirándola de una manera que él mismo tuvo que calificar luego de imbécil, o poco menos. Había tratado injustamente a aquel hombre, llamándole cobarde y traidor. Le había vituperado en sus adentros por haberle ayudado a forjarse ilusiones con el solo fin de destrozarse luego sus esperanzas. ¡Pero resultaba que entre tanto «Dedos Sucios» había estado preparando el golpe! Kent hizo un gesto de risa. Todo se lo explicaba repentinamente; por lo menos parecía muy clara su situación en aquel momento... Pero surgían varias preguntas, diez, veinte, un centenar, que se agolpaban para hallar salida en sus labios y las cuales tenían poco o nada que ver con Kedsty. Kent sólo veía en aquellos momentos a Murette.

Ella había comenzado a soltarse el pelo. Caía en torno suyo en rizos mojados y sedosos. No había visto Kent cosa semejante. Aquella cabellera se desparramaba por el rostro, por la nuca, por los hombros y los brazos de la muchacha, y la ceñía en una adorable confusión hasta las caderas. La adornaban diminutas gotas de agua, que resbalaban como diamantes al resplandor de la lámpara, y rodaban hasta caer al suelo. Parecía un fino y luciente manto de suave marta que hubiera sido expuesto a la tormenta. Murette levantó los brazos y se sacudió la cabellera, que semejaba una nube. De ella se desprendió una niebla de lluvia, que llegó a salpicar la cara de Kent. Éste se había olvidado de Fingers, como de Kedsty. Le ardía la cabeza al influjo electrificante de la presencia femenina. El pensar en ella era lo que más le había esperanzado hasta entonces. El soñar que ella estaba en algún punto del gran río era lo que le había dado ánimo para pensar en la consumación de su libertad. Y el hecho era que el tiempo la distancia habían dado un gran salto atrás: no se encontraba ella a cuatrocientas o quinientas millas al Norte. No tenía que buscarla. La tenía allí mismo; estaba

sacudiéndole el cabello espléndido que la embellecía y que él había acariciado, De espaldas a él se pasaba el cepillo, mirándose al espejo.

Discurriendo así, sin pronunciar una palabra, crispó los puños al caer en la cuenta de la inmensa responsabilidad que acababa de contraer y de la difícil lucha que le esperaba. Fingers había proyectado el plan. Ella lo había realizado. A él le tocaba dar remate a la hazaña.

Veía a Murette no como a una criatura a quien quisiera hacer suya, sino como si ya fuese una inestimable posesión. La misma lucha les había identificado en cierto modo. La lluvia seguía rebotando en los cristales cerca de él. Fuera estaban las sombras, el río, el mundo inmenso. Tenían que partir aquella misma noche. Debían partir sin demora. ¿Por qué esperar? ¿Por qué perder tiempo bajo el techo de Kedsty, si fuera le esperaba la libertad? Observó el suave movimiento de su mano: oyó el rumor de seda que hacía el cepillo alisando sus largos cabellos, y su sentimiento rebelde, su razón, sus anhelos todos batallaban en su ánimo.

De pronto, ella se volvió otra vez a él; diciéndole:

—Ahora me doy cuenta de que usted no me ha dado las gracias.

Mirarla y ponerse junto a ella fue todo uno. Entonces no se dejó vencer por ciertos reparos como cuando estuvo ella en el hospital de Cardigan. La cogió por las manos, envueltas en el húmedo fleco del cabello suelto y de sus labios salió un raudal de palabras precipitadas, que luego le fue imposible recordar. Con los ojos muy abiertos, ella le miraba de hito en hito. ¿Darle las gracias por lo que había hecho? Contóle Kent todo lo que le había pasado, lo que había estado experimentando en lo más íntimo de su alma, desde el momento en que ella apareció en la habitación del sanatorio para verle. Hablóle de sueños y de proyectos de su determinación de ir en su busca, de su determinación de escapar y de pasarse la vida buscándola. Le reveló el caso de Mercer, su descubrimiento de que ella había visitado a Kim's Bayou y también su proyecto de seguir la pista de la joven Tres Ríos abajo para buscarla en Fort Simpson, y, de no hallarla allí, continuar hasta el *Valle de los Hombres Silenciosos*, dondequiera que éste se halle. ¡Cómo no estarle agradecido! Tan estrechamente le apretó las manos, que le hizo daño, y la voz le temblaba. Bajo la nube de su pelo, un ligero arrebol ruborizaba las mejillas de Murette Radisson. Pero sus ojos no se inmutaron. Le miró tan firmemente, tan impasiblemente, que se le encendió el rostro antes de terminar de decirle todo lo que quería, y tuvo que soltarle las manos y retroceder.

—Perdone todo lo que le he dicho —suplicó—; pero es verdad. Penetró usted en mi habitación de enfermo, en la clínica de Cardigan, como algo que

hubiera estado anhelando toda la vida, sin esperanza de encontrarlo. Y otra vez se me ha aparecido presentándose en la celda como...

—Sí; sé perfectamente cómo me he presentado —le interrumpió—, después de correr bajo la lluvia, por el barro, señor Kent. Y estaba tan oscura la noche, que perdí el camino y pasé un gran susto creyendo que no encontraba el cuartel. Esto me originó media hora de retraso. Así es que creo que el inspector Kedsty estará al llegar... y no conviene que hable usted tanto, ni tan alto.

—¡Dios mío! —dijo en un susurro—. He dicho muchas cosas en un momento, ¿no es verdad? Pero no es una centésima parte de lo mucho que llevo entre pecho y espalda. No le haré ni una sola pregunta del millón que le tengo preparadas. Pero necesito saber por qué estamos aquí. ¿Por qué hemos venido a la casa de Kedsty, en vez de salir en dirección del río? La noche no podía ser más a propósito.

—Más lo será la quinta noche a partir de hoy —dijo ella terminando de secarse el cabello—. Entonces podrá usted ir al río. Nuestros planes se han alterado un poco con el cambio de fecha que se le ha ocurrido a Kedsty señalar para el traslado de usted a Edmonton. Pero están tomadas todas las precauciones necesarias para que de hoy en cinco días salga usted de aquí libremente.

—¿Y usted?

—No me moveré de aquí. —Y añadió en voz baja, dejándole helado—: Me quedaré para pagar a Kedsty el precio de lo que ha pasado esta noche.

—¡Por Dios! —exclamó él—. ¡Marette!

Ella se volvió prestamente y exclamó, con un timbre de voz un poco fiero:

—No, no quiero decir que me vaya a hacer ningún mal. ¡Antes lo mataría! Siento habérselo dicho a usted; pero no me tiene que preguntar nada. ¡No me ha de preguntar nada!

Estaba temblorosa. Nunca la había visto excitada en aquella forma, y viéndola así, sintió que ya no experimentaba respecto de ella la misma aprensión que antes tuviera. No eran vacías sus palabras. Estaba dispuesta a luchar. Si era necesario, mataría a quien fuera. Y en aquel momento se la representó como hasta entonces no lo había hecho. Recordó un cuadro que hacía tiempo había visto en Montreal. Era *L'Esprit de la Solitude* «El Espíritu de la Soledad», pintado por Conné, el pintoresco francés y canadiense, amigo de lord Strathcona y Mount Royal, el genio de las remotas selvas, que halló su inspiración en el corazón de las mismas. Aquel cuadro se le apareció vivo a Kent, como de carne y hueso, despojado de su crudeza, pero con un verdadero



aliento. Estaba envuelta en su propio cabello, los labios entreabiertos, todas las líneas de su fino cuerpo vibrantes, con una emoción que parecía consumirla, prendidos los hermosos ojos de un fuego en que veía el espíritu de la selva del Norte, como Conné debió verlo un día. En su respiración creyó percibir el aliento de aquella tierra de Dios, regada muy lejos por los Tres Ríos, con su ánimo casi salvaje, su hermosura, su cielo esplendoroso y sus tormentas, sus tragedias, sus cantos y su música. Ella poseía la gloria y el brío del país del Norte. Lo había visto; y en aquella ocasión, se le hacía tan evidente, que le llenaba de un estremecimiento arrollador.

Había oído su dulce risa; vio que se burlaba de él cuando creía morir. Ella le había besado, había luchado por su causa, se amparó en él estrechándole las manos cuando los truenos y los rayos la estremecían, y ahora estaba de pie, las manos en la cabeza, amagando una tormenta de indignación. Hacía un momento que la tuvo tan cerca que pudo haberla rodeado con sus brazos. Pero en un instante ella, había, interpuesto entre los dos un abismo tan inmenso, que él no se hubiera atrevido a tocarle la yema de los dedos ni la punta de un cabello. Era cambiante como el viento, el sol y las nubes, y cada cambio le añadía un encanto a los ojos de Kent. Se hallaba en un momento tempestuoso. Lo veía en sus ojos, en sus manos, en todo su cuerpo. Sentía la electrización de tal amenaza, cuando con voz lenta y temblorosa le dijo que no insistiera en preguntarle nada. La habitación parecía estar llena de la emoción de un choque inevitable. Y él sintió la mirada atraída otra vez por la delgadez del cuerpo de la joven, sorprendido ante su tierna pequeñez, pues no le hubiera sido difícil levantar en alto, hasta el techo, aquella linda figurilla. Sin embargo, la contemplaba con el respeto que infunde una diosa.

—No, no puedo hacerle ninguna pregunta si me mira de esa manera — dijo él desatando por fin la lengua—; ni siquiera le rogaré que me diga cuál es el precio que Kedsty va a pedirle, porque sé que usted no va a pagarlo. Si no quiere venir conmigo, yo tampoco me voy. Prefiero que me encuentren aquí y que me ahorquen. No le preguntaré nada; así es que no se muestre agresiva. Pero si me ha dicho usted la verdad, y si es del Norte, se viene conmigo hacia sus tierras... O yo me quedo aquí, sin apartarme un punto de su suerte.

Ella respiró profundamente, como sintiéndose aliviada de un grave peso. Otra vez sus ojos violeta salieron de la sombra a la luz del sol, y su temblorosa boca moduló una sonrisa. No era pura cortesía. Había en su expresión una súbita y espontánea alegría que no trató de ocultar.

—Es usted muy amable —respondió—. Me alegro de oírle hablar así. Hasta ahora no había experimentado la satisfacción de saber que alguien estuviera dispuesto a dar la vida por mí. Con todo, usted partirá. Yo permaneceré aquí. Ahora no tenemos tiempo de entretenernos en prolijas explicaciones, pues el inspector Kedsty estará de vuelta muy pronto, y tengo, que acabar, de secarme el pelo y enseñarle a usted su escondite; por si se diera el caso...

Reanudó su tarea de cepillarse la mata de pelo. Kent sorprendió en el espejo la sonrisa que todavía se asomaba: a sus temblorosas labios.

—Estoy dispuesto a obedecer, —dijo, reportándose otra vez— pero si comprendiera usted el ansia que tengo por saber dónde está Kedsty, cómo Fingers la encontró a usted, por qué nos hizo creer que se embarcaba para las tierras del Norte y, después del simulacro, volvió a Atabasca Landing, y por decirle la mortal curiosidad que tengo por saber algo acerca de usted, casi estoy seguro de que, mientras termina su tocado, me aclararía, estos puntos.

Y ella se mostró complaciente, diciendo:

—El viejo indio Mooie, en efecto, fue el que se las compuso para enterarse de que yo estaba aquí, después de lo cual el señor Fingers en persona, una noche en que Kedsty estaba fuera, entró por la ventana. Me dijo sencillamente que venía de parte de usted, en el preciso momento en que le iba a disparar un tiro. Yo me había enterado por el mismo Kedsty de que la herida de usted no era mortal. De no presentarse el señor Fingers, le hubiera ayudado a usted en otra forma. Esta noche, a la hora en que ha ocurrido todo, el inspector Kedsty estaba en la cabaña de «Dedos Sucios». En los planes de Fingers entraba el tener alejado al jefe de policía.

De improviso se irguió rígidamente y la mano que sostenía el cepillo se detuvo. Había oído un ruido que también notó Kent. Era un golpear recio en una de las ventanas con cortinas, un golpear con un objeto de metal. ¡Y la ventana estaba a quince pies del suelo!

Lanzando un débil grito, la muchacha arrojó el cepillo y corrió la ventana para levantar un poco la cortina y volverla a bajar. Luego se volvió de cara a Kent tiendo rápidamente en dos guedejas su cabeza para hacerse de prisa una trenza, exclamó:

—¡Es Mooie! ¡Kedsty llega!

Le cogió de la mano y le acercó a la cabecera de la cama, donde pendían dos largas cortinas de un alambre. Las separó, y detrás se vio algo que le pareció a Kent un bien provisto ropero femenino.

—Si llega el caso, se esconde usted entre estos vestidos —dijo ella, algo trémula su voz nuevamente—. No creo que las cosas lleguen a tanto; pero si así fuera, ¿no hay más remedio! Abrase sitio entre ellos, y quédese como muerto, pues si Kedsty se entrara...

Observó los ojos de ella, y vio que delataban un sentimiento muy parecido al miedo, mientras seguía diciendo:

—Si Kedsty se enterara de que usted está en su casa, ello significaría para mí algo terrible.

Y añadió, oprimiéndole los brazos:

—No puedo decirle ahora qué es ello; pero bástele el saber que entonces preferiría morir. ¿Me promete que no se moverá de aquí, oiga lo que oiga abajo, pase lo que pase? ¿Palabra de honor, señor Kent?

—Si me llama señor Kent, no —repuso él rompiendo un nudo que se le hacía en la garganta.

—¿Quiere usted, Jaime? Dígame que no se moverá, pase lo que pase, y yo, en cambio, prometo darle un beso cuando vuelva.

Sus manos se deslizaron casi en una caricia a lo largo de sus brazos, y en seguida dio media vuelta y se fue por la puerta que estaba entornada, cerrándola, sin darle tiempo a Kent de confirmar su promesa.

## Capítulo XV

Durante un rato permaneció inmóvil y mirando fijamente hacia la puerta por la que la joven había desaparecido. La emoción de la reciente presencia de la mujer, del roce cariñoso de sus manos, de la hondura que había medido en sus ojos, de la promesa que le había hecho de darle un beso si le hacía caso, juntamente con la idea de que él estaría infundiéndole ánimo para afrontar la presencia de Kedsty, era más que suficiente para cegarle de tal manera que ni se daba cuenta de que estaba mirando a la pared del lado de la puerta. No veía más que la cara de la muchacha, que se le había impreso en la mente con la expresión que acompañó a las últimas palabras: los ojos suplicantes e imperativos, los labios temblorosos, y el temor que no había podido ocultarle del todo. Temía a Kedsty. Estaba seguro, pues no la había visto sonreírse ni había sorprendido en sus ojos una mirada burlona al llamarle Jaime. No era una fantasía la promesa de darle un beso, pues una seriedad casi trágica se había apoderado de ella en el momento de decírselo. Esta seriedad era lo que a Kent le inquietaba y emocionaba, como también la asombrosa franqueza con que había acompañado la palabra «Jaime» a la promesa de sus labios.

Se acercó a la puerta con el corazón acelerado y escuchó. Hacía un rato que, al mirarle ella con los ojos relampagueantes y decirle que no le preguntara nada, había tenido la sensación del vacío a sus pies. Ahora estaba como en una cima, y, oyera lo que oyera, no bajaría, como no fuese para socorrerla, si su voz pedía ayuda.

No tardó en abrir la puerta un poco, lo justo para, que quedara una rendija por donde escuchar. Esto no se lo había prohibido. Por la rendija observó el resplandor de la luz en el *hall* de la planta baja. Pero no percibió el más leve ruido, y pensó que tal vez el viejo Mooie todavía podía correr y quizá Kedsty tardaría un rato en llegar.

En aquella espera miró en torno, y la primera impresión que la alcoba de Murette le produjo fue de que debía de hacer mucho tiempo que la ocupaba. Era una habitación de mujer, arreglada sin la premura de una improvisación. Sabía que aquél había sido antes el cuarto de Kedsty, pero no quedaba el menor vestigio de ello. Y mientras sus ojos contemplaban asombrados aquella especie de milagro, una porción de cosas le llamaron poderosamente la atención. Cada vez estaba más seguro de que Murette Radisson era del Norte. Tenía una fe casi ciega en ello. Sin embargo, el aspecto de aquella habitación parecía decir lo contrario. Atraído por sus descubrimientos, se apartó de la puerta y se detuvo, delante del tocador.

Murette no había preparado la habitación para recibirle. Allí estaban todas las cosas Intimas de la muchacha. No le pareció una profanación el enterarse de todos aquellos objetos de uso particular, de que misteriosamente se valen las mujeres para su tocado. Lo que le sorprendió fue la cantidad y variedad de los mismos que allí había. No le hubiera extrañado verlos en el tocador de la hija del gobernador general del Canadá, residente en Ottawa, pero le parecía raro encontrarlos allí, pertenecientes a una mujer que aún debía de haber venido de más al Norte. Cuánto tenía delante de los ojos era, de exquisita calidad y estaba muy bien trabajado. Luego, como atraído por un imán, volvió la vista a otro lado... Había una fila de zapatos alineados en el suelo, junto al tocador.

Los miró maravillado. Nunca había visto un equipo de calzado femenino tan completo para los mismos pies. No era calzado del Norte. Todas aquellas pequeñas obras de arte zapateril se sostenían sobre tacón alto. Su variedad era algo para él insospechado. Había zapatos y botas abotonados, de cordones rubios, negros y blancos, provistos de tacón frágil al parecer; había también lindas chinelas y zapatillas de blanca piel de gamuza, de arco o tirillas, adornadas con broches, de metal y con lazos; faltaban *oxfords* y *escarpines* de alto tacón, estos últimos de charol. Se quedó mirándolos al momento, pero movido por un resorte invisible, cogió uno de los sedosos, zapatos.

El breve tamaño del mismo le hizo gracia, y como buscando un secreto, lo miró por dentro. Calzaba el número treinta y tres; allí había dos trespes. Y procedían de la casa Favre, de Montreal. Miró sucesivamente media docena de zapatos; todos eran del mismo sitio, de la zapatería Favre, de Montreal. Los menudos zapatos tuvieron más poder que ninguna otra cosa de cuantas le rodeaban, para sumirle en la preocupación de pensar quién sería Murette Radisson.

A esta pregunta siguieron otras, que fueron atormentando, sucesivamente, su cerebro. Si era de Montreal, ¿por qué se iba al Norte? Si procedía del Norte, si era de aquel país, ¿para qué complicaba su equipaje con tanto, calzado que en aquella tierra no era de ninguna utilidad? ¿Por qué habría ido a Atabasca Landing? ¿Qué tenía que ver con Kedsty? ¿Por qué se ocultaba bajo su techo? ¿Por qué...?

Se interrumpió para ver si lograba darse alguna respuesta a semejante caos de preguntas, Le era imposible apartar los ojos de la fila de zapatos. Una idea le sorprendió. Humorísticamente se dejó caer de rodillas ante aquella hilera, y con la cara cada vez más encendida los examinó todos. El descubrimiento que hizo era que todos estaban algo usados, aunque poco, de suerte que algunos apenas mostraban la impresión que les dejara el pie.

Se levantó y prosiguió su investigación. Por supuesto, ella habría previsto que él lo miraría todo. No podía dejar de verlo, no siendo ciego. Pero se dejaría cortar una mano antes que abrir uno de los cajones del tocador. Ahora bien la misma Murette le había dicho que se escondiera detrás de las cortinas, si era necesario, y fuera prudente ver cómo era el escondite amparado por las mismas. Primeramente volvió al lado de la puerta y escuchó. Todavía no se oía el menor ruido. Luego separó las cortinas, como había hecho antes Murette. Miró con más detenimiento. Se lo diría a ella cuando volviera, si aquel acto exigía una explicación.

La impresión que le produjo fue la que le hubiera, producido a cualquier hombre en su caso. Lo que vio fue un oleaje membranoso y suave de telas, y de ellas se desprendía el más grato olor de lilas. Volvió a cerrar las cortinas respirando con inmenso gozo y consternación Eran dos emociones que le trastornaban. Tanto los zapatos como aquellas ropas delataban suma exquisitez femenina, Aquel aliento de fragancia parecía venido desde el fondo de un alma de mujer, Había en ello seducción y embrujamiento. Parecía ver a Murette como una visión de gracia enajenadora, flotando ante sus ojos, envuelta en un vestido que tenía sagrado misterio, del cual había hurtado la temerosa emoción de una mirada. La veía así blanca, en medió de una red de lazos y encajes que había sorprendido en el ropero; blanca, ojos violeta, su...

De súbito le sorprendió la incongruencia de su visión; y aunque aquello era un imposible humorismo, su fe era inquebrantable: Murette Radisson era hija del Norte. No podía dejar de creerlo ni en presencia de todas aquellas sorprendentes cosas que le rodeaban.

De improviso sonó bajo el suelo un ruido como un cañonazo. Fue producido al abrir alguien la puerta del vestíbulo y volverla a cerrar con ímpetu. La repercusión de aquel portazo se sintió por toda la casa, con un temblor de cristales. Era Kedsty, que llegaba lleno de ira. Kent apagó la luz para sumir la habitación en la oscuridad. Se acercó a la puerta. Oyó el rápido andar de Kedsty. Se cerró otra puerta, a lo que siguió el tronar de la voz de Kedsty. Kent se sintió chasqueado.

El inspector de policía y Murette estaban demasiado lejos de Kent para que él oyera lo que decían. Pero adivinaba que Kedsty había vuelto al cuartel y se había enterado de todo. Al principio Kedsty no dejó de rugir tenazmente. Hubo un momento culminante en que se oyó romper una silla. Cesó la voz, y se oyeron otra vez los pasos de Kedsty. No oyó ni una palabra de Murette, pero estaba seguro de que en aquel intervalo de silencio era ella quien hablaba. Luego la voz de Kedsty estalló con mayor indignación. Kent se asió nervioso al canto de la puerta, pues a cada momento le parecía que Murette estaba en peligro. No temía un acto de violencia física. No creía a Kedsty capaz de ello. Lo que temía era que la llevara al calabozo. Aunque Murette le había dicho que existían razones poderosas para que Kedsty no la sacara de la casa, hubo un momento en que lo dudó. Ella también le había dicho que Kedsty la mataría si pudiese. Kent estaba a punto de acudir al menor grito de la muchacha o al menor intento que notara por parte de Kedsty de llevarla a la prevención, pues, aunque había prometido no moverse, saldría a presentar cara librando una batalla.

Creyó que iba a pasar una de ambas cosas. Esperaba, escuchaba atentamente junto a la puerta, y el pensamiento se le convertía en una súplica. No tardaría veinte segundos en tener a Kedsty enfrente del cañón de su revólver, del revólver que había cogido a Pelly. La noche era ideal para la evasión. Dentro de media hora navegarían por el río. Hasta podrían llevarse algunas provisiones de la casa de Kedsty. Abrió un poco más la puerta, ya apenas sin fuerzas para reprimir sus impulsos. Murette debía, en efecto, correr algún peligro, pues no en vano le había confesado ella misma que se hallaba en la casa de un hombre que la quisiera ver muerta. En aquel momento no le importaba mucho investigar por qué se albergaba allí. Lo que estimulaba sus deseos de ponerse en acción era la inminencia de, las circunstancias.

Se volvió a abrir la puerta de abajo, y Kent se irguió. Oyó que Kedsty se lanzaba por el vestíbulo con la furia de un toro rabioso y salía de la casa dando un portazo.

Kent retrocedió en medio de la oscuridad que había en la habitación. Al cabo de un momento oyó que Murette subía la escalera. Subía a tientas, pues apenas había luz. Por fin entró en la negrura de su cuarto.

—¡Jaime! —murmuró.

Él se acercó, y ella le tendió las manos y las posó otra vez en sus brazos diciendo:

—No ha bajado usted la escalera, ¿verdad?

—No.

—¿Ha oído usted algo?

—No he entendido una palabra, aunque he oído la voz de Kedsty. Y agregó ella, con voz que a él le pareció más segura, como si se hubiera librado de algún temor:

—Ha cumplido usted su palabra, Jaime. Estoy contenta.

Como estaba oscuro, nada veía; pero sintió algo que, acercándosele, le estremecía, le aceleraba el pulso, en medio de la ceguedad en que se hallaba. Se inclinó. Encontró los labios de la muchacha, que se brindaban para recompensarle según lo prometido, dándole la dulzura de un beso... Y a la vez que el contacto ardiente de la boca, sintió que ella le oprimía también los brazos con las manos. Y dijo:

—Ya se ha ido. Podemos encender otra vez la luz.



## Capítulo XVI

No se movió Kent mientras Murette fue a oscuras por las cerillas y encendió la lámpara. No había pronunciado una palabra después del beso. Se mantuvo pasivamente cuando ella le besó. Al cogerle por los brazos, le impedía abrazarla. Pero el beso era bastante para encenderle en una rebelde y gozosa emoción, semejante a una vibrante música, a la cual respondían todos los átomos de su cuerpo. De haber reclamado el cumplimiento de aquella promesa, hubiera esperado un beso indiferente, formulario. Pero le había besado, a la sombra, con los labios abrasados, palpitantes de vida y aliento. Y no se separaron de su cara en seguida. Su dulzura se mantuvo en una prolongada discreción.

Luego, al resplandor de la lámpara, miró a Murette Radisson a la cara. Él se sentía el rostro encendido. No tenía por qué ocultarlo, pues lo único que le interesaba era ver lo que los ojos de ella delataban. Al verla quedó atónito. No se había turbado lo más mínimo. Estaba como si el beso no hubiera sido realidad.

No se sentía atada por lo que había hecho, y su rostro no delataba el más leve matiz de rubor. Lo que maravilló a Kent fue su palidez mortal, palidez que hacía más intenso el contraste del negro cabello y una extraña luz que había en sus ojos. No era una lumbre encendida por el beso, sino una llamita de miedo, que fue apagándose poco a poco, mientras él la miraba, hasta que la muchacha sonrió amablemente con un temblor en los labios.

—¡Qué enfadado estaba! —dijo—. Es que algunos hombres pierden en seguida la serenidad. ¿No es verdad, Jaime?

Lo femeninamente quebrado de su voz, el animoso esfuerzo que estaba realizando por conservar su propio dominio y la sonrisa hechicera que acompañaba a sus palabras le hicieron desear darle el brazo que hacía un momento las manos de ella habían impedido, cogiéndole por los brazos. Él adivinaba claramente lo que ella se esforzaba por ocultar. Hablase visto en

peligro, había corrido un riesgo mucho más grave que el que él pasó en el cuartel con serenidad y sin miedo. Y todavía sentía el temor de alguna amenaza. Esto era lo que ella no quería que él supiese; pero lo estaba viendo. Una energía nueva le sacudió. Era la fuerza que nace de un sentimiento de dominio, de posesión, cuando se lucha ásperamente contra algo más poderoso. Aquella sensación surgió en su ánimo de una manera triunfal. Era la revelación de que aquella mujer le pertenecía, que tenía que ser él quien luchara por ella. Y estaba dispuesto a hacerlo. Después de las palabras pronunciadas por ella, hubo un rato de silencio. Sólo se oía la tormenta que arreciaba. Estalló un trueno encima de la casa de campo, y todos los cristales retemblaron, sacudidos por el viento y la lluvia. Mirando a Murette, los músculos faciales contraídos, el rostro más severo, dijo Kent, al par que movía la cabeza hacia el lado de la ventana por donde se había oído el aviso de Mooie:

—La noche nos está invitando a irnos. Tenemos que partir.

Ella no respondió.

—A los ojos de la Ley soy un asesino —prosiguió Kent—. Usted me ha salvado. Hirió a un hombre de un tiro. También es usted delincuente a esos ojos. Es una locura permanecer aquí un momento más. Es ir al suicidio. Si Kedsty quiere...

—¡Si Kedsty no hace esta noche lo que le he dicho, lo mato! —afirmó ella.

La serenidad de su voz, la tranquilidad de su mirada le cortaron el habla. Otra vez le pareció lo mismo que en la habitación del hospital de Cardigan, es decir, que estaba delante de un chiquillo que le hablaba y le miraba. El miedo que demostró hacía un momento había desaparecido de ella por completo. No estaba nerviosa. Sus ojos tenían una belleza tranquila y apacible. Murette le confundía y le desconcertaba. El efecto de ello era superior a su ánimo; abría un abismo entre los dos. Un abismo que podría salvarse con ruegos y súplicas, pero nunca a la fuerza. No había el menor apasionamiento en su amenaza contra Kedsty y, no obstante, Kent se daba cuenta de que por ser tan serena era mortal.

Murette volvió a sonreír y sus ojos se animaron un poco.

—¿Sabe usted —le preguntó— que, según antigua y salada costumbre de la tierra del Norte, usted me pertenece?

—Conozco ese precepto —respondió él—. Hace cien años me vería reducido a ser esclavo suyo. Me alegraría de que hoy fuese igual.

—Muy bien. Usted comprende, ¿no es verdad, Jaime?

Usted estaba a punto de morir. Creo que le hubieran ahorcado. Le he salvado la vida. Por consiguiente, su vida me pertenece, ya que insisto en que el viejo mandato está en vigor. Usted es propiedad mía, y yo voy a hacer de usted lo que quiera, hasta ponerle otra vez en el río. Así es que usted no se mueve de aquí esta noche. Esperaré a que venga Laselle con su brigada.

—¿Laselle, Juan Laselle?

Asintió con la cabeza.

—Sí; por eso tiene usted que esperar. Hemos hecho un trato espléndido. Cuando Laselle parta para el Norte con su brigada, usted se irá con él. Nadie sabrá nunca nada. Aquí está usted a salvo. A nadie se le ocurrirá buscarle en casa del inspector de policía.

—¡Pero usted, Murette...!

Y se mordió los labios, recordando la promesa que le había hecho de no preguntarle nada. Ella encogió ligeramente sus delicados hombros y le dijo, mirando en torno todo aquello que suponía que él habría mirado en su habitación:

—El sitio no es incómodo. Me he alojado aquí durante varias semanas, y nada me ha ocurrido por ahora. Me siento muy segura. El inspector Kedsty no ha asomado aquí las narices desde el día en que el camarada de usted, aquel tipo grandón de la cabeza rubia, me vio en el bosque de álamos. No ha puesto un pie en la escalera. Esa línea es para él mortal. Comprendo que estará haciéndose mil preguntas... *A bon droit, monsieur*<sup>[3]</sup> Jaime. Es muy natural que esté usted ansioso por saber... Pero yo...

Había algo patético en ella al decir esto y sentarse en el butacón tapizado que había sido el asiento favorito de Kedsty para leer. Aparecía cansada, parecióle a Kent que estaba a punto de llorar. Retorcía nerviosamente con los dedos el extremo de la sedosa trenza que le caía hasta la falda, y Kent la vio cómo nunca débil y desvalida pero gloriosa por hallarse libre de temor, por sentirse indomable gracias a la llama interna que la animaba con un intenso dinamismo. Parecía, no obstante, que en aquel momento la lumbre interna se le apagaba; pero al levantar los ojos y mirarle, él vio que en el fondo de ellos ardía como siempre el fuego de su voluntad inexhausta aunque aparentaran suplicar algo, como los de un muchachito. Otra vez dejaba de parecerle una mujer. En sus grandes ojos, de un maravilloso azul, se encerraba el alma de un niño.

Dos veces había sorprendido aquella especie de milagro; y se sentía dominado por él, como le había pasado la primera vez que vio a Murette, de espaldas a la puerta de su habitación, en el hospital de Cardigan. Lo mismo

que entonces, cambiaba, ahora y volvía a ser la mujer que establecía un abismo de separación entre los dos. Extrañamente tenía todavía una súplica en los ojos, que, al mismo tiempo que se revelaba, estaba como el sol, infinitamente distante de él.

—Quisiera poder contestar a todas esas preguntas —dijo en voz baja y cansada—. Me gustaría enterarle de todo, porque tengo fe en usted, Jaime; pero no puedo, me es imposible. Es inconcebible, y si lo hiciera... —Hizo un leve gesto de desesperanza—. Si le pusiera al corriente de todo, no podría seguir queriéndome. Y yo quiero que usted me estime hasta que con *monsieur* Jean y su brigada se vaya al Norte.

—Entonces —repuso ardientemente Kent— yo buscaré esa región de Los Hombres Silenciosos de que usted me ha hablado, y la hallaré aunque me pase la vida en ello.

Le agradó mucho ver la luz de alegría que estas palabras despertaban en su mirada. Ella no se preocupó por ocultarlo. El que le manifestara su afecto sin disimulos y con una holgura libre de todo encogimiento, le inspiraba una fervorosa reverencia. Las palabras que le acababa de decir le habían agradado. Bastaba para comprenderlo ver la animación de su rostro y la sonrisa con que le dijo:

—Me alegro de que sienta usted así, Jaime. Y creo que encontrará usted esa tierra oportunamente, porque...

La costumbre que tenía de mirarle fijamente como deseando desentrañar algo en lo hondo de su mirada, le hizo sentirse más irremediamente que nunca esclavo suyo. Parecía que la muchacha se olvidaba de que él también era de carne y hueso, y le escudriñaba el corazón para asegurarse de lo que encerraba, antes de arriesgarse a hablar.

Y agregó, retorciéndole todavía las trenzas con sus finas dedos:

—Creo que encontrará esa tierra, porque usted no es de los que se dan fácilmente por vencidos. ¿Quiere, que le diga por qué fui a verle al hospital del doctor Cardigan? En un principio fue principalmente por curiosidad. La razón que tenía para interesarme por el hombre a quien había libertado usted no se la puedo descubrir. Tampoco puedo decirle por qué vine a Atabasca Landing. Ni puedo hablar de Kedsty. Día llegará seguramente en que usted lo sabrá todo. Entonces ya no me querrá. Durante cerca de cuatro años hasta aquel día en que le vi, he estado condenada a la mayor tristeza. Me devoraban el alma y el corazón la fealdad, la soledad, el vacío que me rodeaban. Si continúo allí un poco más me muero. Pero sucedió una cosa que me hizo salir

de semejante lugar. ¿Adivina dónde estaba? —Él movió la cabeza negando—. Un sitio —añadió— que para los demás es precioso: Montreal.

—¿Estaba usted en un pensionado? —dijo Kent adivinándolo.

—Sí, en Villa María. No tema aún los dieciséis años cuando entré. Eran muy amables conmigo. Creo que me querían; pero todas las noches rezaban una misma oración. Usted sabe lo que los Tres Ríos significan para nosotros, para la gente del Norte: el Atabasca es el abuelo, el Slave es el padre, el Mackenzie el hermano, y por encima de ellos siempre vela la diosa *Niska*, el Patito Gris. Mi oración era, pues, una súplica para poder volver a esos lugares. En Montreal había gente en todas partes: millares y millares de personas, tantas que yo me sentía sola y llena de melancolía, y deseaba irme cuanto antes. Es que llevo sangre de la diosa *Niska* entre venas, Jaime. Amo las selvas y los desiertos, y la diosa *Niska* no vive en Montreal. Allí no alumbraba el sol, ni la luna es igual. Tampoco se encuentran sus flores, ni el viento murmura las mismas leyendas ni el aire que se respira es el mismo. Las miradas de la gente son distintas. En los Tres Ríos yo aprendí a amar a las personas; en cambio; allí aprendí a odiarlas. De improviso sucedió una cosa que me hizo venir al Atabasca. Y fui a verle a usted porque...

Al decir esto se apretó las manos una contra otra sobre el halda, y agregó:

—Fui porque después de aquellos cuatro años terribles usted era el primer hombre que realizaba una acción noble con entereza y afrontando las consecuencias. No me pregunte cómo lo supe. No me pregunte nada, se lo ruego. Le cuento todo lo que puede saber... El caso es que yo me enteré de todo. Y supe también que usted no estaba herido de muerte. Kedsty me lo dijo. En cuanto hablé con usted comprendí que era usted capaz de afrontar cualquier empresa decididamente, y entonces me propuse ayudarlo. Así es que le cuento todo esto sólo para que vea que tengo fe en usted y que no debe romper esta confianza. No debe insistir en querer saber más acerca de mí. No tiene más remedio que seguir jugando su partida. Yo juego la mía, y usted debe hacer lo mismo, y para ello es forzoso que se vaya con la brigada de Laselle, dejándome a mí con Kedsty. No se preocupe por lo que pueda pasar. Usted no puede ayudarme. Sólo me perjudicaría su intervención. Y si un día, rodando el tiempo, llega a encontrar el Valle de los Hombres Silenciosos...

A Kent le golpeaba el corazón como un puño.

—Es posible que me encuentre usted allí, —terminó ella con una voz que apenas si parecía un murmullo.

Antojósele que al terminar estas palabras se quedó mirando algo muy lejano, muy ausente, vio dibujarse en sus labios una especie de sonrisa casi

desesperanzada y que no era para él.

—Sería un desencanto que no lo encontrara —agregó; y sus ojos le miraron puros como las flores cuyo color ostentaban—. ¿Conoce usted la gran Región Sulfurosa que se extiende más allá de Fort Simpson, al Oeste, entre los Dos Nahannis?

—Sí; allí fue donde Kilbane y su patrulla se perdieron. Los indios la llamaban la Región del Diablo. ¿Es la misma?

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Cuentan que ningún ser viviente ha podido cruzar esa tierra azufrosa. Pero no es verdad, Yo la he cruzado. Para llegar al Valle de los Hombres Silenciosos, tiene usted que ir más allá de la misma, siguiendo derechamente por el tajo que hay entre el Nahanni, Norte y el Nahanni Sur. Sólo por este camino encontrará usted mi tierra, porque de no ir por él tendrá que bajar por Dawson o subir por Skagway, y el país es tan inmenso, que ni después de caminar mil años llegaría. Allí la policía no le encontrará. Siempre estará a salvo. Acaso pueda decirle algo más antes que venga la brigada. Pero hoy no puedo ser más explícita. Si no le dijera nada más, usted no tendría que preguntármelo.

Mudo, la estuvo escuchando, asomada a los ojos su alma inflamada, prendida en ella. Y luego dijo reposadamente, con perfecto dominio de sí mismo:

—Marette, voy a jugar esta partida, tal como usted quiere, por la sencilla razón de que la amo. Nobleza obliga, y es razón que lo sepa usted ya. Estoy dispuesto a luchar por usted en tanto tenga un aliento de vida, Si me voy con la brigada de Juan Laselle, ¿me promete usted...?

Comenzó a temblarle la voz. Estaba dominando una emoción excesiva. Y Marette Radisson no se dio por enterada de la declaración de amor que acababa de oír, a juzgar por su expresión, pues ni siquiera pestañeó. Le interrumpió, sin dejarle terminar:

—Nada puedo prometerle, haga lo que haga. ¿No es cierto, Jaime, que no es usted como los otros hombres, a los que he acabado por odiar? ¿Insistirá usted? Si es así, si es como todos; puede irse ahora mismo, sin espetar a Juan Laselle. ¡Oiga la tormenta! No parará durante varias horas. Antes de ponerle precio a su palabra de jugar la partida como yo deseo, es preferible que se vaya. Yo no me opongo.

Estaba muy pálida. Se levantó de la butaca y se puso delante de él. Su voz y su gesto no eran de enojo, y los ojos le brillaban como claras estrellas. Algo

vislumbró en ellos, que hasta entonces no había visto, y le asaltó bruscamente un pensamiento, helándole el corazón.

En un hondo lamento, tendió hacia ella las manos exclamando:

—¡Por Dios, Murette; yo no soy un criminal! ¡Yo no he matado a Juan Barkley!

Ella no contestó.

—¿No me cree? —gritó él—. ¿Cree usted que yo asesiné a Barkley, y que es un malvado el que ahora le rinde amor?

Estaba estremecida. Un ligero temblor recorría su cuerpo. Instantáneamente parecióle a Kent sorprender en ella algo terrible, algo que ocultaba en su pecho, en una lucha moral que le crispaba las lindas manos. Su rostro, sus ojos, el intenso respiro de su blanca garganta delataban en aquel momento un mortal dolor, muy oculto. Pero en seguida le pasó, aunque él continuaba suplicando:

—¡Yo no maté a Juan Barkley!

—No es eso lo que pienso, Jaime —le dijo la muchacha—. Se trata de una cosa que...

Se habían olvidado de la tormenta que arreciaba, rugiendo y sacudiendo las ventanas. Pero de súbito un ruido extraordinario rasgó el monótono fragor de la tormenta, y Murette se volvió, como sacudida por la electricidad, y también Kent se volvió hacia la ventana.

El ruido que acababan de oír era el repetido golpe que ya antes les había prevenido de la proximidad de un peligro. Ahora los golpes se hacían muy insistentes. Tenían la fuerza de una voz de alerta lanzada desde fuera. Más que una señal preventiva, era el grito de alarma de una inevitable y próxima amenaza. Y Kent vio que Murette Radisson se llevaba rápidamente las manos a la garganta y que, surcados los ojos por un rayo lanzaba un leve grito al oír aquellos golpes.

## Capítulo XVII

No pasaron diez segundos sin que Murette Radisson volviera a mostrarse a los ojos de Kent como la valerosa criatura que había puesto en jaque a los tres policías, delante de la celda, con la amenaza de su pequeño y negro revólver. Los golpes del segundo aviso de Mooie tuvieron al instante el efecto de una convulsión. Aquello despertó en ella un momento de miedo, de un miedo lindante con el pánico. Pero inmediatamente la muchacha reaccionó de tal suerte que Kent estaba asombrado. En aquellos fugaces instantes el delgado cuerpo de la joven parecía haber crecido aumentando su estatura; una luz nueva le alumbraba el rostro y volvió los ojos al punto para mirar a Kent, animados de la misma expresión con que hicieron frente a los tres agentes policíacos. Había perdido el miedo. Estaba apercebida para la lucha.

Lo que más admiraba a Kent en tales momentos era la seguridad de su voz, que no se descomponía ni apasionaba. Tenía ahora una dulce musicalidad. Pero aquella dulzura ocultaba un filo: era una suavidad de terciopelo, amparando la dureza del acero. Le había hablado de *Niska*, la diosa de los Tres Ríos. Y ahora él pensaba que algo del espíritu de esa divinidad vibraba en Murette Radisson, infundiéndole el ánimo con que le miraba, aunque el metálico golpear en la ventana volvía a prevenirles de una amenaza.

—El inspector Kedsty vuelve —dijo ella—. No esperaba que volviese esta noche.

—No ha tenido tiempo de ir al cuartel observó Kent. —No; de fijo que se ha olvidado algo. Quiero mostrarle a usted, antes que él llegue, el nido que le he preparado. Venga, Jaime, venga de prisa.

Era la primera indicación que le hacía de no dormir en su habitación, cosa que había estado causándole bastante violencia. Cogió unas cuantas cerillas, atenuó la luz y se apresuró a salir al vestíbulo. Siguióla Kent hasta el extremo opuesto de la estancia, donde ella se detuvo delante de una media puerta baja



que al parecer daba a una especie de recinto cuyo techo lo formaba el tejado inclinado de la finca.

—Antiguamente lo utilizaba como despensa —dijo ella—. Creo que lo he arreglado con bastante comodidad. He cegado la ventana para que pueda usted encender la luz. Pero, cuide que no se filtre el resplandor por debajo de la puerta. Cierre por dentro y no se mueva para nada. Todo lo que encontrará usted se lo debe al señor Fingers.

Entreabrió la puerta y le dio a Kent las cerillas. La vaga luz del vestíbulo del piso de abajo llegaba muy menguada hasta ellos y Kent se encontró en aquella penumbra junto al suave resplandor de los ojos de la mujer. Al coger las cerillas, le oprimió la mano y dijo:

—¿Me cree, Murette? ¿Cree que yo la amo, que yo no maté a Juan Barkley, y que estoy dispuesto a luchar por usted en tanto Dios me dé un aliento de vida?

Se hizo un momento de silencio: Ella retiró la mano levemente y le contestó:

—Sí; creo que creo. Buenas noches, Jaime.

Se separó rápidamente. Delante de su puerta se volvió para enviarle esta recomendación; sin alzar mucho la voz.

—Ahora haga el favor de entrar en su cuarto si en verdad se interesa por mí como dice.

Y sin esperar que le contestara, cerró la puerta, entrando ella en su alcoba. Y Kent, encendiendo una cerilla, se deslizó por la rampa de su escondite. En seguida vio delante una lámpara encima de un cajón. La encendió; y lo primero que hizo luego fue cerrar la puerta echando la llave. Por fin dio una ojeada alrededor. Aquella especie de bodega no tenía más allá de diez pies cuadrados y el techo era tan bajo que Jaime tenía que andar encorvado: Pero lo primero que le llamó la atención no fueron las dimensiones del sitio, sino las comodidades de que lo había provisto Murette. En un rincón había una cama hecha con mantas, y también con mantas estaba alfombrado el rústico suelo, dejando un margen de dos o tres pies alrededor. Más allá del cajón había una mesa y una silla, y lo que había encima de la mesa fue lo que más le conmovió, acelerándole el pulso. Murette, en medio de todo, no había dejado de pensar que podría tener hambre. Era un cubierto preparado para una sola persona, pero con comida para media docena: un par de gallinas asadas, del color de la avellana tostada; un asado frío de buey o de alce; un plato rebosante de dorada ensalada de patata, aceitunas; conservas en vinagre; una lata de dulce de guindas, un pan, mantequilla, y uno de los preciados termos

de Kedsty; en el que sin duda habría café o té. Luego vio lo que había en la silla: ¡un cinto una pistola «Colt» del cuarenta y cinco! Murette no sabía si él se apoderaría de un revolver en el cuartel; y por si acaso había tenido presente facilitarle un arma. La había puesto en un sitio donde forzosamente la tenía que ver. Y detrás mismo de la silla, en el suelo había una mochila como las de reglamento del servicio, y estaba medio llena. Apoyado en la mochila había un «Winchester». Reconoció el rifle, pues lo había visto alguna vez colgado en la barraca de «Dedos Sucios».

Estuvo como cinco minutos sin moverse, junto a la mesa, observándolo todo. No le separaba de la intemperie más que un techo sin estucar y encima estallaban los truenos y caía la lluvia torrencialmente. Vio la ventana, que estaba cuidadosamente cubierta con una manta. Aun a través de ésta percibía débilmente el resplandor, de los relámpagos. Desde la ventana se dominaba la entrada de la casa de Kedsty, y se le ocurrió apagar la luz y abrir la ventana. Quitó la manta en medio de la oscuridad. Pero la ventana no se podía abrir, y convencido, de ello, aplicó la cara al cristal, atisbando lo que pasaba fuera en aquella noche caótica.

Instantáneamente hubo un resplandor de relámpago, revelando a Kent una visión que le sobrecogió contrayendo todos sus músculos. Más vívidamente que si fuera de día, vio a un hombre que estaba de pie en medio de aquel diluvio. No era Mooie. Tampoco era Kedsty. No era una persona a quien recordara haber visto antes. Aquella aparición al resplandor del relámpago tenía más de espectro que de figura humana. Era un enorme, flaco, gigantesco fantasma que llevaba la cabeza al descubierto; tenía el cabello largo y chorreante, y la barba, larga también, revuelta por el viento. Semejante visión se grabó en su mente con la misma rapidez del relámpago. Fue como la proyección repentina de una visión cinematográfica en la pantalla. La oscuridad se la tragó. Kent aguzó la mirada. Esperó.

Brilló otro relámpago y volvió a ver aquella trágica figura fantasmal, en medio de la tormenta. La vio por tres veces. Se convenció de que el misterioso gigante barbudo era un hombre viejo. Al cuarto relámpago había desaparecido. Esta vez, al resplandor fugaz, lo que vio fue la silueta de Kedsty, que corría con el cuerpo inclinado hacia delante para esquivar el rostro de la lluvia sobre la grava del camino, hacia la puerta de la casa.

Kent volvió a subir rápidamente la ventana, pero no encendió de nuevo la luz. Antes que Kedsty pudiera haber llegado a pisar el umbral, dio vuelta a la llave de su puerta. La abrió con precaución dos o tres pulgadas, y se sentó en el suelo, apoyándose en la pared, escuchando. Oyó que Kedsty pasaba y

entraba en la habitación grande donde Murette le había estado esperando hacía un rato. Luego se hizo en la casa un silencio que sólo interrumpía el fragor de la tormenta.

Estuvo escuchando durante una hora, sin percibir el menor ruido en el vestíbulo de la planta baja, ni en la habitación de Murette. No sabía si ella se habría dormido, y si Kedsty se habría acostado esperando soltar al día siguiente su jauría de pura sangre de la policía montada.

No pensaba utilizar la tentadora cama que tenía preparada con mantas. No sólo estaba desvelado, sino que llenaba su imaginación de preocupaciones el pensar en los acontecimientos que se avecinaban. Le dominaba cada vez más el instinto del acecho. La idea que más le preocupaba era la de que Murette Radisson y Kedsty estuvieran bajo un mismo techo y que existieran razones poderosas para que él no descubriera la presencia de la muchacha en su casa. Con esto no estaba para fraguar nuevos planes de fuga.

Pensaba en Murette. ¿Cuál era su poder sobre Kedsty? ¿Por qué éste preferiría verla muerta? ¿Cómo es que ella estaba en la casa de él? Por más que se repetía estas preguntas, no encontraba una sola respuesta. Y a pesar de hallarse sumido en semejante purgatorio de misterios, se sentía más feliz que en ninguna otra ocasión de su vida. Es que Murette no se hallaba a cuatrocientas o quinientas millas al Norte, sino que se albergaba en la misma casa que él; y le había dicho que la quería. Se alegraba de haber tenido arranque para hacerle esta confesión. Encendió de nuevo la luz y colocó abierto el reloj encima de la mesa, de manera que le fuera fácil ver la hora frecuentemente. Tenía ganas de fumar, pero estaba seguro de que el olor del tabaco llegaría hasta Kedsty, si no se había retirado a su cuarto a dormir. Se preguntó más de media docena de veces cuál sería la identidad de la fantasmal aparición que había visto al resplandor de los relámpagos. Podía ser uno de los extraños amigos de Fingers, venido de la selva para vigilar con Mooie la casa aquella noche. La figura de aquel gigantón de hombre, de largos cabellos y barba, tal como se mostró a los ojos en un ambiente de resplandor eléctrico, se había grabado indeleblemente en su cerebro. Era un cuadro trágico.

Volvió a apagar la luz y quitó la manta que cubría la ventana; pero sólo vio el brillo de humedad que tenía la tierra al resplandor de los relámpagos. Otra vez abrió unas pulgadas la puerta y se sentó de espaldas a la pared para escuchar... No se dio cuenta del tiempo que tardó en apoderarse de él la somnolencia; lo cierto es que le venció el cansancio, y al cerrársele los ojos perdió la facultad de vigilar.

Así durmió un rato. El ruido le despertó completamente. Su primera impresión fue que el ruido había sido un grito. Los primeros momentos, mientras recobraba del todo sus sentidos, no estaba seguro de lo que podía pasar. Pero en seguida se hizo cargo. Se puso de pie y abrió la puerta de su cobijo. Una franja de luz cruzó de pronto el vestíbulo superior. Provenía de la habitación de Murette. Se quitó las botas para no hacer ruido al andar y salió. Estaba seguro de haber oído un grito, un extraño y sollozante grito, apenas perceptible, y que este grito había partido de la planta baja.

Sin dudar un momento más se dirigió rápidamente a la habitación de Murette, y echó una ojeada por ella. Lo primero que vio fue que la cama estaba intacta y la habitación vacía.

Una sensación fría y penetrante le encogió el corazón, y un impulso, para el que no tuvo la menor resistencia, le movió hacia la escalera. Aquello, más que un impulso, era un imperativo. Bajó los escalones, la mano en la culata de su pistola «Colt». Llegó al vestíbulo, que estaba todavía iluminado, y en un par de pasos se acercó a la puerta de la habitación principal de la casa. Estaba medio abierta, y la habitación también tenía la luz encendida. Sin hacer ruido, Kent se acercó más y miró adentro.

El cuadro que se mostró a sus ojos le produjo al pronto una doble sensación de alivio y de estupor. A un extremo de la larga mesa de escritorio, sobre la cual pendía una gran lámpara de bronce, estaba Murette de pie. La tenía de perfil, así es que no podía verle el rostro. El cabello caía suelto a su alrededor, brillando como una preciosa piel de marta a la luz de la lámpara. Estaba indemne, viva, y, sin embargó, su manera de mirar hacia abajo era lo que le sorprendía. Tuvo que acercarse un poco más para ver lo que ella contemplaba. Y al verlo, quedó atónito.

Hundido en un sillón, con la cabeza colgando del respaldo, de manera que mostraba de frente el gesto horrible de su cara, estaba Kedsty. Al punto, Kent comprendió lo que había pasado. Sólo un muerto podía mirar así.

Dando un grito entró en la habitación. Murette no se movió, pero le contestó con otro grito al volver la mirada desde Kedsty a Kent. A éste le parecía estar presenciando dos aspectos distintos de la muerte, pues Murette Radisson estaba, aunque viva y con aliento, más pálida que el mismo Kedsty, cubierto por la inerte palidez de la muerte auténtica. Nada dijo ella. Nada añadió al grito primero. Se limitó a mirar. Kent pronunció su nombre suavemente, viendo que sus amplios ojos alumbraban con duelo su propia angustia y desesperación. Luego, como petrificada y fascinada, volvió a clavar la mirada en Kedsty.

Todo su instinto de cazador de hombres se despertó en el cerebro de Kent cuando dirigió la mirada al inspector de policía. Los brazos de Kedsty colgaban flojos a los lados del sillón. En el suelo, bajo su mano derecha, estaba su pistola automática «Colt». Tenía la cabeza tan echada hacia atrás sobre el respaldo, que parecía que se le había roto la nuca. En la frente, junto al nacimiento de su pelo corto de color gris metálico, aparecía una mancha roja.

Acercóse Kent y se inclinó hacia él. Había visto sobradas veces a la muerte para no reconocerla en aquella ocasión; pero rara vez había visto una cara tan contrahecha y crispada como la de Kedsty. Tenía los ojos desorbitados y con una especie de mirada vidriosa. Las mandíbulas desencajadas. Y la garganta...

Aquello era lo que le heló a Kent la sangre en las venas. A Kedsty le habían dado un golpe; pero no era el golpe lo que le había causado la muerte. Luego lo acabaron de matar, valiéndose para ello de una trenza de mujer, con la que estrecharon su garganta.

En los instantes que siguieron al descubrimiento, Kent no se hubiera movido aunque le hubiesen colocado un revólver en el pecho amenazándole con la muerte. La trenza era larga, suave, brillante y negra; daba dos vueltas alrededor del cuello de Kedsty, y pendía de su hombro un extremo suelto, sedoso como un pedazo de piel de marta, alrededor de la lámpara. Precisamente esta semejanza del pelo con la aterciopelada piel de marta era lo que se le había ocurrido al acercarse a la puerta mirando a Murette. Ahora se le ocurría lo mismo. Tocó aquella trenza, la cogió y la soltó del cuello de Kedsty, donde había dejado dos anillos profundamente marcados en la carne. De las manos de Kent colgó la trenza en toda su longitud. Él se volvió de cara a Murette.

Nunca le miraron ojos humanos como los de ella en aquel momento. Sin despegar los labios, tendió una mano, y Kent le dio la trenza. Al instante, ella volvióse hacia la puerta, oprimiéndose con una mano la garganta, y salió.

Él la oyó subir las escaleras con paso vacilante.

## Capítulo XVIII

Kent no se movió. Se le quedaron embotados un rato los sentidos. Estaba insensibilizado para toda emoción que no fuera la sorpresa y el espanto. Estaba contemplando la cara gris y desencajada de Kedsty cuando oyó el golpe que dio Murette al cerrar la puerta. Dio un grito, pero él no lo oyó. Ni se daba cuenta de haber gritado. Se estremeció su cuerpo con un súbito temblor. No podía cerrar los ojos a la evidencia que presenciaba. Por la espalda, mientras Kedsty estaba sentado, Murette le había dado un golpe con un objeto romo. El golpe le desvaneció. Y entonces fue cuando...

Se pasó la mano por los ojos, como para aclarar la visión que tenía de las cosas. Lo que acababa de ver era imposible. La evidencia era un: absurdo. Murette Radisson era capaz, si se veía acosada por un peligro mortal, en defensa de su honor o de su amor; pero era inadmisible que ella se echara sobre su víctima a traición, por la espalda. Sin embargo, allí no había: pruebas de lucha. Ni la pistola que había en el suelo podía demostrarlo. Kent la recogió. La miró detenidamente y otra vez lanzó como un ronquido, un grito de desesperación. En la culata de la pistola se veía una mancha de sangre y unos cuantos cabellos grises. ¡Kedsty había sido golpeado con su misma pistola!

Al ponerla encima de la: mesa, vio un brillo de acero bajo el borde de un periódico, y sacó de allí, donde estaban ocultas, las largas tijeras de que Kedsty se servía para preparar su libro de recortes y crónica oficial. Aquello era el último eslabón que encadenaba la triste evidencia: la pistola con su delatora mancha de sangre las tijeras, la trenza y Murette Radisson. Sintió de repente un vértigo. Todos los centros nerviosos de su cuerpo sufrieron una conmoción. Luego empezó a sudar.

Y reaccionó en seguida. Todo aquello era mentira, se dijo a sí mismo. La evidencia era engañosa. Murette Radisson no podía cometer semejante delito, de la manera que el crimen aparecía consumado. Algo debía de haber

ocultado a sus ojos, algo que aún no había visto y que no podía descubrir. Se convirtió instantáneamente en el antiguo Jaime Kent. El instintivo proceso psicológico del cazador de hombres, de policía perfectamente instruido. Recordó cómo le miró Murette cuando él entró en la habitación. No era la expresión del crimen lo que sorprendió en sus ojos, sino un alma temblorosa y sangrante que le imploraba algo en una agonía que no había visto nunca en mirada alguna. Y súbitamente, una voz que sonó en su cerebro arrastró toda otra cosa, diciéndole cuán despreciable es el amor, si la fe no lo acompaña.

Con el corazón todavía alterado se volvió otra vez hacia Kedsty. Aquella fútil voz era la fe abrazándose enferma a su alma... Y defendía esta fe al mismo tiempo que sus ojos volvían a pararse en la fantástica tortura acusada en el rostro del inspector.

Empezó a tranquilizarse un poco. Tocó la mejilla del cadáver y vio qué ya estaba frío. La tragedia habría ocurrido hacía una hora. Observó con mayor detención la herida que mostraba Kedsty en la frente, y comprendió que no era profunda y que aquel golpe no pudo privarle mucho rato del sentido. En este breve tiempo se perpetró el crimen. Pero a pesar del esfuerzo casi sobrehumano que realizaba Kent para apartar de sí la reconstrucción de la escena, ésta se imponía, con insistencia, vívidamente: la vuelta rápida hacia la mesa, la inspiración que tuvo al descubrir las tijeras, la acción de cortar la larga trenza, y la muerte, por asfixia, de Kedsty, cuando ya volvía en sí. Y de nuevo rectificaba para sus adentros, una y otra vez, porque se le antojaba imposible, absurdo, incongruente. Sólo a una imaginación de loco podía ocurrírsele tan monstruoso procedimiento para matar a Kedsty. Y Murette no era una demente, sino que estaba en su cabal juicio.

Con ojos de hurón que acecha la caza dio un rápido vistazo por toda la habitación. En las cuatro ventanas colgaban largos cordones de las cortinas. En las paredes, colgadas como trofeos o panoplias, había diversidad de armas. A un extremo de la mesa de Kedsty había un hacha de piedra de las que usan los indios, la cual servía de pisapapeles. Bajo la mano derecha, inerte, estaba la pistola automática. ¿Cómo, teniendo a mano tantos instrumentos para la agresión, de los que podía valerse el asesino sin gran esfuerzo ni molestia, había tenido que recurrir a una trenza de mujer?

El cordón de botas llamó especialmente la atención de Kent, Era imposible no verlo; era de piel de ante y tenía unos ciento veinte centímetros de largo por medio de ancho. Buscó el par de aquel cordón y lo encontró en el suelo, allí donde había estado Murette Radisson de pie. Y volvió a asaltar a Kent la pregunta incontestable de por qué el asesino había usado una trenza

de pelo pudiendo valerse de aquel cordón de piel de ante o de una de las cuerdas de las cortinas que pendían tentadoramente de las ventanas.

Acercóse a ella y vio que estaban todas cerradas. Una vez más, por último, se aproximó a Kedsty y se inclinó sobre él. Comprendía que en sus últimos momentos, Kedsty habría sufrido una lenta y torturante agonía. Así lo revelaba lo desencajado de su rostro. Pero el inspector de policía era un hombre muy fuerte. Habría luchado aun aturdido por el golpe. Y aun entonces se debió de necesitar mucha fuerza para sujetarle la cabeza contra el respaldo y cortarle la vida lentamente con el lazo de cabellos. Esta claridad que comenzaba a hacerse en su mente, triunfaba sobre las anteriores suposiciones, causándole, poco a poco, una extraordinaria alegría. Era inconcebible que, ni con toda la fuerza de sus manos y de su cuerpo, Murette Radisson matara a Kedsty. Una fuerza mucho mayor que la suya tuvo que ser la que le sujetara contra el respaldo del trágico sillón y le estrangulara.

Salió despacio de la habitación y cerró sin hacer ruido. Vio que la puerta principal estaba tal como Kedsty la había dejado, sin echar el cerrojo.

Arrimado a esta puerta, estuvo un rato escuchando, casi sin respirar. De lo alto de la escalera, turbiamente iluminada, no bajaba el más tenue rumor.

Una nueva sospecha le sobresaltó. Era algo que sobrepujaba la impresión de la, tragedia, que excedía al instinto, entonces renovado, del cazador de hombres, abrumándole con la idea de un horror que no había sentido hasta entonces. Sobrecogióle más que la misma muerte de Kedsty. Fue al pensar en Murette, en la suerte que le traería el alba, con el descubrimiento del suceso. Crispados los puños y las mandíbulas apretadas, reflexionó que si él mundo era entonces su enemigo, al día siguiente lo sería también de ella. Él era el único capaz de no creerla autora de aquel crimen, en vista de las pruebas evidentes que había en la habitación de donde acababa de salir. Y él, Jaime Kent, era ya un asesino a los ojos de la Ley.

Comenzó a sentir la creciente inspiración de un nuevo espíritu, la poderosa garra de una nueva fuerza. Hacía unas horas que él era un proscrito de la sociedad. Era un condenado. Habíanle arrebatado la última esperanza de vida que le restaba. Y en la hora más amarga de su desesperación, Murette Radisson había acudido en su ayuda. Por él había desafiado la tormenta que estremecía el suelo a sus plantas e incendiaba sobre su cabeza la negrura caótica del firmamento. No había regateado esfuerzo alguno. Había acudido sencillamente porque tenía fe en él. Y ahora ella, arriba, en su cuarto, estaba sola, convertida en criminal sólo porque la liberación de él así lo había exigido. Así lo creía, pues como un puñal se le acababa de clavar esta idea en



la mente. El rasgo de libertarlo había tenido consecuencias extremas que determinaron la muerte de Kedsty.

Llegó al pie de la escalera y empezó a subirla descalzó. Sin llegar arriba, estuvo por llamar a voces a Murette. Hubiera corrido hacia ella tendiéndole los brazos. Pero se acercó silenciosamente a su puerta y miró dentro.

Estaba ella hecha un ovillo, un montón arrugado e informe encima de la cama, escondida la cara, envuelta toda en su sedoso cabello. Al pronto se asustó. No le era posible ver si respiraba o no. Tan inmóvil estaba que parecía una muerta.

No se oyeron los pasos de Kent al penetrar en la habitación. Se arrodilló junto a ella, y tendió sus brazos rodeándola con ellos.

—¡Murette! —exclamó débilmente.

Sintió el temblor que estremeció bruscamente el cuerpo de la muchacha. Hundió el rostro en su mata de pelo, que aún conservaba algo de humedad, y estrechó con sus brazos su cuerpo esbelto. Ella exhaló, un débil grito, con una voz quebrada, en un sollozo sin lágrimas.

—¡Murette!

Esta palabra es cuanto él dijo. Era cuanto podía decir en aquel momento en que su corazón latía violentamente. Sintió la suave presión de sus manos, vio su rostro pálido, sus ojos, desencajados, que le miraban fijamente casi pegados a los suyos, y luego ella se apartó, de espaldas a la pared, todavía encogida, como un niño, en la cama, mirándole de una manera que le, daba miedo. No lloraba, Ella no había llorado; pero estaba todavía tan pálida como cuando la vio abajo, delante del cadáver de Kedsty. Su expresión no era de horror tan grande. Algo distinto decían sus ojos, que dirigían su claridad a Kent. Era una mirada de incredulidad, de duda algo que se desvanecía, como pasa con la sorpresa producida, por la, realización de un milagro. Y él comprendió lo que le pasaba.

Es decir, Murette no había sospechado que él acudiera a ella en tal forma. Había creído que huiría al amparo de la noche, apartándose de ella como de una infección. Se llevó las manos, según acostumbraba, a la blanca garganta, y sus labios parecieron pronunciar una palabra que no llegó a oírse.

No menos sorprendido, Kent continuaba de rodillas, sonriendo. Se levantó y se quedó mirándola en aquella misma forma extraña, confortadora, llena de intensidad. La emoción de su mirada se comunicó a la sangre de ella, pues un arrebol pudoroso fue cubriendo su palidez. Se le entreabrieron los labios y empezó a respirar de prisa, un poco alterada.

—¡Creí que se iría usted! —dijo.

—¡Sin usted no me voy! —contestó él—. Vengo a llevármela conmigo. Si la tormenta no cesa —continuó— tenemos tres horas antes que amanezca. ¿Cuánto puede usted tardar en arreglarse, Murette?

Él se esforzaba en dar a su voz un tono reposado y sereno. Era una lucha tremenda, que no podía pasarle por alto a Murette. Se levantó de la cama merced a un gran esfuerzo, y, todavía con las manos sobre su garganta palpitante, se plantó ante él.

—Usted cree que yo he matado a Kedsty —dijo con voz salida de sus labios a la fuerza Y. viene para ayudarme, en compensación de lo que yo he hecho por usted. ¿No es eso, Jaime?

—¿Compensación? Yo no podría pagarle a usted en un millón de años lo que le debo. Desde aquel día en que fue usted por primera vez a la clínica de Cardigan, me dio la vida, cuando había perdido el último destello de esperanza. Siempre creeré que aquella noche me hubiera muerto pero usted me salvó.

Y prosiguió.

—Desde el primer instante en que la vi la amé, y creo que este amor es la que me ha mantenido la vida Como si fuera poco fue usted a sacarme del calabozo afrontando para ello la tormenta de esta noche. ¿Y me habla de pagarle? ¿Cómo? No puedo. Nunca podré. Creer que, yo había matado a un hombre no fue obstáculo para que usted se condujera así. Obró de igual, manera, y estaba dispuesta a matar, si necesario, por mí. ¡No quiero preguntarme el porqué! Pero los hechos son éstos: usted estaba dispuesta a matar. ¡También yo estoy dispuesto a hacerlo, esta noche por usted! No tengo tiempo para pensar en Kedsty. Sólo puedo pensar en usted. Si es usted quien le ha matado, creo que debe haber una poderosa razón para ello. Pero no creo que haya sido usted. ¡Estas manos no han podido hacerlo!

Rápidamente le cogió los brazos deslizando sus manos hasta que éstas quedaron asidas a las muñecas, de manera que descansaban vueltas hacia arriba sobre las suyas. Eran lindas, pequeñas, de frágiles dedos y suave palma.

—¡Estas manos no han podido hacerlo! —exclamó Kent casi fieramente—. ¡Juro por el cielo que no han podido! A ella se le iluminaron los ojos y se le encendieron las mejillas al oír tales palabras.

—¿De veras lo cree, Jaime?

—Sí. Del mismo modo que usted no cree que yo matara a Juan Barkley. Pero el mundo es ahora nuestro enemigo. Y es necesario que partamos los dos en busca de un escondido y remoto valle. ¿Comprende, Murette? Casi me alegro.

Se fue hacia la puerta y le preguntó:

—¿Estará usted lista en diez minutos?

—Sí, dentro de diez minutos —contestó moviendo la cabeza.

Corrió hacia el *hall* y bajó la escalera. Cerró con llave la puerta principal y se volvió a su escondite debajo el tejado. Sabía que una extraña locura le agitaba el espíritu, pues ante la tragedia de aquella noche, sólo la locura podía infundirle el entusiástico estremecimiento que le agitaba la sangre. La muerte de Kedsty carecía para él de importancia comparada con otro hecho: el de que desde entonces Murette le pertenecía y, por lo tanto, a él correspondía luchar por ella y se la tenía que llevar. Estaba enamorado de ella. Prescindiendo de quién fuera y cuáles fueran sus actos, la amaba. No tardaría ella en confesarle todo lo que había pasado en aquella habitación de la planta baja, y todo se esclarecería.

Había un rinconcito en su cerebro donde seguía la lucha, porque no podía dejar de decirse, con la obsesión de un lorito, que era una trenza de Murette lo que encontró arrollado al cuello de Kedsty, y que la trenza de cabello era lo que le había asfixiado. Pero también Murette le explicaría lo de la trenza. Estaba seguro de ello. El amor que sentía por aquella muchacha que había intervenido en su vida de una manera tan extraña y trágica era como un veneno. Le inspiraba una fe ilimitada. Ella no había matado a Kedsty. Esto se decía, por otra parte, aunque recordaba que ella había dicho muy reposadamente que estaba dispuesta a matar a Kedsty... si ciertas circunstancias no se cumplían conforme ella quería.

Tan de prisa como sus pensamientos se movían sus manos. Se ató unas botas de reglamento. Hizo un apretado paquete con la comida y los cacharros que había encima de la mesa, y lo metió en la mochila. La sacó, juntamente con la escopeta, al vestíbulo. Luego volvió a la habitación de Murette. La puerta estaba cerrada. Al golpe que dio en ella, la muchacha contestó diciendo que no estaba lista del todo.

Él esperó. Oía el rumor que hacía ella moviéndose de prisa por dentro. Siguió un rato de silencio. Transcurrieron cinco minutos..., otros cinco..., un cuarto de hora. Volvió a dar un golpecito en la puerta. Esta vez se abrió.

Se quedó mirando a Murette, lleno de asombro al ver cómo se había transformado. Ella retrocedió un poco para dejarle entrar, y se quedó iluminada de lleno por la luz de la lámpara. Su linda y esbelta figura apareció cubierta de un vestido azul de terciopelo cruzado. La chaqueta era ajustada y un poco masculina; las faldas apenas le bajaban de las rodillas. Iba calzada con altas botas de piel de caribú. A la cintura llevaba la funda de su pistola

negra. Tenía el pelo recogido y anudado bajo un turbante que ceñía su cabeza. Estaba deliciosamente adorable, esperando a Kent, y éste vio que en aquel encanto todo era adecuado, pues el vestido de terciopelo cruzado, el turbante, la falda corta, los zapatos de alta cordonadura, todo estaba hecho para ir por la selva. No era una criatura débil para la marcha, sino endurecida para la resistencia de la cabeza a los pies. A Kent le asomó la alegría al rostro. Pero no sólo le deslumbró la transformación de su indumento, sino otra transformación más notable: las mejillas se le habían coloreado, sus ojos tenían una extraña y maravillosa claridad al mirarle, sus labios estaban encarnados como la primera vez que la vio en la clínica de Cardigan. Hablase disipado su palidez, su miedo, su horror, y en cambio se le notaba la inquietud propia de quién se dispone a una aventura extraordinaria.

En el suelo había una Mochila que abultaba la mitad de la de Kent, y cogiéndola vio éste que no pesaba apenas. La sujetó a la suya, en tanto. Murette se ponía el impermeable y se adelantaba a bajar. Mientras él bajaba, ella le esperaba con el gran impermeable de goma de Kedsty en las manos.

—Se lo tiene usted que poner —le dijo.

Temblaba ligeramente, sosteniendo la prenda. Los colores casi se le habían vuelto a ir de las mejillas al mirar hacia la puerta tras la cual estaba Kedsty muerto y sentado en su silla, pero sus ojos continuaron llenos de claridad maravillosa. Ayudó a Kent a ponerse la prenda y la mochila, y luego se detuvo un momento, posándole las manos, en el pecho, como si fuera a hablar, pero se contuvo.

Fuera, a unos pasos de ellos, sonaba la tormenta. Parecía que, descargaba sobre la casa de campo con nueva furia, sacudiendo la puerta, deshaciéndose en truenos sobre sus cabezas, como embraveciéndoles para salir. Kent alcanzó llave de la luz y apagó la lámpara del vestíbulo.

Palpando las sombras abrió la puerta. Entraron el viento y la lluvia. Con la mano que tenía libre tanteó en la oscuridad; encontró a Murette; la atrajo hacia él y cerró la puerta. Salir del vestíbulo iluminado a la noche tormentosa era como sumergirse en un lago de negrura. Se hundieron y se perdieron en él. Brilló un relámpago, y Kent vio la cara de Murette, pálida y mojada, que le miraba con la misma extraña luz en los ojos que le sorprendieron poco antes. Aquello le estremecía. Aun en la oscuridad exterior persistía: la mirada que vio al volver a buscar a Murette, después de descubierto el cadáver de Kedsty, cuando se arrodilló al lado de su pecho tendiéndole un momento los brazos a la cintura.

Ahora, bajo el azote de la tormenta, comprendía por fin, el porqué de aquella extraña manera de mirar. Era por la fe que él mostraba tener en ella. Ni la expresión de horror producida por la muerte podría ahogar aquel sentimiento asomado a sus ojos. Le hubiera gustado a Kent cantar en alta voz la alegría que le causaba tal descubrimiento; vocearla a las barbas del viento y de la lluvia. Sentía que le animaba una fuerza superior a la de la tormenta. Ella le cogía por el brazo, como si temiera perderle en aquel pozo de sombras. El suave contacto de sus manos le producía la transmisión de un cálido temblor eléctrico de vida. Extendió un brazo y la atrajo hacia sí, de modo que su cara estuvo unos instantes en contacto con el pequeño y mojado turbante que llevaba Murette.

Entonces oyó que le decía:

—Hay una chalana en la ensenada, Jaime. Está junto al sitio donde muere la senda. El señor Fingers la ha hecho poner allí para tenerla a punto.

Kent había pensado en ir a Crossen y echar mano de una barca descubierta. Y, al oír estas palabras bendijo otra vez a Fingers, mientras cogía a Murette por la mano y emprendía la senda que conducía a través del bosquecillo de álamos.

Se les hundían mucho los pies en el barro y los charcos; y revuelto con la lluvia soplaba un viento que les cortaba la respiración. Era imposible ver los árboles a la distancia de un brazo extendido. Y Kent confiaba que la frecuencia de los relámpagos le guiaría. Al primer relámpago, sus ojos siguieron el camino de la pendiente que descendía hasta el río. Se deslizaban por ella pequeños arroyos de agua de lluvia. Les entorpecían el camino las piedras y los tocones, bajo los cuales el piso estaba resbaladizo. Las manos de Murette le estrechaban otra vez las suyas fuertemente, como cuando huyeron del cuartel, camino de la casa de Kedsty. Entonces se había sentido como punzado por el gozo feliz de aquel estremecimiento, y ahora se sentía todo él vibrante, pero de una manera distinta... porque experimentaba la emoción de quien posee y domina. Con su tormenta y sus negruras, aquélla era la más maravillosa noche de su vida.

No se daba cuenta de ninguna molestia. No podía reprimir el ímpetu gozoso de su sangre. Que hiciera sol o lucieran las estrellas, que fuera de día o de noche, que estuviera nublado o despejado, eran circunstancias que le tenían sin cuidado. Y era porque junto a él, luchando con él, bregando a través de la noche con él, confiando en él, impotente sin él, iba la criatura viviente, el ser palpitante a quien amaba más que a su propia vida. Durante muchos años, sin saber cuándo llegaría, había presentido aquella noche, y al llegar por fin,

inundaba y arrastraba para siempre su existencia pasada. Ya no era el cazador, sino el acosado. Ya no se sentía solo, pues contaba con una inestimable compañía por quién luchar, un sin par y desamparado ser que le apretaba las manos, andando por las sombras. No se consideraba fugitivo, sino más bien como quien ha logrado un gran triunfo. No experimentaba la menor incertidumbre o duda.

El río corría allá delante, y para él aquel río era el alma y la cifra de su vida. Era el río de Murette y suyo, y dentro de unos minutos navegarían sobre su caudal. Entonces ella le explicaría lo ocurrido con Kedsty. Estaba seguro. Le diría lo sucedido mientras él se había quedado dormido. Tenía una fe sin límites.

Llegaron a la hondonada lóbrega, al pie de la colina, y los relámpagos le mostraron el límite del bosque de álamos donde O'Connor viera a Murette hacía varias semanas. El camino que conducía a la ensenada serpeaba por allí, y Kent se aventuró a seguirlo ciegamente. No pensaba en decir una palabra. Soltó la mano de su compañera y le pasó el brazo alrededor del cuerpo cuando llegaron al sitio llano, de suerte que él la protegía de la lluvia y el viento. El ramaje de los arbustos les hería el rostro, y se detuvieron esperando un nuevo relámpago. Kent no tenía prisa de que éste brillara. Acercó más a sí a la muchacha, y en aquel piélago de negrura, bajo la lluvia torrencial y el fragor de los truenos, ella estrechaba su cuerpo contra el de Kent, haciendo unas las palpitaciones de los dos, esperando, vigilando con él. La fragilidad, el desamparo, la finura de Murette, cogida en el lazo de sus brazos, eran cosas que llenaban a Kent de un exquisito entusiasmo. No la veía ahora como a la espléndida criatura sin miedo que apuntara con su negra pistola los tres policías del cuartel; ya no era la misteriosa, retadora y osada aparición que le había sumido en una especie de miedo respetuoso durante una hora, la primera que habló con ella, en la clínica de Cardigan, pues ahora se hallaba totalmente asida a él, pendiente de su voluntad, llena de temor. Una voz desconocida le decía a él que aquella noche fragosa los nervios la habían abandonado, que, de no estar con él, ella se vería perdida y gritaría asustada. ¡Kent se alegraba! La estrechó más fuertemente; bajó la cabeza hasta tocar con los labios un rizo bajo el húmedo y prieto turbante. Luego un rayo abrió de parte a parte la noche mostrando a Kent el camino que debía seguir.

No era difícil, ni en la oscuridad, seguir los relejes del camino. Sobre sus cabezas, las ramas de álamos se rozaban y crujían; a sus pies las roderas eran verdaderos arroyos, que a veces se desbordaban formando grandes charcales, y a pesar de ir cargado con la mochila y el fusil, Kent se detuvo

repentinamente y cogió a Murette en brazos y la llevó hasta un terreno más alto. Lo hizo sin decirle una palabra. Y Murette estuvo unos minutos así, encogida, asida a él, en sus brazos, rozando suavemente con su mejilla el rostro mojado de Kent.

Lo más prodigioso de aquella aventura era que ninguno de los dos hablaba. Para Kent, aquel silencio se había convertido en un placer que no quería interrumpir. Y en medio de semejante mutismo, justificado y protegido por el fragor de la tormenta, él sentía que nacía entre ellos algo maravilloso que los acercaba cada vez más, y temía que una palabra destruyese la magia del fenómeno que estaba experimentando. Cuando soltó a Murette, una mano de ella fue a dar casualmente sobre una mano de él, y la oprimió suavemente, lo cual fue mucho más elocuente que cien palabras de agradecimiento.

Pasado un cuarto de milla desde el bosquecillo de álamos, llegaron al lugar donde comienzan los abetos y los cedros, y pronto la espesura del bosque les resguardó del viento, pero la oscuridad parecía allí aún más un abismo sin fondo. Observó Kent que los truenos y los relámpagos se corrían hacia el Este, de prisa, y se hacían escasos y débiles para alumbrar el camino por donde ellos tenían que ir. La lluvia no caía tan copiosamente. Percibían el rumor del, de las ramas de los cedros y abetos y el chapoteo de sus botas en el barro. Llegaron a un sitio donde las copas de los árboles se tocaban formando un dosel. La tormenta había amainado. Entonces fue cuando Kent exhaló un profundo suspiro, y se rió alegre y victoriosamente.

—¿Está usted mojada, Patito Gris?

—Sólo por fuera. Las plumas me han resguardado del agua.

Así le contestó ella con voz temblorosa, entre risueña y sollozante. No era aquélla la voz de una persona que acabara de matar a un semejante. Había en ella una emoción que Kent comprendió que en vano pretendía Murette ocultar con palabras animosas. Se agarró a las mangas de su impermeable, aun cuando se detuvieron, como si temiera que alguna fuerza les separara en medio de la sombra traidora. Kent buscó algo en sus bolsillos y sacó un pañuelo seco. Así hubiera hecho con un niño que hubiese llorado. Luego se secó su propia cara, y reanudaron la marcha, amparándole él con un brazo como antes.

Había media milla de la linde del bosque a la ensenada que buscaban, y en este trayecto Kent cogió lo menos media docena de veces a la muchacha en brazos para pasarla por encima de los charcos cuya agua le llegaba al borde superior de las botas. Los relámpagos habían dejado de alumbrarles. Seguía cayendo una lluvia copiosa, pero el viento había pasado, arrastrando hacia el

Este la tormenta. La ensenada: bordeada por el bosque era indiscernible en medio de la sombra. Allí fue Murette quien le guió a él, aunque Jaime iba delante dándole la mano fuertemente. A menos que Fingers hubiese cambiado la situación de la chalana, tenía que estar a unos cuarenta o cincuenta pasos del final del camino. Era pequeña, una chalana de dos personas, y tenía una resistente y reducida habitación en medio. La encontrarían amarrada muy cerca de la orilla. Eso le dijo Murette, mientras buscaban entre matorrales y cañas. Tropezó él con una cosa tensa a la altura de la rodilla. Era la amarra.

Dejando a Murette junto al árbol que hacía de poste de amarre, él saltó a la cubierta. Había tres o cuatro pulgadas de agua en el fondo, pero la habitación estaba construida sobre una plataforma que levantaba su piso sobre el del barco, y era de esperar que aquello estaría seco. Palpó hasta encontrar el alambre retorcido que hacía de pestillo. Abrió, bajó la cabeza y entró. Era una pequeña habitación que no medía más de cuatro, pies de altura. Para mayor comodidad se arrodilló; hurgando en las faltriqueras del impermeable para buscar las cerillas. El agua no había llegado a la caseta.

La primera cerilla que encendió le reveló cómo era el interior. Era una diminuta cabina, no mucho mayor que algunas cajas que había visto. Tendría ocho pies de largo por seis de ancho. Y el techo era tan bajo, que aun de rodillas tocaba en él con la cabeza. Se consumió la primera cerilla y encendió otra. Entonces vio un pedazo de vela sostenido en una astilla de abedul rajada, que estaba clavada en la pared. Casi a gatas se acercó y encendió la bujía. Miró un momento alrededor y tuvo que bendecir una vez más a Fingers. La pequeña chalana estaba dispuesta para un viaje. Al fondo había dos estrechas yacijas, tan juntas, que Kent se sonrió pensando que cupieran dos personas estrujadas entre ellas. También había mantas. Al alcance de su mano había un hornillo, y junto a él una provisión de combustible y leña seca. El conjunto le hizo pensar en una casita de juguete. Aún quedaba sitio para un banco, una silla de junco y un tablero liso sostenido en forma de mesa bajo una ventana. Encima de esta mesa había un montón de paquetes.

Se descargó de los bultos que llevaba y salió por Murette. Ella se había acercado al costado de la chalana, y lo llamó sin alzar la voz al oírle pisar en el agua. Extendió los brazos para encontrarla en la oscuridad. Él la condujo por la charca que se había formado en la chalana, y dejándola sobre el borde de la plataforma del camarote, a la puerta del mismo, se echó a reír. Era la suya una risa reprimida, pero feliz. El resplandor amarillento de la bujía dramatizaba sus semblantes húmedos. Sólo en penumbras podía ver Kent a Murette, pero aun así vio que los ojos le brillaban con Claridad.



—Éste es nuestro nido, querido Patito. Gris —exclamó Kent afablemente. Ella levantó una mano y le acarició el rostro, diciéndole con voz un poco temblorosa:

—Ha sido usted muy bueno conmigo, Jaime. Le dejo que me bese.

Salió luego Kent. Sintiendo el azote de la lluvia, tenía el corazón repleto de canciones; le desbordaba en el alma un deseo de romper a cantar entonando himnos de alegría y de triunfo sobre el mundo que se disponía a dejar aquella noche para siempre. Al cálido contacto de los labios de Murette se había convertido en un superhombre, y al arrimarse a la orilla para cortar de un solo tajo con su navaja la amarra, ansiaba expresar en voz alta los sentimientos que le embargaban, lo mismo que los ribereños cantaron la gloria de su libertad el día en que vio partir desde la clínica a la enorme brigada del Norte. Y así cantó él, mezclando en su aliento la risa y el suspiro. Con fuerza gigantesca empujó hacia la corriente la chalana, y se puso a manejar de un lado a otro el largo remo individual, emproando la navicilla al lugar más caudaloso, con tanta energía como si tuviera cuatro brazos. Tras la puerta del camarote estaba todo y lo único que en aquellos momentos podía interesarle en el mundo y por lo que valía la pena luchar. Volviendo la cabeza veía la débil luz por la ventana. ¡El camarote, aquella luz, Murette!

Y se echó a reír sin motivo, tontamente, como un muchacho. Empezó a oír un rumor tumultuoso, un ruido que a cada brazada se hacía más claro, más perceptible, llegando a parecer un fragor de cascada. Era el río, con su corriente de caudal henchido, que adquiriría una voz imponente. Pero Kent no le temía. Era su río, era su amigo, y en aquel momento, todo el pulso y el aliento de su vida. El creciente fragor no era una amenaza, sino un conjunto atronador de voces, que le llamaban, que celebraban con regocijo su llegada. Este rumor crecía. En lo alto se abrió nuevamente el negro firmamento y descargó un diluvio. Pero dominando el rumor de la lluvia se alzaba el del centro del río, cada vez más próximo. Sintió que la proa, era atraída por el primer remolino, como si le agarraran, unas manos invisibles, salidas de la sombra. Comprendía que el curso del agua le había cogido y que ya le arrimaba al seno mismo de la corriente. Metió en la nave el remo y se estiró escudriñando el caos sombrío que se extendía ante él. Notaba bajo sus plantas el movimiento del caudal que como ancha vena fluía hacia el Slave, el Mackenzie y el océano Ártico. Y bajo la torrencial tormenta lanzó por fin un grito de alegría, de victoria, de esperanza, que llegó más allá de la esfera de las leyes humanas..., y luego se volvió al pequeño camarote, donde, envuelto

en la densidad de la noche empapada, brillaba el ventanuco, gracias a la amarillenta luz de la bujía.

## Capítulo XIX

Volvió Kent a tientas al camarote y llamó con los nudillos. Murette le abrió y se retiró un poco para darle paso. Como un perrazo chorreando agua entró agachándose hasta tocar casi el suelo con las manos. Percibió el humorismo de la incongruencia de su estatura comparada con las dimensiones de aquella caseta de juguete, y se rió mientras le caían por la cara hebras de agua y procuraba ver a través de ellas. Murette se había quitado el turbante y el impermeable, y también estaba encogida en aquellos cuatro pies de casa, aunque no parecía su posición tan ridícula como la de él. Otra vez se arrodilló Kent. Y vio entonces que en el pequeño fogón había lumbre encendida. El chisporroteo que hacía sonaba más fuerte que el rebotar de la lluvia en el techo, y el aire se estaba dulcificando con su calorcillo. Miró a Murette. Todavía le colgaban por la cara los cabellos mojados. Tenía los pies, los brazos y parte del cuerpo completamente calados; pero la mirada le resplandecía, y contemplaba a Kent sonriendo. A él le hizo el efecto de una nena perdida que se sintiera contenta de haber encontrado refugio. Temió que se le viera en la cara el miedo, que le tenía que causar lo espantoso de aquella noche, pero ya se le había pasado. No pensaba en los truenos, los relámpagos, la negrura del camino, ni en el cadáver de Kedsty, abandonado allá en la casa de campo. Tenía el pensamiento puesto en él.

Kent se rió francamente. Era de una emoción gozosa aquélla noche ciega en que los elementos rugían sobre su cabeza con la voz del temporal, y en que el rumor del río se precipitaba bajo sus pies, bajo los pies de ellos dos solos, cobijados en una cabina, que era un caparazón donde ni podían andar de pie, ni apenas moverse a ningún lado para dar una vuelta por su interior. El íntimo humorismo de la situación, el calor del fogón que empezaba a templarles el cuerpo y el sugestivo, de abedul que ardía en el fogoncillo, eran cosas que absorbieron un rato la mente de Kent haciéndole pensar sólo en aquel mundo en que vivían. También Murette, que seguía mirándole sonriente, parecía

haberse olvidado de toda otra cosa. Lo que les sacó de tal abstracción, recordándoles la trágica realidad de su huida, fue la pequeña ventana. Kent pensó que desde la ribera se vería como una delatadora mancha de luz navegando río abajo. Había de trecho en trecho algunas casitas a la orilla en una extensión de varias millas, y quien mirara desde ellas tenía que ver su luz. Se levantó él y cubrió la ventana con su impermeable.

—Ya estamos libres, Patito Gris —dijo luego, frotándose las manos—. ¿No tendría esto más sensación de hogar si yo fumara?

Ella movió la cabeza diciendo que sí, fijos los ojos en el impermeable.

—Así estamos bastante seguros —agregó Kent, sacando la pipa del bolsillo y poniéndose a llenarla—. Sin duda que todo el mundo duerme, pero, no debemos fiarnos de nada.

La chalana se columpiaba de un lado a otro encima de la corriente. Aquel balanceo le dio ocasión a Kent para añadir:

—Tampoco tenemos peligro de naufragio. No hay un peñasco ni un rápido a lo largo de las primeras treinta millas. El río está, más despejado que el suelo. Si embarrancamos en la orilla, no hay que asustarse.

—A mí no me asusta el río —dijo ella. Y con una rapidez imprevista, le preguntó—: ¿Adónde irán a buscarnos mañana?

Kent encendió la pipa, mirando a su compañera un poco indagadoramente, mientras ella se sentaba en el banquillo inclinándose hacia él y esperando que le contestara.

—Pues nos buscarán en el bosque, en el río, en todas partes —dijo—. Por supuesto que se darán cuenta de que falta una nave. No tenemos que hacer más que vigilar por si nos siguen, y procurar ir a buena marcha.

—¿Borraré la lluvia nuestros pasos, Jaime?

—Esta lluvia no dejará rastro afuera.

—Pero bajo techado...

—Nosotros no hemos estado bajo ningún techado —afirmó él—. ¿Se acuerda, Patito Gris, de haber estado en algún interior?

Ella remeció la cabeza despacio y dijo:

—No; pero Mooie estaba al pie de la ventana.

—Sus huellas también se borrarán.

—¡Qué bien! ¡Ojalá!, porque no quisiera que él, ni el señor Fingers, ni ninguno de los compañeros a quienes metió en tal jaleo fueran detenidos.

Marette no se esforzó por ocultar el descanso que las palabras de él le causaban. Le extrañó un poco a Kent que en aquel momento de un gran peligro se preocupara por la suerte de Fingers y del viejo indio. Él procuraría

apartarla de la idea de ese riesgo. Sin embargo, ella no podía dejar de ver su amenaza. Sabía que al cabo de unas horas encontrarían el cadáver de Kedsty, y que el complicado mecanismo de la policía se pondría en movimiento. Y como les alcanzara...

Marette había adelantado los pies hacia él, y comenzó a removerlos dentro de las botas, de manera que se oía el ruido que hacían con el agua de que se le habían llenado.

—¡Oh, qué mojados están! —exclamó—. ¿Quiere ayudarme a soltármelas y a quitármelas. Jaime?

Dejó él la pipa a un lado y se arrodilló delante de ella. Tardó cinco minutos en quitárselas. Luego le cogió uno de sus diminutos y empapados pies con las dos manos, y dijo:

—¡Qué fríos! Son de hielo. Se tiene usted que quitar también las medias, Marette. Haga el favor.

Amontonó unos troncos delante del hornillo y los cubrió con una manta de las que había en las camas. Aún de, rodillas, acercó la silla de mimbre al fuego y la cubrió con otra manta. Al cabo de un momento, Marette estaba acomodada en la silla, los pies apoyados en el montón de leña cubierto con una manta. Kent abrió la portezuela del fogón, y apagó todas las velas. Las ramas que ardían irradiaban un resplandor que endulzaba aún más el ambiente de la pequeña habitación dando un atractivo tinte sonrosado a la cara de la muchacha. Sus ojos le parecían a Kent maravillosamente suaves y bellos, recibiendo aquella nueva claridad. Así que él terminó, ella extendió un brazo y le pasó la mano, por el mentón y por la cabeza húmeda, con tanta suavidad, que sintió la caricia, sin notar el peso de la mano.

—¡Se porta usted tan bien conmigo, Jaime! —dijo ella.

Él notó que en la garganta se le quebraba un poco la voz. Se sentó junto a ella, en el suelo, de espaldas a la pared.

—Es que la amo —dijo, llamándola otra vez Patito Gris y mirando fijamente al fuego.

Ella no dijo nada. También se quedó mirando al fuego. Muy cerca de la cabeza oían el ruido de la lluvia, como un millar de diminutos puños que estuvieran golpeando la cubierta del camarote. Y notaban que la chalana se deslizaba lentamente, dócil a los impulsos y revueltas de la corriente que les llevaba. Sin que ella le viera, cuando miraba a otra parte, Kent alzó los ojos. El resplandor de las ramas de abedul que ardían brillaba en su cabello y temblaba en la blancura de su garganta, mientras las pestañas se le prendían también de aquella luz. Y viéndola, Kent pensó en Kedsty, echado sobre el

respaldo de su sillón, después de ser estrangulado con una trenza de aquel pelo espléndido, que tenía tan cerca que con sólo inclinarse un poco hacia delante podía tocarlo con los labios. Tal pensamiento no le causó horror. Y era que mientras así pensaba, vio que una de aquellas manos —la mano leve, que le había tocado la cabeza con más suavidad que el vilano— se posó en uña de las mejillas de Murette, y era evidente que unas manos como aquéllas no eran capaces de matar a un hombre que, se defendió hasta el último momento.

Cogió Kent aquella mano y la retuvo al decir:

—¿Quiere ahora la pequeña divinidad decirme lo que ocurrió en la habitación de Kedsty?

La vibración de su voz delataba una fe inmensa en ella. Quería enterarse de: lo ocurrido, fuera lo que fuera, pues su fe y su amor no sufrirían el menor quebranto. Creía y creería siempre en ella. Él se imaginaba estar seguro de cómo había muerto Kedsty. La escena de la tragedia se le había representado en la imaginación desde el principio hasta el fin, momento por momento. Mientras él dormía, Murette y un hombre entraron en la habitación donde estaba el inspector de policía. El período crítico de la conversación que entablaron llegó a su fin, y Kedsty recibió un golpe de una manera imprevista con su misma arma. Entonces, antes de que Kedsty volviera del todo en sí, defendiéndose de la agresión, el compañero de Murette lo estranguló. Horrorizada, trastornada por lo del golpe dado a Kedsty, acaso inconsciente de lo que pasaba, se sintió sin duda incapaz de evitar el uso de una trenza suya para consumar el crimen.

Imaginándose así la reconstrucción de la escena, Kent no tenía en cuenta los cordones de botas, ni los cordones de cortinas. Sabía que en los crímenes suelen pasar las cosas más imprevistas y raras. Murette llevaba colgando el pelo. Echar mano de él pudo ser la primera ocurrencia del asesino. Esto es lo que Kent esperaba que Murette le contaría.

Y mientras así lo esperaba, sintió que ella le oprimía las manos.

—¿Cómo fue? Dígame, ¿cómo fue?

—Yo no sé nada, Jaime.

Pasó el hombre súbitamente la mirada del fuego a ella, como si no estuviera seguro de que lo que estaba oyendo era la voz de Murette. Ella no hizo el menor movimiento y miraba las llamas, sin ver nada. Tenía las manos entre las de él, y le oprimía el dedo pulgar, como antes, al asustarse de los rayos y los truenos.

—Yo no sé lo que ha pasado, Jaime —dijo ella otra vez. Él no sintió entonces el contacto estremecido de sus dedos y de la suave palma de su mano.

En lo hondo de sí mismo descubrió algo que fue una sorpresa brusca e impensada. Estaba, dispuesto a luchar por ella hasta que perdiera la vida. Estaba dispuesto a creer todo lo que le dijese..., todo, menos el imposible que le acababa de decir. Ella sabía lo que había ocurrido en la habitación de Kedsty; tenía que saberlo, a menos que...

Súbitamente el corazón le dio un brinco de alegre esperanza.

—¿Quiere usted decir que no se daba usted cuenta? —le preguntó en voz baja, temblorosa de impaciencia—. ¿Se desmayó usted, y entonces pasó todo?

Remeció la cabeza contestándole:

—No; estaba dormida en mi cuarto. No me quería dormir, pero no lo pude evitar. Hubo algún ruido que me despertó. Creí que eran cosas del sueño; pero un no sé qué me empujaba escaleras abajo. Y cuando llegué encontré a Kedsty de aquella manera. Ya estaba muerto. Yo estaba paralizada cuando usted entró.

Retiró la mano, delicada pero significativamente, agregando:

—Comprendo que usted no me pueda creer. Es imposible que me crea.

—¿Y usted no quiere que yo la crea?

—Sí, lo quiero. Es preciso que usted me crea.

—Pero la trenza, aquella trenza de usted que Kedsty tenía en el cuello...

Se interrumpió. Sus palabras, aunque pronunciadas con la mayor suavidad, le parecieron brutales. Sin embargo, a ella no lograron alterarla. No vaciló, no sufrió el más leve temblor de espanto. Siguió mirando fijamente al fuego. Y viéndola así, a Kent se le confundieron un poco las ideas. En su larga vida de experiencias semejantes no había presenciado un caso de tan absoluta serenidad y propio dominio. Aquello le estremeció un poco. Le helaba la sangre el pensamiento de coger a Murette entre los brazos para derramar en sus, oídos, el bálsamo de amor, sin ocultar nada que pudiera ayudarlos en la lucha: a que estaba dispuesto por ella.

Entonces ella dijo:

—Jaime, si la policía hubiera de cogernos, ¿tardaría mucho en alcanzarnos? ¿Llegaría pronto, verdad?

—No nos alcanzarán.

—Pero ahora estamos pasando al mayor peligro de que nos cojan, ¿no es verdad? —insistió ella.

Kent sacó el reloj, e inclinándole para ver la hora al resplandor del fogón, dijo:

—Son las tres. Concédanos el Patito Gris un día y una noche, y no habrá quien nos dé alcance.

Se quedó un rato callada. Luego alargó la mano y otra vez le oprimió blandamente el pulgar entre sus yemas.

—Jaime, cuando estemos a salvo, cuando estemos seguros de que la policía no nos pueda detener, entonces le contaré todo lo que sé acerca de lo ocurrido en la habitación de Kedsty. Entonces sabrá usted también lo de la trenza de pelo. Todo se la contaré.

Sus dedos le oprimieron ahora con fuerza, casi con violencia; y repitió:

—Todo se lo diré: lo sucedido en la habitación de Kedsty y cuanto a mi vida pueda referirse, aunque luego... temo que usted no va a quererme.

—La amo a usted —afirmó él sin el menor intento de moverse, de rozarla siquiera—. Cuénteme lo que me cuente, Patito Gris, yo he de quererla siempre.

Marette lanzó un gritito, como una débil nota quebrada en su garganta. Si Kent le hubiera visto entonces el rostro de frente hubiera sorprendido la alegría que le llenó de dicha, súbitamente, como una llamarada, para desvanecerse en seguida.

Lo que notó él volviendo la cabeza, como ella, fue que había fijado los ojos en algo que pasaba en la puerta del camarote. El también puso allí la mirada. Se estaba filtrando el agua, poco a poco, por el umbral, sobre la tarima que les servía de suelo.

—Lo esperaba dijo él bromeando. Se nos está convirtiendo la chalana en una cuba de agua de lluvia. Como no la eche fuera, nos vamos a pique.

Cogió el impermeable y se lo puso añadiendo:

—No tardaré en vaciar el barco. Entre tanto, le ruego que se quite usted ésa ropa húmeda y se acueste. ¿Quiere, Patito Gris?

—No estoy cansada, pero si cree que es mejor... —le asió de un brazo, contestándole—, así...

—Sí, más vale y se inclinó hasta que sus labios se posaron en los cabellos de ella.

Luego cogió un balde y salió bajo la lluvia.



## Capítulo XX

Era la hora en que, de estar despejado el cielo, la inmensa alba gris del Norte comenzaría a abrirse sobre los bosques de Oriente. A Kent la sombra le parecía nebulosa; le rodeaba una negrura cada vez más gris y fantasmal. No veía el agua que le cubría los pies, ni la estela de la chalana, ni el río siquiera. Desde la popa, a diez pies de la puerta de la cabina, no se distinguía ni la cabina ni la puerta, tragadas por la sombra.

Con la rapidez y el movimiento de vaivén propio de los ribereños, empezó a baldear arrojando fuera el agua. Tan regular se le hizo el movimiento, que llegó a ser un rítmico contrapunto de sus maquinaciones. El monótono chas, chas, chas de los cubos de agua que iban cayendo fuera, al poco rato se convirtió en una sensación puramente mecánica. Se percibía la proximidad de la orilla. Aun bajo la lluvia, la emanación de los bálsamos y los cedros se extendían tenuemente.

Pero el caudal del río era lo que más le impresionaba. Parecíale, al correr de los minutos, que el río era un ser viviente. Le oía rebullirse y jugar al contacto de la chalana. Y aquel rumor iba acompañado de otra manifestación indecible, el temblor que tenía su pulso, su tembloroso latido bajo la impenetrable sombra, su palpitante vida que se deslizaba en un ingente caudal a lo largo de las murallas de la selva. Siempre había dicho Kent que «se puede oír cómo palpita el corazón del río, si se sabe escuchar». Él lo oía en aquella ocasión. No podía ahogarlo el rumor de la lluvia, ni el ruido de los cubos de agua; ni podía la sombra reinante borrar esta impresión que ardía como una ascua en el alma de Kent. El pensamiento del río era lo que le había consolado siempre en los momentos de abandono. Había llegado a adquirir para él la fuerza de un ser provisto de espíritu que era la personificación de la esperanza, del valor, de la camaradería, de todo aquello que tiene una finalidad grande y noble. Aquella noche pues la oscuridad seguía

pareciéndole noche, a pesar de que ya era el alba, el alma del río le entonaba en su murmullo una especie de himno triunfal.

No podía desfallecer. Esto es lo que le embargaba el pensamiento. Nunca le había latido el pulso con mayor seguridad. Nunca se había apoderado de él como entonces el pensamiento inevitable. Parecíale imposible concebir la idea de que la policía les prendiera. Se sentía algo más que un hombre que luchara sólo por su libertad, algo más que un individuo que se debatiera en defensa de su derecho a la existencia. Algo que valía más que la libertad y la vida, consideradas en sí mismas, estaba pendiente de él en el pequeño camarote sumido en aquel mar de sombra cerrada. En lontananza les esperaba su mundo. Y subrayaba la idea de que aquel mundo era de los dos, de que aquel mundo, de una manera al parecer irreal, había formado parte de sus sueños toda la vida. En aquel mundo se iban a encerrar. Nadie les encontraría nunca. Y bajo la gloria del sol y las estrellas, la tierra de Dios, abierta a los cielos, sería su patria para siempre.

Marette era el verdadero corazón de la nueva vida que se presentaba. No le importaba lo que pudiera decirle al día siguiente o al otro. Estaba seguro de que cuando extendió hacia ella los brazos, oyendo lo único que podía revelar, Marette se hubiera dejado abrazar voluntariamente. Y no dudaba que, fuera lo que fuera lo sucedido en la habitación de Kedsty, nunca podría impedir que sus brazos llegaran a ella. Tal era su fe, una fe poderosa como la enorme corriente que avanzaba oculta en la sombra gris, fantasmal, de la vecina aurora.

No obstante, no esperaba salirse con la suya fácilmente. Mientras trabajaba, la imaginación le llevaba a lo largo de los Tres Ríos, desde Landing hasta Fort Simpson, y se representaba mentalmente las situaciones que se le podían presentar y la manera como tendría que salvarla. Calculaba que los hombres del cuartel no entrarían en casa de Kedsty hasta el mediodía, lo más pronto. La gasolinera de la policía emprendería la busca por el río poco después. A media tarde la chalana llevaría cincuenta millas de ventaja.

Antes que se hiciera de noche llegarían a Death Chute (Salto de la Muerte), donde Follete y Ladouceur hicieron una carrera a nado, en peligrosa competencia por el amor de una muchacha. No mucho más abajo del Salto había un paraje pantanoso, donde podría esconder la chalana. Ellos se irían a campo traviesa, hacia el Noroeste. Si seguían su viaje hasta el anochecer del otro día, podrían darse por salvos. Esto era lo que él prevenía. Pero si se le presentaba un trance comprometido, daría cara a la lucha. La lluvia se había vuelto fina llovizna cuando terminó de echar el agua fuera. La fragancia de

los bálsamos y los cedros le llegaba más distintamente que antes, y percibía con más claridad el rumor del río. Llamó con los nudillos a la puerta del camarote, y Murette contestó que pasara adelante.

El fuego se había convertido en un montón de ascuas brillantes. Otra vez se arrodilló y se quitó el chubasquero. La muchacha le dijo, bromeando, desde la cama en donde se había acostado:

—Está usted hecho un osazo, Jaime.

Era un alegre recibimiento. Él se rió, acercó el escabel a ella, y se las arregló como pudo para sentarse a su lado, agachando la cabeza por no dar en el techo.

—Parezco un elefante en la jaula de un canario —respondió—. ¿Se encuentra usted bien Patito Gris?

—Sí; pero usted, Jaime, está todo mojado.

—Soy tan feliz que no siento la menor molestia.

Difícilmente la veía en la penumbra que envolvía la yacija. Su cara era un óvalo pálido, y se había soltado el cabello para que el aire tibio y seco se lo secara fácilmente. Kent pensaba que tal vez ella percibiría los golpes que daba su corazón. Se olvidó del fuego, y la obscuridad se hizo mayor. Ya no veía el óvalo pálido del semblante de Murette, y se apartó un poco de ella, porque le daba la sensación de un acto sacrílego inclinarse tanto hacia la muchacha en aquella oscuridad. Ella notaba el ruido de sus movimientos, y sacó el brazo para posar: la mano en el brazo de él.

—Jaime —dijo suavemente— ahora, no me arrepiento de haber ido aquel día a la clínica de Cardigan... cuando usted creía que se moría. No me equivoqué al juzgarle. Usted es distinto a los otros. Me burlé y me reí un poco de usted porque sabía que no se iba a morir. ¿Me perdona?

Él se rió de buena gana y dijo:

—Es extraño cómo se desarrollan a veces las pequeñas cosas. ¿No se perdió una vez un reino porque un ciudadano no tenía una herradura? Sea como sea, yo sé de un hombre que hubiera perdido la vida de no habersele roto el tubo de una pipa. Y usted fue a verme, y yo me hallo aquí, porque...

—¿Por qué? —murmuró ella.

—Por una cosa que pasó hace muchos años —contestó él una cosa que ni usted ni yo diríamos que tuviera nada que ver con nosotros. ¿Quiere que se lo cuente?

La mano, que tenía apoyada en su brazo, le oprimió levemente cuando ella dijo:

—¡Sí!

—Por supuesto, se trata de una historia de la policía comenzó él. No voy a revelar el nombre del protagonista. Puede usted imaginárselo como a ese O'Connor de cabeza rubia, si le parece. No es decir que fuera él mismo. Era agente del Real Cuerpo Montado, y recibió orden de partir para el Norte en busca de unos indios que preparaban un licor venenoso con ciertas raíces. De esto hace seis años Y, en efecto, cogió algo, lo que llamábamos La Mort Rouge, y a veces The Red Death, o sea, la viruela. Y estando sólo a trescientas millas de todo poblado, cayó enfermo con la fiebre. Su guía indio huyó a los primeros síntomas, y apenas tuvo tiempo el enfermo de levantar su tienda antes de caer sin fuerzas. Nada le contaré de los días que pasó. Era un muerto que se movía. Y hubiera sucumbido de no llegar un viajero blanco en su auxilio. No se necesita, Murette, un excepcional valor para hacer frente a un hombre armado, cuando uno también va provisto de armas propias, ni se necesita tanto ánimo para ir a una batalla cuando se va acompañado de millares de hombres. Pero sí se necesita valor para hacer lo que aquel recién llegado hizo. Además, el enfermo no tenía, lazo de relación con él. Pues se quedó en la tienda y le cuidó hasta salvarlo. Pero entonces, contagiado, fue él quien cayó enfermo. Y durante diez semanas estuvieron juntos luchando uno por la vida del otro. Por fin vencieron. Mas el mérito fue todo del extranjero. A la hora de despedirse, se fue camino del Oeste, mientras el agente tuvo que regresar al Sur. Se estrecharon las manos y se separaron.

Los dedos de Murette se apretaron más al brazo de Kent, el cual prosiguió:

—El agente nunca lo olvidó, Patito Gris. Deseaba que llegara el día de poder corresponder de algún modo. La ocasión se presentó. Fue muchos años después, y de una manera imprevista. Habían matado a un hombre, y aquel agente, que ya era sargento un poco antes de la agresión, había estado hablando con el que fue muerto. Al volver el sargento a buscar algo que se le había olvidado, encontró el cadáver. Poco después prendieron a un hombre. Llevaba manchas de sangre en el vestido. La evidencia era convincente, fatal. Pero este hombre era...

Kent hizo una pausa, y, en la oscuridad que les rodeaba, Murette tendió la mano hasta la de él y se la estrechó nerviosamente.

—Era el hombre por quien hizo usted una falsa confesión para salvarlo.

—Sí; cuando la bala que me clavó el mestizo iba a tener fatales consecuencias, me pareció llegado el momento de pagar en alguna forma a Mac Trigger lo que en otro tiempo hiciera por mí. No había heroísmo en ello.

Ni siquiera podía llamarse un rasgo de valor. Estaba seguro de mi muerte y nada exponía.

Una risa graciosa y alegre brotó de allí donde se adivinaba, en la sombra, la cabeza de Murette apoyada en la almohada.

—Y mientras usted mentía tan formalmente —díjole—, yo sabía, sabía muy bien que no había matado a Barkley, y sabía que usted no se moría, como también estaba enterada de esa historia de hace tantos años. Y, Jaime..., Jaime...

En una pausa vehemente se incorporó. La respiración se le aceleraba. Ahora le oprimía con las dos manos la suya y agregó:

—Estaba segura de que usted no había matado a Juan Barkley, y de que tampoco es Sandy Mac Trigger el que lo hizo.

—Entonces...

—Él no lo mató... —afirmó interrumpiéndole, casi, con violencia—. Era tan inocente como usted. ¡Jaime, Jaime, yo sé quién mató a Barkley; yo lo sé, yo lo sé!

Un emocionante sollozo brotó de su garganta y añadió en voz que quería ser reposada:

—No crea que no tengo fe en usted, por no decirle más ahora, Jaime. Pronto lo comprenderá. Así que estemos a salvo de las manos de la policía, se lo contaré todo. Nada he de ocultarle entonces. Le pondré al corriente de lo de Barkley y de lo de Kedsty con todos los detalles. Pero ahora me es todavía imposible. No tardaré en poder ser del todo franca con usted. Así que me diga que estamos a salvo, lo creeré y hablaré... Aunque tal vez...

Apartó las manos y se echó otra vez sobre la almohada.

—¿Qué es ese temor? —preguntóle él inclinándose hacia delante.

—Entonces seguramente usted no me va a querer.

—Yo la amo —dijo como en, un arrullo—. Y ninguna cosa del mundo puede evitar que, yo la ame.

—¿Aunque le dijera un día que yo fui quién mató a Barkley?

—No lo creeré. Será mentira.

—¿Aunque le dijera que yo he matado a Kedsty?

—Aunque me diga lo que me diga, aunque me demuestre lo que quiera, yo no la creeré si se acusa de homicidio.

Ella se calló, y al cabo de un rato dijo:

—¡Jaime!

—Sí, *Niska*, diosecilla.

—Entonces le voy a contar algo más. Él esperó.

—Le va a sorprender, Jaime.

Él sintió que ella extendía los brazos y apoyaba las manos en sus hombros.

—¿Me oye?

—Sí; escucho.

—Es que no voy a decirlo muy alto. —Y luego murmuró—: ¡Jaime, te quiero!

## Capítulo XXI

En la sombra que poco a poco se disipaba dentro del camarote, con los brazos de Murette al cuello y sintiendo el beso de sus labios, Kent se olvidó en absoluto de todo durante unos minutos, menos de que la emoción de su máxima esperanza en el mundo se convertía en realidad. Aquello por lo cual habíaorado, aquello que había causado sus sueños, ya no era un simple deseo, ya no era una quimera, si bien, entonces la misma realización de los hechos parecía una ensoñación. Seguramente nunca recordaría lo primero que dijo en aquellos momentos de triunfo.

Su propia existencia corporal parecía algo sin importancia, sintiéndose casi perdido, sumergido y ahogado en el fervoroso aliento y latido de aquella otra vida, mil veces más valiosa que la suya y que se confiaba a sus brazos. Y en medio de aquella enajenada sensación que se apoderó de él, se produjo una infinita ternura y gentileza que arrancó de los labios de Murette un quedo y dichoso murmullo pronunciando un nombre. Ella inclinó la cabeza y le dio un beso, y Kent cayó de rodillas a su lado, hundiendo la frente junto a la almohada..., mientras afuera el rumor de la lluvia amainaba, y la oscuridad, como una niebla, se rasgaba ante una aurora gris.

En el amanecer del nuevo día salió, por fin, Kent de la cámara y desparramó la vista por un mundo maravilloso. Alentaba en su pecho la gloria de una existencia recién nacida, y lo mismo que él, todo el mundo estaba transformado. La tormenta había cesado. El río, gris, se extendía ante sus ojos. A ambas orillas comenzó a vislumbrar las densas murallas que formaban las de abetos, cedros y bálsamos. Reinaba en torno una calma profunda, sólo turbada por el murmullo de las aguas y el roce de la corriente bajo la nieve. El viento se había ido, levantándose los nubarrones negros, y Kent estuvo contemplando cómo se desvanecían rápidamente las últimas sombras de la noche, mientras por el lado del Este se abría un nuevo paraíso. Sucesivamente, en pocos minutos, se iba inflamando el Oriente, primero de

una luz grisácea, y luego con el milagroso incendio que apuntaba más hacia el Norte, como si las selvas se inflamaran, muy levemente al principio, tiñendo el horizonte de un color bermejo, cada vez más intenso. De pronto el río surgió del velo de niebla y noche que lo había cubierto. La chalana se deslizaba por en medio del cauce. A ambos lados se veían las murallas de la selva, a doscientas yardas, con un brillo de naturaleza nueva y fresca de lluvia, que exhalaba la fragancia campestre aspirada por Kent con profunda delectación.

Oyó algún ruido en la cámara. Murette se había levantado y él deseaba que saliera para gozar juntos la hermosura de aquel primer día de su nueva vida. Veía el humo del fuego que había encendido, humo de abedul y espinos, ascendiendo blanco y limpio por el aire purificado por la lluvia.

El olor de este humo, como el de los árboles, era para Kent un aroma de vida. Y se propuso terminar de desalojar el agua que quedaba en el fondo de la chalana, silbando mientras lo hacía. Quería que Murette oyera su silbar. Quería que ella comprendiera que aquel nuevo día no traía sombra de duda para él. Les rodeaba y se extendía ante ellos un mundo inmenso y glorioso, donde se hallaban los dos a salvo de todo peligro. Conforme trabajaba se confirmaba en la idea de que no se tenía que fiar demasiado de lo propicio de las circunstancias. Dejó de silbar pensando que ahora le serviría de salvaguardia la larga experiencia adquirida durante los pasados años. Había llegado a ser insuperable perito en todas las arterias y habilidades propias de la profesión de cazador de hombres y sabía lo que ellos harían en aquel caso y lo que dejarían de hacer. Ya les había dado jaque mate al comenzar en aquella forma. Aparte que sin Kedsty, sin O'Connor y sin él, el Landing estaba mal capacitado en aquellos momentos. Esto le producía una inmensa satisfacción. Pero aunque le siguieran veinte hombres, se sentía seguro de burlarlos. El riesgo, si lo había, estaba sólo en aquella primera jornada. Sólo la gasolinera de la policía podía darles alcance. Y con la ventaja que llevaban, no dudaba que tendrían tiempo de pasar el Death Chute, el «Salto de la Muerte», sin ser alcanzados, y de internarse en la selva, a campo traviesa, hacia el Norte, una vez escondida la chalana. Después seguirían internándose en aquella dirección por la región virgen, que sería el último sitio donde la policía iría a buscarlos. Se despezó y volvió a mirar el humo, flotante como un lazo que los unía al azul celeste. En aquel instante el sol vibró en las agujas más altas de los verdes cedros que irrumpieron gloriosamente sobre el mundo.

Kent estuvo un cuarto de hora sacando cubos de agua del fondo del casco, hasta que, de súbito, como si hubiera sentido restallar un látigo en la espalda,



se irguió aspirando aun olor distinto de la fragancia de los árboles que saturaban el aire transparente. Era olor de jamón y de café. Se figuraba que Murette estaría ocupada en arreglarse, haciéndose un tocado de mañana, pero en lo que se había ocupado era en preparar el desayuno. No era una cosa extraordinaria. Freír jamón y preparar café no son hazañas ciertamente; pero en aquella situación no podía dar Murette un retoque más feliz al paraíso de Kent. Le había preparado el desayuno, jamón y café; dos cosas muy asociadas siempre a la idea de hogar. Eran íntimas y daban sensación de compañía. Allí donde había jamón y café había visto siempre niños que reían, mujeres que cantaban, hombres de rostro feliz y expresión hospitalaria. El jamón y el café le parecieron cosas que colaboraban en la formación de los hogares.

«Siempre que a una puerta sintáis olor de café y jamón, seréis invitados si llamáis», solía decir O'Connor.

Pero Kent no pensaba en su antiguo camarada, porque todos los recuerdos se le desvanecían ante el pensamiento de que Murette estaba preparándole el desayuno.

Se acercó a la puerta y escuchó. Luego abrió y cerró, desde dentro. Murette estaba de rodillas delante del fogón abierto, tostando unas rodajas de pan clavadas en dos tenedores. Estaba toda encendida. No había tenido tiempo de cepillarse el pelo y se lo había recogido de prisa en una trenza que le colgaba sobre la espalda. Dio un ligero grito de descanso al verle.

—¿Por qué no esperaste? —le dijo—. Quería darte una sorpresa.

—La sorpresa ya me la has dado —contestó él. No podía esperar. Era preciso que viniera a ayudarte.

También él estaba de hinojos y al acercársele para coger los tenedores, le puso los labios en la cabellera. Se le encendió más el rostro a Murette de rubor, y de su garganta salió una débil nota que tenía algo de risa feliz. Su mano acarició la cara de Kent, al levantarse, y él también rió. Luego, mientras ella ponía la mesa en aquel tablero, al pasar por su lado, ya le acariciaba un hombro, ya la cabeza, cantando aquella nota maravillosa que le comunicaba un impulso vibrante de felicidad. Por fin, sentado él en la sillita y ella en el escabel, junto al tablero que hacía de mesa, tomaron un refrigerio. Murette le puso café en la taza, le disolvió un poco la leche condensada y azúcar, y tanto le gustaba a Kent verse atendido por ella, que no pensó en decirle que él estaba acostumbrado a tomar café solo y sin azúcar. El sol de la mañana entró por la ventana, y Kent abrió la puerta para mostrar a Murette lo espléndidamente que brillaba en el río y en la reverberante verdura de la selva que iba quedando atrás. Terminado el desayuno; Murette salió con él.

Se quedó un rato de pie, inmóvil, contemplando el maravilloso panorama que les rodeaba. Parecía a Kent que Murette estuvo un rato sin respirar, echada atrás la cabeza, contemplando el paisaje, con la blanca garganta desnuda para la caricia del aire cargado de aromas balsámicos. Los ojos se le iluminaron de pronto como las estrellas, su rostro reflejaba la luz del sol ascendente, y Kent la miraba, seguro de no haberla visto nunca tan hermosa como en aquellos momentos de prodigio. También él contuvo religiosamente el aliento, porque sentía que *Niska*, su diosa, volvía a contemplar su mundo, después de una larga ausencia.

El mundo de ella y el de él, aquel mundo que salió de las divinas manos distinto de todos los otros, distinto aun del que acababan de dejar unas millas atrás en Atabasca Landing. Se hallaban en el regazo del Gran Norte, que les acercaba cada vez, más estrechamente al latido formidable de su corazón.

La selva se mecía densa y verde, y relumbraba mojada de la reciente tempestad. Desde allí surgía el tembloroso aliento de la existencia y del gozo de vivir. Escudriñaban las riberas como dos vigías que velaran por guardar la selva de la planta de la civilización... y, de súbito, la muchacha levantó las manos, y Kent oyó un tenue grito de estremecimiento que voló como un pájaro del nido de su garganta.

Se había olvidado de él, se había olvidado de todo lo que no fuera el río, la selva, las regiones invioladas que les esperaban, y él se alegraba de verla así, porque el mundo al cual enviaba el más íntimo grito de su alma era también el suyo para siempre. Allí se encerraban sus sueños, sus esperanzas, todo lo que apetecía su vida. Cuando Murette se volvió hacia él, vio que le tendía los brazos, y que en su rostro se dibujaba la misma alegría que ella experimentaba.

—¡Estoy muy contenta, Jaime! ¡Oh, qué bien! —exclamó dulcemente.

Y se acercó a sus brazos sin recelos, la acarició y se quedó con la cabeza apoyada en su hombro, respirando descansadamente el aire claro, lleno de las esencias de las dilatadas y ondulantes espesuras. No dijo nada. Kent permaneció inmóvil junto a una de las orillas, un alce chapoteó en el agua. Luego se internó en la selva, y oyeron el crujir de su paso por la fronda. El cuerpo de Murette se puso en tensión; pero la muchacha no rompió el silencio. Al cabo de un rato, Kent oyó que le decía como en un susurro:

—Hace mucho tiempo, Jaime; hace cuatro años que salí de mi tierra.

—Ahora volvemos juntos al hogar. ¿No lo encontrarás solitario?

—No: donde estaba sola era allá. Había tanta gente, tantas cosas, que me sentía llena de nostalgia de mis montañas, de mis bosques. Estoy segura de

que me hubiera muerto si tardo un poco en volver. Sólo había dos cosas que me gustaban, Jaime...

—¿Qué cosas eran ésas? —le preguntó él.

—Vestidos buenos y calzado bonito.

Él la oprimió entre los brazos, y dijo riéndose:

—¡Ahora comprendo! Por eso te presentaste la primera vez con aquellos lindos zapatos de tacón alto. Y bajó un poco la cabeza; ella la volvió, y él puso los labios en su boca, que le brindaba un beso.

—Te quiero como ningún hombre haya querido nunca a una mujer, *Niska*, pequeña diosa. El recuerdo de todos los instantes de aquel día permaneció imborrable en las memorias que Kent guardó siempre de su vida. A veces se le antojaba que aquello era vivir de irrealidades ilusorias, como si alentase en un mundo donde todas las cosas estuvieran hechas de afelpado vellón, de la materia de que deben de estar formados los sueños. Pero en algunos momentos la sombra dula tragedia que les había impulsado a huir se proyectaba sobre él, al recordar que los dos eran criminales que estaban haciendo carreras con la policía, al ver que no se hallaban en un plano de poesía, sino en mortal peligro, que vivían en un paraíso de locura del cual serían pronto arrojados por el más imprevisto y terrible de los golpes. Mas tales estados de recelo eran meras sombras proyectadas momentáneamente sobre su dicha. Una y otra vez la poderosa fuerza subconsciente que lo animaba volvía a mostrar claramente a su cerebro la gran verdad de que todo era una extraordinaria realidad...

Era Murette quien le puso en duda alguna vez. No le era a él posible comprender la totalidad del amor que ella le ofrecía. Como nunca, en medio de aquel gozoso amor, se le antojaba verla convertida en una nena. Era como si desde las primeras horas de aquella mañana, Murette hubiera olvidado por completo todo lo sucedido el día anterior, y el otro, y en todo el tiempo precedente. Ella regresaba a su casa. Tantas veces se lo dijo en un murmullo, que llegaron estas palabras a convertirse en un estribillo en la imaginación de Kent. Sin embargo, presentía que el cumplimiento de sus promesas no se haría esperar, pues todavía no le había dicho nada de su país. No había obstáculos en la manera que tenía de rendirse en sus brazos; es más, le había brindado su boca de modo que pudo besarla y hundir la mirada en sus claros ojos adorables. Aquello era el apogeo de una gran aventura, casi la concesión de la felicidad hecha de un modo infantil en medio de la ternura femenina de la renuncia. Y de pronto, el pensamiento se le trasladó a donde habían dejado a Kedsty, a Atabasca Landing.

Luego ella deslizó los dedos por los de él y diciéndole que le esperara un momento se fue corriendo al camarote. Al momento salió con el cepillo del pelo, y sentándose en el lugar de apoyo del gran remo, empezó a cepillarse el cabello al sol.

—Estoy contenta de gustarte, Jaime —díjole.

Se soltó la nutrida trenza y la desparramó en una sedosa caricia con los dedos. Suavizada su espléndida mata, la secó y la dejó con el cepillo más hermosa que nunca, brillando a la luz del sol. Luego se la sujetó en alto, y la soltó formando una luciente cascada a su alrededor... y entonces vio Kent la trenza cortada, de donde había salido la cuerda de pelo que él había separado del cuello de Kedsty. Y mientras él apretaba los labios, reprimiendo una exclamación de horror, los labios de Murette daban paso a una temblorosa exhalación de dicha, que apenas era más que el susurro de una canción, de la emocionante melodía de *La Chaudière*.

Ella alzó los brazos y levantándose apoyó su cabeza en la de él, de modo que las visiones de Kent se cegaron en aquella suavidad dulce de su cabello.

La intimidad de aquel día era verdaderamente cosa de sueño. De hora en hora se deslizaban más cerca de la gran región del Norte. El sol resplandecía. La majestad y el reposo de las orillas se agigantaban, y el inmenso silencio de los parajes deshabitados se extendía cobijando al mundo. Parecía a Kent que navegaban hacia el paraíso eterno. De vez en cuando creía conveniente dar unas brazadas con el remo, pues el agua tranquila se iba entregando a una corriente cada vez más acelerada.

Aparte esto, no tenía otro trabajo. Creía que en aquellas maravillosas horas el peligro se había alejado mucho de ellos, quedando muy atrás. Contemplando las orillas, mirando adelante, escuchando atentamente por si se oía algún ruido que les siguiera, y experimentando de vez en cuando exquisitas emociones infantiles en medio de su felicidad, Kent y Murette sentían que habían salvado el abismo de la mutua extrañeza con gran rapidez.

No hablaban de Kedsty, ni de la tragedia, ni volvían a recordar la muerte de Juan Barkley. Al contrario, Kent comenzó a evocar los días pasados en la tierra del Norte, de su soledad y del intento y contenido amor de su alma por la más profunda selva. Y de aquí pasó a recordar los días remotos que se mantenían vivos en su corazón en forma de dulce historia de sus tiempos de rapaz, pasados en una granja. Todo lo escuchaba Murette, mirándole con ojos llenos de luz, o subrayando sus palabras con risas discretas, o participando de sus emociones con el pecho palpitante.

Ella le contó cómo pasaba los días en el pensionado, donde se sentía en medio de la más espantosa soledad; de su infancia transcurrida en el bosque; de su deseo de vivir siempre en contacto con la naturaleza. Pero se reservó lo más íntimo, lo más esencial de su vida en el aspecto más positivo. Nada dijo de su casa situada en el Valle de los Hombres Silenciosos, ni de si allí vivían su padre y su madre, o si tenía hermanos o hermanas. Pero esas omisiones las hizo sin violencia, sin que se notasen. Así es que Kent no le hizo la menor pregunta. Comprendía que estas cosas estaban dentro de las que le serían reveladas cuando llegara la hora prometida, la hora en que ya estuviesen fuera de peligro.

Empezó a sentir una gran impaciencia por que llegara tal momento, por dejar al fin la chalana para internarse en los bosques. Le expuso a Murette las razones que le impedían continuar navegando sin cesar a lo largo del río. Siendo el río la principal arteria del tráfico del Norte, estaba muy vigilado, y tarde o temprano serían descubiertos. La selva, en cambio, les brindaba mil caminos insospechados por donde irían seguros. Una razón le animaba a no abandonar la chalana hasta pasado el rápido de «Death Chute» o Salto de la Muerte, y era que de lo contrario encontrarían una vasta región pantanosa, al lado oeste, por donde en aquella estación les sería punto menos que imposible andar. Hubiera preferido poder saltar a tierra en seguida; pues aunque el río le gustaba y tenía gran fe en él, sabía que en tanto la selva no les tragara como al mar a un navío naufrago, estarían bajo la amenaza que amagaba Atabasca Landing.

Varias veces, entre la aurora y el mediodía, se cruzaron con otras gentes que estaban ya en el río, ya en la orilla. Primero una chalana atada a un árbol, luego un campamento indio, y después dos grupos de chozas de cazadores, construidas al borde de unos claros del bosque. A primeras horas de la tarde, Kent empezó a sentir algo que no era la simple impaciencia. Era, de vez en cuando, una sensación desagradable, como un alerta que le tenía en guardia. Se puso a remar para ir más de prisa, y empezó a calcular el tiempo y la distancia, con doloroso cuidado. Se fijaba en todas las señales de las distancias que había en tierra.

A eso de las cuatro, o a lo sumo las cinco, entrarían en la boca del rápido. Después de los diez minutos de emoción que pasarían en el Salto de la Muerte, escondería la chalana en el sitio que ya tenía pensado, y se acabaría el temor de que el brazo de la policía les alcanzara desde el desembarcadero. Mientras hacía estos proyectos, escuchaba atentamente. Desde el mediodía no

había dejado de prestar atención a si se percibía el top, top, top del motor de la gasolinera, que les avisaría una milla antes de la proximidad de la policía.

No se guardó para él solo su plan. Murette percibía la sensación de temor que le dominaba, y a le expuso lo que pensaba hacer.

—Si oímos la gasolinera antes de llegar al rápido, tendremos tiempo de abordar la orilla —le aseguró. Y no nos cogerán, porque será más difícil encontrarnos a nosotros en los bosques, que encontrar dos agujas en un pajar. Sin embargo, tenemos que estar alerta.

Esto diciendo, sacó del camarote su mochila y el paquete de Murette, y se puso encima el rifle atravesado y el cinto de la pistola.

A las tres el aspecto del río empezó a cambiar, y Kent sonrió satisfecho. Entraban en una corriente más acelerada. En algunos sitios el cauce se estrechaba y navegaban ya por los rápidos. Kent sólo daba tregua al timón cuando veía que la corriente era seguida y recta en un trecho largo. Y aun entonces braceaba a ratos para intensificar la marcha. Murette le ayudaba. Él no se cansaba de sentir la emoción que le producía verla a ella ayudándole con su figura esbelta y vibrante. Ella se reía mientras a sus pies se alzaba el fragor de la corriente. El viento y el sol jugaban locamente con su cabello. Tenía los labios entreabiertos, teñidos de encendido rosa; las mejillas se le enrojecían, y sus ojos parecían violetas acariciadas por el sol. Más de una vez se preguntó él, mientras duraba la veloz marcha de aquella tarde en que contemplaba la maravillosa hermosura de la muchacha, si aquello no sería más que una quimera. Y a menudo se echaba a reír alegremente, y paraba de remar para comprobar con una caricia que la presencia de Murette era una realidad tangible. Daba gracias a Dios y reanudaba su tarea con nuevos bríos.

Murette le había dicho que en otra lejana ocasión había pasado el Salto de la Muerte. Aquella vez le había causado horror. Lo recordaba como a una especie de monstruo mortal que rugía pidiendo víctimas. Al paso que se acercaban, Kent le iba contando más cosas acerca del mismo. «Sólo de vez en cuando se muere alguien en el Salto de la Muerte», le dijo. A la entrada del salto había una roca cortada en forma de cuchillo, como el colmillo de un dragón, que dividía la corriente en dos brazos rugientes. Las embarcaciones que emproaban el del lado izquierdo se elevaban, pues aunque el agua tronara ferozmente, mientras dicha nave se deslizara por este lado, todo el fragor no sería más temible que el ladrido de un perrito faldero.

La tragedia sólo se presentaba cuando una chalana perdía el gobierno del remo, chocaba contra el Colmillo del Dragón, o cuando entraba por el canal

de la derecha. Cuando Murette, oyó que Kent le hablaba así, su amargura moduló aquella risa deliciosa que le era peculiar.

—¿Quieres decir, Jaime, que si no nos sobreviene ninguno de esos tres contratiempos, saldremos indemnes de este paso?

—Ninguna de esas tres cosas puede ocurrirnos —rectificó al instante—. Tenemos una pequeña pero fuerte chalana, y no hemos de chocar contra el peñasco; entraremos por el lado izquierdo, de tan suave manera, que no vas a darte cuenta —y se sonrió mirándola, con una infinita confianza—. Lo he pasado lo menos cien veces —añadió.

Se puso a escuchar. Luego, nerviosamente, sacó el reloj. Eran las cuatro menos cuarto Murette también percibió un ruido que él había notado. Era un vibrante zumbido que flotaba en el aire. Fue creciendo, despacio, pero tenazmente. Él remeció afirmativamente la cabeza, cuando ella le miró con una pregunta en los ojos, y exclamó con voz vibrante de entusiasmo:

—¡Estamos cerca de la entrada del Salto de la Muerte! Les hemos ganado. ¡Estamos a salvo!

Se balancearon en una curva y vieron la blancura de la espuma del rápido que se extendía a media milla. La corriente comenzó a hacer carreras con ellos. Kent puso toda su fuerza en el remo para mantener la chalana en medio del brazo de agua.

—¡Somos salvos! —repitió—. ¿Comprendes, Murette? ¡Por fin, salvos!

Éstas eran las palabras que ella esperaba para cumplir su promesa; era ya hora de decirlo todo. Kent se estremeció pronunciando tales palabras. Más que pronunciarlas, las gritó. Y de súbito, vio que en el rostro de ella se operaba un cambio. Sus ojos, dilatados, fijos, no le miraban a él. Miraban más lejanos, hacia atrás, al lugar por donde habían pasado. Cuando él miró en aquella dirección, Murette se puso aún más rígida.

—¿Oyes?

Estaba en tensión, rígida. En el momento en que él volvió la cabeza oyeron, dominando el tumultuoso rumor del río, aquel top, top, top que delataba la proximidad de la gasolinera de la policía de Atabasca Landing.

Kent exhaló un profundo suspiro. Volviendo hacia él la mirada, Murette vio que tenía la cara como de piedra esculpida. Es que acababa de ver el fantasma de la muerte que les esperaba.

—No podemos pasar el salto —dijo con una voz bronca, que a ella le pareció mentira—. Si lo intentamos, nos alcanzan antes de salir a tierra al otro lado. Es preciso que veamos si con esta corriente nos acercamos a la orilla ahora mismo.

Tomar esa resolución y poner todo su peso en el remo para realizarla, fue todo uno. Veía que no tenían una centésima de segundo que perder, la absorción que los rápidos ejercen de lejos ya se estaba llevando la navecilla, y Kent, con poderoso esfuerzo, procuraba inclinar la proa hacia la orilla del Oeste. Con sagaz intuición, Murette comprendió lo inestimables que eran entonces para ellos unos breves segundos. Si llegaban a ser atraídos por la corriente más violenta del rápido, en vez de alcanzar la orilla se verían precisados a pasar el salto, y entonces la gasolinera que les perseguía les daría alcance antes de que tuvieran tiempo de saltar a tierra más abajo. De un brinco se colocó al lado de Kent, y puso toda la fuerza de sus brazos en el mismo empeño. Palmo a palmo, de metro en metro, la chalana derivaba magníficamente al lado oeste, y a Kent volvía a encendérsele la cara de entusiasmo, mientras moviendo la cabeza daba a entender que bordearían un lugar lleno de árboles que se adentraba en el agua como un índice. Más allá de aquel punto el rápido se ponía blanco de hervor, y desde allí ya se veían las negras cimas entre cuyos muros comienza el Salto de la Muerte.

—Lo alcanzaremos —exclamó él—. Llegaremos a ese saliente de troncos que se mete en la misma orilla. El lanchón de la policía, en cambio, no puede abordar la ribera a menos de una milla del salto. Y una vez en la orilla podemos correr, quintuplicar la distancia que nos separa, antes que lleguen a saltar a tierra ellos.

Murette ya no estaba pálida, mas volvía a encenderse de emoción e impaciencia, Él miraba la blancura de los dientes que los labios entreabiertos de la muchacha mostraban. Los ojos se le iluminaron a ella, y Kent se echó a reír.

—Eres una valiente luchadora —díjole triunfalmente—. Tú... Murette...

Pero un estampido le cortó la palabra; fue el ruido como la percusión de una pistola disparada junto a su oído. Kent se fue hacia delante y dio de bruces en el fondo de la chalana, haciendo caer a Murette entre sus brazos apretados. Al instante se pusieron en pie y quedaron mudos contemplando el lugar del remo que había desaparecido. La hoja del mismo se había desprendido. Kent se dio cuenta de que ella dio instintivamente un leve grito, y se sentía que le oprimía otra vez el pulgar con sus dedos convulsos. Sin fuerza que la guiara, la chalana empezó a oscilar, y pasó de largo por delante del lugar poblado de árboles donde debía haber abordado. El revuelto fragor de las blancas espumas se apoderó de ellos. Y Kent, mirando la oscura lance de la trampa mortal que les aguardaba, acercó a Murette a su pecho y la retuvo en un apretado abrazo.



## Capítulo XXII

Después de romperse el remo, Kent estuvo un rato sin moverse. Sentía los brazos de Murette en su cuello, estrechándole fuertemente. Le vio un momento la cara, levantada la cabeza hacia él. Los colores que le habían salido hacía un momento se habían trocado en mortal palidez, y él comprendió que sin decirle nada, ella se hacía cargo de lo desesperado de la situación en que se hallaban. Se alegraba de verla tan serena. Le proporcionaba un gran descanso ver que, pasara lo que pasara, no se iba Murette a entregar al pánico. Inclino la cabeza hasta sentir el contacto aterciopelado de su mejilla. Ella le ofreció la boca y se besaron. Kent la abrazó muy estrechamente, con la violencia del amor que sentía por ella, desesperado, con el propósito de protegerla de todo mal.

Sus pensamientos se elaboraban con rapidez. No había más que una probabilidad contra cien de que la chalana, sin timón ni humano gobierno, se deslizara sin sufrir accidentes entre las negras cimas y los desiguales dientes del Salto de la Muerte. Pero aunque así sucediera, caería en manos de la policía, a no ser que una providencia les empujara a la orilla antes que la gasolinera les alcanzara. Por otra parte, si llegara la chalana a pasar aquel trance a suficiente distancia de los que les seguían, les cabía el recurso de ganar la orilla a nado. Allí tenían el rifle, colocado de través encima de los paquetes. Y él era su mayor esperanza si llegaba a pasar el Salto. Los costados de su chalana tenían más resistencia que los débiles flancos de la gasolinera de sus perseguidores. En lo más hondo del corazón se le agitó un imprevisto odio contra la policía a cuyo servicio había pertenecido. Ella les estaba acechando para destruirlos; pero él lucharía hasta donde fuera preciso. No podía haber más de tres hombres en la gasolinera, y los mataría, como no hubiera más remedio.

Iban a la velocidad de un caballo de carrera sin bridas ni frenos por en medio del hirviente rápido. El casco de la nave se torcía y cabeceaba

torpemente. Pasaban casi rozando las crestas chorreantes de las rocas. Y Murette, abrazada todavía a Kent, aguardaba el peligro próximo. Vieron el Diente del Dragón, negro y terrible, que les esperaba de frente. No tardarían más de ciento veinte segundos en estrellarse contra él o en pasar de largo. No tenía tiempo Kent de explicar a Murette la situación. Saltó hasta donde estaba la mochila, se sacó una navaja del bolsillo y cortó la fuerte cuerda que reforzaba las correas. Inmediatamente se acercó otra vez a Murette y la ató por la cintura a un extremo de la cuerda. Le dio el otro extremo, y ella se lo ató a él a la muñeca. Se sonrió al terminar de hacer el nudo. Fue una sonrisa tensa; extraña; pero bastó para decirle que no estaba asustada, que tenía una inmensa fe en él y que comprendía lo que la cuerda significaba.

—Por si nos estrellamos contra esa roca, yo sé nadar dijo ella.

Él la interrumpió dando un grito. Se le había olvidado lo más importante, sin duda. No tenían tiempo de soltarse las botas. Con la navaja hizo saltar de un solo corte de arriba abajo los cordones de los dos pies. Y rápidamente se libró y la libró a ella de aquel peso. Le impresionaba ver cómo aun en trance tan apurado, ella respondía instintivamente a todos sus pensamientos. Se arrancó la ropa exterior y la arrojó de sí mientras él se quedaba en mangas de su recia camisa. Apareció la fina figurilla de Murette, cubierta sólo por unas enaguas, el cabello agitado por el viento que se colaba por el Salto, desnudos garganta y brazos, los ojos enviando su luz a los de Kent. Acercóse otra vez a sus brazos pronunciando su nombre, e inmediatamente, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Bésame, Jaime, bésame!

Unieron sus labios cálidos a los de él y sus brazos desnudos le rodearon el cuello.

Él miró al frente, se afirmó sobre los pies, y luego, hundiendo una mano en la mata del cabello de Murette, le oprimió la cabeza contra su pecho. Al cabo de diez segundos sobrevino el choque. De frente, con la misma proa, embistió la chalana el Colmillo del Dragón. Kent se había preparado a resistir el golpe, pero su esfuerzo para sostenerse de pie, sujetando a Murette entre los brazos, fue inútil. El casco de la chalana le resguardó para no estrellarse contra la resbaladiza superficie de la roca. En medio del fragor que se levantaba del agua, percibió perfectamente el crujido de la madera de la navecilla. La chalana se levantó empujada por el poderoso ímpetu que le llegaba de abajo. Hubo unos instantes en que parecía que iba a dar la vuelta y hundirse. Luego, lentamente, comenzó a deslizarse pegada a la roca.

Agarrándose al costado de la chalana con una mano y sosteniendo a Murette con la otra, Kent estaba sobrecogido de horror. ¡La chalana se iba deslizando por el brazo de agua de la derecha! En aquel lado no había la menor esperanza de salvación: sólo les esperaba la muerte.

Murette veía de frente el lugar adonde se precipitaban, y en aquellos instantes, en que cada segundo era trascendental, Kent vio que ella se hacía perfecto cargo de la situación. Sin embargo, no lanzó un solo grito. Estaba cubierta de una palidez mortal. El cabello, los brazos y los hombros le chorreaban a causa de la abundante salpicadura del agua. Pero ella no manifestaba el terror que sentía, como Kent. Cuando volvió los ojos hacia él, le asombró la calma y serenidad que irradiaban. Sólo los labios le temblaban.

Lanzó desde el fondo del alma un grito inarticulado al sentir que una punta salediza de la roca rompía la madera, estrujando el camarote como si fuera de pasta. Y le sobrecogió una cosa mucho más grande que la amenaza del salto del agua. ¡No lo podía dejar de ver! ¡Era inconcebible! ¡Imposible! ¡Verse con ella, para defenderla él... cuando aquella criatura frágil mostraba la fortaleza de sonreír aun delante de la muerte!

Y luego, cuando el brazo la estrechó más fuertemente todavía, los manes del poder y la muerte le dieron la respuesta. La chalana se separó del Colmillo del Dragón casi llena de agua. Su armazón rajado y desvencijado entraba por los dientes de las rocas del lado derecho, Ya no era una nave flotando, pues se hundía, se deshacía, se extinguía totalmente aquello, sin nuevos, choques. Y Kent se encontraba en medio de las aguas rugientes, abrazado a Murette.

Estuvieron un momento sumergidos. El agua negra y la blanca salpicadura de la espuma estallaba y levantaba una nube encima de ellos. Le parecía a Kent que pasó un siglo sin poder respirar. Empujó a Murette hacia arriba y la llamó gritando. En seguida oyó que ella decía:

—¡Estoy bien, Jaime!

De poco le servía saber nadar. Parecía una astilla. Todo su esfuerzo consistía en hacer defensa entre el tierno cuerpo de Murette y las rocas. No era la corriente lo que más le atemorizaba, sino los peñascos. Los había a veintenas y a centenares, como dientes de una gigantesca máquina de moler. Y aquel paso medía lo menos un cuarto de milla. Sintió el primer tropezón, el segundo, el tercero. No pensaba en la distancia, ni en el tiempo que les faltaba, sino que toda su preocupación era situarse entre Murette y la muerte. La primera vez que no pudo evitarle a ella el golpe, una ciega ira le encendió la cabeza.

La veía, el blanco cuerpo tendido sobre una roca resbaladiza, gastada por la erosión. Su cabeza sufrió una sacudida, y la corriente le estiraba la densa mata de pelo entre la espuma. Temió Kent que se hubiera roto el frágil cuerpo de la muchacha. Después puso mayor esfuerzo en la lucha, y ella sabía por qué luchaba de aquella manera. De los golpes y heridas que recibía, sólo se daba cuenta de una manera extraña, pues no experimentaba el dolor físico. Lo que sentía era que la cabeza le empezaba a rodar y que los brazos y todo el cuerpo le flaqueaban.

A mitad del Salto chocó violentamente, con terrible ímpetu, contra una peña. La sacudida le arrancó a Murette de los brazos. Buceó para recuperarla; no la pudo coger, y luego la vio colgando al otro lado de la misma roca. La cuerda la había salvado; atada a la cintura de ella por un extremo, y el otro a la muñeca de él, todavía los mantenía unidos, a la distancia de cinco pies, que era la anchura de la roca.

Acelerado el aliento, casi exangües, vieron que sus ojos se encontraban por encima del peñasco. Al salir él del agua, sus brazos, sus hombros, su cabeza aparecieron sangrando; pero le, envió a ella una sonrisa, como ella le había sonreído antes a él. En los ojos de Murette se veía el dolor que le causaban las heridas de Kent. Éste remeció la cabeza, mirando hacia atrás, y gritó como pudo:

—Ya hemos pasado lo peor. Cuando recobremos el aliento te subiré a la roca. No tardaremos más de dos minutos, acaso no llegue, a encontrarnos donde el agua se tranquiliza, pasado este tajos.

Ella le oyó y le contestó moviendo la cabeza. Él quería infundirle confianza; pero no esperaba a recobrar el aliento, porque veía que ella estaba en una situación que le horrorizaba, aunque procuraba disimularlo. La cuerda, que no era más gruesa que la mitad de su dedo meñique, la sostenía sobre el lado inferior de la roca, y su suerte dependía solamente de la delgada atadura y del contrapeso que le hacía Kent. Si la cuerda se rompía...

Daba gracias a Dios por haber atado su mochila con una cuerda fuerte. Con mucha lentitud fue subiéndose a la roca. El movimiento del agua detrás; de la roca echaba hacia él un largo haz de cabellos, de suerte que el pelo estaba uno o dos pies más cerca de él que sus manos agarradas a la piedra. Hacia la mata de pelo se dirigid, porque veía más facilidad de coger así a la muchacha. Al mismo tiempo tenía que sostener tirante de su lado la cuerda, lo cual le resultó, desde el principio, un trabajo casi sobrehumano. La piedra era resbaladiza como si estuviese impregnada de aceite. Por dos veces miró hacia abajo, pensando que iba a ser más fácil echarse al agua, y atraer luego por

medio de la cuerda a Murette. Pero comprendió que semejante arrojó sería fatal. Era preciso mantener a Murette entre los brazos; de lo contrario, iría a estrellarse contra un grupo esparcido de rocas como escollos, que se veía un poco más abajo.

De improviso la cuerda atada a su muñeca se quedó suelta. Kent estuvo a punto de caerse hacia atrás por la inercia. Al mismo tiempo se oyó un grito de Murette. Todo fue cosa de un instante, de menos tiempo del que necesitó su cabeza para darse cabal cuenta de lo que pasaba... Soltáronse las manos de Murette de la roca, y vio su blanco cuerpo alejarse, en medio de la espuma, más blanca que ella, del rápido. El borde de la roca había cortado la cuerda desprendiendo a Murette. Dando un grito de locura, se arrojó Kent en pos de ella. El agua se lo tragó. Se revolvió para salir de la corriente interna que lo arrollaba. A veinte, a treinta pies más abajo vio el brazo de Murette y luego su cara, antes de desaparecer definitivamente tras una muralla de espuma.

Por aquella espuma se lanzó él. Salió de ella cegado, buscando a Murette ansiosamente con los ojos, llamándola a voces. Cogió crispadamente el pedazo de cuerda que llevaba atado a la muñeca, creyendo en un momento que la había encontrado. Las rocas eran cada vez más numerosas y más temibles a lo largo del brazo de agua. Tenían un aspecto de criaturas vivas, de demonios regocijados en la tarea de destrozar y torturar. Le golpearon y le vencieron. Lanzaron una carcajada que era como el fragor del Niágara. Él había enmudecido. La cabeza le pesaba y era como si unas inmensas clavos le aporrearán convirtiéndole en una masa informe. Los chorros de espuma que se levantaban sobre las rocas, como monstruosos surtidores de hielo, se fueron agrisando hasta convertirse en negros.

No se dio cuenta Kent de cuándo dejó de luchar. El día declinó. Sobrevino la noche. Y durante algún tiempo, Kent dejó de ser un ser viviente.

## Capítulo XXIII

Una hora después, las fuerzas que pugnaban en la naturaleza de Kent le volvieron a la vida. Abrió los ojos. La conciencia de lo sucedido no fue la primera impresión que sintió. La primera sensación que tuvo fue la de despertar de un profundo sueño que le había causado sufrimientos y espanto.

Luego vio una muralla de rocas negras que se alzaba enfrente de él. Percibió el hosco ronquido del torrente, y sus ojos se prendieron de un vivísimo arbol de sol poniente. Se incorporó, y llegó a poderse arrodillar, y de repente una impresión como la de un mazazo férreo le sacudió la cabeza, haciéndole ponerse de pie, llamando a Murette a grandes voces. Al darse cuenta de lo que pasaba le sobrecogió el horror, le paralizó la lengua, le henchía la garganta de un triste sollozar agónico. Murette le había sido arrebatada. Se había ido. Se había muerto.

Al punto en que recobró el sentido, miró alrededor. Hasta un cuarto de milla se extendía la espuma que, entre las rocas agrietadas, se ensombrecía al paso que la noche se acercaba. Cada vez oía más reciamente al rugir de la corriente mortal, pero junto a él se aquietaba el agua, y se encontró de pie en una lengua de piedra pizarrosa inclinada, adonde la corriente misma le había arrastrado. Delante se levantaba una valla de roca. Detrás otra. No había por dónde andar, fuera de la piedra que pisaba. Y Murette no estaba con él. La verdad de la tragedia era lo único que se imponía a su razón. Pero su instinto de conservación se resistía a creerlo. ¡Si él se había salvado, también tenía que estar viva ella! Tenía que estar por allí, en algún sitio, a lo largo de la orilla, entre los peñascos. La angustia que le anudaba la garganta no le impedía llamarla a voces. Subió por la piedra inclinada hasta el desmoronado borde del hendido muro. A unas cien yardas se abría el Salto. Salió de allí con las ropas desgarradas, sangriento, irreconocible, medio loco, gritando: «¡Murette, Murette!», cada vez más fuerte. Por fin miró al arbol del sol poniente. Había salido del tajo, y aparecía a sus ojos el verde mundo

alumbrado para él por aquel fulgor. Desde aquel sitio el río se dilataba, deslizándose lleno de majestad.

No sentía miedo de nada. Lo que le sobrecogía era pensar en lo que le había sobrevenido. Envejeció en un momento varios años, y no pudo reprimir los sollozos de su pecho. Sollozaba como una criatura dolorida por una desventura infantil, mientras se daba a buscar a lo largo de la orilla. Volvió a llamar una y cien veces llorando y suspirando.

Pero su voz era ya un murmullo. No gritaba porque sabía que Murette se había muerto, se le había ido para siempre. No cesó, sin embargo, de buscarla. El último resplandor solar se extinguió. Comenzó a invadirlo todo la penumbra del crepúsculo, y luego sobrevino la oscuridad nocturna. Aun en medio de la sombra continuó su rebusca en una extensión de una milla más abajo del Salto de la Muerte, volviendo a gritar su nombre y esperando por si hallaba respuesta, aunque sabía que era en vano. No tardó en salir la luna, y hora tras hora siguió Kent elevando la voz de su llamada. No se daba cuenta de lo terriblemente que las rocas le habían apabullado y herido, y ni se dio cuenta de cuando la fatiga le rindió, tumbándole como muerto. Al apuntar el alba, le sorprendió la nueva luz errando cerca del río; y fue cerca del mediodía cuando le encontró Andrés Boileau, un viejo mestizo de cabeza cana, que se dirigía a Burthwood Creek. Impresionado Andrés viéndole tan herido y maltrecho, se lo llevó casi a rastras a su choza, que estaba lejos, oculta en la selva.

Seis días permaneció Kent en la choza de Andrés, porque no tenía fuerzas físicas, ni su razón funcionaba para poder hacer nada. Maravillóse Andrés de que no tuviera ningún hueso roto; pero había recibido tan terrible herida en la cabeza, que le tuvo tres días con sus noches entre la vida y la muerte. Al cuarto día recobró el sentido y Boileau le dio caldo de carne. Al quinto día pudo levantarse. Al sexto dio las gracias a Andrés y le dijo que estaba en disposición de partir.

Andrés le vistió con viejas prendas, le dio algunas provisiones de comer y le deseó la bendición de Dios. Y Kent se dirigió hacia el Salto de la Muerte, dándole a entender que su ruta era la de Atabasca Landing.

Comprendía que no era prudente volver al río. Pero aunque veía que era más propio para el estado de su cuerpo tomar la dirección opuesta, había perdido la voluntad y rehuía todo esfuerzo, aunque fuera para su propia salvación. Se dejó guiar por donde le resultaba más fácil, y se encontró en el escenario de la tragedia. Su dolor no era como la angustia que le destrozara el pecho la primera noche. Era un fuego sordo, tenaz, que le abrasaba y

consumía el corazón y el alma. Hasta se le había extinguido el sentido de la precaución. No temía nada, no evitaba ningún peligro. De hallarse la gasolinera de la policía en el Salto, se hubiera entregado sin pensar en salvaguardarse. Un rayo de esperanza hubiera sido de una saludable eficacia para Kent. Pero no había el menor vislumbre. Murette había muerto. Su tierno cuerpo había sido destrozado. Y él estaba solo, desamparado de la suerte y sin esperanza alguna.

Una vez a la orilla del río, sentía que una fuerza extraña le retenía allí. Desde la boca del Salto hasta una curva que hacía el cauce dos millas más abajo, Kent marcó con sus plantas una senda pasada y repasada. Recorría aquel camino tres o cuatro veces al día, y se entretenía en poner de trecho en trecho lazos para cazar algún conejo a fin de poder comer. Todas las noches hacía su lecho en el hueco de una hendidura de la roca, al pie del Salto de la Muerte. En una semana murió el antiguo Jaime Kent. Ni el mismo O'Connor le hubiera conocido viéndole con aquella barba velluda y crecida, los ojos hundidos y los pómulos acusados a pesar de la barba.

También había muerto su espíritu luchador. Una o dos veces se levantó en su ánimo una súbita pasión, clamando venganza de la maldita policía que era la culpable de la muerte de Murette; pero aun esta llama se sofocaba en seguida.

A los ocho días vio el borde de un objeto enterrado en un banco de arena que sobresalía del agua. Lo sacó. Era el pequeño equipaje de Murette, y estuvo mucho rato antes de abrirlo, estrechando sobre su corazón el mojado tesoro y mirando con ojos de hombre medio loco el sitio donde lo había encontrado, como si allí tuviera que hallarse también el cuerpo de Murette. Corrió a un claro del bosque, donde el sol daba de lleno, y donde había una gran piedra horizontal al nivel del suelo, y allí, con sollozante ansiedad, abrió el paquete. Estaba lleno de cosas que ella había cogido precipitadamente en su habitación la noche de la huida de la casa de Kedsty, y al ir sacándolas al sol encima de la roca, una nueva sacudida vital estremeció su sangre, y se puso de pie mirando otra vez al río, como si hubiera renacido su esperanza. Entonces volvió a mirar abajo, a los objetos que ella había reunido, y extendiendo los brazos hacia ellos, murmuró:

—¡Murette diosecilla mía!

Aun en medio de aquel dolor, la poderosa fuerza del amor que sentía por aquella criatura que había muerto, le puso una sonrisa en el rostro velloso y barbudo, pues Murette, al llenar su mochila la noche de la precipitada huida, había escogido cosas raras. En la piedra soleada, donde las había esparcido,



había un par de aquellos zapatos que Kent viera un día arrodillado en el cuarto de la muchacha, y uno de aquellos fragantes vestidos que le suspendieron el aliento cuando abrió el ropero aquella noche. No era ya el suave y vaporoso vestido que le había rozado entonces las mejillas, sino que estaba empapado y descolorido y de él salía escurriéndose una porción de hilos de agua.

Los zapatos y el vestido eran las prendas de necesidad personal que Murette había escogido. Y Kent cogió uno de los zapatos y lo estrechó contra su velloso pecho, pues aquéllos eran los mismos zapatos que calzara el maravilloso día en que la vio por vez primera, cuando se presentó en la clínica de Cardigan.

Aquella hora determinó un cambio en el ánimo de Kent. Parecíale haber recibido un mensaje de ella misma: que el espíritu suyo había vuelto a su lado y le acompañaba, despertando nuevas emociones en su alma y caldeando su sangre con un fuego desconocido. Murette se había ido para siempre, pero le enviaba su espíritu, y, como nunca, se robustecía en él la idea de que aquel espíritu le acompañaría siempre mientras viviera.

Sentía su proximidad. Animábanse sus ojos con una luz nueva al contemplar los objetos de pertenencia de ella, esparcidos sobre la roca encendida de sol. Hacíale el efecto de que eran carne y sangre de Murette, parte de su corazón y de su alma. Eran la voz de la fe que había puesto en él una promesa que estaría siempre con él. Por vez primera, al cabo de tantos días, sintió una nueva fuerza dentro de sí, pensando que ella no se había ido del todo, que algo le había dejado por lo cual valía la pena luchar.

Aquella fue la última noche que hizo su yacija en la hendedura de la roca, y se durmió amparando entre los brazos el tesoro que había encontrado.

Al día siguiente partió en dirección al Noroeste. El quinto día de su partida de la región de Andrés Boileau, dio su reloj a un mestizo a cambio de un fusil, municiones, una manta, un poco de harina y un juego de cocina portátil. Con lo cual no le dio miedo internarse cada vez más en la maraña de la selva.

Al mes, nadie hubiera dicho que aquél era el antiguo, el excelente miembro de la «División Norte». Velloso, barbudo, con el cabello largo, vagaba sin más propósito que estar solo y verse cada vez más lejos del río. De vez en cuando tenía ocasión de hablar con algún indio o mestizo. Todas las noches, aunque hacía calor, encendía una pequeña hoguera, porque a aquellas horas era cuando, al resplandor de una fogata, sentía mejor la proximidad de Murette. Entonces se entretenía en sacar de uno en uno los objetos que

Marette había empaquetado. Veneraba aquellas cosas. Había envuelto el vestido y los zapatitos en aterciopelada corteza interior de abedul. Los resguardaba de la humedad y de la intemperie. Si hubiese habido necesidad, hubiera combatido por defenderlos. Se le iban haciendo cosa más estimable, que su propia vida, y de una manera un poco vaga, daba gracias a Dios por no haberle arrebatado en el rápido absolutamente todo rastro de ella.

No procuraba olvidar, no quería olvidar, antes bien se deleitaba en recordar todos los movimientos, todas las palabras, todas las caricias que para siempre le ataban al amor que había perdido. Cada día, Marette constituía más intensamente una parte de su misma vida. Desaparecido su cuerpo, continuaba a su lado, amparándose entre sus brazos de noche, andando de la mano con él durante el día. Y en esta creencia, se le hacía llevadero su dolor, pues nadie podía privarle de gozar de aquella posesión consistente en una continua presencia de Marette.

Aquella presencia fue lo que rehízo a Kent. Le intimaba con apremio a erguir nuevamente la frente, a vigorizar sus hombros, a mirar de frente a la vida una vez más. Le inspiraba y le infundía ánimos a la vez, y de día en día se le hacía más evidente y adorable. Los comienzos del otoño le sorprendieron en la región de Fond du Lac, a doscientas millas al oeste de Fort Chippewyan. Aquel invierno se encontró con un francés que se le unió, y hasta febrero anduvieron a lo largo de las bajas estribaciones de las estepas desoladas.

Llegó a estimar mucho a Picard, su compañero, pero no le quiso revelar su secreto, ni el nuevo deseo que se despertaba en él. Al prolongarse el invierno, tal deseo se convirtió en un profundo y acuciante anhelo. Le acompañaba noche y día. Soñaba en ello al dormir, y despierto, no dejaba de asociarlo a todos sus pensamientos. Quería ir al hogar. Y cuando así pensaba, no se refería a Landing ni a las tierras del Sur, Para él, el hogar sólo quería decir una cosa: el sitio en donde Marette había vivido. En alguna parte oculta entre las montañas del Noroeste se hallaba aquel misterioso Valle de los Hombres Silenciosos, adonde se dirigían los dos cuando ella sucumbió. El espíritu de Marette le mandaba que buscara aquel lugar. Era una voz extraña que le rogaba, que le apremiaba para ir allí, donde ella había vivido siempre. Empezó a hacer planes, y en este ejercicio encontró nuevos goces y nueva vida. Tenía que encontrar el hogar de ella, tenía que conocer a su gente, tenía que dar con el valle que hubo de ser su paraíso.

Así, a últimos de febrero, llevándose en la mochila su parte de lo conseguido durante el invierno, se despidió de Picard y se dirigió al río

nuevamente.

## Capítulo XXIV

No se olvidaba Kent de que estaba al margen de la Ley, pero no tenía miedo.

Teniendo algo nuevo y emocionante por lo cual luchar, se entregaba otra vez a lo que él llamaba «la hermosura del juego». Se acercaba a Chippewyan con cautela, aunque estaba seguro de que ni sus antiguos compañeros de Atabasca Landing le reconocerían. Tenía una barba de diez o doce pulgadas y la cabeza enmarañada y crespa. Picard le había hecho aquel invierno una chaqueta de piel de caribú, y estaba bordada como las de los indios. Kent escogió para entrar en Chippewyan el momento que precede al ocaso.

Cuando entró con sus pieles, los almacenes de la Hud-son's Bay Company estaban iluminados con lucernas de aceite. Hallábanse desiertos. Sólo estaba allí el dependiente del factor. Pasó Kent una hora cambiando mercancías. Compróse un equipo nuevo, un rifle «Winchester» y cuantas provisiones podía llevar. No se olvidó de comprar una navaja de afeitar y unas tijeras, y al fin de cuentas todavía le restaba el importe de dos pieles de zorra plateada.

Aquella misma noche salió de Chippewyan y al resplandor de una luna invernal recorrió media docena de millas hacia el Norte, camino de Smith Landing, y allí levantó su campamento.

Se hallaba en el río Slave y durante varias semanas viajó despacio, pero con constancia, en dirección al Norte, calzado con raquetas para la nieve. Evitó pasar por Fort Smith y Smith Landing, dobló hacia el Oeste antes de llegar a Fort Resolution. Arribó en abril a Hay River Poost, donde el río Hay desemboca en el lago Gran Slave. Hasta que llegó el deshielo, Kent trabajó en el río Hay. Una vez las aguas se despejaron, tomó una canoa y navegó Mackenzie abajo. Muy entrado junio era cuando dobló hacia arriba por el Liard, camino del South Nahanni.

«Hay que seguir rectamente entre las fuentes del Nahanni del Norte y del Sur —le había dicho Murette Allí se halla la Región Sulfurosa, pasada la cual se encuentra el Valle de los Hombres Silenciosos».

Por fin llegaba a la linde de aquella tierra. Acampó, percibiendo el nuevo olor que la misma despedía. Se levantó la luna, y entonces contempló aquella extensión desolada, como cubierta de un vapor amarillento. Reanudó la marcha con el alba.

Pasó entre vastos pantanales de donde emergían rosadas nieblas sulfurosas. De milla en milla se adentraba por aquel paraje que cada vez se asemejaba más a un mundo muerto, a un infierno perdido. Aparecían algunos zarzales que no daban fruto. Se veían bosques y marismas, pero no se adivinaba una sola criatura viviente.

Era un país con agua donde no había peces; lleno de aire, pero sin pájaros; donde nacían plantas, pero no daban una flor... Un suelo humeante, que despedía un olor característico, donde reinaba la calma y la muerte. Kent empezó a volverse amarillo. Las ropas, la barca, las manos, la cara, todo se le iba poniendo amarillo. No se podía librar del mal sabor que el azufre le dejaba en la boca. No obstante, persistía en proseguir el camino hacia el Oeste, siguiendo la brújula que le diera Gowen en el río Hay. Hasta la brújula, que llevaba guardada en el bolsillo, se le ponía amarilla. No podía comer. Sólo bebió dos veces un trago de agua en la botella que llevaba.

¿Y Murette había realizado aquel viaje? Esto se preguntaba. Aquélla era la secreta ruta de entrada y salida de su tierra escondida, de su región maldita de los demonios de su país prohibido a los indígenas y a los blancos. Costábale creer que ella hubiera sido capaz de viajar por allí, que hubiese podido respirar aquel aire que le congestionaba los pulmones, provocándole tal molestia que se sentía enfermo. Remaba desesperadamente. No sentía cansancio ni el calor del vapor que le rodeaba.

Llegó la noche y la luna se levantó alumbrando con una luz doliente aquel mundo enfermizo que se lo había tragado. Se echó en el fondo de la canoa haciendo esfuerzos por dominarse, cubriéndose la cara con la chaqueta de caribú. Pero no podía conciliar el sueño. Antes de apuntar el alba reanudó la marcha, consultando la brújula a la luz de unas cerillas. En todo el día no intentó siquiera probar bocado. Y al llegar la noche siguiente sintió que el aire se purificaba. Prosiguió el camino al resplandor de la luna, que ya era más claro. Por fin, en un rato de descanso, oyó a lo lejos el aullido de un lobo. Significaba la proximidad de un mundo vivo, y Kent lanzó un grito de alegría. La brisa del Oeste le llevó un poco de aire, y respiró con la avidez del que en

el desierto encuentra agua y bebe. No volvió a consultar la brújula, sino que siguió bogando con tenacidad, de cara a aquella brisa fresca. Al cabo de una hora, se encontró remando en una corriente más mansa, y probó el agua, que ya no tenía tan fuerte sabor de azufre. A medianoche, el agua estaba fría y limpia. Allí se quitó la ropa para darse un lavado sin precedentes. Habíansele destrozado ya la camisa y los pantalones de cazador, y después del baño se mudó con la ropa que llevaba en previsión dentro de la mochila. Luego hizo un poco de fuego y se preparó la primera comida que tomaba al cabo de dos días de ayuno.

A la mañana siguiente se encaramó a un abeto para otear el panorama. Al Oeste se veía una baja y dilatada extensión cerrada por las estribaciones de las cimas nevadas de Rockies, que se alzaban quince o veinte millas más allá. Se afeitó y se cortó el pelo. Luego reemprendió la marcha. Aquella noche no tomó tierra hasta que la canoa no pudo seguir por el agua. Se había estrechado tanto el cauce, que no era más que un arroyuelo, y aquel lugar comenzaba a tener el verdor de las primeras ondulaciones de las colinas. Al amanecer del día siguiente ocultó la canoa bajo un sitio cubierto que encontró, y prosiguió el viaje con su mochila a cuestas. Una semana anduvo poco a poco hacia el Oeste. La región por donde dirigía sus pasos era ya un suelo espléndido, pero todavía no había señales de vida humana. Los primeros montículos se transformaban en montañas y se imaginaba estar en Campbell Range. Estaba seguro de haber seguido estrictamente el paso de la tierra sulfurosa. Sin embargo, tardó ocho días en encontrar rastros de personas vivientes. Lo que encontró al octavo día fue el rescoldo de una fogata de campaña. Había sido un hombre blanco el que la encendió. La veía en las dimensiones. Eran los restos de una hoguera encendida toda una noche y alimentada de troncos verdes, cortados con hacha.

Al décimo día llegó a la vertiente oeste de la primera fila de montes, y se presentó a su contemplación el más prodigioso valle que vieran sus ojos. Era una ancha planicie. A cincuenta millas se levantaba la prominente majestad de la más elevada cumbre de la sierra de Yukon.

Y a pesar de sentir que le rodeaba un verdadero paraíso, el corazón empezaba a entristecerse. Le parecía imposible encontrar en una región tan dilatada el punto que él buscaba. Sólo le restaba la esperanza de encontrar a alguna persona, blanca o roja, fuera quien fuera, con tal que le guiase.

Avanzó lentamente por la llanura de cincuenta millas que estaba llena de verdor y policromada de flores como, un paraíso de la fauna. Pensó que pocos cazadores habrían llegado a un lugar tan avanzado de los montes Yukon.

Ninguno había pasado más allá de la región sulfurosa. Era un mundo nuevo e inexplorado. Su mapa lo señalaba con un espacio en blanco. Seguía sin encontrar muestras de vida humana. Enfrente se levantaba la sierra de Yukon, con su escala de crestas nevadas, dominando la tierra, como fantásticos perros vigilantes encima de las nubes. Sabía lo que había en la parte de, allá: los grandes ríos de la vertiente del Oeste, Dawson City, la región del oro con su civilización. Pero todo esto: estaba en la otra parte de la cordillera. En la parte de acá sólo había el inmenso y no turbado silencio de un paraíso adonde no llegó la planta del hombre.

Al internarse en aquel valle iba apoderándose de él una extraña y confortadora paz. Con todo seguía dominándole la idea de que no encontraría el lugar que buscaba. No se atrevía a analizar tal idea. Le había sido connatural hasta empezar a sentirse tranquilo. Su única esperanza era la de encontrar gentes blancas, o indios, al acercarse a las montañas.

Ya no consultaba la brújula, sino que se guiaba por un grupo de tres picos gigantescos. Uno de ellos sobresalía de los otros. Andaba mirando frecuentemente hacia él. Le llenaba de sugestión, pues parecía un centinela colocado allí hacía un millón de años para vigilar el valle. Empezó a imaginárselo así bajo el nombre de vigía. A cada hora que transcurría se le antojaba tener un poco más de intimidad con aquella visión. Desde la primera noche que acampó en el valle veía hundirse la luna tras el pico. Y en sus adentros, una voz, que nunca cesaba, le debía que aquella montaña, más alta que ninguna, había sido el guardián de Murette. Diez mil veces debió de mirarla ella de la misma manera que él, si es que su casa se hallaba en aquella parte de Campbell Range. Desde una distancia de cien millas pudo ella haber visto al vigía, en un día claro.

Al día siguiente la importancia de la montaña se agigantaba a los ojos de Kent. A media tarde empezó a tener un carácter distinto. El picacho tenía una forma de castillo cambiante, según Kent se acercaba al mismo. Los dos promontorios más bajos empezaron a definir su contorno definitivo. Al llegar la entreluz del ocaso estaba convencido de que lo que había visto no era producto fantástico de su imaginación. El vigía había tomado la forma de una ingente cabeza humana que miraba continuamente al Sur. Se apoderó de Kent una inquietud insomne, y prolongó la marcha hasta bien entrada la noche. De madrugada púsose en marcha otra vez. El cielo se iluminaba ya por Occidente cuando prorrumpió en una exclamación.

Allí estaba la testa del vigía, como cincelada por manos de cíclope. Los dos picos menores descorrieron el velo de su misterio. Su vértice adquiría

también forma de cabeza humana, cuyos ojos miraban encantados. Una estaba encarada al Norte. La otra al valle. Y Kent, con el corazón emocionado, se dijo:

«¡Los hombres silenciosos!».

No oyó su propia voz al hacer esta exclamación; pero tal pensamiento era en sí mismo emoción viva y tumultuosa de su alma. Le sorprendió como una oleada, como una súbita y estremecedora inspiración, sugerida por la fuerza de una visión objetiva. ¡El Valle de los Hombres Silenciosos! Repitió estas palabras contemplando las tres descomunales cabezas que rozaban el cielo. En algún rincón cerca de ellas, o bajo ellas, tenía que estar el valle oculto de Murette.

Siguió avanzando. Un extraño placer le consumía. A veces todas sus penas se disipaban, pues se le figuraba que Murette estaría allí seguramente, en aquellos momentos, para recibirle al entrar en el valle. Pero la tragedia del Salto de la Muerte se le reproducía constantemente, y con ello se le antojaba que, en efecto, los tres gigantes velaban el sueño eterno de un ser amado que no volvería nunca más. Al ponerse aquella tarde el sol, aquel rostro inclinado hacia el valle se animó como con el fuego de una viva interrogación dirigida a Kent.

«¿Dónde está ella? —le preguntaba—. ¿Dónde está? ¿Dónde está?».

Y aquella noche Kent no pudo cerrar los ojos. Al día siguiente se hallaba cerca de las primeras quebradas estribaciones, las más bajas de aquellas apartadas montañas. Subió incansablemente, y al mediodía alcanzaba la loma. Entonces comprendió que por fin entraba en el Valle de los Hombres Silenciosos. No era un ancho valle corriente. Al otro lado, como a tres o cuatro millas, se alzaba la enorme montaña cuyo rostro miraba los verdes prados tendidos a su pie. Al Oeste, los ojos de Kent alcanzaban una dilatada extensión, donde a la vívida luz del sol veían el relumbre de los arroyos y las pequeñas lagunas, y el fastuoso esplendor de los macizos de cedros, abetos y bálsamos, esparcidos aquí y allá, como grandes tapices de brillo aterciopelado, en medio del florecido verdor del valle. A unas tres millas al Norte, la estribación que había escalado formaba una brusca vuelta al Este, y, siguiendo aquel repliegue, la parte de allá del valle quedaba oculta a sus ojos. Una vez hubo descansado, reemprendió la marcha por aquel lado, y sobre las cuatro de la tarde traspuso el recodo del valle y vio la parte de la hondonada más escondida. Lo primero que le llamó la atención fue una especie de inmenso cono abierto entre las montañas, cuyo diámetro, de borde a borde, medía dos millas aproximadamente. Era el fondo mismo del valle. Necesitó



unos cuantos minutos para observar todos los detalles que se extendían a media milla a sus pies, y no había enfocado aún todo el paisaje, cuando subió hasta él un sonido que le estremeció de la cabeza a los pies. Era un lejano ladrido que repercutió en la hondura.

La cálida y dorada neblina que precede al ocaso, se interponía entre su vista y el valle, y a través de este fulgor llegó a percibir evidentes pruebas de que allí moraban seres humanos, casi a sus mismos pies. Había un pequeño lago hacia el cual corría un riachuelo reverberante. Y junto al lago, a igual distancia del pie de la montaña donde él estaba, aparecía un grupo de casas con una empalizada, que parecía un juguete. Lo que no vio fueron animales, ni percibió el menor movimiento.

Sin entretenerse en buscar el camino mejor, empezó a bajar. Tampoco entonces quiso hacerse ninguna pregunta. Una seguridad extraordinaria le animaba. Si en algún sitio estaba el Valle de los Hombres Silenciosos, tenía que ser allí. Allí abajo, casi sumida y velada en la dorada neblina crepuscular, estaba la antigua casa de Murette. Le hacía el efecto de que era cosa algo suya, de que él pertenecía a aquella casa, de que dirigiéndose a ella, iba en busca de su último descanso, de su verdadero refugio, de su propio lugar. Y le asaltó nuevamente la idea entrañable de que tenía que estar aguardándole una gozosa bienvenida. Echó a correr hasta que tanto se le aceleró la respiración, que tuvo que detenerse. Y por fin se encontró con que por allí no tenía fácil salida, y tuvo que andar retrocediendo a cada paso, dando rodeos entre pendientes traidoras y grietas de precipicio que mostraban profundas simas. La niebla se iba haciendo más densa. El sol se hundía tras las cimas occidentales, y rápidamente fue oscureciéndose la entreluz del crepúsculo. Eran las siete cuando llegó al límite de la llanura. Estaba extenuado. Tenía las manos heridas y ensangrentadas. La oscuridad le envolvía ya cuando emprendió la marcha por el valle.

Desde que trasmontó la última loma, no se esforzó por reprimir las exclamaciones de alegría que acudían a sus labios. Al frente veía unas luces. Algunas estaban diseminadas, pero más cerca de él había un grupo de ellas apiñadas, como las luces que salen de múltiples ventanas. Aceleró el paso y, no pudiendo vencer la impaciencia, echó a correr. Por fin, pasó una cosa que le detuvo, y le pareció que el corazón le subía a la garganta, anudándose hasta cortar la respiración.

Era que una voz de hombre gritaba un nombre en medio de la penumbra:  
—¡Murette! ¡Murette! ¡Murette!

Kent quiso dar una voz; pero el grito se le deshizo en el aire. Estaba temblando. Estiró en alto los brazos, y una extraña locura le envió una oleada de fuego a la cabeza.

Y la voz volvió a llamar.

—¡Marette! ¡Marette! ¡Marette!

Las paredes del valle repetían ese nombre. Poco a poco iba subiendo por la falda de las montañas. La última vez tembló en el aire, como un murmullo en que se fue perdiendo... y entonces, de pronto, la locura de Kent halló su expresión y clamó:

—¡Marette!... ¡Marette!

Echó a correr. Le flaqueaban las rodillas. Volvió a vocear aquel nombre, y la otra voz cesó. Algo se levantaba envuelto en las sombras delante de él, enfrente de las ventanas iluminadas. Eran dos personas que se acercaban a él, llenas de incertidumbre y de asombro. Kent no podía ya sostenerse en pie; pero volvió a llamar a voces a Marette, y esta vez le contestó un grito de mujer, y una de las sombras se acercó precipitadamente a él con la rapidez del rayo.

Quedaron mirándose el uno al otro a tres pasos de distancia, y traspasando la tiniebla del poscrepúsculo, sus ojos ardientes se fijaron mutuamente, mientras permanecían parados ante aquel prodigio que Dios había obrado misericordiosamente.

Los muertos habían resucitado. Haciendo un gran esfuerzo, Kent extendió los brazos, y Marette se echó en ellos. Cuando la otra figura, que era un hombre, llegó a su lado, estaban de rodillas abrazados fuertemente como dos niños. Levantando Kent la cabeza, se encontró con que aquel que le estaba mirando era Sandy Mac Trigger, el hombre cuya vida había salvado él en Atabasca Landing.

## Capítulo XXV

No hubiera podido decir Kent cuánto tiempo pasó hasta que recobró la clara visión de las cosas. Pudo haber sido un minuto o una hora. Toda su energía vital se había concentrado en una sola idea, y era que la muerta había resucitado, que era Murette Radisson en carne y hueso la mujer cuya tibieza vivificadora sentía entre los brazos. Habíasele aparecido también como una figura fantástica que cruzara una pantalla cinematográfica la imagen de Mac Trigger, acercándole el rostro, y al recordarlo otra vez, la cabeza se le trastornó, de modo que aunque rodara por todo el valle un estampido de cañones, lo único que él hubiera oído sería aquella voz que gritaba sollozando: «¡Jaime! ¡Jaime! ¡Jaime!...».

Fue Mac Trigger el que, bajo la incipiente luz de las estrellas, se dio perfecta cuenta de la maravilla que se estaba realizando. Al cabo de un rato Kent notó que Mac Trigger le hablaba; sintió unos golpecitos en el hombro, y notó que aquella voz era alegre y muy insistente. Levantóse del suelo donde estaba arrodillado, sin soltar a Murette, cuyas manos continuaban asidas a él. Ella respiraba entre quebrados sollozos. A Kent le era imposible pronunciar una palabra. Se dirigieron a la casa, y él parecía ir a tropezones todo aquel trozo que les separaba de las luces, llevando a un lado a Murette, al otro a Mac Trigger. Abrió éste una puerta y penetró en una extraña estancia iluminada por el resplandor de una lámpara. Junto al umbral, Murette le soltó las manos, y él retrocedió un paso, como para mirarla bien; y entonces fue cuando comenzaron a volver en sí viendo que el temor y la duda daban paso a una triunfante realidad.

Kent volvió a sentir la cabeza tan serena y despejada como el día en que tuvieron que afrontar la muerte delante del gran salto. Y con la agilidad de un potro berberisco saltó un temor a su ánimo, al momento de cruzar sus ojos con los de la muchacha. La encontraba lamentablemente cambiada. Tenía la tez pálida, tan pálida que le asombró, y además estaba sumamente delgada.

Sus ojos eran grandes lagos insomnes, violetas, casi negros al resplandor de la lámpara, y su cabello tocado hacia arriba —como la vez primera que la vio en la clínica de Cardigan— aumentaba la impresión elocuente de sus pálidas mejillas. Llevóse a la garganta una mano temblorosa, cuya suma delgadez le asustó. Estuvo un momento mirándole fue cosa de segundos como sobrecogida por el recelo de que aquél fuera otro y no Jaime Kent; pero luego extendió hacia él los brazos lentamente. Na se sonrió, no hizo la menor exclamación, ni le llamó por su nombre entonces; pero le rodeó con los brazos el cuello, mientras él la aproximaba hacia sí, y ella hundió el rostro en el pecho. Él miró a Mac Trigger. Éste tenía a su lado, a una mujer de negros cabellos y negros ojos, la cual apoyaba una mano en su brazo. Kent se hizo cargo de quién era.

La mujer se le acercó, diciéndole:

—Vale más que se venga Murette conmigo de momento. Malcolm tiene algo que contarle, luego la verá usted otra vez.

Su voz era queda y blanda. Al oírla, Murette levantó la cabeza, llevó las manos a las mejillas de Kent, de la manera dulce de otras veces, y murmuró:

—¡Dame un beso, Jaime!... ¡Jaime de mi alma, dame un beso!...

## Capítulo XXVI

Poco después, estrechándose las manos a la luz de la lámpara, Kent y Mac Trigger se encontraron solos de pie en la gran habitación. El apretón de manos que se dieron tuvo toda la emoción de una fraternidad viril e inquebrantable. Ambos habían hecho frente a la muerte, el uno por el otro. Este pensamiento, inseparable de su; naturaleza subconsciente, no necesitaba de otro lenguaje para expresarse sino un fuerte apretón de manos y la mutua inteligencia que se adivinaba en el fondo de sus ojos.

La pregunta que se asomaba principalmente al rostro de Kent estaba relacionada con la salud de Murette. Mac Trigger comprendió sus temores, y sonrió pausadamente, mirando a la puerta por donde acababa de salir Murette con aquella dama.

—¡Gracias a Dios, ha llegado usted a tiempo! —exclamó reteniendo todavía su mano—. Ella creía que se había muerto usted. Y esta idea, Kent, la estaba matando. Teníamos que vigilarla de noche. A veces quería salir a vagar por el valle. Decía que le buscaba. Esta misma noche estaba de esa manera.

Y Kent dijo, como quien traga saliva, de pronto:

—Ahora comprendo. Era su espíritu lo que me empujaba hacia aquí.

Se descargó de la mochila de precioso contenido, mientras escuchaba a Mac Trigger. Se sentaron. Cuánto Mac Trigger le contaba le parecía trivial, junto al hecho de que más allá de la puerta se encontraba Murette sana y salva, y de que la volvería a ver sin gran tardanza. No podía comprender por qué Mac Trigger se entretenía en contarle que aquella señora era su esposa. Hasta la narración de que un tronco detenido en unas rocas había recogido casualmente a Murette, desprendiéndose luego para conducirla a la otra orilla muchas millas más abajo, carecía de importancia ante la realidad de que una simple puerta era todo lo que le separaba de ella. Sin embargo, escuchó. Se enteró de que Mac Trigger le contaba que Murette le había estado buscando durante aquellos días en que él estuvo lleno de fiebre en la choza de Andrés

Boileau, que ella le había dado al fin por muerto, y que en aquellos mismos días la brigada de Laselle, navegando río abajo, la encontró y la condujo por su ruta. Más adelante, Kent tendría ocasión de maravillarse de todo aquello; en tales momentos, sólo tenía ojos y oídos para escuchar y mirar hacia la puerta. Pero entonces, Mac Trigger dijo una cosa que por fin atrajo su atención. Fue como un disparo que atravesara el cerebro de Kent. Mac Trigger le hablaba reposadamente de O'Connor. Decía así:

—Pero seguramente usted está enterado de todo, pues si vino por la ruta de Fort Simpson, O'Connor le habrá puesto al corriente. Él fue quien trajo a Murette a través de la región de azufre.

—¿O'Connor?

Kent se levantó de un brinco. Poco le costó a Mac Trigger entonces darse cuenta de que Kent nada sabía.

—¡Pero, Dios mío! ¿Quiere usted decir que no sabe lo que ha pasado, Kent? —murmuró, tensa el alma, poniéndose también en pie—. ¿No ha tenido usted contacto alguno con la policía en ningún sitio durante todo el año pasado? ¿Es posible que no sepa...?

—¡No sé nada! —dijo Kent respirando profundamente.

Mac Trigger se quedó un rato mirándole con asombro.

—He venido ocultándome continuamente —le dijo Kent—. He rehuido a la policía.

También Mac Trigger respiró con fuerza. Volvió a cogerle las manos, y en tono incrédulo, lleno de sorpresa, le dijo:

—¿Y usted ha venido por ella, amigo mío, a pesar de creer que había matado a Kedsty? Cuesta de creer, y no obstante...

Su rostro tomó un gesto de pesar, de dolor, y Kent, siguiendo la trayectoria de su mirada, vio que sus ojos buscaban el rincón donde había una chimenea en forma de lar.

—O'Connor fue quien descubrió las cosas el invierno pasado —añadió con naturalidad Tengo que contárselo a usted todo antes que se vean ustedes otra vez. Es preciso que lo sepa usted. No es cosa que ella se la tenga que contar. Oiga...

Siguióle Kent hasta el rincón de la chimenea. Cogió Mac Trigger un cuadro que había en la repisa y se lo mostró. Era un apunte que representaba a un hombre descubierto, de pie, al aire libre, bajo el resplandor del sol.

A Kent se le fundió una exclamación en la garganta. Era el enorme, el gris fantasma humano que vio a la luz, de los relámpagos, aquella noche, por la ventana de su escondite, en la casa de campo de Kedsty.

—Mi hermano —dijo Mac Trigger rudamente—. Le quería mucho. Durante cuarenta años fuimos camaradas. Murette nos pertenecía a medias. Él fue quien... quien mató a John Barkley.

Y luego de tomar fuerzas para seguir hablando sin turbarse, agregó:

—También fue él... mi hermano... quien mató a Kedsty.

Durante unos segundos se hizo un profundo silencio. Mac Trigger miraba al lar, en vez de dirigir los ojos a Kent. Luego prosiguió:

—Mató a esos dos hombres, pero no era un asesino. No puede llamarse asesinato lo que él hizo. Fue justicia; simple justicia de hombre, sin acudir a la ley. De no mediar en esto Murette, no le contaría a usted estas cosas, por lo menos la parte más desagradable de ellas. Me repugna traerlas a la memoria... Lo que voy a decirle pasó hace muchos años. Yo, no estaba casado todavía; pero mi hermano, que tenía diez años más que yo, sí lo estaba. Creo que Murette le ama a usted como María amaba a Donald. Y el amor de éste por ella era mayor, si cabe. Era una verdadera adoración. Fuimos los tres a la gran región montañosa, mucho antes de los grandes descubrimientos de oro de Bonanza y Dawson. Era una región salvaje, bárbara; había escasas mujeres en ella, y María fue allí, no obstante, con Donald. Era una mujer hermosa, de ojos y cabellos como los de Murette. Su belleza causó la tragedia.

»No he de contarle pormenores —prosiguió—. Son horribles. El suceso sobrevino estando Donald y yo de caza. Tres hombres, hombres blancos, advierta este detalle, Kent; tres hombres blancos salieron del Norte y se llegaron a nuestro albergue. Lo que encontramos al regresar nos volvió locos. María expiró en brazos de Donald. Entonces salimos en persecución de aquellas bestias blancas que la habían matado. Sólo un temporal de nieve los salvó, Kent. Sus huellas eran recientes cuando cayó una ventisca que borró el rastro. Si ésta hubiese tardado sólo un par de horas en estallar, yo mismo hubiera sido capaz de matar entonces.

»Y desde aquel día —dijo reanudando el relato—, tanto Donald como yo nos convertimos en cazadores de hombres. Siguiendo la pista de los vecinos, que habían sido tres amigos, llegamos a descubrir exactamente quiénes eran. Pero pasaron tres años hasta eso, y al cabo de ese tiempo fue cuando Donald encontró a uno de ellos en el Yukon, y antes de matarlo le hizo cantar el nombre de los otros dos. Desde entonces la persecución ha sido larga, ha durado treinta años. Donald envejeció antes que yo, y empecé a darme cuenta, pasado algún tiempo, de que estaba realmente loco. Era capaz de andar meses y más meses buscando sin descanso a los dos hombres. Al cabo

de diez años, un día, en lo más crudo del invierno, llegamos a una casa humilde cuyos moradores habían sido víctimas de la epidemia de viruela. Aquella era la casa de Pedro Radisson y su mujer Andrea. Los dos estaban muertos. Pero allí había una criatura que sobrevivía, una niña casi de pecho. Donald y yo nos hicimos cargo de ella. Aquella criatura era Murette.

Mac Trigger dijo todo esto sin alterar un momento el tono de su voz. No apartó los ojos de las cenizas de la chimenea. Pero al llegar aquí levantó los ojos de improviso para mirar a Kent y dijo con la voz un poco ronca:

—La adoramos desde el primer día. Yo esperaba que su amor salvaría a Donald. En cierto modo le salvó, pero sin llegar a desvanecerle su locura, su deseo de venganza. Nos fuimos más al Este. Encontramos este maravilloso valle que tenía oro en las montañas, intacto todavía. Construimos aquí nuestra casa, y tuve nuevas esperanzas de que en el esplendor de esta naturaleza Donald llegara a olvidar su obsesión. Me casé y mi mujer amaba a Murette. Tuvimos un hijo, luego otro, luego otro. Los dos murieron. Con lo cual cobramos mayor cariño a Murette. Ana, mi mujer, hermana de un misionero, estaba en disposición de educar a Murette hasta cierto punto. Aquí va usted a encontrar libros y lectura de todo género y obras musicales. Pero llegó un momento en que creíamos que debíamos enviar a Murette a Montreal. Le causó un gran dolor. Luego... mucho tiempo después...

Mac Trigger hizo una pausa mirando a Kent a los ojos, y continuó:

—Luego un día, Donald llegó de Dawson City terriblemente exaltado en su locura, diciendo que había encontrado a los dos hombres. Uno de ellos era John Barkley, el potentado dueño de bosques, y el otro era Kedsty, inspector de policía, que se hallaba en Atabasca Landbag.

Kent no hizo siquiera esfuerzos por hablar. Para explicar su asombro, al paso que Mac Trigger le fue haciendo esta relación, no existen palabras. Aquella noche estaba recibiendo un cúmulo de sorpresas tremendas: el descubrimiento de que Murette no había perecido, sino que estaba viva, y luego la revelación de que él, Jaime Kent, no seguía siendo un hombre que se hallaba al margen de la Ley, puesto que O'Connor, su antiguo camarada, era quien había puesto en claro la verdad. Secos los labios, se limitó a mover la cabeza, suplicando a Mac Trigger que continuara.

—Yo sabía lo que ocurriría si Donald salía en busca de Barkley y Kedsty —prosiguió el más viejo de aquellos hombres Pero era imposible retenerlo. Estaba loco, rematadamente loco. Me quedaba un recurso. Avisar a esos bárbaros que mataron a la mujer de Donald. Sabía que con la prueba evidente en nuestras manos, no podían hacer más que desaparecer. Por ricos o



poderosos que fueran, nuestras pruebas eran aplastantes, y durante mucho tiempo habíamos seguido manteniendo relaciones con nuestros testigos. Me esforcé por convencer a Donalddo de que los podíamos hacer encarcelar; pero en su cerebro enfermo no cabía otra idea que la de matar. Yo, más joven, partí hacia el Sur y le adelanté. Pero entonces cometí un error fatal. Me figuré que le llevaba suficiente ventaja para alcanzar la línea férrea, y volver antes que él llegara a Atabasca Landing. ¿Comprende? Me figuré que el cariño que sentía por Murette le llevaría antes a Montreal, y tenía idea de contárselo todo a la muchacha para que comprendiera que era necesario retenerle, si iba a verle. Se lo escribí todo, diciéndole que no se moviera de Montreal. Usted sabe cómo lo cumplió. Saliendo para el Norte tan pronto como recibió mi carta.

Mac Trigger alzó los ojos.

—Pues bien, ya sabe usted lo demás, Kent; a pesar de todo, Donalddo llegó antes que yo. Llegué al día siguiente de la muerte de Barkley. Acepté como una suerte benigna el que el día anterior del delito yo cazara un pato y, estando herida el ave al cogerla, me manchara de sangre las mangas de la chaqueta. Fui detenido. Todo el mundo estaba convencido de que yo era el delincuente. Y yo nada hice como no fuera mantener la confesión de mi inocencia. Nada podía decir que pudiera llevar a la policía a seguir la pista de Donalddo.

»Las cosas se sucedieron muy de prisa —dijo—. Usted, querido amigo, hizo una falsa confesión para salvar la vida a un hombre que hacía mucho tiempo tuvo ocasión de hacerle un pequeño favor. Casi al mismo tiempo se presentó Murette. Llegó furtivamente de noche, a encararse con Kedsty. Le dijo cuánto hacía al caso, mostrándole las pruebas que lo delataban, y le advirtió que iguales testimonios escritos estaban en poder de otras personas que harían el debido uso de los mismos, como a ella le pasara algo. Ella le pidió mi libertad como precio de su silencio, y en tan negros momentos la confesión de usted le dio la solución.

Y continuó:

—Él sabía que usted estaba mintiendo. Sabía que quién había matado a Barkley era Donalddo. No obstante, estaba dispuesto a sacrificarle a usted para salvarle él. Y Murette permanecía en su casa, vigilando si se acercaba Donalddo, mientras yo lo buscaba por todos los caminos. He aquí por qué vivía secretamente en casa de Kedsty. Ella estaba segura de que Donalddo iría a la casa tarde o temprano, como yo no le encontrase fuera y procurara llevármelo. Y a la vez estaba planeando la manera de salvarle a usted.

»Le quiere a usted, Kent, desde el momento en que le vio en la clínica de Cardigan, y estaba buscando la manera de recobrar su libertad como un sobreprecio de su secreto. Pero Kedsty se había vuelto como el tigre acorralado. Si le daba a usted la libertad, veía que el mundo se hundía a sus pies. También él, creo yo, se volvió un poco demente. Le dijo a Murette que no le daba a usted la libertad, que antes se dejaría ahorcar. Así las cosas, llegó la noche de su liberación... y un poco después se presentó Donald en la casa de Kedsty. A él fue a quien vio por la ventana, bajo la lluvia. Penetró y mató a Kedsty.

»Algo percibió Murette y bajó. Se encontró con Kedsty muerto en su sillón. Donald había desaparecido. Entonces fue cuando usted la encontró allí. Ella estaba, como digo, enamorada de usted, y no tiene idea de cómo sangró su corazón cuando le hizo suponer que ella había matado a Kedsty. Todo me lo ha confiado. Por miedo de Donald, por guardarle a salvo de toda sospecha hasta verlo fuera de peligro, se mostró reservada hasta con usted. Más adelante, cuando tuviera la seguridad de que Donald estaba seguro, se lo hubiera dicho todo. Pero llegaron ustedes al Salto y se vieron separados.

Mac Trigger cesó un momento de hablar, y Kent adivinó en su expresión un dolor, como de una reciente puñalada en el corazón.

—¿Y fue O'Connor el que lo puso todo en claro?

Mac Trigger asintió con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Sí; había desatendido la orden que le diera Kedsty de ir a Fort Simpson, y se dirigía otra vez a Atabasca Landing, cuando se encontró con mi hermano. Es extraña la manera que tuvieron las cosas de desarrollarse, Kent. Pero creo que Dios lo dispuso todo así. Donald estaba muriéndose. Y en un rato de claridad de juicio, que tuvo en la agonía, le contó a O'Connor todo lo que había pasado. En todas partes se han enterado. Es prodigioso que usted no lo haya sabido...

En aquel momento hubo una interrupción. Una puerta que se abría. Ana Mac Trigger se quedó mirándolos desde el mismo sitio por donde hacía un rato se había ido con Murette. Tenía una sonrisa feliz en el semblante. Sus oscuros ojos brillaban con una dicha renovada. Primero miró a Mac Trigger, luego a Kent.

—Murette se encuentra mucho mejor —dijo con voz amable—. Está esperando verle, señor Kent. ¿Quiere usted venir?

Como un sonámbulo fue Kent detrás de ella. Mac Trigger no se movió de junto a la chimenea. Al cabo de un momento, Ana Mac Trigger volvió. Tenía

sus hermosos ojos resplandecientes. Sonreía suavemente. Y apoyando los brazos en los hombros de su marido, le dijo en un murmullo.

—He visto por la ventana el cielo de esta noche, Mac. Me hace el efecto de que las estrellas son más grandes y más resplandecientes que desde hace tiempo. Y el vigía, el gigante de la montaña, parece un dios viviente que irrumpe en el firmamento. Ven a verlo, ¿quieres?

Le cogió de una mano, y él salió con ella. Sobre sus frentes brillaba una gloria de estrellas. La brisa se levantó suavemente en el valle, trayendo el frío de las cumbres nevadas, esparciendo la dulzura de los aromas pradeños, de hierbas y flores. La mujer señaló a lo alto y Malcolm Mac Trigger creyó ver lo mismo que ella al mirar al vigía. Era algo vivo, y no inerte; un resplandor de inteligencia y de triunfo en la testa de roca erguida por encima de los encajes brumosos de las nubes. Pasearon largo rato, y en lo más hondo del corazón de la mujer se levantaba una voz que el vigía escuchaba, lo cual era un placer que encontraba ella en lo alto y del cual participaba aquella visión, pues hacia aquella divinidad muda e inmóvil de las montañas muchas veces había elevado sus risas, exclamaciones, cantos y sus mismas oraciones; y Murette, juntamente con ella, había hecho lo mismo, hasta que el pulso y el latido fervoroso de aquellas mujeres acabó por fundir un espíritu en la forma de un peñasco.

En la parte posterior del edificio, construido de troncos por Malcolm Mac Trigger y su hermano Donaldo; en una habitación cuyas ventanas daban al vigía, Murette estaba acabando de esclarecer a Jaime Kent el misterio de los sucesos. Y también fue una hora de triunfo para ella. Tenía muy rojos y ardientes los labios por el entusiasmo que le comunicaba la presencia de él.

Estaban sus mejillas como las rositas silvestres que sus pies habían pisado todo el día por el prado, porque en aquel momento el mundo llegaba a ella y se postraba ante sus plantas. Los objetos casi sagrados que contenía el paquete hallado por Kent estaban esparcidos en su falda, mientras tenía la cabeza echada hacia atrás en la bien mullida silla provista de mantas donde había pasado como en un nido muchos días de dolor y convalecencia. Pero ya no era una silla de inválida. Oleadas de vida volvían a circular por su naturaleza, y en aquella ocasión, en que Malcolm Mac Trigger y su mujer los dejaban solos, Kent contemplaba el milagro que se estaba operando en Murette. Ésta le dio un paquetito, y mientras él lo abría, ella se llevaba las manos a la cabeza para soltarse el pelo, de modo que le cayó alrededor en luminosa y magnífica confusión.

Desenvolvió Kent el último pedazo de papel de seda del pequeño envoltorio, y se encontró con una larga trenza de pelo en las manos.

—Mira, Kent, qué de prisa ha crecido desde aquella noche en que me la corté.

Se inclinó un poco hacia él, dividiéndose el cabello con sus finos y blancos dedos, de modo que él viera el sitio donde se cortó un haz la noche de la muerte de Kedsty. Luego dijo:

—Puedes guardarla para siempre, Jaime, pues me la corté cuando te hube dejado en aquel cuartucho de abajo, con lo cual creíste un poco menos, que yo había matado a Kedsty. Ésta es la otra...

Y diciendo esto, le dio otro paquetito y frunció los labios mientras él lo desenvolvía, sacando otra trenza que brillaba lo mismo a la luz de la lámpara.

—Ésta es la que tenía papá Donaldo —murmuró—. Era lo único que conservaba de María, su esposa. La noche en que murió Kedsty.

—Comprendo —exclamó él interrumpiéndola—. Le estranguló con ella. Y cuando yo la encontré alrededor de su cuello, tú, ¡tú me dejaste creer que era tuya, para salvar a papá Donaldo!

Remeció ella la cabeza, diciendo:

—Sí, Jaime. De presentarse entonces la policía hubieran creído que yo era la culpable. Hice todo aquello de modo que pudieran acusarme, mientras papá Donaldo se ponía en seguro. Pero siempre he llevado oculta en el pecho esta trenza, que en cualquier momento hubiera probado mi inculpabilidad. Ahora, Jaime...

Volvió a sonreírle, cogiéndole las manos.

—¡Oh, ahora me siento más fuerte! Quiero sacarte para que veas mi valle..., nuestro valle, Jaime, tuyo y mío, alumbrado ahora a la débil claridad de las estrellas. No hay que dejarlo para mañana, Jaime. Ha de ser esta noche. Vamos ya.

Al poco rato, el vigía les miraba desde su altura, de la misma manera que acababa de contemplar a otra pareja que había pasado por allí. Pero las, estrellas crecían, se agrandaban y se hacían más resplandecientes, y la blanca caperuza que tocaba la testa del vigía, como una corona, recibía el suave fulgor de los rayos de un más allá. Era la luna, que empezó luego a blanquear, despacio y maravillosamente, las otras cimas nevadas de la sierra. Pero el vigía se sostenía como un poderoso dios en medio de todas ellas. Cuando Kent y Murette llegaron a la curva del llano, ella le atrajo, haciéndole sentarse en una roca plana, y se rió resueltamente hasta tenerse que llevar nerviosamente la mano al pecho.

—Desde muy niña vengo sentándome para jugar en esta roca, bajo la misma mirada que hoy tiene el vigía —dijo quedamente—. He llegado a quererle, Jaime, pues siempre me pareció que estaba velando día y noche, esperando algo que me tenía que venir del lado de Levante. Ahora lo veo, eras tú, Jaime. Pero, ¡ah!, cuando estaba allá, en la gran ciudad...

Le oprimieron sus dedos la mano, como ella solía, y Kent aguardó.

—El vigía era lo que más me hacía desear mi regreso —dijo; y continuó, un poco temblorosa la voz—: ¡Oh!, me sentía sola pensando en él, y le veía de noche, en sueños, mirándome, mirándome; y a veces llegaba a llamarme. Jaime, ¿ves esa curva que se alza en su hombro izquierdo, como una gran charretera?

—Sí, la veo dijo Kent.

—Pues detrás de esa *giba*<sup>[4]</sup>, siguiendo en línea recta, a muchas millas de aquí, se encuentran Dawson City, el Yukon, la gran región del oro, hombres, mujeres, el progreso de la civilización. Desde allí papá Malcolm y papá. Donald sólo han encontrado un camino para venir a este lado de la sierra, y yo he visitado tres veces a Dawson, salvando esas alturas. Pero el vigía a todo eso le vuelve la espalda. A veces creo que es él quien ha levantado esas murallas que muy contados hombres pueden pasar. Él quiere la soledad de este valle. Y yo también. ¡Vivir aquí sola contigo, y con los nuestros!

Kent la abrazó tiernamente y le dijo:

—Cuando estés más fuerte, iremos por ese oculto camino al otro lado del vigía, hacia Dawson. Porque por allí encontraremos... a un misionero... —e hizo una pausa.

—Sigue, Jaime.

—Y tú serás mi mujer.

—Sí, sí; Jaime, para siempre jamás. Pero, oye, Jaime. —Sus brazos le rodearon el cuello—. Muy pronto será el primero de agosto.

Si, ¿y...?

—Y por agosto viene por estas montañas un hombre a vernos. Ese hermano de mamá Ana, y éste...

—¿Qué...?

—Es un padre misionero.

Y Kent, levantando los ojos, en aquel momento triunfal de su vida, vio fugazmente como una luz de sonrisa en la expresión solemne del «vigía».



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el *Detroit News-Tribune*. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukon y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

# Notas



[1] Los voyageurs son personas que participaron en el transporte de las pieles en canoa durante la época del comercio de pieles en Norteamérica. (*N. del Ed.*) <<

[2] Nombre que se da a los miembros de cierta tribu india. (*N. del T.*) <<

[3] Expresión francesa que significa: «con todo derecho». (*N. del Ed.*) <<

[4] *giba* cuesta, montículo. (*N. del Ed.*) <<